

[HEXAÉMERON.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS SEIS LIBROS DEL HEXAÉMERON.

Se ha observado ya por muchos, lo cual la misma realidad proclama, que este fruto ambrosiano consiste en sermones con los cuales el santo Doctor explicó al pueblo de Milán la creación del mundo. Algunos piensan que un notario los transcribió mientras él hablaba, basándose en las primeras palabras del octavo sermón; pero ciertamente Ambrosio ya los había pronunciado y los consolidó con su estilo, dándoles la forma de tratado en la que se difunden. Pues él mismo, escribiendo al diácono Orontiano (Epístola a Orontiano), a quien, al igual que al obispo Sabino, envió esta misma obra, indica que redactó su Hexaemeron. Él mismo hará lo mismo en otros libros. No hay duda de que esto le sucedía para complacer la voluntad de sus amigos, para el beneficio de los demás cristianos, y para que los notarios no pudieran tergiversar sus palabras.

El mismo Autor dio a su obra el título de Hexaemeron (Epístola a Sabino y Oronto), y, si se ha de dar crédito a los manuscritos en los que se puede leer en todos ellos, Termina el primer día. Comienza el segundo día, y así sucesivamente, lo dividió en seis días. La división concuerda ciertamente con su título y con toda la obra; pero, dado que ya desde los tiempos del senador Casiodoro parece haber sido distribuida en seis libros, no se ha considerado oportuno alterar una división tan antigua y quizás originada por el mismo Ambrosio.

Nuestro doctor Jerónimo enseña que Orígenes, Hipólito y Basilio le precedieron en este argumento (Epístola a Pamaquio, citada anteriormente). Sin embargo, no podemos saber qué tomó de los dos primeros, ya que los libros mencionados de ellos no han llegado a nuestra época, como se dijo en el Prefacio. No negamos en absoluto que haya tomado mucho de Basilio; sin embargo, negamos que haya imitado servilmente sus obras o que haya actuado como un simple traductor. En verdad, aunque frecuentemente sigue sus huellas, a menudo se aparta de ellas: pues añade, quita, transpone; e incluso no considera irreligioso tener opiniones contrarias a las de Basilio (lib. III, c. 4; lib. IV, c. 7; lib. V, c. 18), a quien también a veces critica ligeramente, aunque sin mencionar su nombre. También incorporó a su obra muchas cosas tomadas de autores profanos como Plinio y otros, que cualquiera puede notar sin dificultad: pero no parece que deba omitirse que jugó de tal manera al expresar a Virgilio, que al tratar sobre las abejas (lib. V, c. 21), conservó a menudo las palabras del Poeta, aunque en prosa.

Por otra parte, dondequiera que Basilio ha sido imitado, esto se ha hecho principalmente en la distribución y economía de todo el argumento. Por lo tanto, no dudamos en asignar estos nueve sermones, que existen en el bienaventurado Basilio. Ciertamente, no será difícil establecer ese número. En el tercer libro, dos sermones se distinguen claramente: uno, incluido en los primeros cinco capítulos, se pronunció por la mañana; el otro, que se extiende a lo largo de los capítulos restantes de este libro, por la tarde. Tampoco es menos evidente que en el quinto libro se contienen igualmente dos sermones, ya que hay una gran diferencia entre el que creemos circunscrito a los primeros once capítulos y el que se extiende hasta el final del libro. Que el primero fue pronunciado en las horas matutinas lo declaran claramente las últimas palabras del capítulo once, con las que se concluye todo el discurso debido al ardor del sol ya demasiado avanzado: que el segundo fue pronunciado por la tarde lo prueban evidentemente las referencias a las aves nocturnas; además, el epílogo de la homilía lo confirma, en el que el piadoso Prelado, al concluir el día de un ayuno más estricto, despide a los oyentes para la cena tardía. Aunque no es tan fácil demostrar que el primer libro también

se dividió en dos sermones, nos inclinamos a esta opinión porque el final del sexto capítulo parece no mostrar otra cosa que la conclusión de un discurso que concuerda bellamente con la primera homilía de Basilio: los capítulos restantes de este libro, que también responden muy adecuadamente a la segunda homilía de Basilio, presentan claramente otro discurso completo en sí mismo. Finalmente, los demás libros, al igual que en Basilio, aquí también cada uno comprende su propio sermón.

Quizás te preguntes a qué año en particular deben atribuirse estos eventos. Aunque no nos atrevemos a definirlo con certeza, si se nos permite hacer conjeturas, consideramos que no son mucho anteriores al año 389. Pues, dado que en el texto (lib. III, c. 1 y 5; lib. V, c. 4) se menciona varias veces el canto eclesiástico que el Santo varón de Milán instituyó en el año 385 o 386, no se puede decir que compuso su Hexaameron antes de ese tiempo. Además, no oculta que en ese entonces era de edad avanzada: "¿Cómo podemos, siendo ancianos, recordar lo que reíamos de niños?" dice (lib. IV, c. V). Según la cronología más común, Ambrosio no murió tan anciano en el año 397, por lo que difícilmente se podría afirmar que habló de su vejez antes del año 389. A esto se añade que él mismo, al describir lo que sucedía en su Iglesia en ese tiempo, enseña que ya no había muchas congregaciones a las que se obligaba a paganos y herejes por separado: "Pero se ha hecho," dice (lib. III, c. 9), "un solo pueblo, y la Iglesia se ha llenado de herejes y gentiles." Cualquiera puede entender fácilmente cuánto coinciden estos hechos con los tiempos asignados. Pues estos claramente significan aquellos días felices, cuando, extinguida la emperatriz Justina, tan obstinadamente adicta a la causa de los arrianos, y refutado y rechazado Símaco, tan fuerte defensor de los ritos paganos, Teodosio el Grande, finalmente victorioso sobre el tirano Máximo, promulgó tantas leyes (Cod. Th. tit. de pag. et haeret.) y con tanta prudencia contra paganos y herejes, que los escritores de esa época notaron que muchos de ellos se habían refugiado en el seno de la Iglesia católica (Hier. ep. 7; Prud. l. I, in symb.).

En cuanto a la época del año, es evidente que en esos días se observaba un ayuno: sin embargo, es probable que no fuera otro que el de la Cuaresma que termina. De hecho, puede constatarse que esos mismos días eran de una religiosidad singular, ya que al amanecer el pueblo acudía en gran número a la Iglesia, de donde no se retiraba sino después de la puesta del sol. Por lo tanto, no sería inapropiado decir que eran similares a aquellos descritos por Ambrosio durante la persecución de la feroz Justina, cuando durante la semana santa todo el pueblo se reunía para celebrar la sinaxis matutina y vespertina. Añadamos además que en ambos encuentros se realizaban las mismas acciones. Pues el santo Obispo escribe (Epístola a Marc.), que son días en los que se relaja la penitencia en la Iglesia; de aquellos (lib. V, c. 25), que es el tiempo en el que se celebra la indulgencia de los pecados: en estos se lee la profecía de Jonás (Epístola a Marc.), en aquellos se indica claramente que se hacía lo mismo (lib. V, c. 11 y 25). En estas reuniones, cuando en el mismo día a veces hablaba dos veces, al estilo de Basilio, completó el tema en seis días en total, es decir, dentro de los límites de una semana. Esto lo prueba la división de los sermones que hemos establecido; pero lo mismo lo confirma el propio Ambrosio con estas palabras (lib. VI, c. 1): Aunque nuestro sermón ya ha avanzado durante cinco días con no poco esfuerzo; sin embargo, en el día de hoy, etc.

SAN AMBROSIO DE MILÁN, OBISPO, HEXAÉMERON, SEIS LIBROS.

LIBRO PRIMERO. SOBRE LA OBRA DEL PRIMER DÍA.

1 CAPÍTULO PRIMERO. (Sermón I.)

Del principio, duración y unidad del mundo. Se mencionan y critican los errores de los filósofos.

1. ¿Acaso los hombres han adoptado tanto la opinión, que algunos de ellos establecieron tres principios de todo, a saber, Dios, el modelo y la materia, como lo hicieron Platón y sus discípulos; y afirmaran que estos son incorruptibles, increados y sin principio: y que Dios, no como creador de la materia, sino como artesano que se dirige al modelo, es decir, a la idea, hizo el mundo a partir de la materia, a la que llaman hyle, la cual se dice que ha dado las causas de generación a todas las cosas: y también consideraran que el mundo mismo es incorruptible, ni creado, ni hecho: otros también, como Aristóteles con los suyos, pensaron que se debía discutir, establecieron dos principios, la materia y la forma, y un tercero con ellos, que se llama operativo, al cual le correspondía adecuadamente realizar lo que considerara emprender.

2. ¿Qué, pues, puede ser tan inconveniente como unir la eternidad de la obra con la eternidad del Dios omnipotente, o decir que la obra misma es Dios; para que el cielo, la tierra y el mar sean honrados con honores divinos? De lo cual se ha derivado que crean que las partes del mundo son dioses, aunque entre ellos haya una cuestión no menor sobre el mismo mundo.

3. Pues bien, Pitágoras afirma que existe un solo mundo: otros dicen que hay innumerables mundos, como escribió Demócrito, a quien la antigüedad otorgó gran autoridad en cuestiones de Física. Aristóteles sostiene que el mundo ha existido siempre y siempre existirá: en cambio, Platón presume argumentar que no siempre ha existido, pero siempre existirá: muchos otros, sin embargo, testifican en sus escritos que ni ha existido siempre, ni siempre existirá.

4. ¿Cuál puede ser la verdadera estimación entre sus disensiones? cuando algunos dicen que el mundo mismo es Dios, porque parece que en él reside una mente divina, según creen; otros dicen que son partes de él, otros ambos; en lo cual no se puede comprender ni cuál es la figura de los dioses, ni cuántos son, ni cuál es su lugar, o vida, o cuidado. Pues, según la estimación del mundo, debe entenderse a Dios como voluble, redondo, ardiente, movido por ciertos impulsos, sin sentido, que es llevado por un movimiento ajeno, no propio.

CAPÍTULO II.

La opinión de Moisés sobre el inicio de las cosas, el autor del mundo y la creación de la materia. El mismo es recomendado con muchos nombres: a quien solo, rechazando los átomos y las ideas, se muestra que se debe creer.

5. Por lo tanto, previendo con el espíritu divino que estos errores humanos surgirían, y tal vez ya habían comenzado, el santo Moisés en el inicio de su discurso dijo así: En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gén. I, 1); abarcando el inicio de las cosas, el autor del mundo, la creación de la materia; para que conocieras que Dios existe antes del inicio del mundo, o que Él mismo es el principio de todo; así como en el Evangelio el Hijo de Dios, respondiendo a quienes le decían, ¿Tú quién eres?, dijo: El principio, lo que también os hablo (Juan VIII, 25): y que Él mismo dio inicio a las cosas creadas, y que Él mismo es el creador del mundo, no un imitador de la materia guiado por alguna idea, de la cual no formaría sus obras según su propio criterio, sino según una forma propuesta. También dijo bellamente, En el principio creó; para expresar la incomprensible rapidez de la obra, cuando mostró el efecto de la operación ya cumplida, antes de explicar el indicio de su comienzo.

6. Debemos prestar atención a lo que se dice aquí. Moisés, ciertamente aquel instruido en toda la sabiduría de los egipcios, a quien la hija del faraón amó como a un hijo después de haberlo recogido del río, y quien, sostenido por los recursos reales, deseó ser formado e instruido en todas las disciplinas de la prudencia secular. Aunque recibió su nombre del agua, no pensó, sin embargo, que debía decirse que todo consistía en agua, como dijo Tales. Y aunque fue educado en la corte real, prefirió, sin embargo, por amor a la justicia, someterse a un exilio voluntario antes que adquirir, en el pináculo de la tiranía, el disfrute del pecado mediante los placeres. Finalmente, antes de ser llamado a la misión de liberar al pueblo, impulsado por un natural sentido de equidad, vengó a uno de sus compatriotas que sufría una injusticia, se entregó a la envidia, se apartó del placer, y evitando todos los tumultos de la casa real, se retiró al secreto de Etiopía; allí, apartado de otros asuntos, dedicó toda su mente al conocimiento divino, para ver la gloria de Dios cara a cara. La Escritura testifica de él que no se levantó en Israel otro profeta como Moisés, a quien el Señor conoció cara a cara (Deut. XXXIV, 10). No en visión, ni en sueños, sino que habló con el Dios supremo boca a boca; ni en figura, ni por enigmas, sino que fue agraciado con la clara y perspicua dignación de la presencia divina.

7. Entonces Moisés abrió su boca y derramó lo que el Señor hablaba en él, según lo que le había dicho cuando lo envió al rey Faraón: Ve, pues, y yo abriré tu boca, y te instruiré en lo que debes hablar (Éxodo IV, 12). Pues si lo que decía sobre dejar ir al pueblo lo había recibido de Dios, ¿cuánto más lo que hablaba del cielo? En efecto, no con la persuasión de la sabiduría humana, ni con las disputas simuladas de la filosofía, sino con la manifestación del espíritu y del poder, se atrevió a decir como testigo de la obra divina: En el principio creó Dios el cielo y la tierra. No esperó, como si el mundo se formara por la colisión de átomos, un asunto tardío y ocioso; ni consideró una cierta disciplina de la materia, que al contemplarla pudiera formar el mundo, sino que pensó que debía expresar a Dios como autor. Pues el hombre lleno de prudencia advirtió que las sustancias visibles e invisibles, los orígenes y las causas de las cosas, solo la mente divina las contiene, no como disputan los filósofos, que una combinación más fuerte de átomos proporciona la causa de una perseverancia continua: sino que juzgó que tejían la tela de una araña aquellos que daban principios tan diminutos e insustanciales al cielo y a la tierra, que así como se unían fortuitamente, así fortuitamente y al azar se disolverían, a menos que permanecieran en la divina virtud de su gobernador. Y no sin razón desconocen al gobernador, quienes no conocen a Dios, por quien todo es regido y gobernado. Sigamos, pues, a aquel que conoce tanto al autor como al gobernador, y no nos dejemos llevar por opiniones vanas.

CAPÍTULO III.

El mundo tiene su origen en Dios: por lo tanto, aunque tenga una forma esférica, no es eterno.

8. En el principio, dice. Qué buen orden, para afirmar primero aquello que solían negar, y reconocer que el mundo tiene un principio, para que los hombres no pensarán que el mundo existía sin principio. Por eso también David, al hablar del cielo, la tierra y el mar, dice: Todo lo hiciste con sabiduría (Sal. 103, 25). Así pues, dio un principio al mundo, y también dio a la criatura la debilidad, para que no creyéramos que era sin principio, increada y participe de la sustancia divina. Y añadió bellamente, Hizo, para que no se pensara que hubo demora en hacerlo; para que así los hombres entendieran cuán incomparable era el creador, que completó una obra tan grande en un breve y pequeño momento de su operación, de modo que el efecto de su voluntad precediera al sentido del tiempo. Nadie vio al que operaba, pero

reconoció lo operado. ¿Dónde, pues, está la demora, cuando lees: Porque él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas (Sal. 148, 5)? No empleó, por tanto, ni el uso del arte ni de la virtud, quien en un momento de su voluntad cumplió la majestad de una operación tan grande; de modo que lo que no existía, lo hizo existir tan rápidamente, que ni la voluntad precedió a la operación, ni la operación a la voluntad.

9. Te maravillas de la obra, buscas al autor, ¿quién dio principio a tan grande obra, quién la hizo tan rápidamente? Inmediatamente lo aclara, diciendo que Dios hizo el cielo y la tierra. Has escuchado al autor, no debes dudar. Este es aquel en quien Melquisedec bendijo a Abraham, padre de muchas naciones, diciendo: Bendito sea Abraham por el Dios Altísimo, que hizo el cielo y la tierra (Gén. XIV, 19 y 22). Y Abraham creyó a Dios, y dijo: Extenderé mi mano al Dios Altísimo, que hizo el cielo y la tierra. Ves que esto no lo descubrió el hombre, sino que Dios lo anunció. Dios es, en efecto, Melquisedec, quien es rey de paz y justicia, sin principio de días ni fin. No es de extrañar, por tanto, que Dios, quien es sin principio, haya dado principio a todas las cosas; para que lo que no existía, comenzara a existir. No es de extrañar que Dios, quien todo lo contiene con su poder, y con majestad incomprendible abarca el universo, haya hecho estas cosas que se ven, cuando también hizo aquellas que no se ven. ¿Quién negará que las cosas invisibles son superiores a las visibles, cuando las cosas visibles son temporales, pero las eternas son las que no se ven? ¿Quién dudará de que Dios hizo estas cosas, quien habló por el Profeta diciendo: ¿Quién midió las aguas con su mano, y el cielo con su palma, y toda la tierra con su mano cerrada? ¿Quién puso los montes en la balanza y las rocas en la báscula, y los bosques en el yugo? ¿Quién conoció el sentido del Señor, o quién fue su consejero, o quién lo instruyó? (Isa. XL, 12). De quien también leemos en otro lugar: Porque sostiene el círculo de la tierra, y la tierra la hizo como nada. Y Jeremías dice: Los dioses que no hicieron el cielo y la tierra, perecerán de la tierra y de debajo de este cielo. El Señor que hizo la tierra con su poder, y corrigió el mundo con su sabiduría, y con su prudencia extendió el cielo, y la multitud de las aguas en el cielo (Jerem. X, 11). Y añadió: El hombre se ha vuelto necio por su ciencia (Ibid., 14). Porque quien sigue las cosas corruptibles del mundo, y de ellas piensa que puede comprender la verdad de la naturaleza divina, ¿cómo no se vuelve necio con la astucia de una disputa engañosa?

10. Por tanto, cuando escuches tantos oráculos en los que Dios testifica que creó el mundo, no creas que es sin principio; porque se dice que el mundo es como una esfera, de modo que no parece tener un principio visible; y cuando truena, todo se conmueve como en un círculo, de modo que no es fácil comprender de dónde comienza o dónde termina; porque es imposible captar con los sentidos el principio de un círculo. Pues no puedes encontrar el inicio de una esfera, ni de dónde comenzó el globo lunar, ni dónde termina la menguante de la luna. Sin embargo, aunque no lo comprendas, no significa que no haya comenzado o que de ninguna manera terminará. Si tú mismo trazas un círculo con tinta, con un lápiz o lo expresas desde un centro, no es fácil percibir con los ojos o recordar con la mente el punto donde comenzaste o donde terminaste, debido al intervalo interpuesto; y sin embargo, tú mismo eres testigo de que comenzó y terminó. Pues aunque escape al sentido, no destruye la verdad. Aquello que tiene un principio, también tiene un fin: y aquello a lo que se le da un fin, se constata que se le dio un principio. El mismo Salvador enseña en su Evangelio que el fin del mundo llegará, diciendo: El cielo y la tierra pasarán (Mateo XXIV, 35). Y más adelante: He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del mundo (Mateo XXVIII, 20). Y el Apóstol: Porque la figura de este mundo pasa (I Corintios VII, 31).

11. ¿Cómo, pues, afirman que el mundo es coeterno con Dios, y lo asocian al creador de todo, y discuten que la criatura es igual, y piensan que el cuerpo material del mundo debe unirse a aquella naturaleza divina invisible e inaccesible, cuando especialmente según su propia opinión no pueden negar que, puesto que sus partes están sujetas a corrupción y mutabilidad, es necesario que el universo esté sujeto a las mismas pasiones a las que están sometidas sus propias partes?

CAPÍTULO IV.

Géneros diversos de principios: y en qué sentido se debe entender que Dios hizo el cielo y la tierra.

12. Por lo tanto, enseña que el principio es aquel que dice: En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Sin embargo, el principio se refiere al tiempo, al número o al fundamento; de la misma manera que en la construcción de una casa el inicio es el fundamento. También sabemos por la autoridad de las Escrituras que el principio puede referirse a la conversión y a la depravación. Existe también el principio del arte, que es el mismo arte, del cual comenzó la operación de diversos artesanos. Asimismo, el principio de las buenas obras es el mejor fin, como el principio de la misericordia es agradar a Dios con lo que haces. Pues somos especialmente motivados a ofrecer ayuda a los hombres. También es la virtud divina, que se expresa con esta denominación. Se refiere al tiempo si deseas decir en qué momento Dios creó el cielo y la tierra, es decir, en el inicio del mundo, cuando comenzó a existir, como dice la Sabiduría: Cuando preparaba el cielo, yo estaba con Él (Prov. VIII, 27). Sin embargo, si lo refieres al número, conviene así: primero creó Dios el cielo y la tierra, luego los montes, las regiones, los confines inhabitables. O así: antes que las demás criaturas visibles, el día, la noche, los árboles frutales, los diversos géneros de animales, creó el cielo y la tierra. Pero si lo refieres al fundamento, has leído que el principio de la tierra son los fundamentos, como dice la Sabiduría: Cuando establecía los fuertes fundamentos de la tierra, yo estaba con Él componiéndolo todo (Sab. VIII, 29). También es el principio de la buena disciplina, como aquello: El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Prov. I, 7); porque quien teme al Señor, evita el error y dirige sus caminos hacia la senda de la virtud. Pues si alguien no teme a Dios, no puede renunciar al pecado.

13. Esto también lo podemos entender de la siguiente manera: Este mes será para vosotros el principio de los meses (Éxodo XII, 2); aunque también se refiere al tiempo, ya que hablaba de la Pascua del Señor, que se celebra al inicio de la primavera. En este principio de los meses, creó el cielo y la tierra, porque el comienzo del mundo debía tomarse desde donde había una temperatura primaveral adecuada para todos. Por eso, el año del mundo expresó la imagen del nacimiento, de modo que después de los hielos invernales y las nieblas hibernales, resplandece con más claridad el esplendor del tiempo primaveral. Así, el primer surgimiento del mundo dio forma a los futuros ciclos de los años, para que con esa ley se levantaran las sucesiones de los años, y al inicio de cada año la tierra produjera nuevos brotes de semillas, como primero dijo el Señor Dios: Produzca la tierra hierba verde, que siembre semilla según su especie y semejanza, y árbol frutal que dé fruto (Génesis I, 11). Y enseguida la tierra produjo hierba verde y árbol frutal; en lo cual la divina providencia de moderación perpetua y la rapidez de la tierra germinante apoyan la estimación de la edad primaveral. Pues aunque en cualquier tiempo fue fácil para Dios ordenar y para la naturaleza terrenal obedecer, de modo que entre los hielos invernales y las escarchas hibernales, con el calor del imperio celestial, la tierra germinante produjera fruto; no era, sin embargo, de la disposición eterna liberar de repente los campos rígidos por el hielo en verdes frutos, ni mezclar flores con escarchas

horrendas. Por tanto, para mostrar la Escritura los tiempos de la primavera en la constitución del mundo, dice: Este mes será para vosotros el principio de los meses, es el primero de los meses del año (Éxodo XII, 2), llamando al primer mes, tiempo primaveral. Pues convenía que el principio del año fuera el principio de la generación, y que la misma generación fuera favorecida por aires más suaves. Porque los tiernos comienzos de las cosas no podrían soportar ni el rigor del frío más áspero, ni la injuria del calor abrasador.

14. Al mismo tiempo, se puede advertir que concurre con justicia, que en ese tiempo parece haber sido destinado a esta generación y a estos usos, en el cual hay un legítimo tránsito de esta generación a la regeneración. En efecto, en el tiempo de primavera los hijos de Israel dejaron Egipto y cruzaron el mar, bautizados en la nube y en el mar, como dijo el Apóstol (I Cor. X, 1 y ss.): y en ese tiempo se celebra anualmente la Pascua de Jesucristo nuestro Señor, es decir, el tránsito de las almas de los vicios a la virtud, de las pasiones de la carne a la gracia y sobriedad de la mente, del fermento de la malicia y la iniquidad a la verdad y sinceridad. A los regenerados se les dice: Este mes será para vosotros el principio de los meses, será el primero de los meses del año (Éxodo XII, 2). Pues quien es lavado abandona y deja al inteligible Faraón, príncipe de este mundo, diciendo: Renuncio a ti, diablo, y a tus ángeles, y a tus obras, y a tus dominios. Y ya no le servirá, ni a las pasiones terrenales de este cuerpo, ni a los errores de una mente depravada, quien, habiendo sumergido toda malicia, como el plomo, armado de buenas obras a diestra y siniestra, se esfuerza por cruzar sin tropiezo los mares de este siglo. En el libro que se titula de los Números, dice la Escritura: El principio de las naciones es Amalec, y su semilla perecerá (Núm. XXIV, 20). Y ciertamente Amalec no es el primero de todas las naciones; pero porque por interpretación Amalec se entiende como el rey de los inicuos; los inicuos son las naciones: mira si debemos entender al príncipe de este mundo, que impera sobre las naciones que hacen su voluntad, cuya semilla perecerá: su semilla son los impíos e infieles, a quienes el Señor dice: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII, 24).

15. Es también un inicio místico, como aquello que dice: Yo soy el primero y el último, el principio y el fin (Apoc. I, 8). Y aquello en el Evangelio especialmente, cuando el Señor, al ser preguntado quién era, respondió: Principio, lo que también os hablo (Juan VIII, 25). Él es verdaderamente, según la divinidad, el principio de todo, porque nadie está antes que Él; y el fin, porque nadie está más allá de Él: y según Salomón (Prov. VIII, 22) es el principio de los caminos del Señor en sus obras; para que a través de Él la humanidad aprenda a seguir los caminos del Señor y a realizar las obras de Dios. En este principio, es decir, en Cristo, Dios hizo el cielo y la tierra; porque por Él todas las cosas fueron hechas, y sin Él nada fue hecho. Lo que fue hecho, en Él era vida; porque en Él todas las cosas subsisten. Y Él es el primogénito de toda criatura, ya sea porque es antes de toda criatura; o porque es santo, ya que los primogénitos son santos, como el primogénito de Israel, no porque sea antes que todos, sino porque es más santo que los demás. El Señor es santo sobre toda criatura y según la ascensión del cuerpo; porque es el único sin pecado, el único sin vanidad. Toda criatura, sin embargo, está sujeta a la vanidad.

16. También podemos entender: En el principio creó Dios el cielo y la tierra; es decir, antes del tiempo: como el inicio de un camino que aún no es camino, y el inicio de una casa que aún no es casa. De hecho, otros han dicho, ἐν κεφαλαίῳ, como en la cabeza, lo que significa que en un breve y pequeño momento se completó la suma de la obra. Por lo tanto, hay quienes no toman el principio como tiempo, sino antes del tiempo, καὶ κεφαλαῖον o cabeza; para que digamos en latín como la suma de la obra; porque la suma de las cosas visibles es el cielo y la tierra, que no solo parecen referirse al adorno de este mundo, sino también al

indicio de cosas invisibles, y un cierto argumento de aquellas que no se ven, como es este profético: Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (Sal. XVIII, 1). El Apóstol, siguiendo esto, concluyó con otras palabras en el mismo sentido, diciendo: Porque lo invisible de él, por medio de las cosas hechas, se entiende (Rom. I, 20). Pues fácilmente entendemos que el autor de los Ángeles y Dominaciones y Potestades es aquel que, en un momento de su mandato, hizo existir de la nada esta gran belleza del mundo, que no existía; y no de cosas existentes o de causas le otorgó tener sustancia.

CAPÍTULO V.

El mundo es un ejemplo de la operación divina: los gentiles no lo llaman correctamente la sombra de Dios, pues solo al Hijo le corresponde ser la imagen de Dios.

17. Este mundo es, por tanto, un ejemplo de la operación divina; porque al ver la obra, se destaca el operador. Así como algunas de las artes son activas, las cuales se manifiestan en el movimiento del cuerpo o en el sonido de la voz; cesado el movimiento o el sonido, nada queda, ni permanece para los espectadores o los oyentes: otras son teóricas, que ejercitan el vigor de la mente: otras son de tal índole, que aun cesando la función de la operación, la obra sigue mostrando su cometido, como la edificación y la textura, que incluso en silencio del artífice, muestran su pericia, para que la obra dé testimonio a favor del operador. De manera similar, este mundo es un emblema de la majestad divina, para que a través de él se manifieste la sabiduría de Dios. Viéndolo el Profeta, y alzando al mismo tiempo los ojos de la mente hacia lo invisible, dijo: ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! todas las hiciste con sabiduría (Salmo 103, 24).

18. No leemos que esto haya sido hecho sin propósito; porque muchos gentiles que quieren que el mundo sea coeterno con Dios, afirman que subsiste por sí mismo como una especie de sombra de la virtud divina; y aunque admiten que Dios es su causa, quieren que la causa no sea por su voluntad y disposición, sino como el cuerpo es causa de la sombra. Pues la sombra se adhiere al cuerpo, y el resplandor a la luz natural más por asociación que por voluntad deliberada. Por eso, Moisés dice acertadamente que Dios hizo el cielo y la tierra. No dijo que hizo que existieran; no dijo que proporcionó al mundo la causa para que existiera: sino que lo hizo como un buen ser que crea lo que es útil: como un sabio que juzga lo que es óptimo: como un omnipotente que prevé lo más amplio. ¿Cómo podría ser como una sombra donde no había cuerpo, cuando la sombra corpórea de un Dios incorpóreo no puede existir? ¿Cómo puede también el esplendor de una luz incorpórea ser corpóreo?

19. Pero si buscas el esplendor de Dios, el Hijo es la imagen del Dios invisible. Así como es Dios, así es la imagen. Dios es invisible, también la imagen es invisible. Pues es el resplandor de la gloria paterna, y la imagen de su sustancia. En el principio, dice, Dios creó el cielo y la tierra. Así, el mundo fue hecho y comenzó a existir, cuando no existía antes: pero el Verbo de Dios en el principio era, y siempre era. Pero también los Ángeles, las Dominaciones y las Potestades, aunque en algún momento comenzaron; ya existían cuando este mundo fue hecho. Porque todas las cosas fueron creadas y establecidas, visibles e invisibles, ya sean Tronos, Dominaciones, Principados o Potestades: Todas, dice, fueron hechas por él, y en él fueron creadas (Colosenses I, 16). ¿Qué significa en él fueron creadas? Porque él es el heredero del Padre, ya que la herencia ha pasado del Padre a él, como dice el Padre: Pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya (Salmo II, 8). Sin embargo, esta herencia pasa del Padre al Hijo, y del Hijo regresa al Padre. Así, el Apóstol excelentemente en este lugar llamó al Hijo autor de todo, y con su majestad sostiene todas las cosas. Y a los Romanos dice del

Padre: Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas (Romanos XI, 36). De él es el principio y origen de la sustancia de todo, es decir, de su voluntad y poder. Porque todas las cosas comenzaron por su voluntad; porque hay un solo Dios Padre, de quien son todas las cosas. Pues como de lo suyo hizo; porque de donde quiso, hizo. Por él la continuación; el fin en él. De él, por tanto, la materia. Por él la operación que unió y ató todas las cosas. En él, porque mientras él quiera, todas las cosas permanecen y subsisten por su virtud, y su fin recurre a la voluntad de Dios; y por su decisión se disuelven.

CAPÍTULO VI.

En el cielo y en la tierra, los cuatro elementos de los cuales todo se compone, fueron creados. Cuál es la sustancia del cielo; o cuál es la posición de la tierra; y cuán diversamente los filósofos han juzgado sobre la naturaleza de los cielos: dejando de lado estas cosas, se debe escuchar a la autoridad divina.

20. En el principio del tiempo, Dios creó el cielo y la tierra. Pues el tiempo comenzó con este mundo, no antes del mundo; y el día es una porción del tiempo, no el principio. Y aunque por la secuencia de la lectura podemos afirmar que primero el Señor hizo el día y la noche, que son las sucesiones del tiempo; y que el segundo día hizo el firmamento, con el cual separó el agua que está bajo el cielo del agua que está sobre el cielo; sin embargo, es suficiente para la presente afirmación que en el principio hizo el cielo, de donde proviene la prerrogativa de la generación y la causa; e hizo la tierra, en la cual está la sustancia de la generación. En estos fueron creados los cuatro elementos de los cuales se generan todas las cosas que son del mundo. Los elementos son cuatro: aire, fuego, agua y tierra, que están mezclados en todo. De hecho, en la tierra encontrarás fuego, que frecuentemente se extrae de las piedras y el hierro; y en el cielo, aunque es ígneo y resplandeciente con las brillantes estrellas, se puede entender que hay agua, que o bien está sobre el cielo, o frecuentemente se envía desde ese lugar superior a la tierra en abundante lluvia. Podríamos reunir más sobre esto, si viéramos que estas cosas contribuyen a la edificación de la Iglesia. Pero como ocuparse de esto es un asunto infructuoso, dirijamos más bien nuestra mente a aquellas cosas en las que hay progreso para la vida eterna.

21. Sobre la calidad y la sustancia del cielo, es suficiente exponer lo que encontramos en los escritos de Isaías, quien expresó la calidad de la naturaleza celestial con términos sencillos y comunes, diciendo que afirmó el cielo como humo (Isa. LI, 6), deseando declarar su naturaleza sutil y no sólida. En cuanto a su apariencia, es suficiente lo que él mismo dijo sobre el firmamento del cielo, que Dios hizo el cielo como una bóveda; que dentro del ámbito del cielo se encierra todo (Isa. XL, 22), tanto lo que ocurre en el mar como en la tierra. Esto se significa de manera similar cuando se lee: Porque el Señor extendió el cielo (Isa. XXXIV, 4). Se extiende ya sea como una piel para las tiendas y moradas de los santos; o como un libro, para que se escriban los nombres de muchos, quienes merecieron la gracia de Cristo por su fe y devoción, a quienes se les dice: Alegraos, porque vuestros nombres están escritos en el cielo (Luc. X, 20).

22. Tampoco es útil tratar sobre la calidad o posición de la tierra en relación a la esperanza del futuro, ya que es suficiente para el conocimiento lo que la serie de las Escrituras divinas comprende, porque suspende la tierra en la nada (Job 26, 7). ¿Qué nos importa discutir si cuelga en el aire o sobre el agua, para que de ahí nazca la controversia de cómo la naturaleza del aire, tenue y más blanda, puede sostener la masa terrestre? ¿O cómo, si está sobre las aguas, no se hunde en el agua el peso de las tierras? ¿O cómo el oleaje del mar no cede ante

ella y se difunde a sus lados movido de su lugar? Muchos también han dicho que la tierra está en medio del aire y que permanece inmóvil por su masa, porque se inclina de un lado a otro con un movimiento equilibrado. De esto creemos que es suficiente lo dicho por el Señor a Job, su siervo, cuando habló a través de la nube diciendo: ¿Dónde estabas cuando fundaba la tierra? Indícame, si tienes conocimiento. ¿Quién puso sus medidas, si lo sabes? ¿O quién es el que trazó la medida sobre ella, o sobre qué están fijados sus círculos? (Job 38, 4). Y más adelante: Cerré el mar con puertas, y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás, sino que en ti se romperán tus olas (Ibid. 10). ¿No muestra claramente Dios que todo subsiste por su majestad en número, peso y medida? Pues la criatura no otorga la ley, sino que la recibe y guarda la recibida. No es, por tanto, que la tierra esté en medio, como si estuviera suspendida en una balanza equilibrada, sino porque la majestad de Dios la constriñe con la ley de su voluntad; para que sobre lo inestable y vacío permanezca estable, como también lo testifica el profeta David diciendo: Fundó la tierra sobre su firmeza, no se inclinará por los siglos de los siglos (Salmo 103, 5). No se proclama aquí a Dios como un simple artífice, sino como el omnipotente, que no suspendió la tierra en un centro, sino en el firme fundamento de su mandato, y no permite que se incline. No debemos, por tanto, tomar la medida del centro, sino del juicio divino; porque no es medida de arte, sino de poder: medida de justicia, medida de conocimiento; porque todo no pasa como inmenso más allá de su conocimiento, sino que está sujeto a su conocimiento como si estuviera medido. Pues cuando leemos: Yo afirmé sus columnas (Salmo 74, 4), no podemos pensar que está realmente sostenida por columnas, sino por esa virtud que sostiene la sustancia de la tierra y la mantiene. Finalmente, que la constitución de la tierra está en el poder de Dios, también lo deducimos de que está escrito: Él mira la tierra y la hace temblar (Salmo 103, 32). Y en otro lugar: Aún una vez más haré temblar la tierra (Ageo 2, 8). No permanece, por tanto, inmóvil por sus propios equilibrios, sino que frecuentemente se conmueve por el mandato y arbitrio de Dios, como también dice Job: Porque el Señor la conmueve desde sus cimientos: y sus columnas se agitan (Job 9, 6). Y en otro lugar: El infierno está desnudo ante él, y no hay cobertura para la muerte, extendiendo el norte sobre la nada, suspendiendo la tierra en la nada, atando el agua en sus nubes... Las columnas del cielo tiemblan y se espantan ante su reprensión: con su poder apaciguó el mar, con su disciplina allanó el cielo: las puertas del cielo le temen (Job 26, 6). Por la voluntad de Dios, la tierra permanece inmóvil y estable por los siglos, según el juicio del Eclesiastés (Eclesiastés 1, 4), y por la voluntad de Dios se mueve y se inclina. No subsiste, por tanto, apoyada en sus fundamentos, ni permanece estable en sus soportes: sino que el Señor la estableció y la contiene con el firme fundamento de su voluntad; porque en su mano están todos los confines de la tierra. Y esta simplicidad de fe supera todos los argumentos. Que otros alaben que la tierra no cae en ningún lugar porque, según la naturaleza, posee su región en el medio, ya que es necesario que permanezca en su región y no se incline hacia otra parte, cuando no se mueve contra la naturaleza, sino según la naturaleza. Que proclamen la excelencia del divino artífice y del eterno operador; pues, ¿quién de los artífices no ha recibido de él? ¿O quién dio a las mujeres la sabiduría del tejido, o la disciplina de la variedad? Sin embargo, yo, que no puedo comprender la profundidad de su majestad y la excelencia de su arte, no me confío a los equilibrios y medidas de la disputa: sino que considero que todo está depositado en su voluntad, que su voluntad es el fundamento de todos los universos, y que por él este mundo aún permanece. Lo cual también se puede afirmar con el ejemplo de la autoridad apostólica. Pues está escrito: Porque la criatura fue sujeta a la vanidad, no por su voluntad, sino por causa de aquel que la sujetó en esperanza (Romanos 8, 20). Pero la misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción, cuando resplandezca la gracia de la divina recompensa.

23. ¿Por qué enumerar la naturaleza y la calidad de la sustancia del cielo, sobre las cuales los filósofos han tejido sus disputaciones? Algunos afirman que el cielo está compuesto de los cuatro elementos; otros introducen una quinta naturaleza de un cuerpo nuevo para su constitución, y afirman que es un cuerpo etéreo, al que no se le mezcla ni fuego, ni aire, ni agua, ni tierra; ya que estos elementos tienen su propio curso, uso y movimiento natural, de modo que los más pesados se hundén y se dirigen hacia abajo, mientras que los vacíos y ligeros se elevan hacia arriba; pues cada uno tiene su movimiento propio, pero en el circuito de la esfera se confunden y pierden la fuerza de su curso, ya que la esfera gira en su órbita, y lo superior se intercambia con lo inferior, y viceversa. Sin embargo, aquellos cuyos movimientos han sido alterados según la naturaleza, necesariamente experimentan cambios en las cualidades de sus sustancias. ¿Por qué, entonces, defendemos que el cuerpo etéreo no está sujeto a corrupción? Porque lo que está compuesto de elementos corruptibles, necesariamente se descompone. Pues, precisamente porque los elementos de la misma naturaleza son diversos, no pueden tener un movimiento simple e inviolable, ya que el movimiento diverso de los elementos se opone entre sí. Un solo movimiento no puede ser adecuado para todos, ni convenir a elementos distantes. Porque el movimiento que es adecuado para los ligeros, se vuelve incómodo para los elementos más pesados. Así, cuando el movimiento del cielo hacia arriba es necesario, se ve obstaculizado por lo terrenal; cuando se busca un descenso hacia lo inferior, el vigor ígneo es atraído violentamente. En efecto, se ve obligado a ir en contra del uso de su naturaleza hacia abajo. Pero todo lo que es forzado en contra de su naturaleza, no sirviendo a la naturaleza sino a la necesidad, pronto se descompone y se divide en aquellos elementos de los que parece estar compuesto, regresando cada uno a su propia región. Por lo tanto, considerando que estos no pueden ser estables, algunos han pensado que el cuerpo del cielo y de las estrellas es etéreo, introduciendo una quinta naturaleza del cuerpo, para que la sustancia del cielo se considere duradera.

24. Pero esta opinión no pudo contradecir la sentencia profética, que también la majestad divina de nuestro Señor Jesucristo confirmó en el Evangelio. Pues David dijo: "En el principio tú, Señor, fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, pero tú permaneces; todos ellos se desgastarán como un vestido, los cambiarás como a un manto, y serán cambiados; pero tú eres el mismo, y tus años no tendrán fin" (Sal. 101, 26 y ss.). Esto lo confirmó tanto el Señor en el Evangelio, que dijo: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mat. 24, 35). Por lo tanto, no logran nada aquellos que, para afirmar la perpetuidad del cielo, pensaron en introducir un quinto cuerpo etéreo; ya que igualmente ven que una porción de un miembro, al ser diferente de las demás, suele traer más daño al cuerpo. Observa también que el profeta David, al nombrar primero la tierra (Sal. 148, 5) y después el cielo, creyó necesario declarar la obra del Señor; pues cuando dijo y fueron hechas, no importa qué se exprese primero, ya que ambos fueron hechos simultáneamente; para que al menos esta prerrogativa no parezca ser adjudicada al cielo como una sustancia divina, estimándose superior por el privilegio de ser la criatura primogénita. Dejemos, pues, a aquellos con sus propias contiendas, que se refutan mutuamente con sus disputas. Para nosotros es suficiente para la salvación, no la controversia de las disputas, sino la verdad de los preceptos; no la astucia de la argumentación, sino la fe de la mente, para que sirvamos al creador más que a la criatura, que es Dios bendito por los siglos.

CAPÍTULO VII. (Sermón II.)

Se responde a aquellos que intentan argumentar la eternidad de la materia a partir de las palabras de la Escritura. La tierra se dice invisible porque estaba cubierta de aguas. Por qué se indica que fue hecha antes de ser adornada.

25. La tierra, sin embargo, era invisible y desordenada (Gén. I, 2). Un buen artífice primero pone el fundamento: después, una vez puesto el fundamento, distingue las partes de la edificación y añade el ornamento. Puesto, pues, el fundamento de la tierra y confirmada la sustancia del cielo, ya que estos dos son como los ejes de las cosas, añadió: La tierra, sin embargo, era invisible y desordenada. ¿Qué significa "era", sino para que no extiendan su opinión al infinito y sin principio, y digan: He aquí que la materia, es decir, la hyle, como dicen los filósofos, incluso según la Escritura divina, no tuvo inicio? Pero a los que dicen esto les responderás que está escrito: "Caín era labrador de la tierra" (Gén. IV, 2). Y sobre aquel que fue llamado Jubal, la Escritura dice: "Este era el padre de los que tocan el arpa y la flauta" (Ibid., 21). Y, "Había un hombre en la tierra de Uz, llamado Job" (Job I, 1). Dejen, pues, de suscitar cuestiones sobre la palabra, especialmente cuando Moisés ha dicho antes que Dios hizo la tierra. Era, por tanto, desde que fue hecha. Pues si dicen que es sin principio, ya no solo dicen que Dios, sino también la hyle, es sin principio, que definan dónde estaba. Si en un lugar, entonces también se afirma que el lugar era sin principio, en el cual estaba la materia de las cosas, que no tenía principio. Pero si parece absurdo creer esto sobre el lugar, vean si debemos considerar la tierra como volátil, que, no teniendo fundamento, se sostenía con las alas del remo. ¿De dónde, entonces, le tomaremos alas, a menos que tal vez derivemos aquí la interpretación del discurso profético: "Desde los confines de la tierra hemos oído maravillas" (Isa. XXIV, 16)? Y aquello: "¡Ay de la tierra de las alas de las naves!" (Isa. XVIII, 1)? Pero si aceptamos esto, ¿en qué aire volaba la tierra? Pues sin aire no podía volar, pero el aire aún no podía existir, ya que no había sido hecha la distinción de la materia de los elementos, cuando aún no habían sido hechos los mismos elementos. ¿Dónde, entonces, estaba esta materia sostenida por las alas del remo? No estaba en el aire, porque el aire es un cuerpo del mundo: la lectura enseña que el aire es un cuerpo (Sab. V, 12), porque la flecha lanzada al lugar al que el arquero apunta, el aire cortado se resuelve inmediatamente en sí mismo. ¿Dónde, entonces, estaba la hyle, a menos que tal vez se diga con cierta intención demente, que estaba en Dios? Entonces Dios, que es de naturaleza invisible e inviolable, que habita en la luz inaccesible, espíritu incomprensible y purísimo, ¿era el lugar de la materia del mundo, y estaba en Dios una porción del mundo, cuando ni siquiera la mente de sus siervos es de este mundo, como tenemos escrito: "No son de este mundo, como tampoco yo soy de este mundo" (Juan XVII, 14)?

26. ¿Cómo, entonces, se unían las cosas invisibles a las visibles, y lo que otorgó orden y belleza a todas las cosas, a las que estaban desordenadas? A menos que tal vez porque dijo: "La tierra, sin embargo, era invisible", y crean que es invisible por su sustancia; y por eso, al estar cubierta de aguas, no podía ser visible a los ojos corporales, de la misma manera que muchas cosas situadas en lo profundo de las aguas escapan a la vista y al enfoque de los ojos. Pues para Dios nada es invisible, pero la criatura del mundo se considera invisible desde la perspectiva de la criatura. La tierra también es invisible porque aún no había luz que iluminara el mundo, aún no había sol: pues después fueron hechos los luminarias del cielo. Y si el rayo del sol a menudo ilumina incluso lo que está cubierto por aguas, y lo que está sumergido en lo profundo se revela con el esplendor de su luz; ¿quién dudaría de que para Dios las cosas que están en lo profundo no pueden ser invisibles? A menos que tal vez entendamos la tierra invisible en el sentido de que aún no era visitada por la palabra de Dios y su protección, ya que no tenía al hombre, por quien el Señor miraría a la tierra, como está escrito: "El Señor miró sobre los hijos de los hombres, para ver si había alguno que entendiera o buscara a Dios" (Salmo XIII, 2). Y en otro lugar dice: "Desde el cielo lanzó juicio: la tierra tembló y se quietó" (Salmo LXXV, 9). Y con razón invisible, porque estaba desordenada, ya que aún no había recibido de su propio creador la forma y figura adecuadas.

27. Y tal vez digan: ¿Por qué Dios, así como dijo y se hicieron, no otorgó al mismo tiempo ornamentos adecuados a los elementos que surgían, como si no pudiera hacer que el cielo, adornado con estrellas, resplandeciera de inmediato al ser creado, y que la tierra se vistiera de flores y frutos? Sin duda pudo hacerlo, pero por eso se declara que primero fueron hechos y después compuestos, para que no se creyera que fueron increados y sin principio, si las especies de las cosas parecieran no haber sido añadidas después, sino engendradas desde el inicio. Se lee que la tierra estaba desordenada, y es honrada por los mismos filósofos con los privilegios de eternidad que Dios, ¿qué dirían si desde el principio su belleza hubiera florecido? Se describe sumergida en aguas, como si estuviera sujeta a un naufragio de sus propios principios, y aún algunos no creen que fue hecha; ¿qué si reclamara la belleza primogénita? Se añade a esto que Dios quiso que fuéramos sus imitadores, para que primero hiciéramos algo y después lo embelleciéramos; no sea que al abordar ambas cosas al mismo tiempo, no pudiéramos cumplir ninguna. Nuestra fe crece de alguna manera por grados. Por eso Dios primero hizo y después embelleció, para que creamos que el mismo que adornó fue quien hizo, y quien hizo fue quien adornó; no pensemos que uno adornó y otro creó: sino que el mismo realizó ambas cosas; para que primero hiciera y después compusiera, para que una cosa se creyera por la otra. Tienes en el Evangelio un testimonio evidente de esto (Juan XI, 44). Pues el Señor, al resucitar a Lázaro, ordenó que los judíos removieran la piedra del sepulcro, para que viendo al muerto, después creyeran en su resurrección. Luego llamó a Lázaro, y resucitó, y salió con las manos y los pies atados. ¿Acaso no podía remover la piedra, quien podía resucitar al muerto? Y quien pudo devolver la vida al difunto, ¿no podía desatar los nudos de las ataduras? ¿Aquel que dio paso a quien tenía los pies atados, no podía devolverle el andar rompiendo las ataduras? Pero ciertamente advertimos que quiso primero mostrar al muerto, para que creyeran con sus propios ojos: luego resucitarlo: tercero, ordenar que ellos mismos desataran las ataduras del funeral; para que entre estas cosas se infundiera la fe en los incrédulos, y por ciertos grados naciera la credulidad.

CAPÍTULO VIII.

La tierra estaba desordenada; tanto porque en ella no había nada distinto, como porque estaba cubierta de tinieblas. No debe entenderse la malicia por las tinieblas, como lo declara el Espíritu Santo que se cernía sobre las aguas, y otras cosas; pero sobre todo porque la malicia no surge sino de nosotros mismos.

28. Hizo, pues, Dios primero el cielo y la tierra, pero no como una creación perpetua, sino como una criatura corruptible destinada a la consumación. Por eso en el libro de Isaías dice: Levantad vuestros ojos al cielo y mirad la tierra abajo; porque el cielo se ha solidificado como humo, y la tierra se envejecerá como un vestido (Isa. LI, 6). Esta es la tierra que antes era desordenada. Pues aún no existían los mares delimitados en su fin, y por eso, con oleaje errante y abismo profundo, la tierra era inundada. Considera que incluso ahora la tierra suele estar cubierta de humedad pantanosa, y no es apta para el arado, donde el agua vertida sobre la tierra se desborda. Era, pues, desordenada; como un campo sin arar de un agricultor hábil, porque aún faltaba el cultivador. Era desordenada; porque estaba desnuda de vegetación, ni herbosa en las riberas, ni sombreada por bosques, ni alegre con cosechas, ni umbría en las cimas de los montes, ni fragante con flores, ni agradable con viñedos. Con razón desordenada, pues carecía de adornos, le faltaban las guirnaldas de vides florecientes. Dios quiso mostrar que ni el mundo mismo tendría gracia, si el Creador no lo hubiera adornado con variada cultura. El mismo cielo, entretejido de nubes, suele provocar horror a los ojos y tristeza a los ánimos. La tierra empapada de lluvias es desagradable. Los mares agitados por

tormentas, ¿a quién no infunden miedo? La apariencia de las cosas es bellísima, pero ¿qué sería sin luz? ¿qué sin temperatura? ¿qué sin la reunión de las aguas, con las que antes se consideraban sumergidos los comienzos de este cielo? Quita el sol de la tierra, quita de los cielos los globos de las estrellas, todo se cubre de tinieblas. Así era antes de que el Señor infundiera luz a este mundo. Y por eso la Escritura dice: que las tinieblas estaban sobre el abismo (Gen. I, 2). Había tinieblas, porque faltaba el esplendor de la luz. Había tinieblas, porque el aire mismo es tenebroso. El agua misma bajo la nube es tenebrosa, porque el agua es tenebrosa en las nubes del aire. Había, pues, tinieblas sobre los abismos de las aguas. No creo que deba entenderse como malas potestades, que el Señor haya creado su malicia; ya que ciertamente la malicia no es sustancial, sino accidental, desviada de la bondad de la naturaleza.

29. Por lo tanto, en la constitución del mundo, la opinión de la malicia debe ser apartada por el momento, para que no parezca que mezclamos con la operación divina y la bellísima creación, aquello que es descolorido, especialmente cuando sigue: Y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas (Génesis 1, 2). Aunque algunos lo interpreten como aire, otros como el espíritu que respiramos y captamos de esta aura vital; sin embargo, nosotros, en consonancia con la opinión de los santos y fieles, entendemos que se refiere al Espíritu Santo, para que en la constitución del mundo resplandezca la operación de la Trinidad. Pues habiendo dicho antes que en el principio creó Dios el cielo y la tierra, es decir, en Cristo creó Dios, o el Hijo de Dios creó, o por el Hijo Dios creó; ya que todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada fue hecho, quedaba la plenitud de la operación en el Espíritu, como está escrito: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el aliento de su boca toda su fuerza (Salmo 32, 6). Así como en el Salmo se nos enseña la operación del Verbo, que es la Palabra de Dios, y la virtud que dio el Espíritu Santo; de igual manera aquí resuena el oráculo profético, porque Dios dijo, y Dios hizo. También el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Al adornar el firmamento del cielo, y al hacer germinar la tierra, el Espíritu se movía hermosamente, porque por Él tenían las semillas de los nuevos brotes que germinar, según lo que dijo el profeta: Envía tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra (Salmo 103, 30). Finalmente, el sirio, que es cercano al hebreo y en muchas cosas concuerda y coincide en el lenguaje, lo tiene así: Y el Espíritu de Dios incubaba sobre las aguas, es decir, vivificaba, para que impulsara a nuevas criaturas, y con su calor animara a la vida. Pues también leemos que el Espíritu Santo es creador, como dice Job, El Espíritu divino que me hizo (Job 33, 4). Por lo tanto, si el Espíritu Santo se movía sobre las aguas, las tinieblas de las virtudes contrarias no podían estar sobre ellas, donde tanta gracia reclamaba su lugar: o, como algunos quieren, si se entiende como aire, que respondan por qué razón lo llama Espíritu de Dios, cuando hubiera sido suficiente llamarlo espíritu.

30. Así pues, el Señor nuestro Dios creó primero los cuatro elementos: el cielo, la tierra, el mar y el aire; ya que las causas de las cosas son el fuego y el aire, la tierra y el agua, de las cuales se compone la apariencia y la forma del mundo. ¿Dónde, entonces, podrían haber tenido lugar las tinieblas de las maldades espirituales, cuando el mundo se revestía de la belleza de esta augusta figura? ¿Acaso Dios creó la maldad al mismo tiempo? Pero esta surgió de nosotros, no fue creada por Dios el Creador, se genera por la ligereza de las costumbres, no teniendo ninguna prerrogativa de la criatura, ni autoridad de sustancia natural, sino un vicio de mutabilidad y un error de caída. Dios quiere erradicar esto de las almas de cada uno, ¿cómo podría Él haberla generado? Clama el profeta: Dejad vuestras maldades (Is. I, 17). Y especialmente el santo David: Apártate del mal y haz el bien (Sal. XXXIII, 15); ¿cómo, entonces, le atribuimos a Él el inicio? Pero esta es la opinión funesta de aquellos que pensaron perturbar la Iglesia. De aquí surgieron los marcionitas, de aquí los valentinianos, de

aquí aquellas plagas de los maniqueos intentaron introducir contagios funestos en las mentes de los santos. ¿Por qué buscamos en la misma luz de la vida las tinieblas de la muerte? La Escritura divina sugiere salvación, exhala el aroma de la vida, para que al leer captes la suavidad, no para que incurras en el peligro del precipicio. Lee simplemente, oh hombre, no te caves a ti mismo una fosa como un intérprete perverso; el discurso es simple, porque Dios hizo el cielo y la tierra. Hizo lo que no existía, no lo que ya existía. Y la tierra era invisible, desde que fue hecha, existía; y era invisible, porque el agua la inundaba y la cubría, y sobre ella había tinieblas extendidas, porque aún no existía la luz del día, aún no había rayo de sol, que suele también declarar lo que está oculto bajo las aguas. ¿Qué dicen, entonces, que Dios creó el mal, cuando de los contrarios y adversos no se generan cosas adversas? Pues la vida no genera la muerte, ni la luz las tinieblas. No es que las mutaciones de los afectos sean como los progresos de las generaciones. Aquellas se vuelven de contrarios a contrarios por la desviación del propósito: estas no se desvían de contrarios a adversos, sino que son creadas por autores o causas del mismo género, y se refieren a la semejanza de su autor.

31. ¿Qué diremos, pues? Si no es sin principio, como increada, ni hecha por Dios, ¿de dónde obtiene la naturaleza su malicia? Pues ningún sabio ha negado que hay males en este mundo, ya que es tan frecuente en este siglo la caída hacia la muerte. Pero de lo que ya hemos dicho, podemos concluir que no es una sustancia viva, sino una depravación de la mente y del alma, desviada del camino de la virtud, que con frecuencia se infiltra en las almas de los descuidados. Por lo tanto, no es de lo externo de donde proviene el mayor peligro para nosotros, sino de nosotros mismos. El adversario está dentro, el autor del error está dentro, digo, encerrado en nosotros mismos. Examina tu propósito, explora el estado de tu mente, mantén vigilancia contra los pensamientos de tu mente y los deseos del alma. Tú mismo eres la causa de tu maldad, tú mismo el líder de tus delitos y el incitador de tus crímenes. ¿Por qué invocas una naturaleza ajena para excusar tus caídas? Ojalá no te empujaras a ti mismo, ojalá no te precipitaras, ojalá no te involucraras en estudios desmedidos, o en la indignación, o en los deseos que nos mantienen atrapados como en ciertas redes. Y ciertamente está en nosotros moderar los estudios, contener la ira, refrenar los deseos: está en nosotros también entregarnos a la lujuria, alimentar las pasiones, inflamar la ira, o prestar oído al que inflama, elevarnos más en el orgullo, desbordarnos en la crueldad, que ser reprimidos por la humildad, amar la mansedumbre. ¿Por qué acusas a la naturaleza, oh hombre? Ella tiene como ciertos impedimentos, la vejez y la debilidad. Pero la vejez misma es más dulce en las buenas costumbres, más útil en los consejos, más preparada para afrontar la muerte con constancia, más fuerte para reprimir las pasiones. La debilidad del cuerpo también es sobriedad de la mente. Por eso dice el Apóstol: Cuando soy débil, entonces soy fuerte (II Cor. XII, 10). Así que no se gloriaba en las virtudes, sino en las debilidades. También la respuesta divina resplandeció con un oráculo salvador; porque la virtud se perfecciona en la debilidad. Deben evitarse aquellas cosas (15, q. 1, cap. Illa cavenda) que surgen de nuestra voluntad, los delitos de la juventud y las pasiones irracionales del cuerpo. De lo cual somos dueños, no busquemos sus principios externamente; ni los atribuyamos a otros, sino reconozcamos lo que es propiamente nuestro. Pues lo que podemos no hacer si no queremos, debemos atribuir la elección de ese mal a nosotros mismos, más que a otros. Por eso, incluso en los juicios de este mundo, la culpa constriñe a los culpables voluntarios, no a los forzados por necesidad, y la pena los condena. Pues si alguien mata a un inocente por furia, no está sujeto a la muerte. Incluso por el oráculo de la ley divina (Éxodo XXI, 13), si alguien causa la muerte por imprudencia, recibe la esperanza de impunidad, la facultad de refugio, para que pueda escapar. Esto, pues, se ha dicho sobre lo que propiamente parece mal. Porque no son males sino aquellos que implican la mente en el crimen y atan la conciencia. En cuanto a la pobreza, la ignominia, la enfermedad, la muerte, ningún sabio las llamaría males, ni las contaría entre

los males; porque ni sus contrarios se tienen entre los mayores bienes, de los cuales unos nos parecen suceder por naturaleza, otros por conveniencia.

32. Este excursus no ha sido en vano para nosotros; para que probáramos que las tinieblas y el abismo deben ser entendidos de manera simple. Pues había tinieblas por la sombra del cielo; porque todo cuerpo proyecta una sombra, que oscurece o limita lo que está cerca o debajo, y especialmente aquello que parece cubrir y encerrar. El polo del cielo encierra, porque el cielo se extiende como una bóveda, tal como hemos demostrado anteriormente. Por lo tanto, no era una sustancia tenebrosa principal: sino que la oscuridad de las tinieblas siguió al cuerpo del mundo como una sombra. Así, en el momento de la orden divina, el mundo, alzándose, encerró la sombra dentro de sí; como si alguien en medio de un campo, iluminado por el sol del mediodía, de repente cercara un lugar y lo cubriera con densas ramas y hojas, ¿no es cierto que cuanto más resplandece la apariencia del lugar desde afuera, más oscura se vuelve la escena sombría de su interior? ¿O por qué llamaron caverna a un lugar cerrado de este tipo, sino porque se oscurece con la situación sombría y la opresión de las tinieblas? Estas tinieblas estaban, pues, sobre los abismos de las aguas. Pues el Evangelio enseña que el abismo se refiere a la multitud y profundidad de las aguas (Luc., VIII, 31), donde los demonios rogaban al Salvador que no les ordenara ir al abismo. Pero quien enseñaba que no se debían cumplir las voluntades de los demonios, les ordenó que fueran a los cerdos. Sin embargo, los cerdos se precipitaron en un lago de aguas, para que lo que los demonios rehusaban no lo evitaran, sino que fueran sumergidos con una caída merecida. Así, esta era la forma y figura desordenada del mundo.

CAPÍTULO IX.

Se crea la luz: la misma se distingue de las tinieblas y es aprobada: y por esta razón la luz es llamada día, y las tinieblas, noche.

33. Y el Espíritu, dice, de Dios se movía sobre las aguas, y dijo Dios: Hágase la luz (Gén., I, 3). Con razón fue precedido el Espíritu de Dios, donde la operación divina iba a comenzar. Hágase, dice, la luz. ¿Dónde debía la voz de Dios en la Escritura divina comenzar, sino con la luz? ¿De dónde debía el adorno del mundo tomar su inicio, sino de la luz? Pues sería en vano si no se viera. Dios mismo estaba en la luz, porque habita en luz inaccesible, y era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo: pero quiso que se hiciera aquella luz que pudiera ser comprendida por los ojos corporales. Quien desea construir un edificio digno de la morada del padre de familia, antes de poner los cimientos, explora de dónde infundirle luz, y esa es la primera gracia, que si falta, toda la casa se horroriza con un desaliño deforme. La luz es la que realza los demás adornos de la casa. Hágase, dice, la luz. La plena voz de la luz no significa el aparato de disposición, sino que resplandece con el efecto de la operación. El artífice de la naturaleza habló la luz, y la creó. La palabra de Dios es voluntad, la obra de Dios es naturaleza: creó la luz, iluminó las tinieblas. Y dijo Dios, Hágase la luz, y fue hecha la luz. No lo dijo para que siguiera la operación, sino que con la palabra concluyó el asunto. De ahí que bellamente dice el salmo de David: Dijo y fueron hechas (Sal. CXLVIII, 5), porque el efecto cumplió lo dicho. Por tanto, Dios es el autor de la luz: pero el lugar y la causa de las tinieblas es el mundo. Pero el buen autor dijo la luz de tal manera, que abrió el mundo mismo con la luz infundida, y embelleció su apariencia. Resplandeció entonces de repente el aire, y las tinieblas se espantaron con la claridad de la nueva luz. Las reprimió, y como si las sumergiera en abismos, de repente el resplandor de la luz infundida por todo el mundo. Bellamente y propiamente dijo: Fue hecha la luz. Pues así como rápidamente la luz ilumina el cielo, la tierra, los mares, y en un momento del tiempo,

sin ninguna comprensión, con el esplendor del día naciente, se extiende a nuestra vista; así su surgimiento debía explicarse rápidamente. ¿Por qué nos asombramos si Dios habló la luz, y al mundo oscuro brilló la luz, cuando si alguien sumergido entre las aguas, emite aceite por la boca, hace más claras aquellas cosas que estaban ocultas en las profundidades? Dijo Dios; no para que a través de los órganos de la voz saliera algún sonido del discurso, ni para que el movimiento de la lengua formara un discurso celestial, y algún ruido de palabras golpeará este aire: sino para que la cognición de su voluntad se revelara con el efecto de la operación.

34. Y separó entre la luz y las tinieblas; y vio Dios que la luz era buena (Gén. I, 4). Dijo y nadie oyó el sonido de su voz: separó, y nadie percibió el esfuerzo de su operación: vio y nadie contempló la intención de sus ojos. Y vio, dice, Dios que la luz era buena. No vio lo que ignoraba; ni aprobó lo que antes no sabía o no había visto: sino que es propio de las buenas obras no necesitar de un recomendador externo, sino que se testimonian a sí mismas con su gracia cuando son vistas. Es más lo que se prueba con la vista que lo que se alaba con palabras. Pues se utiliza su propio testimonio, no el sufragio ajeno. Si entre nosotros el juicio se emite con los ojos, con los cuales se comprende tanto la gracia de la belleza como la medida de las cosas, cuánto más Dios ve todo lo que aprueba, y aprueba lo que ve, según está escrito, porque los ojos del Señor están sobre los justos (Sal. XXXIII, 16). La naturaleza de la luz es tal que no está en número, ni en medida, ni en peso, como otras cosas, sino que toda su gracia está en el aspecto. Por lo tanto, expresó con sus propias palabras la naturaleza de la luz, que agrada al ser vista, ya que ella misma suministra el oficio de ver. Y no sin razón pudo encontrar un predicador tan grande para sí misma, por el cual justamente es alabada primero; ya que ella hizo que incluso los demás miembros del mundo sean dignos de alabanzas. Vio, pues, Dios la luz, y con su rostro la iluminó, y vio que era buena. No es un juicio parcial de Dios, sino un juicio general. Así que la gracia de la luz se prueba no solo en el esplendor, sino en toda utilidad. De ahí que se haga una separación entre la luz y las tinieblas; para que, separada la naturaleza de la luz y de las tinieblas, no se vea nada confuso en su interior.

35. Y Dios llamó a la luz día, y a las tinieblas llamó noche (Gén. I, 5); para que incluso con el nombre distinguiera el día de la noche. Observamos, por tanto, que el amanecer de la luz parece abrir el día antes de que el sol lo haga visible; pues los principios del día cierran la salida de la noche, y el fin del tiempo y el límite del estado parecen estar prescritos para la noche y el día. El sol ilumina el día, la luz lo hace. Frecuentemente el cielo se cubre de nubes, de modo que el sol se oculta y no aparece ningún rayo suyo; sin embargo, la luz muestra el día, esconde las tinieblas.

CAPÍTULO X.

El día se prefiere a la noche, aunque a algunos les parezca lo contrario. Por qué se llama un día en lugar de primero; y se concluye con el final de la mañana.

36. Y fue la tarde y fue la mañana, un día (Gén. I, 5). Algunos se preguntan por qué la Escritura menciona primero la tarde y luego la mañana, como si pudiera parecer que la noche precede al día. No advierten primero que ya había mencionado el día, diciendo: Y llamó Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche; luego que la tarde es el fin del día, y la mañana el fin de la noche. Por lo tanto, para dar la prerrogativa y primacía del nacimiento al día, primero indicó el fin del día, después de lo cual vendría la noche, y luego añadió el fin de la noche. Sin embargo, la Escritura no pudo anteponer la noche al día hasta el punto de que los tiempos del día y de la noche los concluyera bajo la denominación de día, reivindicando así la

autoridad principal del nombre. Y probamos que esta es la costumbre de la Escritura, de asignar la denominación al más importante, con numerosos ejemplos. Pues también Jacob dijo: Los días de mi vida, pocos y malos (Gén. XLVII, 9). Y de nuevo: Todos los días de mi vida. Y David puso: Los días de nuestros años (Sal. LXXXIX, 10); no dijo también las noches. De donde advertimos que lo que ahora se transmite en forma de historia establece la fuerza de la ley para el futuro. El principio del día, es la voz de Dios: hágase la luz; y se hizo la luz. El fin del día es la tarde. Ya el día siguiente sucede al fin de la noche. La sentencia de Dios es evidente, porque primero llamó a la luz día, y en segundo lugar llamó a las tinieblas noche.

37. También de manera excelente no mencionó un solo día como el primero; pues al seguir el segundo, y el tercer día, y así sucesivamente los demás, pudo haber dicho primero: y esto parecía ser de orden, pero estableció la ley de que las veinticuatro horas diurnas y nocturnas se definan solo con el nombre de día, como si dijera: La medida de veinticuatro horas es el tiempo de un día. Pues así como se computa la generación de los hombres, y se entiende también la de las mujeres, porque se enlazan las segundas a las más importantes; así también se cuentan los días, y se consideran las noches añadidas. Así como un circuito es uno, así un día es uno. Pues muchos incluso llaman a una semana un solo día; lo cual en sí mismo parece regresar a un solo día, y como si se repitiera siete veces en sí mismo. Sin embargo, esta figura de circuito comienza en sí misma y regresa a sí misma. Por eso, a veces la Escritura llama a un siglo uno. Pues aunque en otros lugares llama siglos, parece significar más las diversidades de los estados públicos o de los asuntos, que definir algunas sucesiones de siglos: Porque el día del Señor es grande y glorioso (Joel II, 11). Y en otro lugar, ¿Por qué buscáis el día del Señor? (Amós V, 16). Y aquí oscuridad y no luz. Pues es manifiesto que para los de mala conciencia e indignos, ese día será tenebroso, en el cual brillará la inocencia, y la mente culpable será atormentada. Además, que sin la interrupción de las noches, y la sucesión de las tinieblas, ese día perpetuo de la eterna recompensa será, la Escritura nos enseña (Isaías LX, 19).

38. Hermosamente, al hablar de un solo día, concluyó con el final de la mañana, para enseñar que el día comienza con la luz y termina en la luz. Pues el tiempo completo del día no está íntegro a menos que también se haya cumplido la noche. Por eso, nosotros también debemos caminar siempre como en el día, y desechar las obras de las tinieblas. Reconocemos que la noche ha sido dada para el descanso del cuerpo, no para la realización de alguna tarea o función, que transcurre en el sueño y el olvido. No haya para nosotros comilonas, embriaguez, lecho, impureza. No digamos: Las tinieblas y las paredes nos cubren, y ¿quién sabe si el Altísimo verá? Sino que haya en nosotros amor por la luz y cuidado por la honestidad, para que, caminando como en el día, deseemos que nuestras obras brillen ante Dios, a quien sea el honor, la alabanza, la gloria, el poder, con nuestro Señor Jesucristo, y con el Espíritu Santo desde los siglos, ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos, Amén.

LIBRO SEGUNDO. SOBRE LA OBRA DEL SEGUNDO DÍA.

21 CAPÍTULO I. (Sermón III.)

Habiendo revisado brevemente las obras del primer día, y rechazando aquellas que atribuían al mundo una materia eterna, pasa al segundo día: y en la creación de las cosas enseña que no debe considerarse la posibilidad de la naturaleza, sino el poder de Dios.

1. Hemos completado, en la medida de nuestras posibilidades, el primer día, o más bien el único, pues permanece para él la prerrogativa profética del discurso; en el cual conocimos la creación del cielo, la tierra formada, la abundancia de las aguas, el aire circundante, la separación hecha entre la luz y las tinieblas por la operación de Dios todopoderoso, y del Señor Jesucristo, así como del Espíritu Santo. ¿Quién, entonces, no se maravillaría de que un mundo tan diverso en sus miembros dispares se eleve en un solo cuerpo, y que, por una ley indisoluble de concordia y caridad, cosas tan distantes se unan en sociedad y conexión, de modo que, aunque sean distintas por naturaleza, se enlacen en un vínculo de unidad y paz como si fueran una compactación indivisible? ¿O quién, al ver esto, cuestionaría la posibilidad de la razón con un ingenio débil? Todo esto, la fuerza divina, incomprensible para las mentes humanas e inefable para nuestros discursos, lo ha unido con la autoridad de su voluntad.

2. 23 Así pues, Dios hizo el cielo y la tierra, y les ordenó ser como su autor, no como un inventor de formas, sino como un operador de la naturaleza. Pues, ¿cómo se concilian la virtud operativa del Dios impasible y la naturaleza pasible de la materia, como si una dependiera de la otra, prestándose mutuamente lo que necesitan? Porque si la materia es increada, parecería entonces que a Dios le faltó el poder de crear materia, y que lo tomó prestado de ella para su operación. Pero si es incompleta, es muy extraño que la materia coeterna a Dios no pudiera conferirle belleza, ya que no recibió su sustancia del creador, sino que la poseyó sin tiempo. Por lo tanto, el operador de todo encontró más de lo que aportó. Encontró la materia en la que podía operar: pero aportó la forma que traería belleza a las cosas encontradas. Por lo tanto, debe ser distinguido de los demás como un solo día, no comparado con los demás como el primer día, en el cual se pusieron los fundamentos de todas las cosas, y comenzaron las causas por las cuales la sustancia de este mundo y de toda la creación visible está sostenida. Por eso, que nuestro discurso avance hacia las admirables obras del segundo día, cuya eminencia debe ser referida no según la posibilidad de nuestro tratado, sino según la verdad del escritor, para alabanza del Creador.

3. Os ruego, por tanto, que consideréis naturalmente lo que decimos de manera probable, y que os dignéis a reflexionar con mente sencilla y diligente ingenio, no según las tradiciones de la filosofía y la vana seducción recogiendo verosimilitudes persuasivas; sino según la regla de la verdad, que se expresa en los oráculos del divino discurso, e infundida en los corazones de los fieles por la contemplación de tan gran majestad, porque está escrito: Confirmame en tus palabras. Me narraron los injustos sus ejercicios, pero no como tu ley, Señor: todos tus preceptos son verdad (Salmo 128, 28, 85 y 86). No consideremos, pues, según las naturalezas de los elementos, sino según Cristo, quien hizo todo lo que quiso, abundante en la plenitud de su divinidad, y preguntemos a la posibilidad de la naturaleza. Pues cuando en el Evangelio curaba a los leprosos, devolvía la vista a los ciegos, el pueblo que estaba presente y observaba aquello, no reconoció el orden de la medicina: sino que maravillado por el poder del Señor, dio, como está escrito, alabanza a Dios (Lucas 18, 43). Tampoco según los números de los egipcios y la conjunción de los astros, extendió Moisés su mano sobre las medidas de los elementos para que se dividiera el Mar Rojo, sino obedeciendo al mandato de la potestad divina. Por lo cual él mismo dijo: Tu diestra, Señor, se ha glorificado en poder: tu diestra, Señor, ha destrozado a los enemigos (Éxodo 15, 6). Por tanto, pueblo santo, eleva tu mente a Él, y dirige todo tu ánimo hacia Él. Dios no ve como el hombre; Dios ve en el corazón, el hombre en la apariencia. Tampoco el hombre ve como Dios. Oyes que Dios vio y alabó. No juzgues, pues, con tus ojos lo que ha sido hecho, ni lo recojas con opiniones: sino que lo que Dios vio y aprobó, no pienses que debe ser reconsiderado.

24 CAPÍTULO II.

El firmamento se crea para separar las aguas de las aguas. Se considera que hay varios cielos, y se refuta la armonía de las esferas celestiales.

4. Y dijo Dios: Haya un firmamento en medio de las aguas, y que separe unas aguas de otras; y así fue hecho (Gén. I, 6). Escucha las palabras de Dios, dice Fiat. Es de quien manda, no de quien estima. Ordena a la naturaleza, no obedece a la posibilidad, no recoge medidas, no examina el peso. Su voluntad es la medida de las cosas. Su palabra es el fin de la obra: Fiat, dice, haya un firmamento en medio de las aguas. Firme es todo lo que Dios establece. Y con bastante belleza precedió: Haya un firmamento, antes de añadir en medio de las aguas; para que primero creyeras que el firmamento fue hecho por mandato de Dios, antes de que dudases de la calidad fluida de las aguas. Si consideras la naturaleza de los elementos, ¿cómo se solidificó el firmamento entre las aguas? Ellas fluyen, él se constriñe; ellas corren, él permanece. Y que sea, dice, separador entre las aguas. Pero el agua suele confundir, no separar. ¿Cómo manda lo que sabe que es contrario según la razón de los elementos? Pero como su palabra es el origen de la naturaleza, con razón se atribuye el derecho de dar ley a la naturaleza, quien dio origen.

5. Pero primero consideremos qué es el firmamento, si es lo mismo que en los pasajes anteriores llamó cielo, o si es algo distinto, y si hay dos cielos, o más. Pues hay quienes dicen que solo hay un cielo, y que no habría sido posible crear otro cielo, ya que, según ellos, una sola materia prima habría sido suficiente; porque, habiéndose agotado toda en el cielo superior, no quedó nada que pudiera servir para la construcción de un segundo o tercer cielo. Otros, en cambio, afirman que existen innumerables cielos y mundos, a quienes sus propios seguidores ridiculizan. No tienen más disputa con nosotros que con los suyos, quienes, basándose en números geométricos y necesidades, intentan demostrar que no puede haber otro cielo, ni que la naturaleza permita que haya un segundo o un tercero, ni que la capacidad del creador sea suficiente para hacer muchos cielos. ¿Y quién no se burlaría de su elocuencia artificiosa, cuando no niegan que de una misma causa puedan los hombres hacer muchas cosas del mismo género, pero dudan del creador de todo, si pudo hacer varios cielos, de quien está escrito: El Señor hizo los cielos (Salmo 95, 5). Y en otro lugar: Todo lo que quiso, lo hizo (Salmo 113, 3). ¿Qué le es difícil a aquel para quien querer es hacer? Por lo tanto, su argumento de imposibilidad se tambalea cuando discuten sobre Dios, a quien verdaderamente se dice: Porque nada te es imposible.

6. Por lo tanto, no podemos negar que existe no solo un segundo, sino también un tercer cielo, ya que el Apóstol confirma en sus escritos que fue arrebatado hasta el tercer cielo (II Cor., II). David también establece los cielos de los cielos en aquel coro de los que alaban al Señor (Salmo CXLVIII). Imitándolos, los filósofos introdujeron el movimiento consonante de las cinco estrellas, el sol y la luna, recordando que todos están conectados a sus órbitas o más bien esferas, las cuales se mueven en sentido contrario al de los demás, y creen que este movimiento y el impulso de sus órbitas producen un sonido dulce, lleno de suavidad, arte y un modulamiento muy agradable, ya que el aire, cortado por un movimiento tan artístico, y equilibrando lo agudo con lo grave, produce armonías tan variadas y equilibradas que superan toda la dulzura de la música.

7. Si buscas y esperas que esta cuestión se confirme y se demuestre por nuestros sentidos y oído, vacilan. Pues si fueran verdaderas, ¿cómo es que, con tanto movimiento de los orbes resonando, cuando ese orbe celestial, al que dicen están fijados los cursos de las estrellas, que

giran sin interrupción, tiene una conversión más rápida y produce un sonido agudo, y este orbe lunar un sonido más grave, no lo escuchamos, cuando solemos oír cosas más leves? Por lo tanto, si exigimos que la credibilidad de esta discusión se pruebe con nuestro testimonio y el don del oído, dicen que nuestros oídos se han ensordecido, y que nuestro sentido del oído se ha vuelto más obtuso, debido a esa costumbre del sonido concebida desde el principio de nuestra generación. Y presentan como ejemplo que el Nilo, el mayor de los ríos, en el lugar donde se precipita desde las altísimas montañas en esa catarata, obstruye con la magnitud de su fragor los oídos de los habitantes, de modo que se dice que carecen del don de oír. Pero la verdad misma responde fácilmente a esto. Pues, ¿no escucharíamos las conversiones de tan grandes orbes, que se estima que se mueven con mayor rapidez, así como escuchamos los truenos generados por la colisión de las nubes, que ciertamente provocarían sonidos más vehementes? Añaden además que este sonido no llega a la tierra para que los hombres, cautivados por su suavidad y dulzura, que ese rapidísimo movimiento de los cielos produce, desde las partes orientales hasta el ocaso, no abandonen sus propios negocios y obras, y todo aquí permanezca ocioso, por un cierto éxtasis de la mente humana hacia los sonidos celestiales. Pero dejemos a aquellos que están fuera de nuestro estudio y de la serie de la lectura divina: nosotros adherimos al magisterio de las Escrituras celestiales.

CAPÍTULO III.

El firmamento no es lo mismo que el cielo: se niega erróneamente que verdaderas aguas residan sobre él, y esto se demuestra con la Escritura, ejemplos y múltiples razones: donde aquellos que no quieren admitir la naturaleza cálida del sol, son refutados.

8. Por lo tanto, se nos propone, ya que Dios dijo: Hágase un firmamento en medio de las aguas, y que separe las aguas de las aguas. Y aquí se trata de si este firmamento se refiere a lo que ya había hecho antes, de lo cual está escrito: En el principio creó Dios el cielo y la tierra. No nos engaña que algunos antes que nosotros lo hayan interpretado así, ya que la Escritura ha expresado que el cielo fue creado y constituido por Dios, y aquí ha difundido la explicación de la obra y de la creación; de modo que allí se comprende brevemente como un resumen de la obra, y aquí se detalla la calidad de la operación a través de las especies de las cosas concurrentes. Pero nos mueve, porque también se significa otro nombre, y se discierne una especie más sólida, y se distingue una causa, y se añade la persona del cooperador. Pues así está escrito: Y Dios separó entre las aguas que estaban debajo del firmamento y las aguas que estaban sobre el firmamento (Gén. I, 7).

9. Y primero quieren destruir lo que con la frecuente lectura de las Escrituras se ha arraigado e impreso en nuestras mentes, que las aguas no pueden estar sobre los cielos, diciendo que el orbe del cielo es redondo, en cuyo centro está la tierra, y que en ese circuito el agua no puede permanecer, ya que necesariamente debe fluir y deslizarse, pues el curso es de lo superior a lo inferior. ¿Cómo puede el agua, como dicen, permanecer sobre el orbe, si el mismo orbe gira? Esta es la astucia de la dialéctica. Dame de dónde pueda responderte. Si no se concede, no se refiere palabra alguna. Piden que se les conceda que el eje del cielo se mueve con un movimiento rápido, pero que el orbe de la tierra es inmóvil; para afirmar que las aguas no pueden estar sobre los cielos, ya que el eje al girar las derramaría todas: como si, al concederles lo que piden y responderles según sus opiniones, pudieran negar que en esa altura y profundidad hay longitud y latitud, que nadie puede comprender, salvo aquel que se llena de toda la plenitud de Dios, como dice el Apóstol (Efesios 3, 18-19). ¿Quién puede fácilmente ser evaluador de la obra divina? Hay, por tanto, latitud en la misma altura del cielo. También hay, para hablar de lo que podemos conocer, muchos edificios que son

redondos por fuera, cuadrados por dentro, y cuadrados por fuera, redondos por dentro, cuyos superiores son planos, en los cuales el agua suele permanecer. Sin embargo, decimos esto para que adviertan que sus opiniones pueden ser refutadas por opiniones más verosímiles, y dejen de medir una obra tan grande de Dios con la contemplación de la operación humana y nuestra posibilidad.

10. Nosotros, sin embargo, seguimos la serie y el orden de las Escrituras, y valoramos la obra por la contemplación del autor, y buscamos qué se ha dicho, quién lo ha dicho y a quién se lo ha dicho: "Hágase", dice, "un firmamento en medio de las aguas, y que separe las aguas de las aguas". Oigo que el firmamento se hace por un mandato que divide las aguas, y que las superiores se distinguen de las inferiores. ¿Qué puede ser más claro que esto? Quien ordenó que las aguas se separaran mediante un firmamento interpuesto, previó cómo podrían permanecer divididas y diferenciadas. La palabra de Dios es la fuerza de la naturaleza y la sustancia de la perpetuidad mientras quiera que permanezca quien la estableció, como está escrito: "Él las estableció para siempre, puso un mandato y no pasará" (Sal. 148, 6). Y para que sepas que esto se dijo de esas aguas que tú niegas que puedan estar en las alturas del cielo, escucha lo que sigue: "Alabadle, cielos de los cielos, y aguas que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor" (Ibid. 4, 5). ¿No parece que te dice como a un adversario: "Porque él dijo y fueron hechas; él mandó y fueron creadas: las estableció para siempre, puso un mandato y no pasará" (Ibid. 5)? ¿No te parece un autor idóneo, quien da ley a su obra? Dios es quien habla, naturaleza venerable, de magnitud inestimable, inmenso en recompensas, incomprendible en sus obras, ¿quién puede fácilmente investigar la profundidad de su sabiduría? Él dice al Hijo, es decir, dice a su brazo, dice a su fuerza, dice a su sabiduría, dice a su justicia. Y el Hijo actúa como poderoso, actúa como fuerza de Dios, actúa como sabiduría de Dios, actúa como justicia divina. Cuando escuchas esto, ¿qué te sorprende si sobre el firmamento del cielo pudo suspenderse una ola por la operación de tan gran majestad?

11. De otros recoge esto, de aquellos que han visto los ojos de los hombres, cómo al paso de los judíos, si buscas la razón, el agua se dividió. No es propio de la naturaleza que el agua se separe del agua, y que en lo profundo las corrientes de agua se separen en medio de la tierra. Pues las olas se congelaron, y con apariencia de firmamento, su curso fue frenado por un final insólito. ¿Acaso no pudo liberar al pueblo hebreo de otra manera? Pero quiso mostrarte, para que con ese espectáculo también consideraras dignos de fe aquellos eventos que no has visto. También el Jordán, al revertir su corriente, regresa a su fuente. Que el agua se detenga mientras fluye es inusual; volver a las alturas sin ningún obstáculo se considera imposible. Pero, ¿qué es imposible para aquel que dio poder a los débiles para que el débil diga: Todo lo puedo en aquel que me fortalece (Filipenses 4, 13)? Que digan ciertamente cómo el aire se condensa en nube, si la lluvia se genera en las nubes, o si se recoge en el seno de las nubes. Vemos a menudo que las nubes salen de las montañas. Pregunto si el agua asciende desde la tierra, o si aquella que está sobre los cielos desciende con abundante lluvia. Si asciende, ciertamente es contra la naturaleza que lo más pesado ascienda a las alturas y sea llevado por el aire, siendo el aire más sutil. O si el agua es arrastrada por el movimiento rápido de todo el orbe, así como es arrastrada en el orbe inferior, así se difunde en el orbe superior. Si se vierte, como quieren, no cesa de ser arrastrada; porque si el eje del cielo siempre se mueve, el agua siempre es absorbida. Si desciende, entonces permanece continuamente sobre los cielos de donde desciende. Luego, ¿qué impide que confiesen que el agua está suspendida sobre los cielos? Pues con qué palabra dicen que la tierra está suspendida en medio y permanece inmóvil, siendo ciertamente más pesada que el agua; con esa razón pueden decir que el agua no se precipita por la rotación de ese orbe celestial que está sobre los cielos. Así como la

tierra está suspendida en el vacío, o con su peso equilibrado permanece inmóvil por todas partes; así también el agua se equilibra con pesos más pesados o iguales a los de la tierra. Por eso, el mar no se desborda fácilmente sobre las tierras, a menos que se le ordene salir.

12. Luego, cuando ellos dicen que el orbe del cielo gira resplandeciente con estrellas ardientes, ¿acaso no ha previsto la divina providencia necesariamente que dentro del orbe del cielo, y sobre el orbe, rebosara agua, para que moderara esos incendios del eje ardiente? Por eso, porque el fuego se desborda y arde, también el agua se desbordó en la tierra, para que el ardor del sol naciente y de las estrellas centelleantes no la consumiera, y el vapor inusual no dañara los tiernos comienzos de las cosas. ¿Cuántas fuentes, ríos, lagos riegan la tierra; porque un cierto fuego interno la evapora? ¿De dónde, si no, germinarían los árboles, o brotarían los cereales o las siembras, o se cocerían los que han nacido; si no los animara también un fuego interior? Que incluso frecuentemente se extrae de las piedras, y a menudo salta del mismo leño cuando se corta. Por lo tanto, así como la creación del fuego es necesaria para que permanezca ordenada y dispuesta, y la clemencia del cielo modere el rigor de las aguas; así también la abundancia de las aguas no es superflua, para que una no consuma a la otra, porque si no hay una medida conveniente de ambas, así como el fuego seca el agua, también el agua apaga el fuego. Por eso, con peso y medida examinó todas las cosas; porque incluso las gotas de lluvia están contadas para Él, como leemos en el libro de Job (Job 28, 25). Sabiendo que habría una fácil decadencia de las cosas, o una disolución del universo, si una superara a la otra, así moderó las pérdidas de ambas; para que ni el fuego cociera demasiado, ni el agua abundara: sino que se hiciera una disminución moderada de ambas, que quitara lo superfluo y reservara lo necesario. Así, cuando de la tierra brotan tan grandes corrientes de ríos, el Nilo inundando Egipto con su desbordado caudal, el Danubio desde las partes occidentales, cruzando los pueblos de bárbaros y romanos, hasta que se vierte en el Ponto, el Rin dirigiendo sus cursos desde la cumbre de los Alpes hasta las profundidades del Océano, recordado por los romanos como un muro del imperio contra las naciones salvajes, el Po, fiel portador de suministros italianos para los intercambios marítimos, el Ródano, con su rápido y agitado curso, cortando los estrechos del mar Tirreno, en el cual se dice que no es pequeño el peligro para los navegantes, mientras las olas del mar y las corrientes del río luchan entre sí, y también desde la parte septentrional el Fasis, vertido desde las montañas del Cáucaso junto con muchos otros precipitándose en el mar Euxino, es extenso seguir los nombres de cada uno de los ríos que se derivan hacia nuestro mar o se vacían en el Océano; con tanta abundancia de aguas, sin embargo, a menudo la tierra de la región meridional se quema por los ardores, y disuelta por el calor se desmorona en polvo, consumido el trabajo del agricultor digno de compasión; de modo que frecuentemente, para beber, secados los pozos, el vital recurso falta en el lecho seco. Y habrá un momento en que diga al abismo: serás desierto, y secaré todos los ríos, (Isaías 44, 27), como anunció que sucedería a través de Isaías. Pero incluso antes de que llegue ese día, determinado por el juicio divino, no es pequeña la disputa entre la misma naturaleza de los elementos. Frecuentemente, por lo tanto, este mundo es sacudido por inundaciones, o es atormentado por excesivo calor y aridez.

13. No pienses, por tanto, que es increíble la multitud de aguas, sino considera la fuerza del calor, y no serás incrédulo. Es mucho lo que el fuego absorbe: lo cual debería ser evidente para nosotros, ya que los médicos colocan ciertos recipientes de boca estrecha, más anchos por arriba, cóncavos por dentro, al cuerpo con la luz de una lámpara ligera, ¿cómo es que ese calor absorbe toda la humedad? ¿Quién, pues, dudará de que el éter encendido, y ardiendo con gran vapor, inflamaría y consumiría todo, si no fuera contenido por una cierta ley de su autor, de modo que ni los ríos, ni los lagos, ni los mismos mares pudieran extinguir su fuerza?

Y por eso, el agua descendiendo desde arriba con cierto ímpetu, a menudo se rompe en lluvias tan grandes, que los ríos y lagos se llenan de repente, y los mismos mares se desbordan. Por lo cual frecuentemente vemos al sol húmedo y goteante. En esto se da una clara indicación de que ha tomado para sí el alimento de las aguas para su propia moderación.

14. Sin embargo, tienen tal afán de impugnar la verdad, que niegan que el sol tenga una naturaleza cálida; porque es blanco, no rojizo, ni resplandeciente como el fuego. Y por eso dicen que tampoco tiene una naturaleza ígnea, y que si tiene algo de calor, afirman que se debe al excesivo movimiento de su rotación. Creen que deben decir esto para que no parezca que consume humedad alguna: porque el calor que disminuye o frecuentemente agota la humedad, no lo tiene de manera natural. Pero no logran nada al formular estas ideas; porque no importa si alguien tiene calor por naturaleza, por pasión, o por alguna otra causa; ya que todo fuego es consumidor de humedad, o de materia de este tipo, que la llama suele consumir. Pues ya sea que el fuego se encienda al chocar entre sí maderas no del todo quemadas, y se reciba en hojas, la llama arde, como si encendieras una antorcha con fuego: o si enciendes una luz con la luz de la llama, es la misma especie y naturaleza de luz, como si no fuera el fuego natural el que la encendiera, sino que una causa accidental la hubiera generado. Al menos de aquí deberían contemplar el calor del sol, para el cual Dios ha establecido diferentes lugares y tiempos en su curso; para que si siempre permaneciera en los mismos lugares, los quemaría diariamente con su vapor. Dicen que el mismo mar tiene agua salada y amarga porque lo que fluye de los ríos hacia el mar se consume por el calor, y se consume tanto vapor diurno como diariamente se introduce por los diversos cursos de los ríos. Se dice que esto ocurre por una especie de juicio del sol, que toma para sí lo que es puro y ligero, y deja lo que es pesado y terrenal: de lo cual queda lo salado y árido, que es sin utilidad ni dulzura para beber.

CAPÍTULO IV.

Cielo, nombre común; en particular, firmamento: y de dónde se toma cada término. De aquí, algunas acepciones del cielo; y finalmente, la interpretación moral tanto de los cielos y el firmamento, como de las aguas.

15. Pero volvamos al tema propuesto. Hágase un firmamento en medio de las aguas. No se mueva, como ya he dicho, porque arriba dice cielo, aquí dice firmamento; ya que también David dice: Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (Sal. XVIII, 1), es decir, cuando se ve la obra del mundo, alaba a su creador. Pues su majestad invisible se reconoce por las cosas que se ven. Y me parece que el nombre de cielos es común, porque la Escritura testifica que hay muchos cielos, pero el nombre de firmamento es especial. En efecto, aquí se dice: Y Dios llamó al firmamento cielo (Gén. I, 8), para que se vea que arriba dijo en general que en el principio se hizo el cielo, para abarcar toda la estructura de la creación celestial: pero aquí la solidez especial de este firmamento exterior, que se llama firmamento de los cielos, como leemos en el himno profético: Bendito eres en el firmamento de los cielos (Dan. III, 36). Pues el cielo, que en griego se dice οὐρανός, en latín se llama así porque tiene las luces de las estrellas impresas como signos, como si estuviera cincelado: así como decimos que la plata que brilla con signos prominentes está cincelada, οὐρανός se dice ἀπὸ τοῦ ὀρᾶσθαι, porque se ve... Por lo tanto, la tierra, que es más oscura, se llama οὐρανός, porque es luminosa, como visible. De ahí creo que se dice también: Las aves del cielo siempre ven el rostro de mi Padre, que está en los cielos (Gén. I, 20). Y: las aves alrededor del firmamento de los cielos; porque las potestades que están en ese lugar visible observan todas estas cosas y las tienen sujetas a su vista.

16. Finalmente, se dijo que el cielo estaba cerrado en los tiempos de Elías, cuando reinaba la perfidia en Acab y Jezabel, ya que el pueblo servía al sacrilegio real, porque nadie levantaba los ojos al cielo, nadie veneraba a su autor, sino que adoraban madera y piedras. ¿De dónde deducimos esto? Porque también en las maldiciones del pueblo de Israel, Dios dijo: "El cielo sobre tu cabeza será de bronce, y tu tierra de hierro" (Levítico 26, 19), cuando el pueblo judío, pagando el precio de su perfidia, es castigado con la intemperie del cielo y la infertilidad de la tierra; pues del cielo proviene la causa de la fertilidad. Finalmente, Moisés otorgó las bendiciones a la tribu de José desde los confines del cielo y el rocío de las fuentes del abismo hacia abajo, y según la hora del curso del sol, y de los meses convenientes, y desde la cima de los montes y colinas eternas, porque la fertilidad de las tierras se nutre de la moderación celestial. Por lo tanto, el cielo de hierro, que no exuda humedad alguna, cuando ninguna nube rompe en lluvia. También es un cielo de hierro el aire sombrío, denso y nebuloso con un color ferruginoso, cuando la tierra se congela por el rigor del frío, entonces parece que la humedad está suspendida sobre nuestra cabeza, y amenaza en cualquier momento. A menudo, también, las aguas rígidas por los vientos glaciales se consolidan en nieve, y al romperse el aire, la nieve se derrama. Pues este firmamento no puede romperse sin algún estruendo. Por eso se llama firmamento, porque no es débil ni flojo. De ahí que también de los truenos, que al concebir el espíritu dentro del seno de las nubes, cuando está a punto de estallar con fuerza, resuenan con gran estruendo, dice la Escritura: "Afirmando los truenos" (Amós 4, 13). Por la firmeza, entonces, se llama firmamento, o porque está afirmado por la virtud divina, como nos enseña la Escritura, diciendo: "Alabadle en el firmamento de su poder" (Salmo 150, 1).

17. Tampoco pasa desapercibido que algunos han interpretado los cielos de los cielos como virtudes inteligibles, y el firmamento como operativas. Y por eso, alabar los cielos o narrar la gloria de Dios, anunciar el firmamento: pero no como si fueran espirituales, sino como si fueran obras del mundo, como hemos dicho antes. Otros también han interpretado las aguas que están sobre los cielos como virtudes purificadoras. Aceptamos esto como un adorno del tratado: sin embargo, no nos parece ajeno ni absurdo si entendemos las aguas verdaderas por la razón que hemos mencionado. Pues tanto el rocío, como la escarcha, el frío y el calor, según el himno profético, bendicen al Señor, y también la tierra bendice (Dan. III, 64 y ss.): y no referimos esto a naturalezas inteligibles, sino a la verdad. También los dragones alaban al Señor (Sal. CXLVIII, 7); porque su naturaleza y especie, cuando se observa, no solo ofrece un mínimo de belleza, sino que también muestra que hay razón en ellos.

CAPÍTULO V.

Cuán perfecta es la conjunción del Padre y del Hijo en sus obras. Ver en Dios es lo mismo que aprobar. Alabar una obra cuyas partes aún no están completas es propio de Dios.

18. Y vio Dios que era bueno (Gén. I, 3). Hace el Hijo lo que quiere el Padre: alaba el Padre lo que hace el Hijo. Nada en él se encuentra de naturaleza degenerada, cuya obra no degenera de la voluntad paterna. Ciertamente vio, no con ojos corporales: sino que determinó que convenía a la plenitud de la gracia, para que su juicio me fuera conocido; pues nosotros solemos también discutir sobre las cosas divinas. ¿Y qué maravilla si pueden reconsiderar la obra, quienes hacen preguntas sobre la generación del mismo operador? A él mismo llaman a juicio, a él mismo intentan afirmar como desigual y degenerado. Por eso lees: Y dijo Dios, y Dios hizo. Con el mismo nombre son honrados el Padre y el Hijo en majestad. Y vio Dios

que era bueno. Dijo como quien sabe todo lo que el Padre quiere, y vio como quien posee el conocimiento de todo lo que el Hijo hace, y lo realiza en operación conjunta.

19. Vio que era bueno. No es que conociera algo que ignoraba, sino que aprobó lo que le agradaba. No fue una obra que le agradara como si fuera desconocida; así como tampoco el Padre, que se complació en el Hijo, era desconocido, como está escrito: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mateo III, 17). El Hijo siempre conoce la voluntad del Padre, y el Padre la del Hijo, y el Hijo siempre escucha al Padre, y el Padre al Hijo, por la unidad de naturaleza, voluntad y sustancia. De hecho, el Hijo testimonia esto en su Evangelio, diciendo al Padre: Sabía que siempre me escuchas (Juan XI, 42). El Hijo es la imagen del Dios invisible. Expresa todo del Padre como imagen, ilumina todo de Él como esplendor de gloria y nos lo manifiesta. El Hijo ve también la obra del Padre, así como el Padre la del Hijo; como el mismo Señor declaró: El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre (Juan V, 19). Por lo tanto, ve al Padre haciendo, y lo ve a través del secreto de la naturaleza invisible, y escucha de manera similar. Finalmente, dice: Como oigo, juzgo, y mi juicio es verdadero; porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió (Juan VIII, 16).

20. Esto es místico, aquello es moral. Me lo mostró, me lo aprobó. Lo que Dios ha aprobado, no lo llames reprochable; porque lo que Dios ha purificado, no lo llames común (Hechos 10, 15), recuerda que está escrito para ti; por lo tanto, que nadie blasfeme contra el bien de Dios. Si el firmamento es bueno, cuánto más bueno es su creador; aunque los arrianos no lo quieran, los eunomianos protesten, el fruto de una raíz degenerada es peor.

21. Dijo, vio Dios que era bueno. Los artesanos suelen hacer primero las cosas individualmente y luego conectarlas con hábil maestría: así, quienes esculpen rostros humanos o cuerpos en mármol, o los moldean en bronce, o los expresan en cera, no saben cómo las partes individuales pueden encajar entre sí, ni qué gracia aportará la futura conexión; y por eso no se atreven a alabar, o alaban solo en parte. Dios, sin embargo, como evaluador del universo, previendo lo que ha de venir, alaba como perfecto lo que aún está en el inicio de la obra, anticipando el fin de la obra con su conocimiento. No es de extrañar que para Él, la perfección de las cosas no esté en la culminación de la obra, sino en la predestinación de su voluntad, alabe cada cosa individual como adecuada para lo que vendrá: alaba la plenitud de cada cosa compuesta con belleza. Esa es la verdadera hermosura, que en cada miembro individual haya lo que conviene, y en el todo; para que en cada uno se alabe la gracia, y en todos la plenitud de una forma conveniente.

22. Pero ya también se nos cierra el segundo día, para que, mientras construimos la obra del firmamento, no hagamos que los más débiles entre los oyentes se fatiguen por la extensión del discurso; mientras el sermón se prolonga en la noche, que aún carece de la luz de la luna y de las estrellas, pues todavía no han sido creados los luminarias del cielo, pueda traer oscuridad a los que regresan: al mismo tiempo, para que los cuerpos sean atendidos con comida y bebida, no sea que, mientras los espíritus se banquetearan, la fragilidad de la carne se queje también del ayuno nocturno.

LIBRO TERCERO. DE LA OBRA DEL TERCER DÍA.

33 CAPÍTULO I. (Sermón IV.)

Cuando las aguas obedecen al divino mandato, es vergonzoso que los hombres no hagan lo mismo. En la congregación de las aguas se expresa la figura de la Iglesia. Qué espectáculo tan magnífico presenta esta misma Iglesia; y cómo está fundada sobre los ríos.

1. Hoy se nos presenta el tercer día en el sermón, que surgió en la lectura. Un día ilustre, que liberó a la tierra del naufragio, cuando Dios dijo: "Reúnase el agua que está debajo del cielo en un solo lugar" (Gén. I, 9). Nos complace comenzar con esta introducción. Se dijo "Reúnase el agua", y se reunió; y frecuentemente se dice "Reúnase el pueblo", y no se reúne. No es un pequeño motivo de vergüenza que los elementos insensibles obedezcan al mandato de Dios, y los hombres no obedezcan, a quienes el mismo Creador les ha otorgado sentido. Y tal vez esta vergüenza haya hecho que hoy se reúnan más de ustedes; para que no suceda que el día en que el agua se reunió en un solo lugar, el pueblo no se vea reunido en la Iglesia del Señor.

2. No solo tenemos este ejemplo de agua obediente; pues también en otro lugar está escrito: Las aguas te vieron, oh Dios, las aguas te vieron y temieron (Salmo 76, 17). No parece inverosímil que se hable de las aguas, cuando en otro lugar el mismo profeta dice: El mar lo vio y huyó, el Jordán se volvió atrás (Salmo 113, 3). ¿Quién ignora que esto realmente sucedió, que el mar huyó ante el paso de los hebreos, cuando las aguas se dividieron; el pueblo pasó con paso polvoriento, creyendo que el mar había perecido, que las olas habían huido? Finalmente, el egipcio lo creyó y entró: pero las aguas que habían huido regresaron sobre él. Por lo tanto, el agua sabe reunirse, temer y huir cuando Dios lo ordena. Imitemos a esta agua y reconozcamos una sola congregación del Señor, una sola Iglesia.

3. Aquí se reunió una vez agua de todo valle, de todo pantano, de todo lago. El valle es la herejía, el valle es el paganismo; porque Dios es de los montes, no de los valles. Por lo tanto, en la Iglesia hay júbilo, en la herejía y el paganismo hay llanto y tristeza. De ahí que diga: Dispuso en el valle de lágrimas (Sal. 83, 6 y 7). Así pues, de todo valle se ha congregado el pueblo católico. Ya no hay muchas congregaciones, sino que hay una sola congregación, una sola Iglesia. Se ha dicho también aquí: que se reúna el agua de todo valle, y se hizo una congregación espiritual, y se formó un solo pueblo; la Iglesia se ha llenado de herejes y gentiles. El valle es el escenario, el valle es el circo, donde corre el caballo mentiroso hacia la salvación, donde hay vil y despreciable contienda, donde hay fea deformidad de pleitos. De aquellos, pues, que solían adherirse al circo, la fe de la Iglesia ha crecido, la reunión diaria se incrementa.

4. El pantano es la lujuria, el pantano es la intemperancia, el pantano es la incontinencia: en el cual hay lodazales de pasiones, murmullos de bestias, escondites de pasiones: donde se hunden quienes caen y no emergen: donde resbalan las huellas de los pies, flotan los pasos de cada uno: donde las fochas, mientras se lavan, se contaminan: donde los gemidos lastimeros de las palomas se escuchan desde arriba: donde la tortuga perezosa queda atrapada en el lodazal; finalmente, el jabalí en el pantano, el ciervo en las fuentes. De todo pantano, pues, donde las ranas cantaban su antigua queja, se congregó la fe, se congregó la pureza del alma y la simplicidad de la mente.

5. Se reunió el agua de todo lago y de toda fosa, para que nadie cave una fosa para su hermano en la que él mismo caiga: sino que todos se amen mutuamente, todos se apoyen mutuamente, y como un solo cuerpo, los diversos miembros se sostengan entre sí: a quienes no deleiten cantos mortíferos y espectáculos escénicos que ablanden la mente hacia amores, sino el canto de la Iglesia, y la voz unánime del pueblo en las alabanzas a Dios y la vida

piadosa: a quienes no les sea un placer contemplar cortinas púrpuras ni tapices preciosos, sino esta hermosísima obra del mundo, esta unión de elementos distantes entre sí, el cielo extendido como una cámara para cubrir a los habitantes de este mundo, la tierra dada para trabajar, el aire difundido, los mares cerrados, este pueblo como instrumento de la operación divina, en el cual resuena la melodía del oráculo divino, y el espíritu de Dios obra en su interior, este templo santuario de la Trinidad, morada de santidad, la santa Iglesia, en la que resplandecen los tapices celestiales, de los cuales se ha dicho: "Ensancha el lugar de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones: extiéndelas, no escatimes: alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas: extiéndete aún a la derecha y a la izquierda, y tu descendencia poseerá por herencia las naciones, y habitarás las ciudades desiertas" (Isaías 54, 2 y 3). Tiene, por tanto, tapices con los que eleva la buena vida, cubre los pecados, y oculta la culpa.

6. Esta es la Iglesia que está fundada sobre los mares y preparada sobre los ríos. Pues sobre vosotros ha sido confirmada y preparada, vosotros que, como ríos, fluís hacia ella desde la fuente pura del mundo, de la cual se ha dicho: "Los ríos han alzado, Señor, los ríos han alzado su voz a la voz de muchas aguas" (Sal. 92, 3). Y añadió: "Maravillosas son las sublevaciones del mar, maravilloso en las alturas es el Señor" (Ib. 4). Buenos ríos; habéis bebido de esa fuente perenne y plena, de la cual fluísteis, quien os dijo: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva" (Juan 7, 38). Esto lo decía del Espíritu, que comenzaban a recibir los que iban a creer en él. Pero ya, como buenos ríos del Jordán, regresad conmigo al origen.

CAPÍTULO II.

La tierra, cubierta inicialmente por las aguas, apareció cuando estas se reunieron en un solo lugar. La estabilidad y luego la fluidez otorgadas a las aguas por el poder divino, lo cual se demuestra con varios ejemplos. Qué maravilloso es que todas las aguas puedan ser contenidas en un solo lugar y que Dios haya podido establecerles sus límites.

7. "Reúnase," dice, "el agua que está bajo el cielo en un solo lugar, y aparezca lo seco." Y así fue hecho. Tal vez alguien haya creído poco en nuestros sermones anteriores, en los que tratamos que la tierra era invisible porque estaba cubierta por las aguas, de modo que no podía ser vista con los ojos corporales. Pues el profeta se refirió a sí mismo, es decir, a nuestra condición, no a la naturaleza de la majestad divina, que ciertamente ve todo. Pero para que adviertan que no asumimos este trabajo de tratar por el placer de probar nuestro ingenio, sino por causa de su instrucción, testificamos con la serie de lecturas que nos apoya, la cual prueba abiertamente que después de la reunión del agua que estaba sobre la tierra, y después de su derivación en los mares, apareció lo seco. Dejen, pues, de movernos con disputas dialécticas diciendo: ¿Cómo es que la tierra es invisible, si a todo cuerpo naturalmente le corresponde tanto la forma como el color, y todo color está sujeto a la vista? La voz de Dios clama: "Reúnase el agua y aparezca lo seco." Y de nuevo la Escritura dice: "El agua se reunió en un solo lugar, y apareció lo seco." ¿Qué necesidad había de repetirlo, si no fuera porque el profeta juzgó necesario responder a las preguntas? ¿No parece decir: No dije invisible según la naturaleza, sino según la superposición de las aguas? Finalmente, añadió que, al ser retirado el velo, apareció lo seco, que antes no se veía.

8. Nuevamente plantean otras cuestiones diciendo: Si en diversas congregaciones había agua, ¿cómo es que si esas congregaciones estaban en lugares elevados, el agua no fluía hacia el lugar al que fue dirigida tras el mandato del Señor? Pues la naturaleza de las aguas es descender espontáneamente hacia abajo. Pero si esas congregaciones estaban en lugares

bajos, ¿cómo es que el agua ascendió contra su naturaleza hacia lugares elevados? Así que, o el curso natural no necesitó del mandato, o no pudo avanzar contra la naturaleza por el mandato. A esta cuestión responderé fácilmente, si antes me responden si antes del mandato del Señor la naturaleza de las aguas era fluir y correr. Esto no lo tiene en común con los demás elementos, sino que es especial y propio: no por un cierto orden, sino más bien por la voluntad y operación del Dios supremo. Escuchan lo que Dios ordenó. La voz de Dios es la que efectúa la naturaleza. Esa voz cumplió con el efecto de la operación. El agua comenzó a fluir y a confluir en una sola congregación, que antes estaba dispersa por la tierra y adherida a muchos receptáculos. No leí antes su curso, no aprendí antes su movimiento, ni mis ojos lo vieron, ni mis oídos lo escucharon. El agua estaba en diversos lugares, y se movió a la voz de Dios. ¿No parece que la voz de Dios le dio tal naturaleza? La criatura siguió el mandato y estableció su uso según la ley. La ley de la primera constitución dejó su forma para el futuro. Por ejemplo, una vez creó el día y la noche: desde entonces permanece la sucesión duradera de ambos, y su renovación continua. También se ordenó al agua correr hacia la congregación: desde entonces corre, las fuentes fluyen hacia los ríos, los ríos corren hacia los mares, los lagos se derivan hacia los océanos, el agua se precede, se impulsa y se sigue a sí misma. Hay un solo cauce, un solo cuerpo. Y aunque la profundidad sea diversa, sin embargo, la igualdad de su superficie es indistinta. Por eso creo que se le llama "mar", porque su superficie es igual.

9. Respondí según su propuesta; ahora que ellos me respondan, si nunca han visto fuentes brotar desde lo profundo, agua surgir del pavimento. ¿Quién la impulsa? ¿De dónde brota? ¿Cómo es que no se agota? ¿Cómo es que las bocas más bajas del suelo vomitan agua? Esto según los secretos ocultos de la naturaleza. Sin embargo, ¿quién ignora que, descendiendo con ímpetu rápido hacia lo bajo, se eleva hacia lo alto y se alza sobre la cima de la montaña? A menudo, incluso derivada por canales hechos por la mano del hombre, asciende tanto como ha descendido. Así que, si es llevada por su propio ímpetu o conducida y elevada contra su naturaleza por el ingenio del hombre, ¿se asombran de que por la operación del mandato divino algo se haya añadido al uso de su naturaleza, que antes no estaba en uso? Díganme ahora cómo ha reunido las aguas del mar como en un odre (Sal. 32, 7), como está escrito, cómo ha sacado agua de la roca. ¿El que pudo sacar agua de una roca donde no había, no pudo sacar agua donde sí había? Golpeó la roca, y fluyeron las aguas (Sal. 77, 20), clama David, y los torrentes inundaron. Y en otro lugar: Sobre los montes estarán las aguas (Sal. 103, 6). Tienes en el Evangelio (Mat. 8, 24 y ss.), que cuando había una gran tempestad y un gran movimiento en el mar, de tal manera que los apóstoles temían el peligro de naufragio, despertaron al Señor Jesús que dormía en la popa, y al levantarse ordenó al viento y al mar, se calmó la tempestad, y se restauró la tranquilidad. ¿El que pudo calmar todo el mar con su mandato, no pudo mover las aguas con su mandato? Sin embargo, en el diluvio así lo entendemos, que brotaron las fuentes del abismo (Gen. 7, 11), y que después envió un viento y secó el agua (Gen. 8, 1): si no quieren admitir que la naturaleza obedeció y que el uso del elemento fue cambiado por el mandato de Dios; al menos concedan que pudo hacer que las aguas corrieran al enviar un viento, lo cual vemos diariamente en el mar, que las aguas corren de donde sopla el viento. Si en el tiempo de Moisés, al levantarse un fuerte viento del sur, el mar se secó, ¿no pudo de la misma manera secarse la congregación de aguas y fluir al mar el agua, que después fue separada del abismo (2 Rey. 6, 6)? Pero aprendan que la naturaleza puede ser convertida, cuando la roca fluyó aguas, y el hierro flotó sobre el agua, lo cual ciertamente Eliseo mereció hacer orando, no mandando. Si, por lo tanto, Eliseo levantó el hierro contra la naturaleza, ¿Cristo no pudo mover las aguas? Pero las movió, quien pudo decir: Lázaro, ven fuera (Juan 11, 23), y resucitó al muerto; porque Dios hace lo que ordena. Así que, acepta de igual manera lo dicho: Reúnase el agua, y se reunió. Al decir reúname, no

solo la movió de lugar, sino que también la estableció en un lugar, para que no fluyera más allá, sino que permaneciera.

10. Esto es, por tanto, un milagro mayor, cómo todas las corrientes se han reunido en una sola corriente, y una sola corriente no se ha llenado. Pues la Escritura también considera esto entre los milagros, diciendo: Todos los torrentes van al mar, y el mar no se llena (Ecl. I, 7). Ambos, por mandato de Dios, para que el agua fluya y no se desborde. Así, los mares están limitados por un fin impuesto, para que no inunden toda la tierra al desbordarse, y al abandonar el cultivo de los campos, no impidan la función de la fertilidad terrenal; reconozcan, por tanto, que es un mandato divino y una obra celestial. Pues el Señor dice a Job a través de la nube, también sobre el cerco del mar: Le puse límites, colocando cerrojos y puertas. Le dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás, sino que tus olas se romperán en ti mismo (Job. XXXVIII, 10). ¿Acaso no vemos nosotros mismos el mar frecuentemente agitado, de tal manera que sus olas se levantan como una montaña de agua abrupta, donde al golpear su ímpetu contra la orilla, se disuelven en espuma, reflejadas por ciertos límites de arena humilde, según está escrito: ¿No me temeréis a mí, dice el Señor, que puse la arena como límite al mar? (Jer. V, 22). Así, con el polvo más débil de todos, la fuerza intempestiva del mar es contenida, y como si fueran riendas, es retirada por el mandato celestial con el límite prescrito, y el movimiento del mar violento se rompe en sí mismo, y se divide en sus propios senos retirados.

11. Sin la disposición celestial no lo impidiera, ¿qué obstáculo habría para que el mar Rojo se mezclara con el mar Egipcio a través de las llanuras de Egipto, que se dice que yacen en los valles más bajos y planos? De hecho, esto lo enseñan aquellos que quisieron conectar estos dos mares y hacerlos fluir entre sí. Sesostris el Egipcio, que fue más antiguo, y Darío el Medo, quien con una visión de mayor poder quiso llevar a cabo lo que antes había sido intentado por un nativo. Esto es una indicación de que el mar Índico, en el que se encuentra el mar Rojo, está más alto que el mar Egipcio que baña las tierras inferiores. Y tal vez, para que el mar no se extendiera más ampliamente, precipitándose de las alturas a las tierras bajas, ambos reyes revocaron sus esfuerzos.

38 CAPÍTULO III.

La colección de aguas es una y continua, pero los nombres son diferentes según la diversidad de las regiones. Cómo Dios preparó un lugar para las aguas, difundidas por todo el mundo. Asimismo, sobre los lagos y estanques comprendidos en una sola congregación.

12. Ahora pregunto, cuando dijo: Reúnase el agua en una sola colección; ¿cómo pudo una sola colección contener las aguas dispersas por lagos, pantanos, estanques, y las que se extienden sobre valles y campos y todos los lugares más planos, fluyendo desde manantiales y ríos? ¿O cómo puede ser una sola colección, cuando hoy en día los mares son diferentes? Pues llamamos mar al Océano, al Tirreno, al Adriático, al Índico, al Egipcio, al Póntico, a la Propóntide, al Helesponto, al Euxino, al Egeo, al Jónico, al Atlántico. Muchos también llaman mar al Cretense y al Caspio Septentrional. Por lo tanto, consideremos las palabras de la Escritura, que han sido medidas con un examen equilibrado.

13. "Reúnase," dice, "el agua en una sola colección." Una de las aguas es una congregación continua y perpetua, pero hay diferentes golfos del mar, como dice uno de los escritores forenses (Plat. en Timeo). Pues el océano es el golfo más amplio de nuestro mar, y con razón en diferentes lugares hay diferentes nombres, porque los nombres de las aguas se han adherido a los nombres de las regiones. Sin embargo, hay una sola congregación de aguas, ya

que la ola es continua y perpetua desde el mar Índico hasta la costa de Gades, y de allí al mar Rojo, rodeando el extremo del mundo y encerrándolo con el Océano: también en el interior, el Tirreno se mezcla con el Adriático, y los demás mares del Adriático, distinguidos por nombres, no por olas. Por lo tanto, tienes bellamente que Dios llamó a las congregaciones de aguas "mares" (Gén. I, 10). Así también hay una colección general que se llama mar, y muchas colecciones que se llaman mares según las regiones. Pues así como muchas tierras, como África, España, Tracia, Macedonia, Siria, Egipto, Galia e Italia se llaman por los nombres de las regiones, y hay una sola tierra: así se llaman muchos mares por los nombres de los lugares, y hay un solo mar, como dice el profeta: "Tuyos son los cielos, y tuya es la tierra, el mundo y su plenitud tú lo fundaste, el norte y el mar tú los creaste" (Sal. LXXXVIII, 12). Y al mismo Job el Señor dice: "Encerré el mar con puertas" (Job XXXVIII, 8).

14. Ahora que hemos hablado de una colección, surge la cuestión; si, cuando las aguas se extendieron casi por toda la tierra y sobre la tierra, a través de los valles de los campos, las concavidades de las montañas y la llanura de los campos, una sola congregación de aguas pudo recibir y vaciar todas esas aguas, que antes inundaban la tierra con un río extendido por todo el universo. Pues si todo estaba cubierto de esta manera; no diría, la tierra fue vista, a menos que quisiera mostrarla descubierta en todos los lugares. Si el diluvio en tiempos de Noé cubrió incluso las montañas, cuando ya se había hecho la separación de las aguas tanto sobre los cielos como debajo del firmamento; ¿cuánto más no se puede dudar que también los picos de las montañas quedaron ocultos por esa superabundancia? ¿A dónde, entonces, fue derivado todo ese exceso de aguas? ¿Qué receptáculos pudieron absorberlas de manera tan continua y conectada? Sobre esto podemos extendernos en un largo discurso.

15. Primero, porque el creador de todo pudo extender los espacios de las tierras; lo cual algunos antes de nosotros han confirmado, estableciendo su propia opinión. Yo no omito lo que pudo hacer: lo que hizo, que no he aprendido abiertamente por la autoridad de las Escrituras, lo paso por alto como un secreto, para que no surjan de aquí otras cuestiones. Sin embargo, afirmo según las Escrituras, que pudo extender los lugares bajos y los campos abiertos, como él mismo dice: Yo iré delante de ti y allanaré los montes (Isaías 45, 2). También pudo la misma fuerza de las aguas hacer más profundos aquellos lugares que ocupaba: con tanto movimiento de las olas y con tanto ímpetu del elemento más agitado, que diariamente suele agitar las profundidades del mar y mover las arenas desde lo profundo. ¿Quién sabe, además, hasta dónde se extiende ese gran y no explorado mar para los navegantes, que rodea a Britania con su rugiente oleaje, y se extiende hacia secretos inaccesibles incluso para las fábulas? ¿Quién no deduce, además, cuánto ha añadido el mar al Lucrino y al Averno en Italia, al Tiberiades también en Palestina, y a ese lago que se extiende entre Palestina y Egipto en los desiertos de Arabia, y a los diversos puertos de Augusto y Trajano, y a los demás esparcidos por todo el mundo?

16. Pero también hay lagos que no se confunden, y estanques que no se mezclan con las olas, como el Lario y el Benaco, el Albano y otros muchos, ¿cómo es que se dice una sola congregación de aguas? Pero así como se dice que Dios hizo dos luminarias, es decir, el sol y la luna, aunque ciertamente también están las luces de las estrellas: así también se dice una congregación, aunque sean muchas. Pues no se enumeran aquellas que no se comparan.

CAPÍTULO IV.

La principal cualidad de la tierra, cuando se le llama árida, se significa. Cuáles son las propiedades de los elementos, por las cuales se conectan entre sí; y esto se investiga especialmente sobre la tierra.

17. Pero, como parece, ya que estábamos hablando del mar, nos hemos desviado un poco; volvamos al tema propuesto y consideremos qué significa lo que dice el Señor: "Reúnase el agua en un solo lugar, y aparezca lo seco", y no dijo "tierra". ¿Quién no advierte lo bien que está expresado? Pues la tierra puede estar mezclada con lodo, empapada de aguas, cuya apariencia no se manifiesta cuando está cubierta por las aguas. Sin embargo, lo seco se refiere no solo al tipo, sino también a la apariencia de las tierras, para que sea útil, seca, adecuada y apta para los cultivos. Al mismo tiempo, se previó que no pareciera que se secó más por el sol que por el mandato de Dios, ya que se hizo seca antes de que el sol fuera creado. Por eso, David, al distinguir el mar y la tierra, dice del Señor Dios: "Porque suyo es el mar, y él lo hizo, y sus manos formaron lo seco" (Sal. 94, 5). Lo seco es la expresión de la naturaleza, la tierra es una denominación simple del asunto, que tiene en sí misma una propiedad. Así como el animal es una significación de género, que tiene algo propio y excelente; lo racional es propio del hombre: así también la tierra puede decirse comúnmente ya sea que esté llena de aguas, o desierta e inhóspita, y sin agua. Por lo tanto, incluso aquella que está llena de aguas, tiene en sí la capacidad de volverse seca. Pues, al retirarse el agua, comienza a ser seca, como está escrito: "Convirtió los ríos en desierto, y los manantiales de agua en sequedad" (Sal. 106, 33), es decir, de tierra acuosa la hizo seca.

18. La tierra, por lo tanto, tiene su propia cualidad, al igual que cada uno de los elementos, pues el aire tiene una cualidad húmeda, el agua es fría, y el fuego es caliente. Y esto es lo principal y propio de cada elemento, lo cual deducimos por la razón. Sin embargo, si deseamos comprenderlo sensiblemente y corporalmente, los encontramos como conectados y compuestos; así, la tierra es seca y fría, el agua es fría y húmeda, el aire es caliente y húmedo, el fuego es caliente y seco; y así, cada uno de los elementos se mezcla entre sí a través de estas cualidades duales. Pues la tierra, siendo de cualidad seca y fría, se conecta con el agua por la afinidad de la cualidad fría, y a través del agua con el aire, porque el aire es húmedo. Por lo tanto, el agua parece abrazar, como con dos brazos, el frío y la humedad, a la tierra con el frío y al aire con la humedad. El aire, también, intermedio entre dos elementos naturalmente opuestos, es decir, entre el agua y el fuego, concilia ambos elementos consigo mismo; porque se une al agua por la humedad y al fuego por el calor. El fuego, siendo caliente y seco por naturaleza, se une al aire por el calor, y por la sequedad se integra en la comunión y sociedad de la tierra; y así, a través de este circuito y cierta danza de concordia y sociedad, se encuentran en armonía. Por eso, en griego se llaman στοιχεῖα, que en latín llamamos elementos, porque se convienen y armonizan entre sí.

19. Hemos llegado a este punto porque la Escritura dice que Dios llamó a la tierra seca, es decir, porque lo que es principal en ella, lo nombró por la propiedad de su naturaleza. La propiedad natural de la tierra es la sequedad: esta prerrogativa le ha sido reservada. Por lo tanto, la sequedad es principal. También se entiende que es fría, pero lo secundario no se antepone a lo principal. Sin embargo, que sea húmeda lo adquiere por afinidad con las aguas. Así que lo suyo es ser seca, lo ajeno es ser húmeda. El Autor de la naturaleza mantuvo lo que primero le otorgó, porque esto es por naturaleza, aquello por causa. Por lo tanto, la propiedad de la tierra debe definirse por sus características principales, no por sus accidentes; para que nuestro conocimiento se informe según la prerrogativa de su cualidad.

Algunos consideran que ciertas partes han sido añadidas en este pasaje de la Escritura. La alabanza del mar se debe a su belleza y a su múltiple utilidad, pero sobre todo porque rodea con sus olas a los anacoretas insulares y representa la figura de la asamblea eclesiástica: lo cual cierra con una piadosa oración del autor.

20. Y vio Dios que era bueno (Gén., I, 10). No pasamos por alto que algunos piensan que esto no está en el hebreo, ni en las demás interpretaciones: que las aguas se reunieron en sus lugares y apareció lo seco, y Dios llamó a lo seco tierra, y a las reuniones de las aguas llamó mares. Pues cuando Dios dijo que así se hizo, consideran suficiente la voz del Creador como indicio de la obra realizada. Pero dado que en otras criaturas también se encuentra tanto la definición del mandato como la repetición del indicio o efecto de la obra, no creemos absurdo lo que se dice añadido, aunque en los demás intérpretes se demuestre que la verdad o la autoridad lo respalda. Pues hemos descubierto que muchas cosas no fueron añadidas ni adjuntadas sin razón por los setenta hombres a la lectura hebrea.

21. Vio entonces Dios que el mar era bueno. Aunque la apariencia de este elemento sea hermosa, ya sea cuando se alza con cúmulos blancos y crestas de olas, y las rocas se rocían con espuma nívea, o cuando el mar se riza con brisas más suaves y presenta un color púrpura de serena tranquilidad, que a menudo se refleja a los que lo observan desde lejos, cuando no golpea violentamente las costas cercanas, sino que las rodea y saluda con abrazos pacíficos, ¡qué dulce es el sonido, qué agradable el estruendo, qué grata y armoniosa la resonancia! Sin embargo, no considero la belleza de la criatura según la estimación de los ojos; sino que, según la razón de su operación, juzgo que conviene y se ajusta al juicio del Creador.

22. Bueno es, por tanto, el mar, primero porque sostiene necesariamente las tierras con su humedad, a las cuales suministra, a través de ciertas venas ocultas, un jugo no poco útil. Bueno es el mar, como hospedaje de los ríos, fuente de lluvias, derivación de aluviones, vía de transporte, por el cual se unen pueblos distantes, por el cual se alejan los peligros de las guerras, por el cual se contiene la furia bárbara, auxilio en las necesidades, refugio en los peligros, gracia en los placeres, salud para la validez, unión de los separados, atajo del camino, escape de los que trabajan, apoyo de los tributos, alimento de la esterilidad. De él se transfiere la lluvia a las tierras; ya que del mar el agua es absorbida por los rayos del sol, y lo que es sutil de ella, es llevado: luego, cuanto más alto se eleva, tanto más se enfría por la sombra de las nubes, y se convierte en lluvia que no solo templada la sequedad terrenal, sino que también fecunda los campos estériles.

23. ¿Qué puedo enumerar sobre las islas, que a menudo se presentan como collares, en las cuales aquellos que renuncian a las tentaciones de la intemperancia secular, eligen, con un fiel propósito de continencia, ocultarse del mundo y evitar los inciertos desvíos de esta vida? El mar es, por tanto, el refugio de la templanza, el ejercicio de la continencia, el retiro de la gravedad, el puerto de la seguridad, la tranquilidad del siglo, la sobriedad de este mundo, y para los hombres fieles y devotos, un incentivo de devoción, de modo que con el suave sonido de las olas que acarician compitan los cantos de los que salmodian, las islas aplaudan con el tranquilo coro de las olas santas, resuenen con himnos de los santos. ¿Cómo podría yo abarcar toda la belleza del mar que vio el Creador? ¿Y qué más? ¿Qué es ese concierto de las olas, sino un cierto concierto del pueblo? Por eso, a menudo se compara bien a la Iglesia con el mar, que al principio, con la multitud del pueblo que entra, vomita olas por todos los vestíbulos: luego, en la oración de todo el pueblo, resuena como olas que refluyen, con los responsorios de los salmos, el canto de hombres, mujeres, vírgenes, niños, el fragor

consonante de las olas resuena. Pues, ¿qué diré de aquello, que la ola lava el pecado, y el sopro saludable del Espíritu Santo inspira?

24. Que el Señor nos conceda que los ríos del éxito fluyan con un madero próspero, que lleguen a un puerto seguro, que no conozcamos las tentaciones de la malicia espiritual más pesadas de lo que podemos soportar, que ignoremos los naufragios de la fe, que tengamos una paz profunda: y si alguna vez hay algo que despierte en nosotros las olas tempestuosas de este mundo, que tengamos al Señor Jesús como nuestro piloto vigilante, quien con su palabra ordene, mitigue la tempestad, devuelva la tranquilidad al mar, a quien es el honor y la gloria, la alabanza, la perpetuidad desde los siglos y ahora y siempre, por todos los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO VI. (Sermón V.)

La tierra ha recibido su aspecto, que se basa en la germinación y el verdor, de manera muy adecuada; la voz de Dios proporciona la causa de la fecundidad: lo cual algunos atribuyen erróneamente al calor del sol.

25. Al retirarse las aguas, convenía que se diera forma y gracia a la tierra, para que dejara de ser invisible e informe. Pues muchos también dicen que es invisible aquello que no tiene forma; y por eso consideran que la tierra era invisible, no porque no pudiera ser vista por el Dios supremo o sus ángeles, ya que aún no habían sido creados los hombres, ni tampoco los animales, sino porque carecía de su propia forma. La forma de la tierra es la germinación y el verdor del campo. Por lo tanto, para hacerla visible y formada, Dios dijo: "Produzca la tierra hierba verde que dé semilla según su especie, y árbol frutal que dé fruto según su especie, cuya semilla esté en él" (Gén. I, 11).

26. Escuchemos las palabras de la verdad, cuya secuencia es la salvación de los oyentes. Pues aquella primera voz de Dios impartida a cada criatura por nacer es la ley de la naturaleza, que ha permanecido en la tierra por toda la eternidad, dando el mandato de la sucesión futura, de cómo el uso de generar o fructificar crecería en adelante. Así, la primera germinación es cuando se ve que lo naciente brota: luego, cuando ha brotado y ha crecido el germen, se convierte en hierba; la hierba, también, cuando ha avanzado un poco, se convierte en heno. ¡Qué útil, qué poderosa es la voz! Que la tierra produzca hierba de heno, es decir, que la tierra por sí misma germine, que no busque la ayuda de otro, que no necesite el ministerio de nadie.

27. Suelen decir muchos: A menos que el calor más suave del sol caliente la tierra y de alguna manera la acaricie con sus rayos, la tierra no podrá germinar; y por eso las naciones atribuyen honor divino al sol, porque con la fuerza de su calor penetra en el seno de la tierra, calienta las semillas esparcidas, o relaja las venas de los árboles endurecidas por el hielo. Escucha, pues, a Dios emitiendo esta voz: Que calle el discurso insensato de los hombres que está por venir, que se aleje la vana opinión. Antes de que se haga la luz del sol, que nazca la hierba: que su prerrogativa sea más antigua que la del sol. Para que no prevalezca el error de los hombres, que la tierra germine primero, antes de recibir el calor del sol. Que todos sepan que el sol no es el autor de lo que nace. La clemencia de Dios relaja la tierra, la indulgencia de Dios hace brotar los frutos. ¿Cómo puede el sol proporcionar el uso de la vida a los que nacen, cuando estos fueron producidos primero por la vivificación de la operación divina, antes de que el sol viniera para estos usos de vida? Es más joven que las hierbas, más joven que el heno.

CAPÍTULO VII.

¿Por qué el alimento fue creado primero para el ganado, antes que el sustento para el hombre? La hierba verde es imagen de la condición humana, cuya fragilidad se expone con elegante descripción. Debemos ser imitadores de esa misma hierba en dar fruto; aquí se critica a los maniqueos y eunomianos.

28. Y tal vez alguien se maraville de que antes se haya creado el alimento para el ganado que el alimento para el hombre. En esto, primero debemos advertir la profundidad de Dios, que no descuida ni siquiera las cosas más pequeñas, como dice la Sabiduría de Dios en el Evangelio: Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta: ¿no valéis vosotros mucho más que ellas? (Mateo VI, 26). Pues cuando ellas son alimentadas por la gracia de Dios, nadie debe halagarse a sí mismo por su propia industria y virtud. Luego, porque el alimento simple y natural debía ser preferido a los demás alimentos. Este es el alimento de la sobriedad, los otros de las delicias y la lujuria: este es el alimento común a todos los seres animados, aquel de pocos. Por lo tanto, el ejemplo de la frugalidad, la enseñanza de la parsimonia, es que todos deben contentarse con el alimento simple de la hierba, la hortaliza humilde o la fruta que la naturaleza ofreció, que la primera liberalidad de Dios donó. Ese es el alimento saludable, ese es el alimento útil, que repele las enfermedades, que corta las indigestiones, no producido por el trabajo de los hombres, sino derramado por el don divino, sin siembra las cosechas, frutos sin semilla, tan dulce, tan grato, que incluso para los saciados es de placer y utilidad. Finalmente, dado para las primeras mesas, permaneció para las segundas.

29. ¿Qué milagro de esta criatura añadiré, y qué argumento de la sabiduría operante expresaré? En esta especie de brotes, y en aquel don de la hierba verdeante, se encuentra la imagen de la vida humana, y se contempla un cierto emblema de nuestra naturaleza y condición, y resplandece como un espejo. Esa hierba y la flor del heno son figura de la carne humana, como el buen Intérprete de la divinidad expresó con el órgano de su voz, diciendo: Clama. ¿Qué clamaré? Toda carne es heno, y toda la gloria del hombre como la flor del heno. El heno se seca, y la flor cae: pero la palabra del Señor permanece para siempre (Isaías 40, 6 y ss.). La sentencia de Dios es voz humana. Dios dice, Clama: pero en el mismo Isaías habla. Él respondió: ¿Qué clamaré? Y como si hubiera escuchado qué decir, añadió: Toda carne es heno. Y verdaderamente; la gloria del hombre florece en la carne como el heno: y lo que se considera sublime, es pequeño como la hierba, prematuro como la flor, caduco como el heno, germina la verdor de la vida en apariencia, no en solidez de fruto, mostrando la alegría de una vida más feliz como una flor, destinada a caer en un espacio más breve, como la hierba del heno, que antes de ser arrancada, se seca. ¿Qué firmeza hay en la carne, qué salud puede ser duradera?

30. Hoy ves a un joven fuerte, en plena pubertad, floreciendo en la lozanía de su edad, de agradable apariencia, con un color suave; al día siguiente se te presenta con el rostro y la expresión cambiados: y aquel que el día anterior te parecía el más elegante en gracia de su hermosa figura, al otro día aparece digno de compasión, debilitado por alguna enfermedad. A muchos los quiebra el trabajo, los consume la pobreza, los atormenta la indigestión, los corrompe el vino, los debilita la vejez, los vuelve afeminados el lujo, los descolora la lujuria. ¿No es verdad que la hierba se seca y la flor cae? Otro, noble por sus antepasados, honrado con las insignias de sus mayores, ilustre por los emblemas de su antigua estirpe, abundante en amigos, rodeado de clientes y protegido en ambos lados, llevando y trayendo una gran

familia, de repente, turbado por el peso de algún peligro imprevisto, es abandonado por todos, dejado por sus compañeros, atacado por sus vecinos. He aquí la verdad, que como la hierba es la vida del hombre, antes de ser arrancada, se seca. También hay quien, hace poco tiempo, abundante en riquezas, con la fama de su generosidad volando de boca en boca, ilustre en honores, preeminente en poderes, elevado en los tribunales, sublime en el trono, feliz, estimado por los pueblos, mientras es conducido por el clamor de los pregoneros, por un repentino cambio de circunstancias es llevado a la misma cárcel a la que él mismo había arrojado a otros, y entre sus propios acusados llora la desgracia de la pena inminente. ¡Cuántos, el día anterior, una multitud de aplaudidores y la envidiosa pompa de un pueblo numeroso condujeron a su casa, y una sola noche borró el esplendor de aquella gloriosa procesión, y un repentino dolor de costado, con las alegrías disipadas, mezcló una sucesión luctuosa de grave tristeza! Así es, pues, la gloria del hombre como la flor de la hierba: que incluso cuando se otorga no añade nada a las obras, en la cual no se adquiere ningún fruto; y cuando se pierde, se desvanece, dejando de repente toda la escena del hombre, y lo que desde arriba lo cubría, y lo que desde dentro lo animaba.

45 31. Y ojalá imitáramos esta hierba, de la cual dice el Señor: "Produzca la tierra hierba verde que dé semilla según su especie y según su semejanza." Sembremos, pues, semilla según la especie. ¿Cuál es la especie? Escucha al que dice que debemos buscar lo divino, si de alguna manera podemos tratarlo o encontrarlo: "Aunque no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en Él vivimos, nos movemos y existimos; como algunos de ustedes han dicho, de Él somos linaje" (Hechos 17, 28). Según esta especie sembremos semilla no en la carne, sino en el espíritu. No debemos sembrar cosas carnales, sino espirituales, quienes deseamos alcanzar la vida eterna. ¿Cuál es, sin embargo, la semejanza? No lo ignoras, tú que fuiste hecho a imagen y semejanza de Dios. La hierba responde a su especie, tú no respondes a tu especie. El grano de trigo sembrado en la tierra devuelve la gracia de su especie, y tú degeneras. Los frutos no adulteran la sinceridad de su semilla, tú adulteras la pureza del alma, el vigor de la mente, la castidad del cuerpo.

32. ¿No reconoces que eres obra de Cristo? Con sus propias manos, como leemos, Él te formó, y tú, maniqueo, te atribuyes otro autor. Dios Padre dice al Hijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gén., I, 26); y tú, fotiniano, dices que en la creación del mundo Cristo aún no existía; y tú, eunomiano, dices que el Hijo es diferente del Padre. Pues si es imagen, ciertamente no es diferente: sino que expresa completamente al Padre, a quien el Padre ha señalado con la unidad de su sustancia. El Padre dice: "Hagamos"; ¿y tú niegas al colaborador? Lo que el Padre dijo, el Hijo lo hizo; ¿y tú niegas la igualdad en aquel en quien el Padre se complació?

CAPÍTULO VIII.

De la virtud de las semillas; y del modo verdaderamente admirable de germinar y fructificar: asimismo, de la fertilidad de la tierra, la belleza del campo lleno, la salubridad de las hierbas y sus remedios.

33. "Produzca," dice, "la tierra hierba verde según su especie." En todo lo que se menciona como naciente de la tierra, el primer brote es el germen; cuando se levanta un poco, se convierte en hierba, luego en heno, y de ahí se produce el fruto. Hay nacimientos que brotan de la raíz, como los árboles que no han sido plantados, que nacen de la raíz de otros árboles. En la caña vemos cómo en su extremo se forma un nudo como si fuera de lado, y de ahí brota otra caña. Hay, por tanto, en la raíz una cierta fuerza de semillero. También los injertos

brotan en las partes superiores. A unos, pues, desde la raíz, a otros por diverso don se adquiere la serie de sucesión. En cada uno de los nacientes está presente o la semilla, o alguna fuerza semillera, y esto según su especie; de modo que lo que nace de ella, sea semejante a lo que ha sido sembrado, o de cuya raíz proviene, brote. Del trigo, trigo; del mijo, mijo; del peral, el peral con flor blanca brota: también el castaño surge de la raíz del castaño.

54. "Produzca," dice, "la tierra hierba verde según su especie." Y de inmediato, la tierra, dando a luz, se derramó en nuevos partos y se vistió con el manto de la verdor, asumió la gracia de la fecundidad, y adornada con diversas plantas, recibió sus propios ornamentos. Nos maravillamos de que haya germinado tan rápidamente; cuán mayores son los milagros si observas cada detalle, cómo las semillas arrojadas a la tierra se descomponen, y a menos que mueran, no producen fruto alguno: pero si se descomponen por una especie de muerte propia, resurgen en frutos más abundantes. Así, el grano de trigo es acogido por el terrón húmedo, y la arada lo retiene esparcido, y como en un regazo materno, la tierra lo calienta y comprime. Luego, cuando ese grano se descompone, germina en hierba, ya una agradable apariencia de verdor floreciente, que inmediatamente revela su especie por su semejanza con el cultivo; de modo que en el mismo inicio de su linaje, reconoces de qué especie es la hierba, y en las hierbas aparece el fruto; y poco a poco crece como heno, y se levanta y se eleva con el tallo que se cubre de vello. Pero cuando la espiga ya articulada se ha levantado, se preparan ciertas vainas para el futuro fruto, en las cuales el grano se forma internamente; para que sus tiernos comienzos no sean dañados por el frío, ni quemados por el calor del sol, ni derribados por la inclemencia de los vientos o la fuerza violenta de las lluvias. Siguen ciertos órdenes de la espiga, formados con arte admirable, ya sea por su apariencia agradable, o por su protección, unidos entre sí por un cierto lazo de conexión natural, que la providencia divina ha formado. Y para que el peso de un fruto más numeroso no haga ceder como un soporte de los tallos, el mismo tallo está envuelto en ciertas vainas, para que con fuerzas duplicadas pueda sostener el fruto múltiple, y no se doble hacia la tierra por ser insuficiente para la carga. Entonces, sobre la misma espiga se construye una barrera de aristas, para que, como en una especie de fortaleza, se extienda y la espiga no sea dañada por los mordiscos de las aves pequeñas, ni despojada de sus frutos, ni pisoteada por las huellas.

35. ¿Qué diré sobre cómo la clemencia de Dios ha mirado por la utilidad humana? La tierra devuelve lo que ha recibido como préstamo, y lo multiplica con el cúmulo de intereses. Los hombres a menudo engañan, y ellos mismos defraudan a su prestamista con el destino: la tierra permanece fiel. Y si alguna vez no paga, si acaso se opone la inclemencia del frío, o una sequía excesiva, o una inmensa cantidad de lluvias, al año siguiente compensa las pérdidas del año anterior; así, incluso cuando la cosecha decepciona la esperanza del agricultor, la tierra no comete falta alguna: y cuando sonrío, la fertilidad de la madre fecunda se derrama en sus frutos, de modo que nunca causa pérdida alguna a su acreedor.

36. ¡Qué espectáculo tan maravilloso es un campo lleno! ¡Qué fragancia! ¡Qué dulzura! ¡Qué deleite para los agricultores! ¿Qué podemos expresar dignamente si usamos nuestro propio lenguaje? Pero tenemos los testimonios de la Escritura, en los cuales advertimos que la dulzura del campo se compara con la bendición y la gracia de los santos, como dice el santo Isaac: "El olor de mi hijo es como el olor de un campo lleno" (Gén., XXVII, 27). ¿Qué puedo describir entonces de las violetas purpúreas, los lirios blancos, las rosas resplandecientes, los campos pintados ahora con flores doradas, ahora variadas, ahora amarillas, en los cuales no se sabe si la apariencia de las flores o su fragancia es más deleitosa? Los ojos se alimentan de un espectáculo agradable, el olor se esparce por doquier, y nos llenamos de su dulzura. Por eso, divinamente el Señor dice: "Y la belleza del campo está conmigo" (Sal. XLIX, 11); pues

con Él está lo que Él mismo formó. ¿Quién más podría ser el artífice capaz de expresar tanta belleza en cada cosa singular? "Considerad los lirios del campo" (Mat., VI, 28), cuán blanco es su follaje, cómo las hojas mismas, apretadas desde la base hasta la cima, parecen elevarse, formando la figura de copas, de modo que una especie de oro brilla en su interior, aunque rodeada por un vallado alrededor de la flor que la protege de cualquier daño. Si alguien arranca esta flor y descompone sus hojas, ¿qué mano de tan gran artífice podría reformar la apariencia del lirio? ¿Quién es tan gran imitador de la naturaleza que se atreva a restaurar esta flor, a la cual el Señor dio tal testimonio al decir: "Ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de estos" (Ibid., 29)? El rey más opulento y sabio es juzgado inferior a la belleza de esta flor.

37. ¿Qué diré de los jugos saludables de las hierbas? ¿Qué de los remedios de los arbustos y las hojas? El ciervo enfermo mastica ramitas de olivo y se sana. Las langostas también se liberan de la enfermedad al roer hojas de olivo. Las hojas de zarza arrojadas sobre una serpiente la matan. Los mosquitos no te tocarán si cocinas la hierba de ajeno con aceite y te untas con ello.

CAPÍTULO IX.

Las cosas nocivas junto con las útiles no se generan sin razón; ya que lo que es nocivo para uno, puede ser útil para otro; y para evitar lo nocivo, Dios ha dado instinto a los animales y razón a los hombres. Qué orden tan adecuado se ha mantenido en la fructificación de la tierra.

38. Pero tal vez algunos digan: ¿Qué sucede cuando junto con lo útil también se generan cosas letales y perniciosas? Con el trigo se encuentra el cianuro, que entre los alimentos de la vida es nocivo, y si no se prevé, suele dañar la salud. Entre otros nutrientes de la vida se descubre el eléboro. También el acónito frecuentemente engaña y confunde al recolector. Pero esto es así, como si reprocharas a la tierra porque no todos los hombres son buenos. Pero lo que es más, considera que no todos los Ángeles en el cielo son buenos. El mismo sol, por su excesivo calor, quema las espigas, y abrasa los primeros brotes de lo que nace. La luna también muestra el camino a los viajeros, pero revela las emboscadas de los ladrones. ¿Es acaso digno que en estas cosas que son útiles, dejando de lado la gratitud al Creador, disminuyamos la providencia del creador por algunos alimentos nocivos, como si todo debiera haber sido creado para el placer del paladar, o como si fueran pocas las cosas que la divina indulgencia ha provisto para nuestro estómago? Se nos han dado alimentos definidos y conocidos por todos, que generan tanto placer como salud para el cuerpo.

39. Cada uno de los seres que nacen de la tierra tiene una razón especial, que en la medida de lo posible completa la plenitud del universo creado. Así, unos nacen para el alimento, otros para diferentes usos. Nada es en vano, nada crece inútilmente en la tierra. Lo que consideras inútil, es útil para otros; es más, frecuentemente te es útil de otra manera. Lo que no sirve como alimento, ofrece medicina: y a menudo lo que te es nocivo, proporciona alimento inocuo a las aves o a las fieras. Por ejemplo, los estorninos comen cicuta, y no les causa daño, ya que por la cualidad de su cuerpo evitan el veneno del jugo letal. Pues la fuerza de su jugo es fría, y al ser conducida por poros sutiles a la sede de su corazón, la digestión precoz la previene antes de que afecte a los órganos vitales. Los expertos dicen que el eléboro es alimento y sustento de las codornices, ya que por un cierto temperamento natural de su cuerpo evitan la fuerza del alimento nocivo. Y si por razón de la medicina a menudo se adapta para la salud del cuerpo humano, al que parece ser contrario: ¡cuánto más por la propiedad de la naturaleza se convierte en alimento lo que la mano médica transforma en

salud! También a través de la mandrágora se induce frecuentemente el sueño, cuando los enfermos son afligidos por la incomodidad de las vigiliadas. Pues, ¿qué diré del opio, que también nos es conocido por su uso casi diario, ya que con él a menudo se calman los dolores más graves de las vísceras internas? Tampoco se pasa por alto que con la cicuta a menudo se han mitigado los ardores de las pasiones, y el eléboro ha aliviado las antiguas dolencias del cuerpo enfermo.

40. Por lo tanto, no solo no hay reproche alguno al creador en estas cosas, sino que también hay un incremento de gracias. Pues aquello que pensabas que había sido generado para el peligro, obra como remedio para tu salvación. Porque lo que es peligroso se evita por la providencia, y lo que es para la salvación no se pierde por la diligencia. ¿Acaso no han aprendido las ovejas y las cabras a evitar lo que les es nocivo, y por un cierto misterio de la naturaleza, aunque carezcan de razón, reconocen sin embargo la razón de evadir el peligro o de proteger su salud, distinguiendo lo nocivo de lo provechoso; de tal manera que a menudo, cuando sienten las flechas armadas con veneno, se dice que buscan hierbas conocidas y aplican con ellas remedio a la herida? Así, el alimento es medicina para ellas, de modo que ves cómo las flechas retroceden de la herida y el veneno no se extiende, sino que huye. Por ejemplo, para los ciervos el alimento es veneno. La serpiente huye del ciervo, pero mata al león; el dragón ata al elefante, cuya caída es la muerte del vencedor. Y por eso se lucha con gran fuerza de ambos lados; aquel para atar el pie, en el cual la caída del atado no puede dañarle; este para que no sea atrapado por el pie trasero en un camino estrecho, donde no pueda girarse para aplastar al dragón con su pesado paso, o no tenga la ayuda del elefante que le sigue.

41. Por lo tanto, si los animales irracionales saben con qué hierbas curarse o qué recursos les brindan ayuda, el hombre, a quien se le ha dado un sentido racional, no sabe o está tan alejado de la verdad que no percibe qué es útil para él; o es tan ingrato con los bienes de la naturaleza que, dado que la ingestión de sangre de toro es letal para el hombre, piensa que el animal laborioso no debería haber nacido o debería haber sido creado sin sangre, cuya fuerza es útil para el cultivo de los campos, apta para el uso de los carros, y agradable para la alimentación, sosteniendo con diversas funciones a los agricultores, a quienes Dios, si conocieran sus bienes, les ha dado todo, diciendo: "Produzca la tierra hierba verde, que dé semilla según su especie." Pues no solo comprende el alimento espontáneo que se encuentra en las hierbas y raíces, y en los frutos de los árboles y otros, sino también aquel que se obtiene con industria y se adquiere con el cultivo del trabajo agrícola.

42. ¡Qué apropiado, sin embargo, que no ordenara inmediatamente a la tierra producir semillas y frutos, sino que primero dispusiera que germinaran, luego que los campos reverdecieran, y después que, según la propiedad de su género, la semilla madurara, para que nunca faltara la gracia de los campos, que primero florecieran con grato esplendor y luego ofrecieran la utilidad de los frutos!

CAPÍTULO X.

Las semillas nunca degeneran propiamente, ya que su género no cambia, sino su perfección: en efecto, la cizaña y el zizán no nacen de la semilla del trigo. La Palabra de Dios otorgó una fecundidad maravillosa a la tierra antes de que el hombre pecara; sin embargo, la tierra incluso ahora no está del todo desprovista de ella.

43. Pero tal vez alguien diga: ¿Cómo es que la tierra produce semillas según su especie, cuando a menudo las semillas sembradas degeneran, y cuando se ha sembrado buen trigo, su apariencia se vuelve descolorida y su forma inferior? Pero si esto sucede en ocasiones, parece que no se debe a una transformación de la especie, sino a una especie de enfermedad e irregularidad de la semilla. Pues no deja de ser trigo, si se quema por el frío o se empapa por la lluvia; sino que se altera más en apariencia que en especie, tanto en color como en corrupción. Por último, los granos empapados frecuentemente vuelven a la apariencia de su especie, si se secan al sol o al fuego, o si se confían a cultivadores diligentes, siendo favorecidos por la templanza del aire y la fertilidad de tierras fértiles. Así, se restaura en la descendencia lo que había degenerado en el progenitor. Por lo tanto, no tememos que aquel mandato de Dios, cuyo uso se ha arraigado en la naturaleza, quede en el futuro desprovisto por defecto de sucesión, ya que aún hoy se conserva la pureza de la especie en las semillas.

44. Pues hemos aprendido por la lectura del Evangelio que la cizaña y las demás semillas adulterinas que a menudo se mezclan con los frutos se llaman zizania (Mat., XIII, 24): pero estas tienen un género propio, no transformadas por un cambio de semilla de trigo a otro género de semilla descolorida, han adquirido una naturaleza degenerada. En efecto, el Señor enseña esto diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras los hombres dormían, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo (Ibid.). Observamos, sin duda, que la cizaña y el trigo parecen ser distintos tanto en nombre como en género. En efecto, los siervos dijeron al padre de familia: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Y él les dijo: Un enemigo ha hecho esto (Ibid., 27). Porque una cosa es la semilla del diablo, y otra es la semilla de Cristo que se siembra para la justicia. En efecto, una cosa sembró el Hijo del Hombre, y otra el diablo. Tan diversa es la naturaleza de cada semilla, que el sembrador es contrario. Lo que siembra Cristo es el reino de Dios; lo que siembra el diablo es el pecado. ¿Cómo, pues, puede ser del mismo género el reino y el pecado? Así es, dice, el reino de Dios, como si un hombre echara semilla sobre la tierra.

45. También hay un hombre que siembra la palabra, de quien está escrito: El que siembra, siembra la palabra (Marcos IV, 14). Este hombre sembró la palabra sobre la tierra, cuando dijo: Produzca la tierra hierba, y de repente brotaron los retoños de la tierra, y resplandecieron las diversas especies de cosas. De aquí, la gracia verdeante de los prados proporcionó abundancia de pasto: de allí, la espiga dorada de los campos, con el movimiento de una cosecha más abundante, expresó la imagen de un mar ondulante. La tierra produjo espontáneamente todos los frutos: aunque no podía estar arada sin cultivador, pues aún no había sido formado el agricultor; sin arar, sin embargo, rebosaba de ricas cosechas, y no dudo que con mayor rendimiento. En efecto, la negligencia del cultivador no podía privar a las tierras de su fertilidad. Ahora, en cambio, la fecundidad se adquiere para cada uno según el mérito del trabajo, donde se observa el cultivo de los campos; y la negligencia o la ofensa, ya sea por diluvios de lluvias, por la sequedad de las tierras, por el golpe del granizo, o por cualquier otra causa, se castiga con la esterilidad del suelo fértil. Entonces, sin embargo, la tierra llevaba frutos espontáneamente en todos los lugares; porque lo había ordenado aquel que es la plenitud de todo. Pues la palabra de Dios fructificaba en la tierra, y aún no había tierra condenada por la maldición. En efecto, los comienzos del mundo naciente son más antiguos que nuestros pecados; y la culpa más reciente, por la cual fuimos condenados a comer el pan con el sudor de nuestro rostro, desconocía los alimentos sin sudor.

46. Finalmente, incluso hoy en día, la fecundidad de la tierra produce la antigua abundancia mediante el uso espontáneo de su fertilidad. Pues cuántas cosas hay que aún se generan por sí

mismas. Pero incluso en aquellas que se obtienen con esfuerzo humano, en gran parte permanecen para nosotros los beneficios divinos, de modo que los mismos cereales se nos ofrecen mientras descansamos. Esto lo enseña el ejemplo de la lectura propuesta, cuando el Señor dice: Porque así es el reino de Dios como si un hombre echara semilla sobre la tierra, y durmiera, dice, y se levantara de noche y de día, y la semilla germinara y creciera, mientras él no lo sabe (Marcos 4, 26). Pues la tierra fructifica por sí misma, primero hierba, luego espiga, después trigo lleno en la espiga. Y cuando ha producido fruto, enseguida mete la hoz, porque ha llegado la cosecha. Así que, mientras duermes, oh hombre, y sin saberlo, la tierra produce sus frutos por sí misma. Duermes y te levantas, y te maravillas del crecimiento del trigo durante la noche.

CAPÍTULO XI.

Del origen de los árboles: y allí sobre la rosa que al principio nació sin espinas, luego se cubrió de ellas, y se convirtió en espejo de nuestra vida.

47. Hemos hablado de la hierba del heno, ahora hablemos del árbol fructífero que produce fruto según su especie, cuya semilla está en él mismo. Dijo y se hizo, y de repente, como antes con las flores y los verdor de las hierbas, así aquí la tierra se vistió de bosques. Se reunieron los árboles, se alzaron los bosques, las cimas de las montañas de repente se cubrieron de follaje. Aquí los pinos, allí los cipreses elevaron sus altas copas, se juntaron los cedros y los abetos. El abeto también, no contento con sus raíces terrenales y su cima aérea, se preparó para enfrentar con seguridad los embates marinos con su remo, dispuesto a desafiar no solo a los vientos, sino también a las olas. Asimismo, el laurel alzándose dio su fragancia, nunca despojándose de su follaje. También las encinas sombrías alzaron su copa, conservando su frondosa cabellera incluso en tiempos de invierno. Pues la naturaleza otorgó a cada uno de ellos un privilegio en particular, que recibió bajo el impacto del mundo naciente: y de ahí permanece su prerrogativa para las encinas, permanece para los cipreses, de modo que ningún viento las despoje del honor de su cabellera.

48. Se había levantado antes la rosa mezclada con las flores terrenales sin espinas, y el bellissimo flor florecía sin engaño alguno: después la espina rodeó la gracia de la flor, como si presentara un espejo de la vida humana, que a menudo pincha la dulzura de su disfrute con los estímulos cercanos de las preocupaciones. Pues la elegancia de nuestra vida está rodeada y cercada por ciertas inquietudes, de modo que la tristeza se une a la gracia. Por lo tanto, cuando cada uno se felicita ya sea por la dulzura de la razón o por los éxitos de un curso más próspero, le conviene recordar la culpa, por la cual, floreciendo en la amenidad del paraíso, las espinas de la mente y los abrojos del alma nos fueron asignados por derecho de condenación. Así que, aunque brilles, oh hombre, ya sea por el esplendor de la nobleza, por la cumbre del poder, o por el resplandor de la virtud, siempre tienes una espina cercana, siempre hay un abrojo, siempre mira tus cosas inferiores, germinas sobre espinas, y la gracia no permanece por mucho tiempo: en breve, cada uno, al término de la flor de la vida, se marchita.

CAPÍTULO XII.

Se alaba la vid, y se compara con la Iglesia: asimismo, su ejemplo se nos propone para la imitación.

49. Ciertamente, así como debes saber que lo perecedero tienes en común con las flores, también tienes lo alegre en común con las vides, de las cuales se genera el vino que alegra el corazón del hombre. ¡Y ojalá, oh hombre, imites este ejemplo, para que tú mismo fructifiques en alegría y júbilo! En ti mismo está la dulzura de tu gracia, brota de ti, permanece en ti, está dentro de ti, es decir, en ti mismo debe buscarse la alegría de tu conciencia. Por eso dice: Bebe agua de tus vasijas, y de las fuentes de tus pozos (Prov., V, 15). Ante todo, nada es más grato que el aroma floreciente de la vid. Pues del florecer de ellas se extrae el jugo que produce una bebida que es tanto para el placer como para la salud. Luego, ¿quién no se maravilla de ver cómo desde el grano de uva la vid se extiende hasta la cima del árbol, al que abraza como con un cierto abrazo, lo ata con ciertos brazos, lo rodea con sus zarcillos, lo viste con pámpanos, lo corona con guirnaldas de uvas? Lo cual, a imitación de nuestra vida, primero fija una raíz viva, luego, porque su naturaleza es flexible y perecedera, como con ciertos brazos, así también con zarcillos, aprieta todo lo que alcanza, y con ellos se eleva y se alza.

50. Esta es similar al pueblo de la Iglesia, que se planta como con una cierta raíz de fe y se reprime con el brote de la humildad, de la cual el Profeta dice hermosamente: Trasplantaste una viña de Egipto, y plantaste sus raíces, y llenaste la tierra: su sombra cubrió los montes, y sus ramas los cedros de Dios: extendiste sus sarmientos hasta el mar, y sus brotes hasta el río (Sal. LXXIX, 9). Y el mismo Señor habló por medio de Isaías diciendo: Se hizo una viña para mi amado en un cuerno, en un lugar fértil: y la rodeé con un muro, y cavé alrededor de la viña de Sorec, y edificué una torre en medio de ella (Isa., V 1 y ss.). Pues la rodeó como con un vallado de preceptos celestiales y con la custodia de los ángeles. Porque el ángel del Señor acampará en torno a los que le temen. Puso en la Iglesia como una torre a los apóstoles y profetas y doctores, que suelen velar por la paz de la Iglesia. La cavó alrededor, cuando la liberó del peso de las preocupaciones terrenales. Pues nada carga más la mente que la preocupación y el deseo de este mundo, ya sea de dinero o de poder. Esto se te muestra en el Evangelio (Luc., XIII, 11), cuando lees que aquella mujer que tenía un espíritu de enfermedad estaba inclinada de modo que no podía mirar hacia arriba. Pues su alma estaba encorvada, inclinada hacia las ganancias terrenales, y no veía la gracia celestial. Jesús la miró, la llamó, y de inmediato la mujer dejó las cargas terrenales. También demuestra que aquellos estaban cargados con esos deseos, a quienes dijo: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mat. XI, 28). Así, el alma de aquella mujer, como si hubiera sido cavada alrededor, respiró y se enderezó.

51. Pero la misma vid, cuando ha sido cavada alrededor, se ata y se eleva, para que no se doble hacia la tierra. Se podan algunas ramas, otras se propagan: se podan aquellas que crecen con una expansión inútil, se propagan las que el buen agricultor ha juzgado fructíferas. ¿Por qué habría de describir las filas de soportes y la gracia de la unión, que enseñan clara y manifiestamente que debe mantenerse la igualdad en la Iglesia, para que nadie se ensalce por ser rico o honorable, ni nadie se deprima por ser pobre o ignoble y desespere? Que en la Iglesia haya una libertad igual y única para todos, que a todos se les imparta justicia y gracia comunes. Por eso hay una torre en el medio, que lleva el ejemplo de aquellos rústicos, de aquellos pescadores que merecieron sostener la cima de las virtudes: con cuyos ejemplos se eleva nuestro ánimo, para que no yaga vil y despreciable en el suelo; sino que la mente de cada uno se eleve hacia lo superior, para que se atreva a decir: Nuestra conversión está en los cielos. De donde, para que no pueda ser doblada por algunas tormentas del mundo, y llevada por la tempestad, abraza a los más cercanos con esos ganchos y círculos como con abrazos de caridad, y descansa en su unión. La caridad es, por tanto, lo que nos une a los superiores y nos inserta en el cielo. Porque quien permanece en la caridad, Dios permanece en él. Por eso

el Señor dice: Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos (Juan, XV, 4).

52. Evidentemente, por tanto, señaló que el ejemplo de la vid debe ser tomado para la formación de nuestra vida, la cual se dice que primero brota al calor templado de la primavera: luego, desde los mismos nudos de los sarmientos, emite fruto, del cual se forma la uva naciente, y poco a poco, al crecer, retiene la acidez de un parto inmaduro, y no puede volverse dulce sino cuando ya está madura y cocida. Mientras tanto, la viña se viste de verdes pámpanos, con los cuales se protege no solo del frío y de toda injuria con un no pequeño auxilio, sino también se defiende del ardor del sol. ¿Qué hay, además, más grato que ese espectáculo, o más dulce que su fruto, que ver los racimos colgantes como si fueran ciertos collares de un campo espléndido, recoger uvas que resplandecen con color dorado o púrpura? Podrías pensar que brillan jacintos y otras gemas, que resplandecen índigos, que la gracia de las blancas resplandece. Y no adviertes que se te advierte, hombre, que no te encuentre el último día con tus frutos inmaduros, o que el tiempo de la plena edad no desmerezca con obras incompletas. Pues el fruto amargo suele ser más amargo; y no puede ser dulce, sino aquello que ha crecido hasta la madurez de la perfección. A este hombre perfecto ni el frío de la muerte horrenda, ni el sol de la iniquidad suelen dañarle; porque lo cubre la gracia espiritual, y apaga todos los incendios de la codicia mundana y de la lujuria corporal, defiende de los ardores. Que te alaben todos los que te contemplan, y que las filas de la Iglesia admiren como ciertos racimos de sarmientos: que cada uno de los fieles contemple los hermosos collares de las almas: que se deleiten con la madurez de la prudencia, el esplendor de la fe, la belleza de la confesión, la hermosura de la justicia, la abundancia de la misericordia, para que se te diga: Tu esposa como vid fecunda en los lados de tu casa (Sal. 127, 3); porque imitas la abundancia de la vid fructífera, copiosa en el don de la generosidad.

CAPÍTULO XIII.

De la utilidad y diversidad de los árboles; sobre el método para injertarlos y curarlos; finalmente, sobre las propiedades de los jugos de los árboles: con una exposición moral para cada uno.

53. Pero, ¿por qué me detengo solo en la vid, cuando todos los tipos de árboles son útiles, unos nacen para el fruto, otros se dan para el uso? Pues incluso aquellos que no tienen un fruto más abundante, sin embargo, su uso es más valioso. El cedro es adecuado para suspender los techos de las casas, ya que este tipo de madera es alta en sus dimensiones y no es pesada para las paredes. La ciprés también es hábil para los artesonados y los adornos de los techos. Por eso la Iglesia dice en el Cantar de los Cantares: Las vigas de nuestras casas son de cedro, nuestros artesonados de ciprés (Cant., I, 16); declarando que en estos están los hermosos ornamentos de su techo, que como vigas sostienen con su virtud la cima de la Iglesia y adornan su altura. El laurel y la palma son insignias de victoria. Las cabezas de los vencedores se coronan con laurel, la palma es el adorno de la mano victoriosa. Por eso la Iglesia dice: Dije, subiré a la palma, tomaré sus alturas (Cant., VII, 8). Viendo la eminencia del Verbo y esperando poder ascender a su altura y a la cumbre del conocimiento, dice: Subiré a la palma; para dejar todo lo inferior y dirigirse a lo superior, hacia el premio de Cristo, para recoger y saborear sus dulces frutos. Pues el fruto de la virtud es dulce. El álamo también, con sus coronas de árbol sombrío para los vencedores, y el sauce, flexible para atar las vides, ¿qué otra cosa declaran mística sino que los lazos de Cristo son buenos, que no suelen dañar, lazos de gracia, lazos de caridad, para que cada uno se gloríe en sus lazos, como

también se gloriaba Pablo, diciendo: Pablo, prisionero de Jesucristo (Filemón I, 1)? Atado con estos lazos decía: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? (Rom. VIII, 35). Lazos de abstinencia, lazos de caridad. Atado con estos lazos también David decía: En los sauces, en medio de ella colgamos nuestros instrumentos (Sal. CXXXVI, 2). El boj también es útil para expresar los ápices de los elementos, su material ligero forma el uso de la mano infantil. Por eso dice la Escritura: Escribe en un tablón de boj (Isa., XXX, 8). Al mismo tiempo, que la misma materia que siempre está verde y nunca se despoja de sus hojas, te advierta de no despojarte nunca de la esperanza por disimulo, sino que siempre te germine la esperanza de salvación a través de la fe.

54. ¿Qué puedo enumerar sobre la gran variedad de árboles, cuán diverso y hermoso es el ornato en cada uno de ellos, cuán extensos son los hayedos, cuán altas las abetales, cuán frondosos los pinos, cuán sombrías las encinas, cuán bicolors los álamos, cuán boscoso y renovado el castaño, que, una vez talado, suele brotar de sí mismo como un bosque; cómo en los mismos árboles se percibe la edad, ya sea anciana o joven; pues en los más jóvenes las ramas son más delgadas, mientras que en los más viejos los brazos son más fuertes y nudosos: en aquellos las hojas son lisas y extendidas, en estos más contraídas y ásperas. También hay árboles que, con una raíz anciana y muerta, no saben renovar su sucesión si acaso son cortados: otros en los que o la juventud florece, o la naturaleza es más fecunda, para los cuales la tala es más bien una ganancia que una pérdida, de modo que a través de una sucesión renovada se multiplican en numerosos herederos.

55. Hay también, lo que es de admirar, una distinción de sexos en los frutos, y hay distinción de sexos en los árboles. Pues puedes ver la palma que produce dátiles, a menudo inclinando sus ramas y sometiéndose, y mostrando una apariencia de deseo y abrazo hacia aquel árbol que los niños de los campesinos llaman palma macho. Esa palma, por tanto, es femenina, y confiesa su sexo con apariencia de sumisión. Por eso, los cultivadores del lugar colocan sobre sus ramas semillas de dátiles o de brotes masculinos, con lo cual se infunde a ese árbol femenino una especie de sensación de cumplimiento, y se representa la gracia del deseado encuentro. Dotada con este don, se yergue de nuevo, eleva sus ramas y vuelve a levantar su copa a su antiguo estado. De la higuera también se tiene la misma opinión. Por eso, muchos suelen injertar la higuera silvestre en la higuera doméstica y fructífera, ya que se dice que los frutos de esa higuera fecunda y doméstica, tentados por alguna brisa o por el calor, caen rápidamente al suelo. Por lo cual, los conocedores de este remedio atan los brotes de la higuera silvestre a ese árbol fértil, curando su debilidad; para que pueda conservar sus propios frutos, que de otro modo caerían si no hubiera remedios. Con esto se nos advierte, como en un enigma de la naturaleza, a no rechazar a aquellos que están separados de nuestra fe y compañía; ya que incluso un gentil que haya sido adquirido, cuanto más grave haya sido defensor del error, tanto más vehemente puede llegar a ser defensor de la fe; y si alguno de los herejes se convierte, puede fortalecer la parte a la que se ha unido con su opinión cambiada, especialmente si tiene algo de naturaleza recta, para que su juicio pueda ser vivo, si se le apoya con atención sobria y observancia de castidad. Por lo tanto, profundiza tu estudio en torno a él, para que, a semejanza de esa higuera fructífera con la presencia y unión de ese árbol silvestre, puedas fortalecer tu virtud. Así, tu intención no se disolverá, y se conservará el fruto de la diligencia y la gracia.

56. ¡Cuántas cosas hay, sin embargo, que enseñan que la dureza natural puede ser moderada por el estudio diligente, para lo cual el cultivo rural ofrece un ejemplo! Pues, generalmente, los granados florecen rápidamente y no pueden dar fruto a menos que sean cultivados con los remedios adecuados de los expertos: a menudo, el jugo interior se desvanece, y su fuerte

apariciencia se muestra hermosa. Esto se compara con razón a la Iglesia, como se dice en los Cánticos a la Iglesia: "Como la corteza del granado son tus mejillas" (Cant., IV, 3). Y más adelante: "Si floreció la vid, florecieron los granados" (Cant., VII, 12). La Iglesia, en efecto, muestra el esplendor del bien de la fe y de la confesión, hermosa por la sangre de tantos mártires, y más aún, adornada con la sangre de Cristo; al mismo tiempo, conserva dentro de sí muchos frutos bajo una sola protección, abarcando muchas obras de virtudes. Pues el sabio en espíritu oculta sus obras. También se dice que los agricultores curan los almendros de esta manera, para que de amargos se conviertan en frutos dulces, perforando la raíz del árbol e insertando en el medio un brote de aquel árbol que los griegos llaman *πεύκη*, y nosotros llamamos pino; hecho esto, se elimina la amargura del jugo. Entonces, si la agricultura transforma las cualidades de las plantas, ¿no pueden los estudios de la doctrina y la atención a la disciplina mitigar cualquier enfermedad de las pasiones? Por lo tanto, nadie que se encuentre en el resbaladizo terreno de la adolescencia o de la intemperancia debe desesperar de su conversión. ¿Acaso la madera no se transforma a menudo en mejores usos, y no pueden cambiarse los corazones de los hombres?

57. Hemos enseñado que no solo entre árboles de diferentes géneros existen diversidades de frutos, sino que a menudo en la misma especie de árboles los frutos se contraponen entre sí. Pues una es la especie de los frutos masculinos, otra la de los femeninos, como hemos dicho anteriormente sobre las palmeras. ¿Quién podría comprender la variedad, la especie y la gracia de los frutos, así como la utilidad de cada uno de ellos y la propiedad de sus jugos, que parecen adecuados para cada cosa, cómo los frutos más amargos curan las vísceras enfermas de los hombres y moderan la hinchazón y aspereza interior, y cómo a su vez los jugos ásperos de los frutos se moderan con los dulces? En definitiva, aquella medicina más antigua, que solía curar con hierbas y jugos; y no hay salud más firme que la que se restaura con alimentos saludables. Por lo tanto, según la naturaleza, se nos enseña que solo el alimento es nuestra medicina. Ciertamente, con hierbas se cierran las úlceras abiertas, con hierbas se curan los males internos. Por eso, es tarea de los médicos conocer las propiedades de las hierbas. De aquí se ha desarrollado el uso de la curación.

CAPÍTULO XIV.

De la diferencia de los frutos simples y la diversidad de las hojas: donde se trata principalmente de la vid y la hoja de higuera; y de las diversas formas de otras hojas.

58. Pero para volver nuestro estilo a los frutos simples, hay algunos que se secan al sol, y otros que se conservan encerrados en cáscaras o cortezas. Las manzanas y las peras, así como todos los tipos de uvas, se exponen desnudas al sol: sin embargo, el fruto de la nuez y el piñón, cubierto por su cáscara y corteza, también se alimenta y nutre con el calor del sol; y cuanto más el piñón está oculto por su densidad, tanto más se nutre con el calor del sol.

59. Cuánta es la providencia del Señor, que donde el fruto es más tierno, allí la densidad de las hojas proporciona una protección más fuerte para resguardar el fruto, como vemos en el fruto de la higuera. Así, lo más delicado debe ser protegido por lo más fuerte, como también el mismo Señor enseña a través de Jeremías, diciendo: "Como a estos buenos higos reconoceré a los trasladados de Judá, a quienes envié de este lugar a la tierra de los caldeos para bien, y fijaré mis ojos sobre ellos para bien" (Jer. XXIV, 5). Pues como delicados, los cubrió con un manto más fuerte de su misericordia, para que los frutos tiernos no perecieran prematuramente. Finalmente, de ellos también dice más adelante: "Mis delicados han caminado por caminos ásperos" (Baruc., IV, 26). A quienes más adelante dice: "Sed

constantes, hijos, y clamad a Dios" (Ibid., 27). Pues este es el único manto inviolable, la protección impenetrable contra todas las tormentas e injurias. Donde, por tanto, hay frutos tiernos, allí hay coberturas y protecciones más gruesas de hojas. Por el contrario, donde los frutos son más fuertes, allí las hojas son más tiernas, como enseña el manzano. Pues el fruto más fuerte no necesita mucha ayuda de protección; ya que la sombra de una protección más gruesa podría dañar más al fruto.

60. Finalmente, la hoja de la vid nos enseña la gracia de la naturaleza y los misterios internos de la sabiduría divina. Vemos que está cortada y dividida de tal manera que parece mostrar la forma de tres hojas: la parte media está tan claramente diferenciada que, si no estuviera unida a las inferiores, parecería separada a los ojos de los observadores. Esta disposición parece haber sido mantenida por la naturaleza para permitir que el sol entre más fácilmente y para proporcionar sombra. En efecto, la parte media se extiende más alta y se afina en la cima, de modo que ofrece más belleza que cobertura. De hecho, parece formar la imagen de un trofeo, significando que la uva tiene preeminencia entre los demás frutos colgantes, a la cual, por un juicio tácito de la naturaleza, pero con una clara indicación, se le otorga la apariencia y prerrogativa de la victoria. Así, lleva consigo su propio trofeo, que le proporciona protección contra las inclemencias del tiempo, al mismo tiempo que no impide recibir el calor del sol, con el cual, al calentarse, se alimenta, colorea y crece. La hoja de la higuera también se divide casi como la de la vid, en una partición cuádruple: esto se ve más claramente cuanto más grande es la hoja, aunque no de la misma manera que la hoja de la vid, ni en todos sus bordes ni en su cima rizada. Pues así como en la hoja de la higuera la robustez es mayor, en la de la vid la apariencia es más elegante. La robustez de la hoja, por tanto, ayuda a repeler las inclemencias del tiempo, y la división contribuye a la gracia del fruto al vaporizarse. En resumen, este tipo de fruto no siente rápidamente el granizo, pero sí la madurez; porque parece estar protegido contra las inclemencias y abierto a la gracia.

61. ¿Por qué habría de describir las diversidades de las hojas, cómo unas son redondas, otras más largas, algunas flexibles, otras más rígidas, algunas que no se caen fácilmente con los vientos, y otras que se desprenden con el leve movimiento de las brisas?

CAPÍTULO XV.

¡Maravillosa diversidad del agua! De ahí también nace la diferencia de los frutos que se nutren de ella; y la discrepancia de las lágrimas que destilan de los árboles: a las cuales se añade la excusa de una investigación más precisa.

62. Es inexplicable querer investigar las propiedades de cada cosa, y distinguir sus diferencias con testimonio manifiesto, o revelar sus causas ocultas y latentes con documentos inagotables. Pues el agua es una y la misma, y frecuentemente se transforma en diversas especies: ya sea amarilla entre las arenas, espumosa entre las rocas, más verde entre los bosques, de diferente color entre las flores, más brillante entre los lirios, más roja entre las rosas, más líquida en la hierba, más turbia en el pantano, más clara en la fuente, más oscura en el mar, fluyendo con el color de los lugares por los que pasa. También cambia su rigor de manera similar, de modo que hierve entre vapores, se enfría entre sombras, se calienta reflejada por el sol, se vuelve blanca con el frío glacial de las nieves. ¿Y cómo se transforma su sabor, variando según la calidad de las especies en las que se infunde, siendo a veces más áspero, a veces más amargo, a veces más fuerte, a veces más austero, a veces más dulce? Se vuelve áspera con jugos inmaduros, amarga con corteza de nuez triturada y hojas machacadas, más amarga con ajeno, más fuerte con vino, más austera con ajos: se vuelve

pesada con veneno, se endulza con miel. Si se le mezcla lentisco, fruto de terebinto o la parte interior de la nuez, se transforma fácilmente en la suave naturaleza del aceite. Aunque es la nutriente de todos los arbustos, proporciona diferentes usos a cada uno. Si baña las raíces o desciende desde las nubes, otorga fuerzas distintas a todos, engorda la raíz, desarrolla el tronco, extiende las ramas, hace que las hojas reverdezcan, alimenta las semillas de los frutos, acostumbra a aumentar el fruto. Así, aunque es la misma nodriza de todos, algunos géneros de árboles producen jugos más amargos, otros más dulces, otros tardíos, otros prematuros. Incluso difieren entre sí en dulzura. Hay una dulzura en la vid, otra en el olivo, otra en las cerezas, otra en el higo, distinta en la manzana, diferente en el dátil.

63. El contacto mismo del agua es en algunos lugares suave, en otros más áspero, y generalmente más denso. También difiere frecuentemente en peso como en apariencia. Pues en muchos lugares se considera más pesada, en otros más ligera. No es de extrañar, por lo tanto, que si el agua misma presenta diferencias, también las lágrimas de los árboles, que se generan por la inundación de esa misma agua, difieran entre sí. Y aunque la causa de todas sea la misma, el uso de cada una es diferente, así como su naturaleza. La lágrima del árbol de cerezo tiene una fuerza distinta a la del lentisco. Se dice que las maderas aromáticas de Oriente sudan una gota de bálsamo diferente: también en Egipto y Libia, los arbustos de ferula lloran un tipo diverso de lágrimas por una cierta fuerza de naturaleza más secreta. ¿Y qué te diré, aunque el discurso pueda ser clemente, sobre que el ámbar es la lágrima de un arbusto, y que en la solidez de tal materia la lágrima se endurece? Esto no se afirma con testimonios ligeros, ya que a menudo se encuentran hojas o porciones diminutas de ramitas, o ciertos pequeños géneros de animales en el ámbar, lo que parece indicar que, cuando aún era una gota más blanda, los recibió y, al solidificarse, los retuvo.

64. Pero, ¿qué puedo yo decidir con un discurso humilde cuando se trata de la alta y preciosa razón de la naturaleza, si este discurso se alimenta del ingenio humano, mientras que la naturaleza de todas las cosas ha sido formada por la providencia divina? Por lo tanto, la difusión de las palabras debe ser contenida como con ciertas riendas; no sea que, al parecer, nos apropiemos indebidamente de lo que a Salomón le fue conferido divinamente como un don especial de sabiduría, al exponer las diferencias de los árboles y las virtudes de las raíces, y todo lo que está oculto e imprevisto, como está escrito (III Reyes, IV, 33), que ni siquiera por él fue plenamente revelado; de modo que me parece que él pudo haber discutido sobre los tipos de arbustos, pero no pudo explicar completamente las razones de toda la creación.

59 CAPÍTULO XVI.

Cómo, a la voz del Señor, de repente toda clase de arbustos floreció proporcionando alimento, delicias y medicina. De qué manera también todas las plantas tienen en sí mismas o bien semilla, o algo que supla la función de la semilla. Sobre la gran virtud de Dios en cada una; donde se habla especialmente del pino y de las mirtáceas.

65. Pero si con el riego de las aguas a menudo las cosechas son más abundantes, y las habas verdes, y la múltiple gracia de los huertos se suscita y resucita, si las riberas de los ríos desbordantes se adornan con vegetación; ¿cómo, al mandato del Señor, que es más abundante que cualquier curso de agua, de repente toda la creación de arbustos floreció? Los campos se apresuraron a producir el fruto que no se les había encomendado, los huertos a germinar especies de hortalizas desconocidas, los milagros de las flores a brotar, las riberas de los ríos a vestirse de mirtos: los árboles se apresuraron a crecer rápidamente, a vestirse rápidamente de flores, a proporcionar alimento a los hombres, forraje al ganado. El fruto es común a

todos, el uso también se ha dado a todos. Al mismo tiempo, los árboles germinaron ambos, uno para que nos alimentáramos, otro para que nos defendiera del sol con su sombra refrescante. Alimento en el fruto, uso de la belleza en la hoja; sin embargo, porque la providencia del Creador era previsor, sabiendo que la avidez humana reclamaría principalmente el fruto para sí, proveyó a los demás seres vivos, para otorgarles un alimento especial. Así, el alimento no es escaso para ellos en las hojas y en las cortezas silvestres: también se proporcionaron aquellas cosas que servirían para el uso medicinal, es decir, jugos, resinas, brotes. Así, aquellas cosas que después, por experiencia, uso y ejemplo, reconocimos como útiles, el Creador, desde el principio, con la majestad de su presciencia, ordenó que salieran del seno de la tierra para el uso al que las destinó.

66. Y porque el Señor mandó que la tierra produjera hierba verde y árboles frutales, que dieran fruto según su especie, cuya semilla estuviera en ellos (no sea que alguien diga que en muchos árboles no se ve ni fruto ni semilla, y piense que el mandato divino vacila en algo, desviándose de la verdad), adviértase que de ninguna manera puede suceder que no usen semillas todas las cosas que nacen, o que tengan algo que parezca concordar con la virtud de las semillas: y esto, si alguien lo observa diligentemente, podrá comprenderlo con manifiesta evidencia. Los sauces parecen no tener semilla; sin embargo, tienen en sus hojas un grano que posee la virtud de la semilla, de modo que, al ser depositado en la tierra, brota el árbol del brote como si fuera de una semilla. Con ese grano, la raíz primero se fortalece: de la raíz brota no solo el sauce, sino también el bosque de otras especies de árboles similares. Además, la generación de la raíz tiene la virtud de la semilla; por lo cual muchos han propagado el crecimiento de su bosque mediante esa siembra.

67. Gran es la virtud de Dios en cada uno. Que nadie se asombre si he dicho que en los arbustos está la gran virtud de Dios. Pues Él mismo ha dicho que su gran virtud está en las langostas y en el saltamontes, ya que la ofensa a la majestad divina se resolvía con gran moderación mediante la esterilidad y la escasez de los judíos. En verdad, la paciencia es una gran virtud, así como la providencia. Eran indignos, en efecto, de disfrutar de la fecundidad terrenal, aquellos que habían ofendido al creador de la tierra. Y verdaderamente grande es aquel que con miserable hambre castiga el crimen de tan gran impiedad. Así que, si con la gran virtud de Dios la tierra generó al saltamontes estéril, ¡cuánto más con gran virtud procrea lo que es fecundo!

68. ¿Quién, al ver un pino, no se asombra de tan gran arte infundida por el mandato divino e impresa en la naturaleza? ¿Cómo, desde el mismo centro, se eleva con medidas equidistantes y con una unión perfecta que protege sus propios frutos? Así, en su contorno, se conserva la misma especie y orden, y en cada sección se produce una abundancia de semillas, y el fruto y la gracia regresan en círculo. Por lo tanto, en este pino, la naturaleza parece expresar su propia imagen, que guarda los privilegios recibidos de aquel primer mandato divino y celestial, y reproduce sus frutos en un cierto ciclo y orden de años, hasta que se cumpla la consumación del tiempo.

69. Pero así como en este fruto se refleja una imagen agradable de sí mismo, también en las tamariscas, es decir, en los arbustos humildes, se expresa la figura de la astucia impropia. Pues así como los hombres de doble corazón están siempre presentes en todas partes, y muestran gracia y simplicidad ante los buenos, pero se adhieren a los más viciosos, así también estos arbustos crecen tanto en lugares acuosos como en desiertos, en un uso contrario. Por eso Jeremías comparó las costumbres dudosas e insinceras con las tamariscas (Jer. XVII, 6).

CAPÍTULO XVII.

Reprendida la sordera del corazón humano, la providencia admirable de Dios se manifiesta en las cosas más pequeñas; donde se habla principalmente de los árboles siempre verdes y sus diferencias, así como del primer cultivador de la vid y el uso del vino.

70. Dijo: "Produzca la tierra hierba verdeante", y al instante la tierra se llenó de toda clase de brotes. Y al hombre se le dice: "Ama al Señor tu Dios" (Deut., VI, 5), y no se infunde la caridad de Dios en todos los corazones. Los corazones de los hombres son más sordos que las duras piedras. La tierra nos ofrece frutos no merecidos, obedeciendo a su creador; nosotros negamos el tributo debido, al no venerar al creador.

71. Observa en las cosas pequeñas la providencia de Dios, y porque no puedes comprenderlo, admira cómo ha reservado algunas cosas siempre florecientes, mientras que ha querido que otras experimenten cambios de despojo y revestimiento. Entre las canas de la nieve, las escarchas del frío, los campos conservan su verdor: y aunque estén cubiertos de hielo, no dejan de mostrar una notable apariencia de verdor. Incluso entre las especies de árboles que están cubiertos de hojas perennes, hay una diferencia considerable. El olivo y el pino conservan siempre su follaje, pero a menudo cambian sus hojas; no las presentan como permanentes, sino como sustitutas que embellecen su árbol, cubriendo con la integridad perpetua de su vestidura a modo de don. Sin embargo, la palma permanece siempre verde por conservación y duración, no por cambio de hojas. Pues las hojas que primero brotan, las conserva sin ninguna sucesión de sustitución. Imítala, pues, oh hombre, para que se diga también de ti: Tu estatura se ha hecho semejante a la de la palma (Cant., VII, 7). Conserva el verdor de tu juventud y aquella inocencia natural que recibiste desde el principio, para que, plantado junto a corrientes de agua, tengas tu fruto preparado en su tiempo, y tu hoja no caiga. Esta frescura de gracia siempre floreciente en Cristo, la Iglesia la sigue diciendo: En su sombra deseé y me senté (Cant., II, 3). Este privilegio del don verdeante lo recibieron también los Apóstoles, cuyo follaje nunca pudo caer, de modo que incluso su sombra curaba a los enfermos. Pues las enfermedades del cuerpo son cubiertas por la fe de la mente, y los méritos florecientes de las virtudes. Permanece, pues, plantado en la casa del Señor, para que en sus atrios florezcas como la palma, y ascienda en ti la gracia de la Iglesia, y el olor de tus narices sea como manzanas, y tu garganta como el mejor vino (Cant. VII, 9), para que te embriagues en Cristo.

72. Bien ha advertido este versículo repetir lo casi olvidado, ya que dijimos en el precepto 62 del Señor que también la vid brotó, la cual después del diluvio supimos que Noé la plantó (Gén., IX, 20). Así tienes, pues, que Noé era agricultor de la tierra, y plantó una vid, y bebió de su vino, y se durmió. No es, por tanto, Noé el autor de la vid, sino de la plantación. Pues no podría haberla plantado si no la hubiera encontrado ya generada antes. Es, por lo tanto, cultivador, no autor de las vides. Pero Dios, que sabía que el vino bebido con moderación daría salud, aumentaría la prudencia, y que tomado en exceso daría lugar a vicios, dio la criatura, reservando la abundancia al juicio humano; para que la moderación fuera la maestra de la sobriedad de la naturaleza, y la condición humana atribuyera a sí misma la caída nociva de la embriaguez. De hecho, también Noé se embriagó y se durmió adormecido por el vino. Así, por el vino se reveló la deformidad de quien por el diluvio creció en gloria: pero el Señor también en ello reservó la gracia de su criatura, para que su fruto nos convirtiera en salvación, y por él nos llegara la remisión de los pecados. De ahí que Isaac piadosamente dijo: El olor de Jacob, olor de campo lleno, es decir, olor natural (Gén., XXVII, 27). Pues, ¿qué hay más

dulce que un campo lleno? ¿Qué más agradable que el olor de la vid? ¿Qué más grato que la flor del haba? De donde, aunque ingeniosamente alguien antes de nosotros haya dicho: No olía el Patriarca a vid o higuera o fruto, sino que exhalaba la gracia de las virtudes; yo, sin embargo, también aceptaré el olor mismo de la tierra simple y sincera como gracia de la bendición, que ninguna falsedad compuso, sino que la verdad de la indulgencia celestial infundió. Finalmente, se cuenta entre las bendiciones más sagradas, que el Señor nos conceda del rocío del cielo la fuerza del vino, del aceite y del trigo: a quien es honor, alabanza y gloria, perpetuidad desde los siglos, y ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

LIBRO CUARTO. DE LA OBRA DEL CUARTO DÍA.

61 CAPÍTULO I (Sermón VI)

El lector se prepara para entender correctamente la creación del sol, y para evitar la idolatría en este contexto; sobre lo cual establece una comparación con su propio autor, y examina el orden en el que fue creado entre otras cosas, con una elegante prosopopeya de la tierra como tema.

1. Quien recoge la vendimia, primero acostumbra limpiar los recipientes en los que se va a verter el vino, para que ninguna impureza decolore la gracia del vino. ¿De qué sirve plantar la vid en orden, cavar cada año, o trazar surcos con el arado, podar, levantar, unir a los olmos y unirlos en un cierto matrimonio, si con tanto trabajo el vino obtenido se echa a perder en el recipiente? También, si alguien desea contemplar los amaneceres, limpia sus ojos para que nada de polvo o suciedad se adhiera a sus ojos y perturbe su visión; ni que alguna niebla nublada cubra la vista corporal del espectador. Para nosotros, en la lectura, debe surgir el sol, que antes no existía. Ya hemos pasado el primer día sin sol: el segundo sin sol lo hemos pasado: el tercero sin sol lo hemos completado: el cuarto día Dios ordena que se hagan las luminarias, el sol, la luna y las estrellas. El sol comienza, limpia los ojos de la mente, oh hombre, y la visión interior del alma, para que ninguna paja de pecado nuble la agudeza de tu ingenio y turbe la visión de un corazón puro. Limpia el oído, para que como un recipiente sincero recibas los claros flujos de la Escritura divina, sin que entre ninguna contaminación. El sol avanza con gran resplandor llenando el día, llenando el mundo con gran luz, vaporizando con calor. Ten cuidado, oh hombre, de considerar solo su magnitud; no sea que su excesivo resplandor ciegue la visión de tu mente; como quien mira directamente a su rayo, al reflejarse la luz, pierde de repente toda visión; y a menos que gire su rostro y ojos hacia otras partes, cree que no ve nada y que ha sido privado del don de la vista: pero si desvía su mirada, conserva intacta su función. Ten cuidado, por lo tanto, de que el rayo naciente no confunda tu visión. Y por eso primero mira el firmamento del cielo, que fue hecho antes que el sol: mira la tierra, que comenzó a ser visible y compuesta antes de que el sol saliera: mira sus brotes anteriores a la luz del sol. El saltamontes es anterior al sol, la hierba es más antigua que la luna. No creas, por tanto, que Dios es inferior a los dones de Dios que ves. Han pasado tres días, y nadie ha buscado el sol, y la claridad de la luz ha abundado. Porque el día también tiene su luz, que es anterior al sol. No te entregues temerariamente a tanto esplendor del sol. Es el ojo del mundo, la alegría del día, la belleza del cielo, la gracia de la naturaleza, la excelencia de la creación.

2. Pero cuando ves esto, considera a su autor: cuando te maravillas de esto, alaba primero a su creador. Si el sol, compañero y partícipe de la creación, es tan grato, ¡cuán bueno es aquel sol de justicia! Si este es tan veloz, que con rápidos cursos recorre todo en el día y la noche;

¡cuán grande es aquel que está siempre en todas partes, y con su majestad llena todo! Si es admirable aquel que es mandado a salir, ¡cuánto más admirable es aquel que dice al sol, y no sale, como leemos (Job IX, 7)! Si es grande aquel que, por el cambio de las horas, se acerca o se aleja de los lugares cada día, ¡cómo será aquel que, incluso cuando se vació a sí mismo para que pudiéramos verlo, era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo! Si es excelso aquel que, por la interposición de la tierra, sufre a menudo eclipses; ¡de cuánta majestad es aquel que dice: Aún una vez más yo moveré la tierra (Ag. I, 7)! Aquel es ocultado por la tierra; el movimiento de este no puede ser sostenido, a menos que sea sustentado por la sustancia de su voluntad. Si para el ciego es una pérdida no ver la gracia de este sol; ¡cuánto más para el pecador es una pérdida sostener las tinieblas de la noche perpetua, defraudado del don de la verdadera luz!

3. Por tanto, cuando ves el sol, observa la tierra, que fue fundada antes: observa la hierba del heno, que tiene el privilegio del orden: observa los árboles, que se alegran de haber comenzado a existir antes que las luces del cielo. ¿Acaso los méritos del heno son mayores que los del sol? ¿O es mayor la prerrogativa de los árboles? Lejos de nosotros preferir a lo insensible sobre el ministro de tan gran don. ¿Qué, pues, previó la profundidad de la sabiduría y ciencia de Dios, para que los árboles comenzaran a existir antes que esas dos luminarias del mundo, y ciertos ojos celestiales del firmamento; sino para que todos conocieran, por el testimonio de la lectura divina, que la tierra puede ser fecunda sin el sol? Pues aquello que pudo germinar las primeras semillas de las cosas sin el sol, ciertamente puede nutrir las semillas recibidas, y dar a luz con su propio calor sin el calor del sol.

4. Con esta voz, la naturaleza proclama de alguna manera sus dones: Bueno es el sol, pero para el servicio, no para el dominio; buen ayudante de mi fecundidad, pero no creador; buen sustentador de mis frutos, pero no autor. A veces incluso quema mis partos; frecuentemente también me causa daño, y en muchos lugares me deja sin dote. No soy ingrata con mi siervo, me ha sido dado para mi uso, está conmigo destinado al trabajo, conmigo está sujeto a la vanidad, conmigo sometido a la servidumbre de la corrupción. Conmigo gime, conmigo sufre dolores de parto, para que venga la adopción de los hijos y la redención del género humano, para que también nosotros podamos ser liberados de la servidumbre. Conmigo, al estar presente, alaba al autor, conmigo canta un himno al Señor nuestro Dios. Donde su gracia es mayor, allí conmigo tiene una comunión común. Donde el sol bendice, allí la tierra bendice. Bendicen (Sal. 148, 3 y ss.) los árboles frutales, bendicen los ganados, bendicen las aves conmigo. En el mar, el marinero lo acusa, me desea a mí; en las montañas, el pastor lo evita, se apresura hacia mis brotes, hacia mis árboles, bajo los cuales, sofocado, se refugia en la sombra; hacia mis fuentes, sediento y cansado, corre.

CAPÍTULO II.

Servir al Hijo de Dios, por quien fue creado para el adorno celestial con otras luces. La fecundidad otorgada por Dios a las tierras, no por el sol: ya que fue hecho para el dominio del día, así como la luna para el dominio de la noche: lo cual también se aplica a Cristo y a la Iglesia.

5. Pero para que no te parezca escaso el testimonio de los ojos, purifica tu oído, acércalo a los oráculos celestiales. Porque por dos o tres testigos se establece toda palabra. Escucha al que dice: "Haya luminarias en el firmamento del cielo para iluminar la tierra" (Gén., I, 14). ¿Quién dice esto? Dios lo dice. ¿Y a quién se lo dice sino al Hijo? Dios Padre dice: "Hágase el sol"; y el Hijo hizo el sol. Pues era digno que el Sol de justicia hiciera el sol del mundo. Él

mismo lo trajo a la luz, él mismo lo iluminó, él mismo le otorgó el poder de difundir luz. Así fue hecho el sol; por eso también él sirve, porque se ha dicho: "Fundaste la tierra, y permanece; por tu disposición permanece el día, porque todo te sirve" (Sal. CXVIII, 90 y 91). Pues si el día sirve, ¿cómo no servirá el sol, que fue hecho para el dominio del día? ¿Cómo no servirán la luna y las estrellas, que fueron hechas para el dominio de la noche? Pues cuanto mayor gracia les ha dado el creador, para que el aire resplandezca más de lo habitual con la claridad del sol, el día brille más serenamente, las tinieblas de la noche se iluminen por el fulgor de la luna y las estrellas, el cielo, como coronado por ciertas flores, brille con luminarias encendidas, de modo que lo creas pintado como un paraíso floreciente, resplandeciendo con los vivos collares de rosas fragantes: cuanto más parece haberseles conferido de este esplendor, tanto más deben. Pues a quien más se le confía, más debe. Y por eso bien ha sido llamado por muchos el ornamento del cielo, ya que es un precioso collar de estrellas.

6. Y para que sepamos que la fertilidad de las tierras no se atribuye al calor del sol, sino que se debe a la indulgencia divina, dice el Profeta: Todo lo esperan de ti, para que les des su alimento a su tiempo: cuando tú lo das, lo recogen; cuando abres tu mano, todos se llenan de bondad (Sal. 103). Y más adelante: Envía tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra (Ibid., 30). Y en el Evangelio: Mirad las aves del cielo, que no siembran ni cosechan, y vuestro Padre celestial las alimenta (Mat. VI, 26). No son, por tanto, el sol ni la luna los autores de la fecundidad; sino que Dios Padre, por medio del Señor Jesús, otorga a todos la liberalidad de la fertilidad.

7. Hermosamente nos explicó el Profeta qué significa lo que él mismo dice: Porque Dios hizo el sol para el dominio del día y la luna para el dominio de la noche (Sal. 135, 8 y 9). Pues también en este salmo ciento tres, del cual hablamos anteriormente, escribió: Hizo la luna para los tiempos, el sol conoció su ocaso (Sal. 103, 19). Porque cuando el día comienza a completar sus horas, el sol reconoce su debido ocaso. Por lo tanto, el sol está en el dominio del día, y la luna en el dominio de la noche, la cual se ve obligada a obedecer las sucesiones de los tiempos, y ahora se llena de luz, y se vacía: aunque muchos parecen interpretar este pasaje mística y simbólicamente sobre Cristo y la Iglesia; que Cristo reconoció la pasión de su propio cuerpo, quien dijo: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo (Juan 17, 1), para que con su ocaso diera vida eterna a todos los que estaban oprimidos por el ocaso de la muerte perpetua: y la Iglesia tenga sus tiempos, a saber, de persecución y de paz. Pues parece disminuir como la luna, pero no disminuye. Puede ser oscurecida, pero no puede disminuir; porque aunque algunos se aparten en las persecuciones, se llena con las confesiones de los mártires, y glorificada por las victorias de la sangre derramada por Cristo, derrama una mayor luz de su devoción y fe por todo el mundo. Pues la luna tiene una disminución de luz, no de cuerpo, cuando parece perder su luz en los ciclos mensuales, para tomarla prestada del sol; lo cual se puede observar fácilmente en un aire puro y transparente, cuando ninguna nube la cubre y la hace oscura. Porque el orbe de la luna permanece intacto, aunque no todo brille de la misma manera, como cuando una parte de ella resplandece. Y tal como suele verse cuando está llena de luz, así es en magnitud: pero aparece despojada de su luz por una cierta sombra. Y de ahí sus cuernos resplandecen; porque su cuerpo se extiende en un orbe, y se insinúa como si la luz de una porción faltara.

CAPÍTULO III.

Es diferente la luz del día de la de los astros. La distinción entre el día y la noche se marca con dos señales, y hay una doble operación del fuego: iluminar y quemar, las cuales se

separarán en la retribución de los méritos. Se dice que Dios es un fuego consumidor y se explica la causa. Finalmente, a todo cuerpo le acompaña su propia sombra.

8. Puede causar inquietud lo que se dice: "Haya luminarias para iluminar sobre la tierra, que distingan entre el día y la noche" (Gén. I, 13). Porque ya antes, cuando creó la luz, había dicho: "Dios separó la luz de las tinieblas, y fue la tarde y fue la mañana, día uno". Pero consideremos que una cosa es la luz del día, y otra la luz del sol y de la luna, y la luz de las estrellas, ya que el sol mismo con sus rayos parece añadir resplandor a la luz diurna, que puede anunciar tanto el amanecer del día como el ocaso. Pues antes del sol, ciertamente hay luz, pero el día no resplandece; porque también brilla más con el sol en su cenit. Esto lo muestra el Profeta, diciendo: "Y hará resplandecer tu justicia como la luz, y tu juicio como el mediodía" (Sal. XXXVI, 6). No solo comparó la justicia de los santos con la luz, sino también con la luz del mediodía.

9. Luego, no quiso que hubiera solo una señal, sino también dos para la distinción del día y de la noche; para que tanto la luz como la salida del sol hagan la distinción; y nuevamente, la desaparición de la luz y la salida de las estrellas distingan entre el ocaso del día y el comienzo de la noche. Pues cuando el sol se pone, aún queda algo de los restos del día, hasta que las tinieblas cubren la tierra: y entonces la luna y las estrellas aparecen. Y de la noche ciertamente está claro, porque la iluminación de la luna y las estrellas testifican los espacios de la noche. En efecto, durante el día, el resplandor lunar y de todas las estrellas es ocultado por la salida del sol. Sin embargo, el mismo resplandor del sol nos puede enseñar que la naturaleza de la luz diurna y del sol es diferente, y que es una especie de color diferente. Pues la especie de la luz es simple, para proporcionar luz. Pero en verdad, el sol no solo tiene la virtud de iluminar, sino también de vaporizar; pues es ígneo. El fuego, sin embargo, ilumina y quema. Por eso el Señor, queriendo mostrar a Moisés el milagro de su operación, con el cual provocaría a Moisés al estudio de la obediencia y encendería su afecto hacia la fe, se mostró en el fuego en la zarza, y la zarza no se quemaba, sino que solo parecía brillar con la apariencia del fuego. Así, una función del fuego estaba inactiva, la otra operaba. La fuerza de la combustión estaba inactiva, la de la iluminación operaba. Por eso Moisés se asombraba, porque contra su naturaleza el fuego no quemaba la zarza, que incluso solía quemar materia más vehemente. Pero el fuego del Señor suele iluminar, no suele quemar.

10. Pero tal vez digas: ¿Cómo está escrito: Yo soy un fuego consumidor (Deut., IV, 24)? Bien has advertido. No suele consumir, sino solo los pecados. También en la retribución de los méritos comprendemos que la naturaleza del fuego se divide; para que a unos ilumine, a otros consuma, ilumine a los justos, consuma a los impíos. No consume a los mismos que ilumina; y a los que consume, no ilumina: sino que su iluminación es inextinguible para la perfección de los buenos, y su ardor vehemente para el castigo de los pecadores.

11. Pero volvamos a la distinción entre el día y la noche. Cuando surge la luz del día, la noche se disipa; al retirarse el día, la noche se introduce. No hay, en efecto, ninguna asociación de la luz con las tinieblas; ya que por ley natural el Señor estableció esto en su primera obra. En efecto, cuando hizo la luz, también hizo la distinción entre la luz y las tinieblas. Por ejemplo, en el mismo día, ya con el sol iluminando la tierra, vemos que la sombra de un hombre o de algún arbusto se separa de la luz, dirigiéndose por la mañana hacia el Occidente, por la tarde se vuelve hacia el Oriente, y a mediodía se inclina hacia el Norte: sin embargo, no se confunde ni se mezcla con la luz, sino que cede y se retira. De manera similar, la noche parece ceder al día y apartarse de su luz; pues, como han demostrado los más expertos que nos precedieron ya sea por edad o por oficio, es la sombra de la tierra.

Naturalmente, la sombra se adhiere y se une al cuerpo, tanto que incluso los pintores se esfuerzan por representar las sombras de los cuerpos que han pintado, y afirman que es parte del arte no interrumpir la fuerza de la naturaleza: y se considera casi un transgresor del derecho natural aquel cuya pintura no expresa también su sombra. Así, como durante el día, cuando un cuerpo se interpone en la dirección del sol, la sombra se mantiene en el lado donde la luz es reflejada: de igual manera, cuando al retirarse el día, la tierra se interpone en la dirección de su luz o del sol, el aire se oscurece. De ahí se deduce que la sombra de la tierra es lo que hace la noche.

CAPÍTULO IV.

Las luminarias fueron hechas como señales, pero no para los nacimientos. La ciencia de los matemáticos es inútil e imposible. Qué inadecuadamente transfiere las propiedades de los animales terrestres a los celestiales, y de estos a los hombres. Qué ridículo es afirmar que el estado estable de la vida depende de señales erráticas. Qué impíamente les atribuye cualidades que dañan a los inocentes. Qué neciamente, finalmente, propone cosas manifiestamente falsas y proporciona una excusa para la malicia y la inercia.

12. Hizo, pues, el sol, la luna y las estrellas, y les asignó las medidas de los tiempos: al sol las diurnas, a la luna y a las estrellas las nocturnas; para que aquel aumente la gracia del día, y estas iluminen la sombra y las tinieblas. Y sean para señales, y para tiempos, y para días, y para años (Gén., I, 14). Los tiempos divididos tienen medidas iguales para los cambios de los meses, el sol y la luna con las estrellas, y son para señales. No podemos negar que del sol y la luna se recogen algunas señales; pues también el Señor dijo: Y habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas (Luc. XXI, 25). Y a los Apóstoles que preguntaban por la señal de su venida, respondió: El sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo (Mat., XXIV, 29). Dijo que estas serían señales de la futura consumación: pero debe guardarse la medida conveniente a nuestro cuidado.

13. Finalmente, algunos han intentado expresar las cualidades de los nacimientos, cómo será cada uno que ha nacido; cuando esto no solo es vano, sino también inútil para quienes lo buscan, imposible para quienes lo prometen. Pues, ¿qué hay más inútil que persuadirse a sí mismo de que uno es lo que ha nacido? Nadie, por tanto, debe cambiar su vida, estado y costumbres y esforzarse por ser mejor, sino permanecer en esa persuasión. No puedes alabar al honesto, ni condenar al deshonesto, que parece responder a la necesidad de su nacimiento. ¿Y cómo el Señor propuso premios a los buenos o castigos a los malos, si la necesidad hace la disciplina y el curso de las estrellas informa la conducta? ¿Y qué es otra cosa que despojar al hombre de su humanidad, si nada se deja a las costumbres, nada a la educación, nada a los estudios? ¡Cuántos vemos que, arrancados de los crímenes y pecados, se han convertido a un mejor estado! Los Apóstoles fueron redimidos y reunidos de entre los pecadores: no fue la hora de su nacimiento, sino la venida de Cristo la que los santificó, y la hora de la pasión del Señor los redimió de la muerte. El ladrón condenado, aquel que fue crucificado con el Señor, no pasó a la eternidad del paraíso por el beneficio de su nacimiento, sino por la confesión de su fe. Jonás en el mar no fue precipitado por la fuerza de su nacimiento, sino por la ofensa de la desobediencia a la orden divina, y el mismo cetáceo que lo acogió, como indicio del misterio futuro, lo vomitó después de tres días, y lo reservó por el mérito de la gracia profética. A Pedro, que iba a ser ejecutado en la cárcel, no lo liberó la serie de las estrellas, sino el ángel de Cristo. A Pablo, la ceguera lo convirtió a la gracia, y cuando fue mordido por una víbora y turbado por un naufragio, no lo salvaron los remedios de su nacimiento, sino los méritos de su devoción. ¿Qué diremos de aquellos que, por las oraciones de ellos, resucitaron

después de haber muerto? ¿Acaso los resucitó su nacimiento o la gracia apostólica? ¿Qué necesidad había de que se expusieran a ayunos y peligros, si podían llegar a donde querían por el beneficio de su nacimiento? Si lo hubieran creído, mientras esperaban la necesidad de los destinos, nunca habrían alcanzado tanta gracia. Por lo tanto, esta persuasión es inútil.

14. ¿Qué decir de lo que es incluso imposible? Pues para tomar algo de su discusión, con el fin de refutar y no de probar, dicen que la natividad tiene una gran influencia, y que debe ser recogida en ciertos y pequeños momentos: y que si no se recoge con precisión, hay una gran diferencia; pues en un breve átomo, en un pequeño momento, se diferencia la natividad del pobre y del poderoso, del necesitado y del rico, del inocente y del culpable; y a menudo en la misma hora se genera al que está destinado a la longevidad y al que morirá en la primera infancia, si los demás factores son dispares y diferenciados por algún punto. Que respondan cómo pueden recoger esto. Supongamos el parto de una mujer; la comadrona ciertamente lo reconoce primero, explora el llanto, por el cual se deduce la vida del nacido, observa si es varón o mujer. ¿Cuántos momentos pueden pasar durante estas demoras? Supongamos que el matemático está preparado. ¿Puede acaso un hombre estar presente en el parto? Mientras la comadrona da instrucciones, el caldeo escucha, coloca el horóscopo; el destino del ya nacido ha migrado a la suerte de otro, se investiga sobre otro, y se propone la génesis de otro. Supongamos que su opinión sobre las necesidades de las natiuidades es verdadera, la recolección no puede ser verdadera. Los puntos pasan, el tiempo irrecuperable huye. No hay duda de que el tiempo está en un átomo y en un momento del ojo. Me inclino a creer, cuando todos en un átomo, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos somos resucitados, como el Apóstol testifica diciendo: He aquí, os digo un misterio: Todos ciertamente resucitaremos; pero no todos seremos transformados, en un átomo, en un momento del ojo, en la última trompeta: porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados (I Cor., XV, 52). ¡Entre el derramamiento, la recepción y la deposición del niño, entre su llanto y el anuncio, cuántos átomos han pasado! Y esto para tejerlo simplemente. Pues ellos mismos dividen ese circuito vital de los doce signos en doce partes: y como en treinta días el sol recorre la duodécima parte de su esfera, que se considera inenarrable, para completar el circuito del año solar, dividen cada una de esas doce partes en treinta porciones, que los griegos llaman μοίρας; y cada porción la dividen en sesenta partes. Nuevamente, cada una de esas sesenta partes la cortan sesenta veces. ¡Qué incomprensible es que la sexagésima parte de la sexagésima porción constituya los momentos de la natividad, y cuál sea el movimiento o la apariencia de cada uno de los signos en la natividad del nacido! Por lo tanto, siendo imposible comprender tan sutiles minucias del tiempo, y siendo que una pequeña alteración introduce el error en el universo, todo el asunto está lleno de vanidad. Los disputadores de lo que es suyo no saben, ¿cómo conocen lo ajeno? Ignoran lo que les amenaza, ¿cómo pueden anunciar a otros lo que les sucederá a ellos? Es ridículo creer, porque si pudieran, se proveerían a sí mismos.

15. ¡Cuán absurdo es que alguien diga haber nacido bajo el signo de Aries y se le considere el más destacado en consejo por la utilidad de un carnero, ya que en un rebaño tal animal sobresale! O que se le considere más rico porque el carnero tiene un abrigo natural y cada año obtiene ganancia de su lana, y por ello se piense que los beneficios económicos le son familiares a ese hombre. De manera similar, argumentan sobre los signos de Tauro y Piscis, como si las potestades de los movimientos celestes y de los signos debieran interpretarse a partir de la naturaleza de animales de poco valor. Así, nuestra alimentación establece para nosotros decretos de vida, y nuestros alimentos, es decir, el carnero, el toro y el pez, imprimen en nosotros la disciplina de las costumbres. ¿Cómo, entonces, pueden atribuirnos las causas de las cosas y la sustancia de esta vida desde el cielo, cuando a los mismos signos

celestiales les atribuyen las causas de su movimiento a partir de las cualidades de alimentos de poco valor? Dicen que el nacido bajo el signo de Aries es generoso, porque el carnero deposita su lana sin resistencia: y prefieren atribuir tal virtud del animal de poco valor a la naturaleza, en lugar de al cielo, de donde nos llega la serenidad y a menudo desciende la lluvia. A los que Tauro contempla al nacer, los consideran laboriosos y pacientes en el servicio, porque el animal es laborioso y acostumbrado al yugo, somete su cuello a la servidumbre voluntaria. También al que nace bajo el signo de Escorpio, lo consideran un agresor y que devuelve los venenos de la malicia, porque el animal es venenoso. ¿Qué autoridad de vida pretendes dar con la dignidad de los signos celestiales, y tomas argumentos de ciertas trivialidades para tu afirmación? Pues si estas propiedades de carácter, asumidas de los animales, se imprimen en los movimientos celestes, parece que el mismo cielo está sujeto al poder de la naturaleza bestial, de la cual recibió las causas de la sustancia vital que impartiría a los hombres. Si esto es contrario a la verdad, mucho más ridículo es que, al carecer de apoyo verdadero, busquen de aquí la credibilidad de su argumentación.

16. Consideremos entonces aquello que llaman planetas, cuyos movimientos, según afirman, determinan las necesidades de nuestra vida. Ya sea que, como su nombre indica, vaguen siempre, o que, como ellos dicen, se muevan con rapidez y cambien múltiples veces al día, o si esto parece increíble, transformen su apariencia en innumerables conversiones; carece de credibilidad que con un error tan errante y un movimiento tan veloz puedan decretar para nosotros una sustancia de vida fija e inmutable, así como nuestro destino. Sin embargo, dicen que los movimientos no son iguales para todos, sino que los circuitos de algunos son más rápidos y los de otros más lentos; de modo que en la misma hora se ven frecuentemente y frecuentemente se ocultan, mientras uno pasa junto al otro.

17. Dicen que importa mucho si los signos benéficos o los maléficos y nocivos son los que ven al nacido en su origen; y que en eso radica la diferencia de la natividad, ya que la influencia de un signo benéfico contribuye en gran medida, mientras que la de uno maléfico y nocivo causa gran daño. Así, acostumbran a llamar de esta manera a los mismos signos que veneran. Es necesario que use los nombres de aquellos cuyas afirmaciones utilizo, para que sus argumentos no sean más ignorados que vaciados y destruidos. Por lo tanto, como no pueden comprender ese movimiento errante y rápido, a menudo sucede que, debido a la sutileza incomprensible de ese punto y momento, colocan la influencia de un signo benéfico donde se produce una grave y dañina ofensa. ¿Y qué maravilla que los hombres sean engañados allí donde se blasfeman signos inofensivos? Si se cree que por naturaleza son nocivos, entonces se acusa al Dios supremo, si hizo lo que es malo, y fue el operador de la maldad. Pero si se piensa que por su propia voluntad asumieron lo que daña a los inocentes y a aquellos que aún no son conscientes de ningún crimen atroz, a quienes se les asigna un castigo antes de la culpa; ¿qué hay tan irracional que incluso exceda la brutalidad de las bestias irracionales, que el uso del fraude o la gracia no se atribuya a los méritos de los hombres, sino que se transfiera a los movimientos de los signos? Nada, dice, ha delinquido, pero una estrella nociva lo ha mirado. El astro de Saturno se le presentó: se apartó un poco, y se libró de la desgracia, y absolvió el crimen.

18. Pero esta sabiduría de ellos se compara a una tela de araña, en la cual, si un mosquito o una mosca cae, no puede liberarse: pero si se ve que algún tipo de animal más fuerte ha caído, lo atraviesa, rompe las trampas débiles y disipa los lazos vacíos. Tales son las redes de los caldeos, en las que los débiles quedan atrapados, pero los más fuertes en entendimiento no pueden ser ofendidos. Así que vosotros, que sois más fuertes, cuando veáis a los matemáticos, decid: Han tejido una tela de araña, que no puede tener ningún uso ni ataduras,

a menos que tú caigas en ella como un mosquito o una mosca por la debilidad de tu caída: pero como un gorrión o una paloma, disuelve las trampas débiles con la rapidez de tu vuelo. Pues, ¿quién de los prudentes creería que los movimientos de los astros, que a menudo cambian de un día para otro y se repiten de múltiples maneras, llevan insignias de poderes? Porque si así fuera, ¿cuántas figuras de nacimientos reales se expresarían cada día? Entonces, diariamente nacerían reyes, y la sucesión real no se transmitiría a los hijos: sino que siempre surgirían de un estado diferente aquellos que adquirieran el derecho al poder imperial. ¿Quién, pues, de los reyes calcula la generación de su hijo, si le corresponde el imperio, y no transcribe la sucesión del reino a sus descendientes por su propia voluntad? Ciertamente leemos que Abías engendró a Asá, y Asá engendró a Josafat, y Josafat engendró a Joram, y Joram engendró a Ozías (Mateo, I, 7 y 8); y toda la sucesión hasta la cautividad fue llevada igualmente por reyes de linaje y honor. ¿Acaso porque fueron reyes pudieron imponer a los movimientos celestiales que formaran sus destinos? ¿Quién de los hombres puede tener dominio sobre esto?

19. Luego, si nuestros actos y hechos se refieren a la necesidad genetal y no a las normas de conducta, ¿por qué se han propuesto leyes y promulgado derechos, por los cuales se decreta castigo a los malvados o se otorga seguridad a los inocentes? ¿Por qué no se concede perdón a los culpables, cuando, como ellos mismos dicen, no pecaron por su propia voluntad, sino por necesidad? ¿Por qué trabaja el agricultor y no espera más bien que los frutos sin esfuerzo lleguen a los graneros por el privilegio de su nacimiento? Si ha nacido de tal manera que las riquezas le afluirán sin trabajo, ciertamente debe esperar que la tierra le produzca ingresos espontáneos sin ninguna semilla; que no imprima el arado en los campos, que no mueva la mano a la hoz curva, que no incurra en gastos para la vendimia, sino que el vino fluya espontáneamente hacia él en todas las cubas, que el aceite le sude de la aceituna silvestre sin injertar en los troncos; y que el comerciante, preocupado por su propia seguridad, no tema el peligro de cruzar el mar extenso, a quien, ocioso, puede caerle, como dicen, un tesoro de riquezas por cierta suerte natal. Pero esta no es la opinión de todos. En efecto, el agricultor diligente ara la tierra con el arado hundido, desnudo ara, desnudo siembra, desnudo bajo el sol ardiente trilla los granos tostados por el calor en la era: y el comerciante, impaciente con los vientos del este, surca el mar a menudo en una nave insegura. Por eso, condenando su imprudencia y temeridad, el profeta dice: "Avergüénzate, Sidón; dijo el mar" (Isaías XXIII, 4), es decir, si los peligros no os conmueven, al menos que la vergüenza os detenga, que la modestia os confunda. "Avergüénzate, Sidón", en la cual no hay lugar para la virtud, ni cuidado por la salvación, ni juventud dedicada a la defensa de la patria en la guerra, ni ejercitada en las armas, sino toda preocupación por el lucro, todo estudio del comercio. "La semilla", dice, "de los mercaderes es como la cosecha" (Ibid., 3). Pero, ¿qué mercancía hay para el hombre cristiano, si no organiza sus preocupaciones y trabajos por voluntad, sino por necesidad? Pues donde hay necesidad decretada, allí la industria es deshonrada.

CAPÍTULO V.

La proximidad o lejanía de los luminarios define las estaciones del año: lo cual se acomoda a Cristo, a la Sinagoga y a la Iglesia. Por qué las sombras son mayores en invierno y menores en verano; y algunas otras cosas de este tipo. Finalmente, cómo los mismos luminarios son para los días.

20. Mucho hemos dicho, más no queremos; para que nadie piense que lo que hemos tomado de sus afirmaciones para refutar, lo hemos asumido para reconocer. Pues, ¿cómo podemos

nosotros, ya ancianos, recordar lo que de niños reímos? Ahora dirijamos la pluma hacia lo que queda según la lectura.

21. Dijo: Que haya luminarias para señales, y para tiempos, y para días, y para años. Ya hemos hablado de las señales. Pero, ¿qué son los tiempos sino los ciclos de cambios, invierno, primavera, verano y otoño? En estos tiempos, el tránsito del sol es a veces más rápido y a veces más lento. Con sus rayos, el sol ilumina unas cosas y calienta otras. Así, cuando el sol se detiene en las partes meridionales, tenemos invierno. Pues cuando el sol está más lejos, la tierra se endurece con el hielo, se congela con el frío, y la sombra de la noche cubre la tierra, de modo que los espacios de la noche son mucho más largos que los del día. De aquí surge la causa de que en los vientos invernales se derrame una gran cantidad de nieve y lluvia. Pero cuando, al salir de las partes meridionales, regresa sobre la tierra, iguala los tiempos de la noche y el día: y cuanto más se demora en su curso, tanto más gradualmente devuelve la templanza de este aire, y restaura la suavidad de las brisas, que al calentar todo, incitan a la tierra a germinar, y las semillas, liberadas en los surcos, reviven, los árboles reverdecen, y para la perpetuación de las especies, tanto de las que están en la tierra como de las que disfrutan en las aguas, se propaga la sucesión con frutos anuales. Pero cuando se eleva hacia las conversiones estivales en el norte, alarga los espacios diurnos, mientras que acorta y restringe las noches. Así, cuanto más se une y mezcla con este aire por el uso constante, tanto más lo calienta y seca la humedad de la tierra, hace crecer las semillas, y madura los frutos de los bosques como si fueran a convertirse en jugos vigorosos. Entonces, porque es más ardiente, hace sombras más pequeñas al mediodía, ya que ilumina este lugar desde lo alto.

22. Por eso la Sinagoga dice en el Cantar de los Cantares: Anúnciame, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde reposas al mediodía, no sea que me convierta en una que vaga entre los rebaños de tus compañeros (Cant. I, 6), es decir: Anúnciame, Cristo, a quien amó mi alma. ¿Por qué no más bien a quien ama? Pero la Sinagoga amó, la Iglesia ama, y nunca cambia su afecto hacia su Cristo. Dónde, dice, pastoreas, dónde reposas al mediodía. Deseo seguirte como una discípula, que antes retenía como unida, y buscar tus rebaños, porque perdí los míos. Pastoreas al mediodía, es decir, en el lugar de la Iglesia, donde resplandece la justicia, donde brilla el juicio como el mediodía, donde no se ve sombra, donde los días son más largos, porque el sol de justicia se detiene más tiempo en ellos como en los meses de verano. En efecto, el día del Señor no es breve, sino grande; porque está escrito: Hasta que venga el día grande del Señor (Joel II, 31). Por eso Jacob también dice: Todos los días de mi vida que paso son breves y malos (Gen. XLVII, 9). Pues la luz dudosa es maligna. Por lo tanto, los días breves son de luz dudosa y sombríos: los días grandes son sin sombra, como muchos han conocido por uso y ejemplo en algunos lugares más cálidos. Así, la Sinagoga en los días breves y malos, cuyo tipo Jacob a menudo expresa en su persona, o su pueblo tenía mucha sombra, que no veía el sol de justicia, y lo veía no desde lo alto sobre su cabeza, sino iluminando desde el mediodía, cuando para ellos era invierno. Pero a la Iglesia se le dice: El invierno ha pasado, se ha ido, las flores se han visto en la tierra, ha llegado el tiempo de la cosecha (Cant. II, 11). Antes de la venida de Cristo era invierno, después de la venida de Cristo son las flores de la primavera y la cosecha del verano. Por lo tanto, viendo desde el mediodía y desde la conversión de las naciones a aquel que ilumina, se disipa la sombra. Pero el pueblo de las naciones que era de confusión, los gentiles que estaban sentados en tinieblas, vieron una gran luz, los que estaban sentados en la región de sombra de muerte, la luz se levantó para ellos. Gran luz de divinidad, que ninguna sombra de muerte interrumpe. Y por eso ilumina desde lo alto, porque también está escrito, diciendo Zacarías: En que nos visitó el sol naciente desde lo alto: para iluminar a los que están en tinieblas y en sombra de muerte (Luc. I, 78 y 79). Hay ciertamente también alguna sombra de salvación, no de muerte, como

es aquella: Protégeme bajo la sombra de tus alas (Sal. XVI, 8). Sombra, ciertamente, porque es del cuerpo: sombra, porque es de la cruz, pero sombra de salvación; porque en ella estaba la remisión de los pecados y la resurrección de los muertos.

23. Podemos tomar un ejemplo; porque los días de invierno son cortos, pero tienen sombras más largas: los días de verano son más largos, pero tienen sombras más cortas. También, al mediodía, la sombra es menor que al principio o al final del día: y esto ocurre en nuestra parte occidental. Sin embargo, hay quienes durante dos días del año no tienen sombra en las regiones meridionales, ya que al tener el sol directamente sobre sus cabezas, están iluminados por completo alrededor, por lo que en griego se les llama ἄσκιοι. Muchos también afirman que el sol, al estar en lo alto, brilla de tal manera que han visto reflejarse el agua en el fondo de pozos estrechos. Se dice que en el meridiano están aquellos que se llaman ἀμφίσκιοι, porque proyectan sombra a ambos lados. La sombra, para quienes caminan en dirección opuesta al sol, está detrás; por ejemplo, si te diriges hacia el Oriente, en las horas de la mañana; si te diriges hacia el sur, al mediodía; si hacia el Occidente, al atardecer. Por lo tanto, el sol te enfrenta desde tres direcciones: desde el Oriente, desde el Meridiano, desde el Occidente. Por la mañana y al atardecer está detrás, y al mediodía a un lado: pero desde el Norte nunca está el sol, y por eso, si diriges la sombra hacia el Norte, ya sea por la mañana, al atardecer o al mediodía, no puede estar detrás. Solo en este hemisferio que habitamos, situados hacia el Sur, se puede ver la sombra proyectarse hacia el sur. Se dice que esto ocurre en el máximo calor, cuando el sol se dirige hacia el Norte. Luego, el otoño nos recibe, disminuyendo la intensidad del calor: pero, al relajar y dejar de lado el calor por un tiempo, nos entrega a los vientos invernales con moderación y sin daño alguno.

24. Dijo: Que existan también en los días. No para que hagan los días, sino para que en ellos tengan el principado, para que el nacimiento del día sea iluminado por la gracia más abundante del sol, para que durante todo el día tenga potestad de designar su curso con su don. Así interpretan algunos lo que dice el profeta: El sol en potestad del día, la luna y las estrellas en potestad de la noche (Sal. 135, 8). Pues llevan la luz alrededor. También el sol y la luna están ordenados para los años: la luna, completando su curso doce veces en trescientos días, completa el año, según los hebreos, añadiendo algunos días; según los romanos, cada cinco años se celebra con la adición de un día. También es el año solsticial, cuando el sol, habiendo completado su circuito por todos los signos, regresa al punto de donde comenzó su curso. Se dice que para él es la culminación de todo el espacio anual.

CAPÍTULO VI.

La magnitud de sol y luna se prueba aquí, ya que a todos aparece igual. Se resuelve la objeción y se discute bellamente sobre la apariencia de los cuerpos lejanos: luego, afirmada la magnitud del sol, se añade algo sobre su temperamento.

25. Hizo, pues, Dios estos dos grandes luminarias. Podemos entender que no son grandes en comparación con otras, sino por su función, como el cielo es grande y el mar es grande. Pues también el sol es grande, que llena el mundo con su calor, o la luna con su luz, no solo iluminando la tierra, sino también este aire y el mar, y la faz del cielo. Dondequiera que estén en el cielo, iluminan todo, y son igualmente visibles para todos; de modo que cada pueblo cree que permanecen solo en sus regiones, y que están presentes y brillan solo para ellos; aunque iluminan a todos por igual, de modo que nadie piensa que otro está más cerca de ellos que él mismo. Un ejemplo evidente de su magnitud es que la luna se ve igual para todos los hombres del mundo. Pues aunque a veces su luz aumenta y disminuye, sin embargo, la misma

noche se ve igual para mí y para todos; porque si a los que están lejos les pareciera más pequeña, a los que están más cerca les parecería más grande, y revelaría un indicio de pequeñez y estrechez. En efecto, otras cosas las consideramos más pequeñas cuando estamos lejos, y más grandes cuando estamos cerca; cuanto más cerca estés, más se acumula la magnitud de lo que ves. El rayo del sol no es más cercano ni más lejano para nadie; de manera similar, el globo de la luna es igual para todos. El sol se ve igual para los indios y los británicos en el mismo momento cuando sale. Ni cuando se inclina hacia el ocaso, aparece más pequeño para los orientales que para los occidentales: ni para los occidentales cuando sale, se estima inferior que para los orientales. ¿Cuánto dista, dice, el Oriente del Occidente (Sal. 102, 12)? Estas cosas se distancian entre sí: pero el sol no dista de nadie, no es más presente para nadie, ni más lejano para nadie.

26. No te perturbe que el orbe del sol te parezca tan pequeño como un codo cuando sale: considera cuánto espacio hay entre el sol y la tierra, que la debilidad de nuestra vista no puede atravesar sin gran pérdida. Nuestra vista se nubla, ¿acaso el sol o la luna se nublan? Nuestra mirada es limitada, ¿acaso por eso se hacen más pequeñas las cosas que vemos? La apariencia se reduce, pero no se disminuye la magnitud. No debemos atribuir las debilidades de nuestra percepción a los astros. Nuestra vista engaña: no consideres, por tanto, su juicio como fiel. La figura del espectáculo celestial se hace menor, no su forma. Si desde la cima de las montañas deseas contemplar el campo que se extiende ante tus ojos, y allí ves los rebaños pastando, ¿no juzgarás sus cuerpos semejantes a hormigas? Si observas el mar desde algún mirador costero, ¿no te parecerán las mayores naves entre las olas azules, y las velas resplandecientes como palomas volando a lo lejos? ¿Qué decir de las islas que dividen el mar, que separan las tierras, cuán estrechamente se estima que están delimitadas? ¿Cómo aparecen redondas desde lo áspero, densas desde lo escaso? Considera, pues, estas debilidades de tu vista; y sé un juez justo de la verdad de lo que afirmamos, basándote en ti mismo.

27. Si deseas estimar la magnitud del sol no solo con el ojo de la mente, sino también con el del cuerpo, considera cuántos globos de estrellas parecen tejer el eje del cielo y adornarlo con innumerables luces; sin embargo, no pueden disipar las tinieblas de la noche ni despejar las nubes del cielo. Tan pronto como el sol envía las señales de su salida, todos los fuegos de las estrellas se desvanecen bajo el resplandor de un solo luminar, el aire se abre y el rostro del cielo se tiñe de un rubor púrpuro. Aún exhalando su comienzo, ya con momentánea rapidez brilla el esplendor de la luz plena, y la dulce brisa que precede al sol naciente sopla suavemente. Dime, por favor, si no fuera un gran orbe, ¿cómo podría iluminar un gran orbe de tierras?

28. ¿Qué puedo decir sobre el gran equilibrio y moderación del Creador, quien asignó tal medida al don del sol; de modo que ni su calor, que parece ígneo, al penetrar las venas de la tierra, los jugos y las especies de las cosas, las quemara, ni, por otro lado, al enfriarse a través de las vastas extensiones del mundo, no infundiera a la tierra ninguna semilla de calor, dejándola estéril y desprovista de frutos, sin vaporizarla hacia ninguna gracia de fertilidad?

CAPÍTULO VII.

Muchos de los atributos que se dicen del sol también se aplican a la luna; sin embargo, esta tiene también efectos propios, algunos de los cuales se enumeran aquí.

29. Similares son las consideraciones sobre la luna que hemos mencionado acerca de su consorte y hermano. Pues ella asume el mismo ministerio que su hermano: iluminar las

tinieblas, nutrir las semillas, aumentar los frutos. También tiene muchas características distintas de su hermano; como cuando el calor del día ha secado la humedad de la tierra, el rocío la repone en el breve tiempo de la noche; pues se dice que la luna misma es generosa en rocío. De hecho, cuando la noche es más serena y la luna brilla toda la noche, se dice que el rocío es más abundante y empapa los campos. Y muchos que descansan al aire libre, cuanto más han estado bajo la luz de la luna, más humedad han sentido acumularse en su cabeza. Por eso, en el Cantar de los Cantares, Cristo dice a la Iglesia: "Porque mi cabeza está llena de rocío, y mis cabellos de las gotas de la noche" (Cantar 5, 2). Luego, la luna disminuye y crece, siendo menor cuando renace nueva; y cuando está menguada, se llena. En esto hay un gran misterio. Pues los elementos comparten su disminución: y con su avance, lo que ha sido vaciado se llena, como el cerebro de los seres vivos y la humedad de los marinos. Se dice que las ostras se encuentran más llenas, y muchas otras cosas, cuando el globo lunar crece. Lo mismo alegan sobre el interior de los árboles, quienes lo han comprobado por experiencia propia. Vemos, por tanto, que su crecimiento y disminución son cuestión de razón, no de debilidad. Pues nunca causaría tal cambio en las cosas si no tuviera una virtud eminente y una gracia otorgada por el Creador.

30. Algunos hombres doctos y cristianos han alegado que el aire suele cambiar con la salida de la luna; pero si este cambio se debiera a una cierta violencia lunar, el cielo se cubriría de nubes y llovería en cada una de sus salidas. De hecho, cuando se hablaba de una lluvia que se decía sería útil, alguien comentó: "He aquí que la luna nueva la traerá". Y aunque deseábamos la lluvia, no quería que tales afirmaciones fueran verdaderas. Finalmente, me complació que no cayera ninguna lluvia; hasta que, concedida por las oraciones de la Iglesia, se manifestara que no debía esperarse de los inicios de la luna, sino de la providencia y misericordia del Creador. Ciertamente, cuando los Euripos se desbordan por todas partes según las fases de la luna y devuelven las olas recibidas, o incluso se mueven con gran ímpetu; sin embargo, en su salida permanecen tranquilos, mientras la luna está sin luz. Pero cuando el avance de los días la revela, entonces regresan a sus cursos de reflujos. También el fenómeno llamado ampotis, que se dice que ocurre en el Océano, se afirma que da un claro indicio de su cambio con la salida de la luna; de modo que el mismo mar occidental, donde se observa el ampotis, avanza y retrocede más de lo habitual, y se mueve con mayor marea, como si fuera arrastrado hacia atrás por ciertas aspiraciones de la luna, y nuevamente impulsado y retraído por las mismas, se devuelve a su medida propia.

CAPÍTULO VIII.

La mutación de la luna enseña la inestabilidad de las cosas: pero esta misma se expresa vergonzosamente en nuestras costumbres. Representa el misterio de Cristo y la Iglesia: aquellos que creen que puede ser traída del cielo con cánticos mágicos, son dignos de burla.

31. Por lo tanto, si te asombras de cómo la luna sufre un eclipse, teniendo tal poder de cambio en sí misma; considera también que hay un gran misterio en ello, ya que con su ejemplo, oh hombre, reconoces que no hay nada en las cosas humanas y en toda la creación mundana que no se disuelva en algún momento. Pues si incluso la luna, a la que el Señor ha confiado un ministerio tan grande, para que ilumine el mundo, crece y decrece, ya que todo lo que ha surgido de la nada y ha llegado a la perfección, una vez perfecto, disminuye, pues el cielo y la tierra pasarán; ¿por qué no adoptamos esa moderación, para que no nos desanimemos en las adversidades, ya que quien hizo todo de la nada, también es capaz de elevarte fácilmente a lo más alto y perfecto; y, a su vez, no nos enorgullecamos en la prosperidad, ni nos jactemos de algún poder, ni de las riquezas, ni nos gloriamos en las fuerzas del cuerpo, o en la belleza, en

la cual hay fácil corrupción, frecuente cambio, sino que persigamos la gracia del alma que permanece en el futuro? Pues si te entristece el ocaso de la luna, que siempre se renueva y reforma; mucho más debería entristecerte si, una vez que el alma se ha llenado del progreso de la virtud, después, por la inconstancia de la mente y la negligencia, desviada de su propósito, cambia frecuentemente sus esfuerzos, lo cual es insensatez e ignorancia. Por eso también la Escritura dice: El necio cambia como la luna (Ecli. XXVII, 12). Y por eso el sabio no cambia como la luna; sino que permanecerá con el sol. Por lo tanto, no es la luna partícipe de la necedad; porque no es la luna la que cambia como el necio, sino el necio como la luna. Finalmente, la simiente del justo permanece perfecta como la luna para siempre, y es un testigo fiel en el cielo. Pues una cosa es cumplir un ministerio, otra es ser llevado por el ingenio, y por la debilidad del sentido no tener una opinión fija. La luna trabaja por ti, y está sometida por la voluntad de Dios. Porque la creación fue sometida a la vanidad no por su voluntad, sino por aquel que la sometió en esperanza. Por lo tanto, ella no cambia por voluntad propia: tú cambias por voluntad propia. Ella gime y sufre en su cambio: tú no entiendes, y frecuentemente te alegras. Ella espera frecuentemente tu redención, para ser liberada del servicio común de toda la creación: tú traes impedimento tanto a tu redención como a su libertad. Por lo tanto, es por tu necedad, no por la suya, que mientras tú eres esperado, y ni siquiera tarde te conviertes, ella aún cambia.

32. No estimes, por tanto, la luna con el ojo de tu cuerpo, sino con la vivacidad de la mente. La luna se disminuye para llenar los elementos. Este es un verdadero gran misterio. Se lo concedió aquel que otorgó gracia a todos. La vació para llenar a quien también se vació a sí mismo para llenar a todos. Pues se vació para descender a nosotros: descendió a nosotros para ascender a todos. Ascendió, dice, sobre todos los cielos para llenar todas las cosas (Efesios IV, 10). Así que aquel que llegó vaciado, llenó a los apóstoles de su plenitud. De donde uno de ellos dice: Porque de su plenitud todos hemos recibido (Juan I, 16). Por lo tanto, la luna anunció el misterio de Cristo. No es insignificante en la que puso su signo: no es insignificante la que tiene el tipo de la amada Iglesia, lo que significa el Profeta diciendo: en sus días florecerá la justicia y abundancia de paz, hasta que la luna sea quitada (Salmo LXXI, 7). Y en los Cánticos el Señor dice de su esposa: ¿Quién es esta que se asoma como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol? (Cantar de los Cantares VI, 9). Y con razón es hermosa como la luna la Iglesia, que resplandeció en todo el mundo, y al iluminar las tinieblas de este siglo dice: La noche ha pasado, el día se ha acercado (Romanos XIII, 12). Hermosamente dice, Asomándose, como mirando a los suyos desde lo alto, como tienes: El Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres (Salmo XIII, 2). Así que la Iglesia, asomándose, tiene frecuentes menguantes y crecimientos como la luna: pero creció con sus menguantes, y con ellos mereció ampliarse, mientras se disminuye con las persecuciones y se corona con los martirios de los confesores. Esta es la verdadera luna, que toma prestada para sí la luz de inmortalidad y gracia de la luz perpetua de su hermano. Pues la Iglesia brilla no con su propia luz, sino con la de Cristo; y atrae para sí el esplendor del sol de justicia, para decir: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gálatas II, 20). ¡Bienaventurada ciertamente tú que mereciste tal distinción! Por lo cual no te llamaría bienaventurada por tus novilunios, sino por el tipo de la Iglesia. Pues en aquellos sirves, en esto eres amada.

33. ¡Qué ridículo es, sin embargo, que la gente a menudo crea que puedes ser influenciado por cánticos mágicos! Esas son fábulas de ancianas y opiniones del vulgo. ¿Quién podría pensar que la obra de Dios, encomendada a tan gran ministerio, podría ser tentada por supersticiones caldeas? Aquel que se transforma en ángel de luz ha caído, y ha sido llevado por su propia voluntad, no por el poder de cánticos. Ciertamente, si creyeras que la Iglesia puede ser apartada de su lugar y posición. Muchos intentan a la Iglesia, pero los cánticos de

arte mágica no pueden dañarla. Los encantadores no tienen poder donde el cántico de Cristo se entona diariamente. Tiene su propio encantador, el Señor Jesús, por quien los cánticos de los magos encantadores y los venenos de las serpientes han sido anulados: y ella misma, como la serpiente elevada, devora a las serpientes de los egipcios; aunque murmure un cántico mortal, se debilita en el nombre de Cristo. Así también Pablo cegó a Elimas el mago, no solo por la debilidad del arte mágico, sino también por la pérdida de la vista. Así Pedro derribó y abatió a Simón, quien buscaba con vuelo mágico las alturas del cielo, disolviendo el poder de los cánticos.

CAPÍTULO IX.

Conclusión del cuarto día. Cuán vano es cuidarse de él; y de dónde proviene la ofensa de los demonios y de los gentiles hacia el mismo.

34. Hermosamente, a mi parecer, transcurrió el cuarto día. ¿Cómo es que muchos acostumbran a evitar el cuarto día y consideran inútil comenzar algo en este número, cuando el mundo entero resplandeció con nueva luz? ¿Acaso el sol comenzó con malos auspicios? ¿Y cómo puede señalar cosas buenas para otros, si no supo elegir el día de su propio nacimiento? ¿O cómo pueden aprobar sus signos aquellos que no aprueban su nacimiento? ¿Qué decimos también de la luna, que comenzó en el cuarto día y en el decimocuarto señala el día de la salvación? ¿Desagrada acaso el número con el que se celebra el misterio de la redención? Por eso los demonios persuaden que se debe evitar ese número, con el cual fue destruida su maldad. Por eso los gentiles afirman que no se debe emprender nada; porque saben que entonces sus artes comenzaron a quedar vacías, y los pueblos gentiles emigraron a la Iglesia. Ciertamente, consideran que la luna en su cuarto día, si está clara y sin cuernos obtusos, es un indicio de serenidad para los días restantes hasta el final del mes. No quieren, por tanto, comenzar con los mismos inicios con los que comienza la serenidad. Pero ya debemos tener cuidado de que el cuarto día no se nos acabe en el discurso; pues las sombras mayores caen de las montañas, la luz disminuye, la sombra se acumula.

LIBRO QUINTO. SOBRE LA OBRA DEL QUINTO DÍA.

79 CAPÍTULO I (Sermón VII.)

Adornados con los dos elementos superiores, al mar se le concede una prerrogativa propia. Se describe la obediencia de las aguas y la maravillosa fecundidad de la que el hombre abusa al probar lo prohibido. Finalmente, se muestra que los reptiles no solo se llaman serpientes, sino también peces.

1. Vestida de diversos brotes de la tierra, toda ella reverdecía, y el cielo también, con el sol y la luna, los dos luminares de su rostro, resplandecía adornado con la belleza de las estrellas. Quedaba el tercer elemento, el mar; para que también a él le llegara la gracia de la vivificación por el don divino. Pues todos los frutos de la tierra son alimentados por el espíritu etéreo. La tierra, al descomponer las semillas, vivifica todo: y especialmente entonces, por primera vez, al ser ordenada por la palabra de Dios a reverdecer, brotaba con el don de su vivificación. El agua estaba vacante, y parecía estar en reposo por el beneficio de la operación divina. El Creador aún tenía algo que conferirle, para que pudiera igualar las funciones de la tierra: le reservaba que también ella reclamara para sí algo propio y especial de la prerrogativa del don que se le había conferido. La tierra vivificó primero, pero aquello

que no tenía alma respirante. Se ordena al agua que produzca aquello que exhiba el vigor y la dignidad de un alma viviente, y que reciba el sentido de preservar la vida y evitar la muerte.

2. Dijo entonces Dios: "Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes según su especie, y aves que vuelen sobre la tierra bajo el firmamento del cielo" (Gén. I, 20). Llegó el mandato y de inmediato el agua comenzó a dar a luz lo que se le había ordenado: los ríos generaban, los lagos daban vida, el mismo mar empezó a engendrar diversas especies de reptiles, y a producir según su especie todo lo que había formado. Ni los pequeños arroyos, ni los pantanos cenagosos quedaban vacíos, pues todos asumían el poder de crear que se les había otorgado. Los peces saltaban del río, los delfines jugaban en las olas, las conchas se adherían a las rocas, las ostras a las profundidades, los erizos crecían. ¡Ay de mí! Antes del hombre comenzó la tentación, la abundancia de riquezas, nuestra madre la lujuria. Antes del hombre, las delicias. Por tanto, la tentación del hombre fue anterior a la naturaleza: pero la naturaleza no cometió falta alguna; dio alimentos, no prescribió vicios. Dio estas cosas en común, para que no te apropiaras de ellas como si fueran propias. La tierra produce sus frutos para ti; para ti, los escaros y los esturiones, y las aguas generan todos sus frutos: y no contento con esto, probaste los alimentos que te fueron prohibidos. Todo se acumula para tu envidia, para que la transgresión de tu avidez sea cargada.

3. Pero tampoco podemos enumerar cuántas especies y nombres existen, todas las cuales fueron animadas en un instante por el mandato divino. Al mismo tiempo se formaba la estructura del cuerpo y operaba el alma, el vigor vital y también el resto de las virtudes. La tierra estaba llena de brotes, el mar lleno de criaturas. Allí proliferaban los insensibles, aquí se movían los sensibles. En la tierra también el agua reclama sus porciones. Los peces de las aguas lamen la tierra y de ella buscan su presa. También los mosquitos y las ranas zumban alrededor de los pantanos generativos, y ellos mismos escucharon el mandato del Señor que decía: Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes.

4. Sabemos que se llaman reptiles a los géneros de serpientes, porque se arrastran sobre la tierra; pero mucho más todo lo que nada, tiene la apariencia o la naturaleza de reptar. Pues aunque aquellos que se sumergen en lo profundo parezcan dividir el agua, sin embargo, cuando flotan en la superficie, reptan con todo el cuerpo, que arrastran sobre ciertas crestas de las aguas. Por eso también David dice: Este mar grande y espacioso, allí reptiles de los cuales no hay número (Sal. 103, 25). Además, aunque muchos tengan pies y el uso de caminar, porque son anfibios, que viven tanto en las aguas como en la tierra, como las focas, los cocodrilos, los caballos fluviales, que llaman hipopótamos, porque estos se generan en el río Nilo; sin embargo, cuando están en lo profundo de las aguas, no caminan, sino que nadan, y no usan la huella del pie para avanzar, sino como un remo para reptar. De hecho, también una nave impulsada por remos se desliza y surca las aguas con la quilla.

CAPÍTULO II.

Por la virtud de esta palabra, que las aguas produzcan reptiles, siendo mucho más numerosos en el mar que en la tierra; y que se haya añadido esta gracia a las aguas, para que lo que en la tierra es nocivo, en el mar se genere sin daño.

5. "Produzcan las aguas reptiles", dijo el Señor. Breve es el discurso, pero vehemente, y ampliamente extendido, infundió una naturaleza común a los más pequeños y a los más grandes. En el mismo momento se produce la ballena en que la rana nace por la misma fuerza operativa. Dios no se esfuerza en lo grande, ni desprecia lo pequeño. La naturaleza no sufrió

al dar a luz a los delfines, así como no sufrió al producir pequeños caracoles y conchas. Observa, oh hombre, cuántas más cosas hay en el mar que en la tierra. Cuenta si puedes, todos los tipos de peces, ya sean pequeños o incluso grandes, sepias, pulpos, langostas, cangrejos, y en estos innumerables de su género. ¿Qué diré de las clases de serpientes, dragones, morenas, anguilas? Tampoco omitiré los escorpiones, ranas, tortugas, comadreas y también perros marinos, terneros marinos, cetáceos inmensos, delfines, focas, leones. ¿Qué añadiré también de los mirlos, zorzales, pavos, cuyos colores también vemos expresados en las aves, como los mirlos negros, los pavos con espaldas y cuellos pintados de diversos colores, los zorzales con vientres variados, y otros cuyos tipos y nombres la tierra se ha apropiado? Pues en el mar comenzaron primero y en diversos ríos. En efecto, el agua primero produjo reptiles de almas vivientes por mandato divino.

6. Añade esta gracia, que aquello que tememos en la tierra amamos en las aguas. En efecto, lo que es nocivo en la tierra es inofensivo en el agua, e incluso las serpientes carecen de veneno. El león, terrible en la tierra, es dulce en las olas. La morena, que dicen tener algo nocivo, es un manjar máspreciado. La rana, horrenda en los pantanos, es decorosa en las aguas, y supera casi todos los alimentos. Si alguien desea conocer más, que pregunte a los pescadores de diferentes lugares; pues nadie puede comprenderlo todo. Sin duda, también en el mar cuídate de los perros, que el Apóstol enseña que son molestos y deben ser evitados en la Iglesia, diciendo: Cuidaos de los perros, cuidaos de los malos obreros (Fil. III, 2). El olor de la comadreja es fuerte en la tierra, pero en el agua es agradable. La venganza terrenal sabe castigar el hedor: esta no tiene menos gracia capturada que libre. Tampoco te dejaré sin honor en nuestra exposición, tímalo, a quien el nombre le viene del florecer: ya sea que te haya nutrido la onda del río Ticino, o la onda del amable Adigio, eres una flor. Finalmente, el dicho es más testimonio, que sobre aquel que exhala una agradable fragancia, se ha dicho con ingenio: O huele a pescado o a flor; así se ha pronunciado que el olor del pez es el mismo que el de la flor. ¿Qué hay más grato que tu apariencia? ¿Qué más placentero que tu suavidad? ¿Qué más fragante que tu olor? Lo que las mieles exhalan, tú lo respiras con tu cuerpo. ¿Qué diré de las ternuras de los cuervos, qué incluso de los lobos? El cordero no teme a estos lobos. Tal es la gracia de las aguas, de las cuales huyen los terneros y los leones, que a ellas se les puede aplicar con justicia aquel dicho profético sobre la santidad de la Iglesia: Entonces los lobos y los corderos pacerán juntos, el león y el buey comerán paja juntos (Isa. LXV, 25). Y no es de extrañar, puesto que también en la Iglesia las aguas obran de tal manera que la maldad lavada de los ladrones se compara con la de los inocentes. ¿Qué más puedo decir de las púrpuras, que adornan los banquetes de los reyes, que tiñen los vestidos? Es, por tanto, de las aguas lo que se adora en los reyes: es de las aguas esa apariencia que resplandece. Añade también los cerdos marinos, incluso apreciados por los judíos; porque no hay nada común que el agua no lave, y por eso no pueden considerarlos comunes como si fueran producidos en la tierra.

82 CAPÍTULO III.

La multiplicidad de los peces en su manera de reproducirse, y el singular sentido de piedad hacia su descendencia. Cuán grande es su pureza, con la cual no solo superan a otros animales, sino incluso a los mismos hombres.

7. Innumerables, por tanto, son los usos, innumerables los tipos de peces. Algunos generan huevos, como los diversos peces mayores que llaman truchas, y los confían a las aguas para que los incuben. Así, el agua anima y crea, y aún cumple con el mandato de aquella primera ley perpetua, actuando como una madre benigna de los seres vivos. Otros dan a luz crías

vivas de su propio cuerpo, como las nutrias, los tiburones, los grandes cetáceos, los delfines, las focas y otros semejantes. Cuando dan a luz, si perciben alguna amenaza o terror que alguien pueda causar a sus crías, para protegerlas o calmar el miedo de su tierna edad con afecto maternal, abren la boca y, con un diente inofensivo, sostienen a sus crías, las reciben en su interior y las esconden en su vientre generador. ¿Qué afecto humano podría imitar esta piedad de los peces? Para nosotros, los besos son suficientes: para ellos no basta con abrir sus entrañas, recibir y recuperar a sus crías intactas, y nuevamente animarlas con el calor de su cuerpo, alimentarlas con su aliento, y vivir dos en un solo cuerpo; hasta que les proporcionen seguridad o, exponiendo su propio cuerpo, defiendan a sus crías de los peligros. ¿Quién, al ver esto, aunque pudiera lograrlo, no cedería ante tanta piedad de los peces? ¿Quién no se maravillaría y asombraría de que la naturaleza conserve en los peces lo que no conserva en los humanos? Muchas, por sospecha de odios de madrastra, han matado a sus propios hijos; otras, en tiempos de hambre, como leemos, se han comido a sus propios hijos. La madre se ha convertido en sepulcro para los hijos humanos; el útero del pez es como un muro para su prole, conservando sin daño a sus crías con una especie de muralla de sus entrañas internas.

8. Por lo tanto, los diferentes tipos de peces tienen diferentes usos: algunos generan huevos, otros dan a luz crías vivas y formadas. Y aquellos que generan huevos, no construyen nidos como las aves, no asumen el trabajo de una larga incubación, ni crían con molestias. El huevo cae, y el agua, como una nodriza amable, lo recibe en el regazo de su propia naturaleza, y rápidamente devuelve el animal incubado. Pues el huevo, animado por el contacto inmediato del progenitor, cae y el pez emerge.

9. ¡Qué pura e inviolada es la sucesión! Ninguno se mezcla con otro, sino con su propio género: el timalo con el timalo, el lobo con el lobo. La escorpina también guarda la castidad de un matrimonio immaculado con su propio género. Así, tiene la pureza de su especie, pero no el veneno de su especie; pues la escorpina no hiera, sino que restaura. Por lo tanto, desconocen las especies de peces extranjeros las contaminaciones adulterinas, como son aquellas en las que se cruzan los géneros de asnos y yeguas entre sí, lo cual se lleva a cabo con gran esmero por los hombres: o, por el contrario, cuando el caballo se mezcla con la asna, lo cual son verdaderos adulterios de la naturaleza. Pues ciertamente es mayor lo que se comete en la confusión de la naturaleza que lo que se hace en perjuicio de la persona. Y el hombre procura estas cosas como intérprete del adulterio de los animales; ¿y consideras más valioso a ese animal que es adulterino que al que es verdadero? Tú mismo confundes las especies ajenas, mezclas semillas diversas, y a menudo fuerzas a coitos prohibidos a los que no quieren, ¡y a esto lo llamas industria! Esto, porque no puedes hacerlo con los hombres, para que la mezcla de diferentes géneros pueda producir descendencia, le quitas al hombre lo que ha nacido, y despojas al hombre de su virilidad, y al cortar una parte del cuerpo, niegas el sexo, haces un eunuco; para que lo que la naturaleza negó en los hombres, lo cumpliera la audacia.

CAPÍTULO IV.

Enseñar la relación mutua entre el agua y los peces, tal como debe ser la relación entre padres e hijos. Cómo el agua suplente el uso de la respiración en los peces.

10. Cuán buena madre es el agua, considera esto también. Tú, oh hombre, has enseñado las renunciaciones de los padres hacia los hijos, las separaciones, los odios, las ofensas; aprende cuál es la relación entre padres e hijos. Los peces no pueden vivir sin agua, ni separarse de la compañía de su madre, ni distinguirse del servicio de su nodriza: y esto ocurre por una cierta

naturaleza, de modo que, separados, mueren inmediatamente. Pues no viven, como todos, del aliento de este aire, porque la naturaleza de inhalar y exhalar no les es propia; de lo contrario, no podrían vivir siempre bajo el agua sin recibir la infusión del espíritu. Lo que es el espíritu para nosotros, es el agua para ellos. Así como el espíritu nos proporciona la sustancia para vivir, así el agua se la proporciona a ellos: nosotros, al interrumpirse el paso del espíritu, ya que ni siquiera por un breve espacio podemos estar sin el espíritu vital, nos extinguimos de inmediato; los peces, también, al ser sacados del agua, no pueden vivir sin la sustancia que les da vida.

11. Y la causa es manifiesta, porque en nosotros el pulmón recibe el aire a través de las cavidades más amplias del tórax; y como es penetrable por numerosos poros, la infusión del aire enfría el calor interior. Pues el tórax, al recibir los alimentos, distingue los residuos de los alimentos y los jugos saludables, así como la sangre. El pulmón se vuelve permeable, de modo que la aspiración del aire puede llegar a él más fácilmente. Los peces, por su parte, tienen branquias, que a veces pliegan y recogen, y a veces despliegan y abren. En esta recolección y apertura, cuando el agua es recibida, transmitida y penetra, parece cumplir la función de la respiración. Por lo tanto, la naturaleza de los peces es propia y no común con los demás; un uso especial, y una sustancia de vida separada y secreta de los demás. Por eso no se alimentan, ni, como los animales terrestres, se deleitan con el tacto y las caricias de la mano humana; incluso si viven preservados en sus viveros.

84 CAPÍTULO V.

¿Por qué los peces están tan bien dentados? Estos se devoran mutuamente: lo que imitan los avaros, quienes son severamente reprendidos.

12. ¿Y qué puedo decir sobre la densidad de los dientes? No tienen dientes solo de un lado como el buey o la oveja, sino que ambos lados están armados con dientes; porque están en el agua, y si mantuvieran el alimento por más tiempo y no lo pasaran rápidamente, la corriente del agua podría llevarse y diluir la comida de sus dientes. Por eso tienen dientes densos y afilados, para cortar rápidamente, preparar el alimento rápidamente, y transmitirlo fácilmente sin ninguna demora o dilación. De hecho, no rumian; sin embargo, se dice que solo el pez loro entre ellos rumia, según aquellos que han tenido la experiencia, el uso, o el interés de comprender tales cosas.

13. Ciertamente, ni siquiera ellos han escapado de la violencia de sus propios poderes, y sometidos a la avaricia de los más poderosos, son inferiores en todas partes. Cuanto más débil es uno, más expuesto está a ser presa. Y muchos de ellos se alimentan de hierbas y pequeños gusanos. Sin embargo, hay quienes se devoran entre sí y se alimentan de su propia carne. El menor es alimento del mayor: a su vez, el mayor es atacado por uno más fuerte y se convierte en presa de otro depredador ajeno. Así sucede que, cuando uno ha devorado a otro, es devorado por otro, y ambos se encuentran en un solo vientre, devorados por su propio devorador, siendo al mismo tiempo en una sola entraña compañeros de presa y venganza. Y tal vez esta injusticia les ha sobrevenido espontáneamente, como en nosotros no comenzó por naturaleza, sino por avaricia. O porque fueron dados para el uso de los hombres, también fueron hechos como un signo, para que en ellos viéramos los vicios de nuestras costumbres y evitáramos los ejemplos; para que nadie más poderoso invadiera al inferior, dando así un ejemplo de injusticia a uno más poderoso. Por lo tanto, quien daña a otro, prepara para sí mismo una trampa en la que él mismo caerá.

14. Y tú eres un pez que invade las entrañas ajenas, que hunde al débil, que persigue al que cede hasta lo profundo. Ten cuidado de que, mientras lo persigues, no caigas tú mismo en manos de uno más fuerte, y te lleve a trampas ajenas, quien evita las tuyas, y primero contemple tu desgracia, quien temía la suya propia mientras lo perseguías. ¿Qué diferencia hay entre el rico que, con la gula de una codicia desmedida, absorbe los patrimonios de los débiles, y el siluro con el vientre lleno de las entrañas de peces menores? El rico ha muerto, y sus despojos no le sirvieron de nada, es más, la infamia lo hizo más detestable por sus robos. El siluro ha sido capturado, y su presa inútil ha sido descubierta. ¿Cuántos se encuentran en él, que devoraron a otros? Y tú, rico, tienes en tu seno a otro depredador. Él tenía las riquezas del pobre que había invadido: tú, oprimiéndolo, añadiste dos patrimonios a tus riquezas, y aún no te sacias con tanto aumento; y dices que has vengado a otros, cuando cometes lo mismo que castigas, más injusto que el injusto, más iniquo que el iniquo, y más avaro que el avaro. Mira que no te encuentre el mismo fin que a ese pez: cuídate del anzuelo, cuídate de las redes. Pero presumes de tu poder, que nadie puede resistirte: también el siluro presumía que nadie le lanzaría un anzuelo, nadie le tendería redes, y que, si caía, rompería todas; y sin embargo, no escapó del tridente, o cayó en los lazos de un vínculo más fuerte, del que no pudo liberarse. Sin duda, la iniquidad de los hombres, cuanto más graves sean sus crímenes, menos podrá estar segura por su propio delito; y en algún momento se deshará lo que, por el precio de sus crímenes, parece difícil de evitar.

CAPÍTULO VI.

El hombre es como un pez: pero se encuentra que un pez es bueno y otro malo; el bueno no debe temer el anzuelo de Pedro ni el seno.

15. Por lo tanto, eres un pez, oh hombre. Escucha que eres un pez: El reino de los cielos es semejante a una red echada en el mar, que recoge peces de toda clase. Cuando se llena, la sacan a la orilla, y sentados, eligen los buenos en sus vasijas, pero los malos los echan fuera. Así será en la consumación del siglo. Saldrán los ángeles y separarán a los malos de entre los justos, y los arrojarán al horno de fuego (Mateo XIII, 47). Hay, por tanto, peces buenos y malos; los buenos se guardan para un precio, los malos arden de inmediato. Al buen pez no lo envuelven las redes, sino que lo elevan; el anzuelo no lo mata ni lo destruye, sino que lo baña en la sangre de una herida preciosa, en cuya confesión oral se encuentra un buen precio, con el cual se puede pagar el tributo apostólico y el impuesto de Cristo. Pues así está escrito, diciendo el Señor: ¿De quiénes toman tributo o impuesto los reyes de la tierra? ¿De sus hijos o de los extraños? Y respondiendo Pedro, de los extraños, dijo el Señor: Ve al mar, y echa el anzuelo, y al primer pez que suba, tómallo, y al abrir su boca encontrarás un estatero; tomándolo, lo darás por mí y por ti (Mateo XVII, 24).

16. No temas, pues, oh buen pez, el anzuelo de Pedro: no mata, sino que consagra. No te desprecies como si fueras vil, porque ves un cuerpo débil: tienes en tu boca lo que puedes ofrecer tanto por Pedro como por Cristo. No temas las redes de Pedro, a quien Jesús dice: Navega mar adentro, y echa las redes. No las lanza a la izquierda, sino a la derecha, como Cristo le ordenó. No temas su seno, porque se le dijo: Desde ahora serás pescador de hombres. Por eso lanzó las redes y atrapó a Esteban, quien fue el primero en ascender del Evangelio, teniendo en su boca la moneda de la justicia. De ahí que con confesión constante clamó diciendo: He aquí veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios. Por este pez estaba el Señor Jesús; pues sabía que en su boca estaba el precio de su tributo. Finalmente, con su glorioso martirio, cumplió como rico defensor el juicio de Pedro, la doctrina y la gracia de Cristo.

CAPÍTULO VII.

Por el mar se señala el Evangelio y la Iglesia, y qué debe hacer el hombre pez en este mar. Los cónyuges son impulsados a la mutua tolerancia de costumbres, caridad y fe, por el ejemplo de la víbora. Por qué se usa el mismo ejemplo en ambos sentidos.

17. No te perturbe que haya comparado el Evangelio con el mar. El Evangelio es aquel en el que Cristo caminó: el Evangelio es aquel en el que, aunque Pedro vaciló cuando negó, sin embargo, por la diestra de Cristo encontró el apoyo de la fe y la gracia de la estabilidad: el Evangelio es aquel del cual ascendió el mártir: el Evangelio es el mar en el que los apóstoles pescan, en el que se lanza la red, que es semejante al reino de los cielos: el Evangelio es el mar en el que se figuran los misterios de Cristo: el Evangelio es el mar en el que el hebreo escapó y el egipcio fue destruido: el Evangelio es el mar, porque la Iglesia, esposa de Cristo, es la plenitud de la gracia divina, que está fundada sobre los mares, como dijo el Profeta: Él la fundó sobre los mares (Sal. XXIII, 2). Salta sobre las olas, oh hombre, porque eres pez: no te opriman las olas de este siglo: si hay tempestad, busca lo alto y lo profundo: si hay serenidad, juega en las olas: si hay tormenta, cuídate de la costa rocosa; no sea que la furiosa marea te arroje contra la roca. Pues está escrito: Sed astutos como serpientes (Mat. X, 16).

18. Y dado que se ha propuesto el ejemplo de las serpientes astutas, seamos astutos en la búsqueda y conservación de los matrimonios, amemos las uniones que nos han sido otorgadas. Y si aquellos que fueron separados por el tiempo de su nacimiento en regiones lejanas se han reunido, y si el hombre se ha dirigido a tierras extranjeras, ninguna lejanía, ninguna ausencia debe disminuir el amor complacido. La misma ley conecta a los presentes y a los ausentes: el mismo vínculo de la naturaleza ha unido los derechos de la caridad conyugal entre los distantes y los presentes: el mismo yugo de bendición une los cuellos de ambos, incluso si uno de ellos atraviesa largas distancias de regiones separadas; porque no han recibido el yugo de gracia con el cuello del cuerpo, sino con el de la mente. La víbora, el más malvado de los géneros de bestias, y más astuta que todos los que son del género serpentino, cuando ha asumido el deseo de unirse, busca para sí la conocida pareja de la morena marina, o prepara una nueva: yendo a la orilla, testificando con su silbido su presencia, la llama al abrazo conyugal. La morena, invitada, no falta, y al venenoso serpiente le otorga los usos deseados de su unión. ¿Qué significa este discurso, sino que deben soportarse los modos de los cónyuges; y si está ausente, esperar su presencia, aunque sea áspero, engañoso, desordenado, resbaladizo, borracho? ¿Qué es peor que el veneno, que la morena no rehúye en su cónyuge? Invitada, no falta, y con diligente amor abraza al resbaladizo serpiente. Él soporta tus males, y la facilidad de la ligereza femenina: ¿tú, mujer, no puedes soportar a tu marido? Adán fue engañado por Eva, no Eva por Adán (33, q. 5, c. Adán por Eva). A quien la mujer llamó a la culpa, es justo que lo asuma como guía; para que no caiga de nuevo por la facilidad femenina. Pero es horrendo e inculto. Una vez agradó. ¿Acaso el hombre debe ser elegido frecuentemente? El buey busca su pareja, y el caballo ama; y si se cambia por otro, sin embargo, no sabe tirar del yugo de otro compañero, y no se siente completo: tú repudias a tu cónyuge, y piensas que debe ser cambiado a menudo; y si falta un solo día, introduces un rival, y de inmediato, por una causa desconocida como si fuera conocida, ejecutas la injuria del pudor. La víbora busca al ausente, llama al ausente, y proclama con un silbido halagador; y cuando siente que su pareja se acerca, vomita el veneno, mostrando reverencia al marido, avergonzada por la gracia nupcial: tú, mujer, rechazas con insultos al marido que llega de lejos. La víbora observa el mar, explora el camino del cónyuge: tú obstruyes el camino al hombre con injurias: tú mueves el veneno de

las disputas, no lo rechazas: tú, en el tiempo del abrazo conyugal, exhalas un virus terrible; ni te sonrojas por las nupcias, ni respetas al marido.

19 Pero también tú, hombre, pues también podemos entenderlo así, depón la soberbia del corazón, la aspereza de las costumbres, cuando tu esposa diligente se te acerca: rechaza la indignación, cuando la esposa amable te incita al amor. No eres un señor, sino un esposo: no has tomado una esclava, sino una esposa. Dios quiso que fueras el guía del sexo inferior, no el dominante. Devuelve con dedicación, devuelve con gratitud al amor. La víbora derrama su veneno: ¿tú no puedes dejar la dureza de tu mente? Pero tienes una rigidez natural: debes moderarla con la contemplación del matrimonio, y con la reverencia de la unión dejar la ferocidad del ánimo. También es posible así. No busquéis, hombres, el lecho ajeno, no acechéis la unión ajena. El adulterio es grave, y una injuria a la naturaleza. Dios creó primero a dos, Adán y Eva, es decir, al hombre y a la mujer, y a la mujer, del hombre, es decir, de la costilla de Adán; y ordenó que ambos fueran un solo cuerpo, y vivieran en un solo espíritu. ¿Por qué separas un cuerpo, divides un espíritu? Es un adulterio de la naturaleza. Esto lo enseña el abrazo buscado no por derecho de especie, sino por el ardor de la lujuria, de la morena y la víbora. Aprended, oh hombres, el que busca poseer a la esposa ajena, qué tipo de serpiente desea tener como compañero, a cuál serpiente incluso él mismo debe ser comparado. Se apresura hacia la víbora, la que se introduce en el regazo del hombre no por el camino recto de la verdad, sino por el resbaladizo amor desviado. Se apresura hacia aquella que retoma su veneno, como la víbora que se dice que, una vez cumplido el deber de la unión, vuelve a absorber el veneno que había vomitado; pues la víbora adúltera es (Prov. XXIII, 32). Por eso también Salomón dice que el que ha estado ebrio, cuando por el vino la lujuria suele hervir, es herido como por el golpe de una serpiente, y como por una cornuda se le difunde el veneno. Y para que sepas que hablaba de la adúltera, añadió: Tus ojos, cuando vean a la ajena, tu boca hablará perversidades (Ibid., 33).

20. Que nadie crea que hemos propuesto cosas contrarias, al utilizar el ejemplo de esta víbora tanto para el bien como para el mal; ya que ambos aspectos contribuyen a la enseñanza, si nos avergonzamos de no mostrar la fidelidad al amado, a quien la serpiente se la muestra; o si abandonamos los santos matrimonios, prefiriendo lo resbaladizo y perjudicial a lo saludable, lo cual hace quien se mezcla con la serpiente.

88 CAPÍTULO VIII.

De la astucia del pulpo y del cangrejo, con los cuales se comparan los hombres fraudulentos; con una exhortación a huir de la codicia.

21. Y dado que hemos comenzado a tejer un discurso sobre la astucia, mediante la cual cada uno intenta engañar y burlar a su hermano, y se dispone a nuevas artimañas; para que, a quien no puede someter por la fuerza, lo engañe con dolo, y lo cubra con un cierto barniz de habilidad: no pasaré por alto esa engañosa habilidad del pulpo, que, habiendo encontrado una roca en la orilla poco profunda, se adhiere a ella, y con su ingenio nebuloso adopta su color, y cubierto con una apariencia similar, atrapa a muchos peces que se acercan sin ninguna sospecha de fraude, mientras no prevén el peligro y creen que es una roca, los encierra en las redes de su arte furtivo, y los intercepta en un pliegue de su carne. Así llega la presa espontánea, y se captura con argumentos como los de aquellos que a menudo cambian su ingenio, y mueven diversas artes de daño; para tentar las mentes y sentidos de cada uno, estando entre los continentes predicando continencia, en la reunión de los intemperantes como desviados del estudio de la castidad, y sumergidos en los lodazales de la intemperancia;

para que quienes los escuchan o ven, con una facilidad incauta, se confíen; y así caen más rápidamente, mientras no saben cómo evitar, ni prevenir lo que daña, ya que es más grave y más nociva la maldad cubierta con el velo de la benignidad. Y por eso deben ser evitados aquellos que extienden los tentáculos de su fraude, y sus brazos se dispersan ampliamente, o adoptan una apariencia multiforme. Pues estos también son pulpos que tienen muchos nexos, y las huellas de ingenios astutos, con los cuales pueden atrapar todo lo que caiga en las rocas de su fraude.

22. ¡Qué astucias también prepara el cangrejo por el placer de la comida! Pues él mismo se deleita con la ostra y busca para sí el festín de su carne. Pero así como es ávido de comida, también es precavido ante el peligro: ya que su caza es difícil y peligrosa; difícil, porque la carne está encerrada en un caparazón más fuerte; pues la naturaleza, intérprete del mandato imperial, ha protegido la suavidad de la carne como con murallas, la cual nutre y cuida en un seno cóncavo en medio de las conchas, y la extiende como en un valle. Y por eso todos los intentos del cangrejo son vanos, porque no puede abrir la ostra cerrada con ninguna fuerza: y es peligroso si su pinza queda atrapada, recurre a la astucia y trama engaños con nueva artimaña. Así que, como todos los seres se deleitan con el placer, explora si en algún momento la ostra, en lugares apartados de todo viento, abre su díptico contra los rayos del sol y descerraja las cerraduras de sus conchas; para que, con el aire libre, obtenga cierto placer de sus entrañas: y entonces, introduciendo subrepticamente una piedrecilla, impide el cierre de la ostra; y así, encontrando abiertas las cerraduras, introduce con seguridad sus pinzas y devora las entrañas internas.

89 23. Hay, por tanto, hombres que, como el cangrejo, se introducen en el uso ajeno mediante el engaño, y sostienen la debilidad de su propia virtud con cierta astucia, tejen trampas para el hermano y se alimentan de la desgracia ajena. Tú, sin embargo, conténtate con lo tuyo, y no te alimentes de las pérdidas ajenas. El buen alimento es la simplicidad de la inocencia. Quien posee sus propios bienes no sabe insidiar los ajenos, ni se enciende con las llamas de la avaricia, para quien toda ganancia es una pérdida para la virtud y un incendio para la codicia. Y por eso es bienaventurada, si conoce sus bienes, la pobreza con verdad, y preferible a todos los tesoros; porque es mejor un poco con el temor de Dios, que grandes tesoros sin temor. ¿Cuánto es, en efecto, lo que alimenta al hombre? O si buscas lo que también abunde para otros en gracia, eso tampoco es mucho. Mejor es la hospitalidad en verduras con gracia, que la preparación de terneros gordos con discordia. Usemos, por tanto, el ingenio para buscar la gracia y preservar la salvación, no para circunscribir la inocencia ajena. Nos es lícito usar ejemplos marítimos para el progreso de nuestra salvación, no para el peligro ajeno.

CAPÍTULO IX.

Sobre la presciencia del erizo anunciando la futura tempestad. Se dice que ha recibido este don de Dios, cuya indulgencia se proclama en toda la creación.

24. El erizo de mar, un animal pequeño, vil y despreciable, del que hablo, es mayormente un indicador del tiempo futuro, o un anunciador de tranquilidad para los navegantes. En efecto, cuando presiente una tormenta de vientos, toma una piedra fuerte, y la lleva como si fuera lastre, y la arrastra como un ancla, para no ser sacudido por las olas. Así pues, no se equilibra con sus propias fuerzas, sino que se guía por el peso de una estabilidad ajena. Con esta señal, los marineros toman precauciones como si fuera un signo de perturbación futura, y se previenen para que un torbellino inesperado no los encuentre desprevenidos. ¿Qué matemático, qué astrólogo, o qué caldeo puede comprender así el curso de los astros, estos

movimientos del cielo y sus señales? ¿Con qué ingenio ha recopilado esto? ¿Con qué maestro lo ha aprendido? ¿Quién fue para él un intérprete de tan gran augurio? A menudo los hombres ven la confusión del aire, y a menudo se equivocan, ya que muchas veces se disipa sin tormenta. El erizo de mar no se equivoca, sus señales nunca lo pasan por alto.

25. ¿De dónde proviene en un animal tan pequeño tanta ciencia, que puede predecir el futuro? Cuanto más en él no hay nada que pueda tener tal prudencia, cree que por la indulgencia del Señor de todas las cosas también ha recibido este don de presciencia. Pues si Dios viste así la hierba, que nos asombra; si alimenta a las aves; si preparó comida para el cuervo, pues sus polluelos claman al Señor; si dio a las mujeres la sabiduría de tejer; si a la araña, que tan sutil y hábilmente suspende sus redes en las puertas, no la dejó sin sabiduría; si Él mismo dio fuerza al caballo, y liberó de su cuello el temor, para que exulte en el campo, y al encontrarse con los reyes se burle, huelga la guerra desde lejos, se excite con el sonido de la trompeta; si llenó de su sabiduría a estas criaturas irracionales, y a otras insensibles, como la hierba y los lirios, ¿por qué dudamos de que también haya conferido al erizo esta gracia de presciencia? Pues nada dejó sin explorar, nada sin revelar. Todo lo ve, quien alimenta a todo: todo lo llena de sabiduría, quien todo lo hizo con sabiduría, como está escrito (Sal. 103, 24). Y por eso, si no dejó al erizo sin su visita; si lo considera, y lo informa con señales del futuro, ¿no te considera a ti? Más bien te considera, como lo atestigua su divina Sabiduría diciendo: Si cuida de las aves, si las alimenta, ¿no valéis vosotros más que ellas? (Mat. 6, 26). Si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa al fuego, Dios la viste así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?

CAPÍTULO X.

A cada especie de peces se le han prescrito sus propios hábitats, por lo cual se condena la ligereza y la lujuria humanas: sin embargo, algunos peces cambian de lugar para reproducirse; se examina la razón de este hecho y se reprende la incontinencia del hombre. Asimismo, sobre las virtudes especiales de algunos peces.

26. ¿Acaso pensamos que los peces carecen de cierta dote natural, esa gracia por la cual cada especie de pez tiene sus propios domicilios prescritos, que ninguno de su género excede ni invade el territorio ajeno? ¿Qué geómetra les ha asignado estos hábitats que no deben ser violados en ningún momento? Hemos oído hablar de geómetras, pero nunca de "talasómetras"; y sin embargo, los peces conocen su medida, no determinada por murallas de ciudades ni por puertas, no limitada por edificios de casas ni por los límites de los campos, sino por la medida de lo que es necesario; de modo que a cada uno le basta lo suficiente para su uso, no lo que una cierta avidez desmedida reclamaría para sí. Hay una cierta ley de la naturaleza que manda buscar solo lo que basta para el sustento, y considerar la suerte del patrimonio según la medida de los alimentos. Este tipo de peces se alimenta y se reproduce en ese seno del mar, aquel en otro. En definitiva, no encontrarás géneros de peces mezclados: sino que lo que abunda aquí, falta en otro lugar. Y nuevamente, ese seno del mar alimenta cefalópodos, aquel lobos; uno peces de roca, otro langostas. No hay libertad para vagar; sin embargo, ni la abundancia está encerrada por montañas, ni el paso está impedido por ríos que fluyen, sino que el uso de la naturaleza impreso, como si fueran los límites de la patria, hace que cada uno se mantenga en su lugar, y aventurarse más allá de los habitantes es sospechoso.

27. Pero para nosotros hay una opinión muy diferente: cambiar de hogar por el exilio, ser retenidos por el desprecio de los habitantes, buscar el favor de los forasteros, trasladar los límites perpetuos que establecieron nuestros padres, unir campo a campo, casa a casa. La

tierra se agota para los hombres, y también los mares son ocupados. Nuevamente, por el capricho de cada uno, se corta la tierra, se inunda el mar para crear islas, para poseer los estrechos: reclaman espacios del mar como propiedad, y los derechos sobre los peces, como si fueran esclavos nacidos en casa, los consideran sujetos a servidumbre. Este, dice, es mi golfo del mar, aquel es de otro. Los poderosos se reparten los elementos. En sus aguas se crían ostras: en sus viveros se encierran peces. Ni siquiera el mar basta para la lujuria, a menos que tengan almacenes de ostras. Así que cuentan las edades de estas, y preparan depósitos de peces; para que el mar no pueda dejar de llenar los banquetes del rico. ¡Con qué oídos escuchan el nombre de los vecinos! ¡Con qué ojos miran sus posesiones! ¡Cómo día y noche piensan en cómo quitar algo al prójimo! ¿Acaso habitaréis solos sobre la tierra? (Isaías V, 9) clama el profeta. El Señor conoce estas cosas y las reserva para la venganza.

28. ¡Cuán ajena es la rapacidad de la avidez a los peces! Ellos captan los secretos naturales, y conocen el mar más allá de los límites del mundo, donde no hay islas que lo interrumpan, ni tierra alguna que se interponga, ni que esté situada más allá. Allí, donde el vasto mar extiende su amplitud y bloquea toda posibilidad de observación, la audacia de navegar por utilidad, se dice que se refugian los cetáceos, esos inmensos géneros de peces, cuerpos iguales a montañas, como nos han transmitido quienes pudieron verlos: allí llevan una vida tranquila, separada de las islas, y alejados de todo contagio de las ciudades marítimas, tienen sus regiones y moradas distribuidas. Permanecen en ellas con límites inofensivos de vecinos, y no buscan cambios de lugares con tránsito errante: sino que aman como tierra natal, y consideran dulce permanecer en ellas. Las eligieron para poder llevar una vida solitaria, alejada de la interrupción de los juicios ajenos.

29. Sin embargo, hay ciertos tipos de peces que no cambian de lugar por la facilidad de su ingenio, sino por la necesidad de cuidar su prole; procurando esto en el tiempo oportuno y legítimo, desde muchos lugares y diferentes rincones del mar, innumerables, como si fuera por un consejo común, se reúnen en un grupo unido y se dirigen hacia el viento del norte, y por una cierta ley de la naturaleza se esfuerzan por llegar a ese mar de las regiones septentrionales. Dirías, si los vieras ascendiendo, que es una especie de corriente, así avanzan, cortando las olas, fluyendo con violento ímpetu a través del Propóntide hacia el Ponto Euxino. ¿Quién anuncia a los peces estos lugares, les indica los tiempos? ¿Quién les otorga la disposición para viajar, el orden de acompañamiento, las metas y los tiempos de regreso? Los hombres tienen su emperador, cuyo mandato se espera, se emite la señal, se proponen edictos a los provinciales para que se reúnan, se envían cartas a los tribunos militares, se fija un día; y muchos no pueden presentarse en los días fijados. ¿Qué emperador dio la orden a los peces? ¿Qué maestro les otorgó esta disciplina? ¿Quién dispone las rutas de los exploradores? ¿Quién dirige el camino para que no falte el encuentro de ninguno? Pero reconozco quién es ese emperador, que con ordenación divina infunde su mandato en los sentidos de todos, que silenciosamente otorga a los animales mudos el orden de la disciplina natural; y no solo penetra en lo grande, sino que también se extiende a lo más pequeño. ¡El pez obedece a la ley divina, y los hombres contradicen! ¡El pez obedece solemnemente los mandatos celestiales, y los hombres invalidan los preceptos de Dios! ¿Te parece despreciable porque es mudo y carece de razón? Pero ten cuidado de no empezar a ser más despreciable para ti mismo, si se te encuentra más irracional que lo irracional. ¿Y qué hay más racional que este tránsito de los peces, cuya razón no explican con palabras, sino que hablan con hechos? Pues en el tiempo de verano se dirigen al estrecho del Ponto, porque en el resto del mar este golfo es más dulce. No es que el sol permanezca tanto tiempo en ese estrecho como en los demás, y esa es la causa de que no agote toda el agua, que es dulce y potable. ¿Quién ignora que incluso las cosas marítimas a menudo se deleitan con aguas dulces? Finalmente,

mientras siguen los ríos y ascienden a las partes superiores, frecuentemente se capturan peces de especies ajenas en los ríos. Así pues, siendo esta la causa que hace al Ponto más grato para ellos, ya sea porque el viento del norte templó el calor del sol allí, lo consideran más oportuno que los demás para engendrar y nutrir a sus crías, ya que las crías tiernas apenas pueden soportar el esfuerzo de una región extraña, las cuales allí son favorecidas por la suave clemencia del aire. Así, cumplida la tarea, todos juntos regresan en el mismo grupo en el que vinieron.

30. Consideremos cuál es esta razón. El mar de Ponto está expuesto a los vientos más violentos del norte y de otros puntos; de ahí que allí se desate una fuerte tormenta y se generen tempestades, de modo que la arena se levanta del fondo: el oleaje arenoso es prueba de ello, que al levantarse por el movimiento de los vientos, se vuelve más pesado, y sin duda se considera intolerable no solo para los navegantes, sino también para los mismos seres marinos. A esto se suma que muchos y grandes ríos se mezclan en el Ponto, y en invierno el mismo golfo se enfría por el flujo de las corrientes; por eso los peces, como árbitros de las corrientes, acostumbran a buscar en verano la clemencia de la brisa que sopla allí: una vez disfrutada su amenidad, nuevamente se esfuerzan por evitar la dureza del invierno; y huyendo de la severidad de la región septentrional, se trasladan a otros golfos, donde la suavidad de los vientos es más apacible, o donde el sol suele ofrecer una temperatura primaveral. Así, el pez conoce el tiempo de parir, lo que Salomón dijo como un gran misterio en la Sabiduría: Conoce el tiempo de ir y de volver: conoce el tiempo de cumplir y de esparcir, y sabe que no puede ser engañado (Eclesiastés III, 2 y ss.); porque no utiliza la estimación de la razón ni el argumento de la discusión, sino la inspiración de la naturaleza, que es la verdadera maestra de la piedad. En definitiva, todos los seres vivos tienen tiempos prescritos para parir, solo el hombre los tiene indiscriminados y confusos. Los demás seres buscan la clemencia del tiempo, solo las mujeres dan a luz sus partos de manera inclemente. Pues el deseo errante e intemperante de engendrar exhibe una edad de parir errante. Los peces cruzan grandes mares para buscar algún beneficio para su especie. Nosotros también cruzamos vastos mares: pero, ¿cuánto más honesto es lo que se emprende por amor a la sucesión que por avaricia de dinero? En definitiva, para ellos la travesía se destina a la piedad, para nosotros al lucro. Ellos traen una descendencia más valiosa que todas las mercancías: nosotros, con una miserable avaricia de ganancia, traemos una mercancía muy inferior al riesgo asumido. Así, ellos regresan a su patria: nosotros la abandonamos. Ellos obtienen un incremento de su especie nadando: nosotros lo disminuimos navegando.

31. ¿Quién, pues, negará que a ellos les ha sido infundido divinamente un ingenio y virtud de tal índole? Cuando se observa que estos, con un ingenio vivaz, emprenden hacia el norte una tan solemne peregrinación de fecundidad; otros, en un cuerpo pequeño, asumen tal fortaleza que detienen grandes naves con velas llenas en medio de las olas: así como se recuerda que un pequeño pez, el rémora, detiene con tanta facilidad una nave enorme; de modo que parece estar anclada en el mar, sin moverse. Pues la mantiene inmóvil por algún tiempo. ¿Acaso piensas que a este también le pudo corresponder tanta virtud sin el don del Creador? ¿Qué diré de las espadas, o sierras, o perros marinos, o ballenas, o tiburones? ¿Qué también del caparazón de la tortuga, incluso muerta? Pues así como se dice que si alguien pisa la boca de una víbora recién muerta, causa un daño más grave que el veneno, y la herida se extiende sin remedio: así también se recuerda que la tortuga, con su aguijón, muerta causa más peligro que viva. El pequeño conejo, un animal tímido en tierra, en el mar es temible, introduce una corrupción rápida y que no puede ser fácilmente eliminada. Pues el Creador quiso que no estuvieras seguro ni siquiera en el mar de los que acechan; para que, debido a las pocas cosas

que dañan, como si estuvieras en guardia, siempre armado con las armas de la fe y el escudo de la devoción, debes esperar de tu Señor el auxilio de la salvación.

CAPÍTULO XI.

De los peces del mar Atlántico: también sobre la sal, el coral y algunos otros. Por estas razones, pero principalmente por la navegación, el mar supera a las tierras: después de mencionar brevemente a Jonás y Pedro, el discurso se cierra.

32. Vayamos al mar Atlántico. ¡Qué enormes y de infinita magnitud son allí los cetáceos! Cuando flotan sobre las olas, podrías pensar que son islas caminantes, montañas altísimas que se elevan con sus cimas hacia el cielo. No se ven en las costas, sino que se encuentran en las profundidades del mar Atlántico, de modo que su visión hace que los marineros se abstengan de navegar en esos lugares, y no se atrevan a acercarse a los secretos de los elementos sin el supremo terror de la muerte.

33. Pero ya levantémonos del profundo mar, y que nuestro discurso emerja un poco, y se eleve hacia lo alto: contemplemos aquellas cosas que, aunque comunes para muchos, están llenas de gracia, como el agua que se convierte en la solidez de la sal, para ser a menudo cortada con hierro; lo cual no es sorprendente en las sales británicas, que en apariencia son como mármol sólido, resplandeciendo con el blanco níveo de ese mismo metal, saludables para el cuerpo, y muy agradables al gusto y al beber. Cómo también el coral, que no es una piedra indecorosa, es una hierba en el mar, y si se traslada al aire, se solidifica en la firmeza de una piedra. De dónde la naturaleza ha incrustado la perla más preciosa en las ostras, cómo el agua del mar la ha solidificado en una carne tan blanda. Lo que es difícil de encontrar entre los reyes, yace en las costas como si fuera algo vil, y se recoge entre las rocas ásperas y los escollos. También el vellón dorado es nutrido por el agua, y las costas producen lana en la forma de ese metal mencionado, cuyo color ninguno de aquellos que tiñen los vellones con diversos tintes ha podido imitar; ¡tanto así que la industria humana no sabe cómo igualar la gracia de la naturaleza marina! Sabemos con qué cuidado se atienden los vellones de las ovejas, incluso los menos valiosos: aunque sean los mejores, de ninguna manera se les adhiere el tinte. De aquí proviene el color natural, que ningún tinte ha igualado hasta ahora: este también es el vellón del pez. Pero incluso los múrices, que otorgan la insignia real, son marítimos.

34. ¿Y qué gracia de los prados o qué belleza de los jardines puede igualar la pintura del mar azul? Aunque en los prados resplandezcan flores doradas, el resplandor del oro también se refleja en el mar: y aquellas pronto se marchitan, mientras que este se conserva duradero por mucho tiempo. Los lirios brillan a lo lejos en los jardines, las velas en los barcos: aquí el aroma, allí el viento sopla. ¿Qué utilidad hay en una hoja? ¡Cuántos comercios en los barcos! Los lirios traen suavidad a las narices, las velas traen la salvación de los hombres. Añade los peces saltando y los delfines jugando: añade las olas resonando con su murmullo ronco: suma los barcos que corren hacia las costas o que salen de ellas. Y cuando las cuadrigas son lanzadas desde los carceres, ¡con cuánto entusiasmo y amor compiten los espectadores! Sin embargo, el caballo corre en vano, no así las naves. Aquel en vano, porque está vacío: estas para utilidad, como si estuvieran llenas de grano. ¿Qué es más grato que aquello que no es impulsado por el látigo, sino por el sople de los vientos: donde nadie se opone, sino que todos son partidarios: donde nadie es vencido, cualquiera que llegue, sino que todas las popas que han llegado son coronadas: donde la palma es la recompensa de la salvación, la victoria es el premio del regreso? ¡Cuánto dista entre los cursos directos y los reflejos! Aquellos se

perpetúan, estos se disuelven. Añade las costas tejidas con remos, donde la bandera de salida es la brisa del cielo. Así, los aurigas reciben un aplauso vano: estos cumplen sus votos al ser salvados.

35. ¿Qué puedo decir digno de Jonás, a quien el cetáceo acogió para la vida y devolvió a la gracia de la profecía? El agua corrigió a quien las cosas terrenales habían desviado: cantaba salmos en el vientre del cetáceo, quien se lamentaba en la tierra. Y para que no se pase por alto la redención de ambos elementos, la salvación de la tierra precedió en el mar, porque el signo del Hijo del hombre es el signo de Jonás. Así como él estuvo en el vientre del cetáceo, así Jesús en el corazón de la tierra. En ambos hay remedio; sin embargo, en el mar hay un ejemplo mayor de piedad; porque los peces acogieron a quien los hombres rechazaron, y a quien los hombres crucificaron, los peces salvaron. También Pedro titubea en el mar, pero no cae: y confesó en las olas, sin embargo, negó en la tierra. Así que allí es tomado de la mano como devoto: aquí es reprendido con mirada censuradora como olvidadizo. Pero ya roguemos al Señor, para que nuestra palabra sea arrojada a la tierra como Jonás, y no fluctúe más en el mar. Y bien, ya ha salido la calabacera, que nos da sombra de nuestros males: pero también ella, secada por el sol que avanza, nos advierte que debemos descansar, para no comenzar a arder en la tierra con ingenio, y que incluso las palabras nos falten. Ciertamente, se nos ha dado más remisión de pecados en las aguas que a los ninivitas.

CAPÍTULO XII. (Sermón VIII.)

Imagina que de su memoria han volado las aves, a las cuales elegantemente dirige su oración. Dice que los oyentes le prestarán atención, mientras que él les ofrecerá brevedad. Finalmente, desea la dulzura de diversas aves.

36. Y después de haber guardado silencio por un breve momento, nuevamente comenzó a hablar diciendo: Nos había pasado por alto, hermanos amadísimos, la necesaria discusión sobre la naturaleza de las aves, y este tipo de discurso había volado lejos de nosotros junto con las mismas aves. Pues sucede por una cierta naturaleza que aquellos que observan algo, o desean expresarlo hablando, asumen la cualidad de aquello que observan o de lo que hablan; de modo que cuando nos detenemos con los más lentos, y con los veloces somos llevados por una rápida mirada, también usamos un estilo ya sea más lento o más rápido. Así que, mientras me cuido de que no pasen desapercibidos los que se sumergen en el mar, y los que están ocultos por las aguas no me pasen inadvertidos, toda ave voladora se me escapó; porque mientras inclinado escudriñaba los profundos remolinos de las aguas, no miré los vuelos aéreos; ni siquiera la sombra de una pluma veloz me distrajo, la cual pudo haber brillado en las aguas. Sin embargo, cuando pensé que todo el asunto estaba resuelto, y creí que había concluido, y consideré que el quinto día estaba consumado; vino a mi mente la naturaleza de las aves, que cuando van a dormir, acostumbran alegrarse al haber cumplido su tarea, y suavizar el cielo con su canto: lo cual acostumbran renovar solemnemente al amanecer y al atardecer; para que las alabanzas del tiempo nocturno y diurno, ya transcurrido o por comenzar, las ofrezcan a su creador. Por lo tanto, había perdido un gran incentivo para despertar nuestra devoción. Pues, ¿quién, teniendo sentido humano, no se avergonzaría de cerrar el día sin la celebración de los salmos, cuando incluso las aves más pequeñas acompañan con solemne devoción y dulce canto los amaneceres y atardeceres de los días y las noches?

37. Regrese, pues, a nosotros el discurso volátil, que casi se había escapado de nuestra vista, y como el águila que busca las alturas, había cubierto su vuelo con nubes; a no ser porque, al

levantar nuestros ojos lavados con agua hacia el cielo, observamos que el aire vacío se llena de vuelos, pensamos que era necesario traerlo de nuevo al estilo. Seréis vosotros los jueces, que sois cazadores de palabras, de si hubiera sido más conveniente que volara, o si es útil que haya caído de nuevo en vuestras redes. No temo que nos invada el tedio al buscar vuelos, lo cual no ocurrió al explorar las profundidades; ni que alguien se duerma en nuestra discusión, cuando puede ser despertado por el canto de las aves. Pero, en verdad, quien ha permanecido despierto entre peces mudos, no dudo que no podrá sentir sueño entre aves canoras, cuando se le invita a vigilar con tal gracia. Y no se considere vil lo que pudo ser pasado por alto, siendo la tercera parte de las criaturas vivientes. No hay duda de que existen tres tipos de criaturas vivientes: las terrestres, las volátiles y las acuáticas. En efecto, así está escrito: Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes según su especie, y aves que vuelen sobre la tierra bajo el firmamento del cielo según su especie.

38. Somos llamados a regresar a lo anterior como viajeros olvidadizos, que al haber pasado sin pensar, al volver sobre sus pasos, aceptan la penalidad de su descuido con el esfuerzo repetido del viaje. Sin embargo, también hay un buen viajero, que compensa la pérdida del retroceso con la rapidez ventajosa del resto del camino, como creo que debo hacer; especialmente cuando se trata de aves, que suelen deslumbrar los ojos de los hombres con su vuelo apresurado. ¿Por qué detenerse en aquello en lo que la rapidez suele agradar? Por lo tanto, nuestro discurso, en este tipo de escritura inusual y poco común, resuene y reverbere con las aves canoras.

39. Pero, ¿de dónde me vienen los cantos de los cisnes, que incluso bajo el grave terror de la muerte inminente deleitan? ¿De dónde me vienen esos naturales acordes de la canción, con los que incluso los pantanos sonoros emiten la dulzura de los cantos más dulces? ¿De dónde me viene la voz del loro y la dulzura de los mirlos? ¡Ojalá al menos cantara el ruiseñor, que despierta al durmiente de su sueño! Pues esa ave suele señalar el surgimiento del día naciente y traer una alegría más abundante al amanecer. Sin embargo, si falta esa dulzura, están las tórtolas que gimen y las palomas roncadas, y también la corneja que con su plena voz llama a la lluvia. Así que sigamos el aviario rural con el lenguaje que podemos, con el conocimiento que nos han enseñado los campesinos.

CAPÍTULO XIII.

El texto comienza hablando de las aves acuáticas, primero discurrendo sobre el alción, y exponiendo cuán grande es la divina bondad hacia esa ave, nos exhorta a esperar la ayuda de Dios. Habla sobre las aves que presagian lluvias o vientos; y sobre la fiel custodia de los gansos.

40. Y dado que hemos hablado de los reptiles acuáticos, es difícil que nuestro discurso ascienda de repente a las aves del cielo. Por eso, hablemos primero de aquellas aves que se encuentran cerca de las aguas del mar y de los ríos, con las cuales podemos emerger. Así pues, comencemos nuestro discurso con el alción. Es un ave marina que suele poner sus crías en las costas, de manera que deposita sus huevos en la arena casi a mitad del invierno. Pues tiene destinado ese tiempo para incubar sus crías, cuando el mar se levanta con más fuerza y las olas golpean con mayor intensidad las costas, para que resplandezca más la gracia de esta ave con la solemnidad de una repentina calma. Porque cuando el mar ha estado agitado, al poner los huevos, de repente se calma, y cesan todas las tormentas de los vientos, y los soplos de las brisas se aquietan, y el mar permanece en calma sin vientos, hasta que el alción incuba sus huevos. Son siete días de incubación, al cabo de los cuales saca a los polluelos y completa

su cría: inmediatamente añade otros siete días, durante los cuales alimenta a sus crías, hasta que comienzan a crecer. Y no te sorprendas por tan breve tiempo de alimentación, ya que la culminación de la cría se da en tan pocos días. Esta pequeña ave tiene una gracia tan grande concedida divinamente, que los marineros observan estos catorce días de serenidad anticipada, a los que llaman días de alción, durante los cuales no temen ningún movimiento de tempestad tormentosa.

41. ¿No valéis vosotros más que muchos pajarillos? (Luc. XII, 7), dice el Señor. Si, por tanto, a través de la contemplación de un ave tan pequeña el mar se levanta y de repente se calma, y las duras tempestades del invierno entre violentas tormentas y vientos despejan las nubes del cielo, y una tranquilidad repentina se infunde en todos los elementos, ¿cuánto más deberías tú, oh hombre, hecho a imagen de Dios, reconocer lo que puedes esperar; si, sin embargo, imitas la fe de esta pequeña ave con un fervor devoto? Ella, al ver que se levantan las tempestades y los vientos se enfurecen, no se detiene ni se desvía en medio de las feroces tormentas invernales, sino que es impulsada. Finalmente, deposita sus huevos en la orilla, donde la arena aún húmeda por el retroceso de las olas los recibe: y no teme las olas que ve murmurar y acercarse.

42. Y no pienses que parece tener desprecio por los huevos; inmediatamente después de haber puesto los huevos, anida y los incuba con su propio cuerpo, y no teme por su seguridad ante la inundación de la orilla: sino que, confiada en la gracia de Dios, se entrega a los vientos y a las olas. Esto no es todo. Añade otros tantos días para nutrirlos: y no teme que durante tantos días se interrumpa la tranquilidad del mar traicionero, y pone a prueba su mérito ya establecido por la naturaleza con solemnidad. Ella no esconde ni encierra a sus tiernos críos en escondrijos o refugios, ni los encierra en cavernas, sino que los confía al suelo desnudo y frío; no los defiende del frío, sino que, al despreciar más las demás cosas, considera que estarán más seguros con el calor divino. ¿Quién de nosotros no cubre a sus pequeños con ropas, no los esconde en refugios? ¿Quién no los encierra en los recintos de las habitaciones? ¿Quién no obstruye diligentemente las ventanas por todos lados para que no pueda penetrar ni siquiera una ligera brisa? Con razón, a quienes vestimos y cuidamos con tanto esmero, los despojamos del manto de la clemencia celestial: pero el alción, a quienes arroja desnudos, los viste con el ropaje divino.

43. Tampoco os olvidaré, cormoranes, a quienes este nombre os ha sido dado por vuestra constante inmersión; cómo, a menudo sumergiéndoos, recogéis señales de los vientos, y previendo la futura tempestad, rápidamente voláis de regreso desde el medio del mar, y con clamor os dirigís a los seguros litorales. Cómo también, fochas, que os deleitáis en las profundidades marítimas, huyendo de la conmoción del mar que habéis sentido, jugáis en los bajíos. La misma garza, que suele habitar en los pantanos, abandona sus conocidas moradas, y temiendo las lluvias, vuela por encima de las nubes; para que no pueda sentir las tormentas de las nubes. Consideremos las diversas aves del mar, cómo, ante el inminente movimiento de los vientos, se dirigen a estanques más seguros y en ese momento más dulces para ellas, y en el escondido seno de la tierra buscan los alimentos que conocen.

44. ¿Quién no admiraría las vigilias nocturnas de los gansos, que con la constancia de su canto dan testimonio de su vigilancia? De hecho, incluso salvaron el Capitolio Romano del enemigo galo. Con razón les debes, Roma, el hecho de que reinas. Tus dioses dormían, y los gansos vigilaban. Por eso, en esos días sacrificas al ganso, no a Júpiter. Pues tus dioses ceden ante los gansos, sabiendo que fueron defendidos por ellos, para no ser capturados por el enemigo.

CAPÍTULO XIV.

Las aves con los peces están unidas por una múltiple relación; sin embargo, ninguna carece de la función de los pies. Sobre los diversos géneros y diferencias de las distintas aves.

45. Bellamente, después de la descripción de los peces, el discurso continuó sobre aquellas aves que están acostumbradas a las aguas, ya que ellas también disfrutaban de la natación y de su función. De ahí que la primera afinidad parezca ser entre estas aves y los peces, puesto que el hábito de nadar parece ser una característica común a ambos géneros. También hay una segunda afinidad entre todas las aves y los peces; ya que el uso de volar es una especie de natación. Así como el pez corta el agua nadando, el ave corta el aire con su rápido vuelo. Y a ambos géneros les sirve de igual manera la cola y el remo de las alas; de modo que los peces se elevan hacia adelante con sus aletas y avanzan hacia lo más lejano, también con el timón de la cola se giran fácilmente hacia donde desean, o dirigen su camino con cierto ímpetu en dirección opuesta. Las aves también nadan en el aire con sus vuelos como si fuera agua, y extienden sus alas como si fueran brazos, y con la cola se elevan hacia arriba o se sumergen hacia abajo. Por lo tanto, dado que en algunos aspectos el uso y la forma son los mismos, la creación de ambos géneros a partir de las aguas procede por mandato divino. Pues Dios dijo: Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes según su especie: y aves sobre la tierra bajo el firmamento del cielo según su especie. No sin razón, entonces, ya que ambos géneros son producidos a partir de las aguas, la propiedad de nadar les es común.

46. En efecto, así como la serpiente resbaladiza y todos los reptiles (pues a la serpiente se le ha dado este nombre porque no pueden caminar, sino reptar), también los dragones de manera similar a la mayoría de los peces carecen de pies; ningún tipo de ave carece de la función de los pies, ya que todas obtienen su alimento de la tierra; y por eso se apoyan en el servicio de los pies, porque necesitan de este tipo de ayuda para buscar su comida. Así, algunas aves están armadas con garras para el saqueo, como los halcones y las águilas que practican la caza de presas: otras utilizan un servicio y uso adecuado ya sea para caminar o para prepararse su alimento.

47. Un solo nombre para las aves, pero diferentes géneros; ¿quién podría abarcar con la memoria o el conocimiento? Hay, por tanto, aves que se alimentan de carne. Por eso tienen garras ásperas, pico curvado y afilado, vuelo veloz; ya que viven del rapto; para que puedan fácilmente capturar la presa que persiguen, rápidamente destriparla con el pico o las garras. También hay aves que se alimentan de semillas encontradas: otras de alimento diverso y fortuito. Existe también una diversidad en las uniones, de las cuales carecen aquellas que se dedican a los saqueos. Pues debido a la avaricia de saquear, o por las emboscadas al acechar, ni siquiera entre ellas mismas se llevan bien; y por eso evitan su unión. En efecto, la avaricia rehúye la compañía de muchos. Además, la unión de muchos fácilmente se delataría a sí misma. Por lo tanto, para estas aves no hay nada de copulativo aparte del vínculo conyugal. Así es la vida de las águilas y los halcones. En cambio, las palomas, grullas, estorninos, cuervos y cornejas, incluso los zorzales, disfrutaban de la conexión con muchos.

48. También hay otros tipos de aves locales que permanecen siempre en los mismos lugares: otras son migratorias y viajan a otras regiones, y al terminar el invierno regresan: hay otras que vuelven en invierno y en verano migran lejos de nosotros; ya sea porque algunas en invierno se dirigen a lugares más cálidos; o porque muchas pasan el verano en aquellos lugares que conocen como más agradables. Los zorzales, al final del otoño, al borde del

invierno, regresan como si el verano hubiera terminado. Contra ellos, con inhospitalaria crueldad, preparamos trampas, y de diversas maneras intentamos engañarlos con lugares traicioneros, atraparlos con liga o capturarlos con lazos. El regreso de las cigüeñas levanta el estandarte de la primavera. Las grullas, porque buscan las alturas, aman frecuentemente migrar.

49. Algunas aves se someten a la mano y se acostumbran a la mesa del amo, y se dejan acariciar: otras temen: algunas se deleitan en las mismas moradas que los hombres: otras prefieren una vida secreta en lugares desiertos, compensando la dificultad de procurarse alimento con el amor a la libertad. Algunas solo hacen ruido con sus voces: otras deleitan con un canto melodioso y suave. Algunas hablan con diferentes voces por naturaleza, otras por enseñanza; de modo que podrías pensar que ha hablado un hombre, cuando en realidad ha hablado un ave. ¡Qué dulce es la voz de los mirlos, qué clara la del loro! También hay otras simples, como las palomas: otras astutas, como las perdices: el gallo es más jactancioso, el pavo más hermoso. También hay diversidades de vida y de obras en las aves; de modo que algunas aman aconsejar en común, y con fuerzas unidas cuidan como de una especie de república, y viven como bajo un rey: otras, cada una se preocupa por sí misma, rechazan el dominio, y, si son capturadas, desean salir de un servicio indigno.

CAPÍTULO XV.

De las grullas, y de su vigilancia en las guardias, así como del orden que mantienen al volar. Y en esta ocasión sobre el estado de la antigua república, y las causas de la negligencia humana.

50. Comencemos, pues, con aquellos que nos han ofrecido su ejemplo para nuestra utilidad. En ellos hay una especie de orden y disciplina natural, mientras que en nosotros es forzada y servil. ¡Qué uso voluntario y no impuesto ejercen las grullas en la noche con su vigilancia diligente! Puedes ver a los centinelas dispuestos: mientras los demás compañeros descansan, algunas rondan y exploran, para que no se tiendan emboscadas desde ninguna parte, y ofrecen toda la protección con su vigor diligente. Después, cuando se ha cumplido el tiempo de la vigilancia, la que ha cumplido con su deber se dispone a dormir, emitiendo un sonido previo para despertar a la que está dormida, a quien le va a entregar el turno de la tarea. Y esta última acepta voluntariamente su suerte, y no como en nuestro caso, donde se renuncia al sueño con desgana y pereza: sino que se levanta diligente de su lecho, cumple con su turno, y devuelve el favor recibido con igual cuidado y dedicación. Por eso no hay deserción, porque la devoción es natural: por eso la custodia es segura, porque la voluntad es libre.

51. Este orden también lo mantienen las aves al volar, y con esta moderación alivian todo el trabajo; de modo que se turnan en el deber de guiar. Una precede a las demás en el tiempo que se le ha asignado, y avanza como si fuera delante de las enseñas: luego se vuelve y cede el turno de guiar al siguiente. ¿Qué hay más hermoso que esto, que el trabajo y el honor sean comunes a todos, y que el poder no sea arrogado por unos pocos, sino que se transfiera a todos por una especie de suerte voluntaria?

52. Este antiguo deber de la república es semejante al de una ciudad libre. Así, desde el principio, los hombres comenzaron a practicar la política recibida de la naturaleza, siguiendo el ejemplo de las aves; de modo que el trabajo fuera común, la dignidad común, aprendieran a compartir las responsabilidades por turnos, a dividir las obediencias y los mandatos, que nadie estuviera excluido del honor, ni exento del trabajo. Este era el estado más hermoso de

las cosas, y nadie se ensoberbecía con el poder perpetuo, ni se quebrantaba por un servicio prolongado; porque la promoción se otorgaba sin envidia, con el orden del deber y la moderación del tiempo; y la vigilancia que recaía en la suerte común parecía más tolerable. Nadie se atrevía a oprimir a otro con el servicio, ya que los fastidios mutuos debían ser asumidos por quien sucedería en el honor: ningún trabajo era pesado, que la dignidad futura aliviaría. Pero después de que la pasión por dominar comenzó a reclamar poderes indebidos y a no querer renunciar a los obtenidos; después de que el servicio militar dejó de ser un derecho común y se convirtió en servidumbre; después de que no se estableció un orden para asumir el poder, sino un afán por reclamarlo, también la función del trabajo comenzó a soportarse con más dureza; y lo que no es voluntario, pronto cede lugar a la negligencia. ¡Con cuánta desgana los hombres asumen las tareas de vigilancia, con cuánta dificultad cada uno en el campamento vela por el peligro que le ha tocado, que se le encomienda proteger por orden real! Se impone la pena por negligencia; y, sin embargo, a menudo se infiltra la incuria, no se mantienen las guardias. Pues la necesidad que impone la obediencia al que no quiere, frecuentemente trae fastidio. Porque no hay nada tan fácil que no tenga dificultad cuando se hace de mala gana. Así, el trabajo continuo desvía el afecto, y el poder continuo y prolongado engendra insolencia. ¿A quién encontrarás entre los hombres que deposite voluntariamente el poder, que ceda el emblema de su liderazgo, y que de buen grado pase de ser el primero a ser el último? Sin embargo, no solo competimos por ser el primero, sino también por estar en el medio, y reclamamos los primeros lugares en el banquete: y si una vez se nos ha otorgado, queremos que sea perpetuo. Por eso, entre las grullas hay equidad en los trabajos, humildad en los poderes. Se les recuerda que deben ejercer turnos de vigilancia, no se les recuerda que deben renunciar al poder; porque allí se debe interrumpir el descanso natural del sueño, aquí se debe prestar por la gracia de la diligencia voluntaria.

CAPÍTULO XVI.

Cómo las cigüeñas emprenden su viaje, y cómo son guiadas y defendidas por los cuervos. Se alaba la hospitalidad de estos cuervos, y se reprende la negligencia humana. Finalmente, a la piedad de las cigüeñas hacia sus padres se opone nuestra impiedad.

53. Se dice que las cigüeñas parten en formación cuando deciden que deben dirigirse a algún lugar, y que llegan a muchos lugares del Oriente al mismo tiempo, moviéndose todas juntas como si siguieran una consigna militar. Podrías pensar que es un ejército avanzando con sus estandartes, pues todas mantienen el orden de viajar, acompañar y guiar. Las cornejas las conducen y dirigen, y las escoltan como si fueran tropas de escolta, hasta el punto de que se cree que ofrecen cierta ayuda a las cigüeñas en sus batallas contra aves enemigas, asumiendo peligros ajenos como propios. La evidencia de esto es que no se encuentran en esos lugares durante algún tiempo, y que cuando regresan con heridas, hablan claramente con la voz de su sangre y otros signos de que han enfrentado combates serios. ¿Quién, entonces, les ha impuesto el castigo por desertión? ¿Quién ha prescrito los temidos castigos por abandonar el servicio militar, de modo que ninguna intenta retirarse de las tropas hospitalarias que escoltan, sino que todas compiten por cumplir con el deber y la función de escolta?

54. Aprendan los hombres a guardar las leyes de la hospitalidad, y que de las aves conozcan qué respeto se debe ofrecer a los huéspedes, qué atenciones se deben asignar, a las cuales incluso las cornejas no suelen negar sus propios peligros. A estos, por tanto, cerramos nuestras puertas, a quienes incluso las aves ofrecen sus vidas; y a quienes ellas acompañan en el riesgo, a esos les negamos el refugio del techo; y a quienes ellas defienden en la guerra, a esos frecuentemente les declaramos la guerra. Miento, si esta no fue la causa del castigo de

los sodomitas: o el furor egipcio, al intentar llevar la guerra al pueblo huésped, pagó las penas de la inhospitalidad con el naufragio de su infiel pueblo.

55. Cuán verdaderamente la clemencia de esta ave no excede la piedad y prudencia de los seres racionales, es algo que debemos considerar, ya que ninguno de nosotros ha podido imitarla, ni siquiera después del ejemplo de los irracionales. Pues la descendencia rodea con sus propias plumas el cuerpo del padre fallecido, despojado por la larga vejez del abrigo de sus plumas y del vuelo de sus alas. Y qué decir, lo alimenta con comida compartida, cuando incluso repara las pérdidas de la naturaleza, de modo que, levantando al anciano con el apoyo de sus alas, lo ejercitan para volar, y devuelven a los miembros del piadoso padre, ya desacostumbrados, a sus usos anteriores. ¿Quién de nosotros no se fastidia al levantar a un padre enfermo? ¿Quién coloca al anciano cansado sobre sus hombros, algo que en la misma historia se considera apenas creíble? ¿Quién, para ser piadoso, no encomienda este servicio a los sirvientes? Pero para las aves no es pesado lo que está lleno de piedad: no es oneroso lo que se paga como deuda de la naturaleza. Las aves no rehúsan alimentar al padre, algo que muchos hombres han rechazado incluso bajo la necesidad prescrita y el temor de las penas. A las aves las obliga una ley no escrita, sino innata. Las aves no se reúnen para este deber por ningún mandato, sino por los oficios de la gracia natural. Las aves no se avergüenzan de llevar los miembros del venerable anciano; pues es un transporte de piedad, que ha llegado a ser tan conocido por frecuente testimonio, que ha encontrado la recompensa adecuada de retribución. Pues en el uso de los romanos, el ave piadosa es llamada así. Y lo que apenas se dice que fue otorgado a un solo emperador por consejo del senado, estas aves lo han merecido en común. Por lo tanto, estas aves tienen los decretos de los padres como emblema de su propia clemencia. Pues era necesario que los hijos piadosos fueran primero proclamados por el juicio de los padres. También tienen el sufragio de todos; pues la retribución de los beneficios se llama ἀντιπελάργησις; πέλαργος significa cigüeña. Así, la virtud ha tomado su nombre de ellas, ya que la relación de gratitud se denomina con el término de cigüeña.

CAPÍTULO XVII.

De la diligencia, industria y piedad de la golondrina hacia sus hijos. De su pobreza, por la cual se demuestra la impaciencia, maldad y desesperación del hombre en la indigencia.

56. Tenemos un ejemplo de piedad filial hacia los cultos patrios en la descendencia de las aves: ahora recibamos un gran testimonio de la diligencia materna hacia los hijos. La golondrina, pequeña de cuerpo pero sublime en afecto piadoso, que, necesitada de todas las cosas, construye nidos más valiosos que el oro; porque nidifica sabiamente. En efecto, el nido de la sabiduría es más valioso que el oro. ¿Qué puede ser más sabio que asegurar tanto la libertad de volar como encomendar a sus pequeños a las moradas humanas y al techo, donde ninguna amenaza los acecha? Pues también es hermoso que desde el primer nacimiento acostumbre a sus crías al uso y convivencia humana, y las proteja de las insidias de las aves enemigas. Además, es admirable cómo, sin ayuda alguna, construye sus hogares como si fuera experta en el arte. Recoge las pajas con el pico y las recubre con barro para poder pegarlas. Pero como no puede llevar el barro con los pies, moja las puntas de sus plumas en agua para que el polvo se adhiera fácilmente y se convierta en lodo, con el cual poco a poco recoge pajas o pequeñas ramitas y las hace adherirse: de esta manera construye toda la estructura del nido; de modo que sus crías se muevan dentro de su hogar sin tropiezos, como si estuvieran en el suelo de un pavimento, y nadie pueda introducir el pie por las rendijas de las texturas, ni el frío se cuele en sus delicados cuerpos.

57. Pero esta tarea de diligencia es casi común a muchas aves: sin embargo, aquello es singular, en lo que se encuentra un cuidado notable de piedad, y un signo de inteligencia prudente y conocimiento, así como cierta habilidad en el arte de la medicina; porque si alguno de sus polluelos ha sido herido en los ojos por ceguera o picado, tiene un cierto método de curación, con el cual puede restaurar su vista al uso interrumpido. Por lo tanto, que nadie se queje de la pobreza, porque ha dejado vacía de dinero su propia casa. Más pobre es la golondrina, que abunda en la diligencia del aire. Construye, pero no gasta: levanta techos, y no quita nada al prójimo; ni la indigencia ni la pobreza la obligan a dañar a otros: ni desespera en la grave debilidad de sus hijos. Pero nosotros, en cambio, somos afectados por la pobreza, y la necesidad de la escasez nos atormenta, y la indigencia obliga a muchos al delito, los empuja al crimen. También, por el afán de lucro, dirigimos nuestro ingenio hacia el fraude, adaptamos nuestro afecto, y en las pasiones más graves perdemos la esperanza, y con el ánimo quebrantado nos desmoronamos, yacemos imprudentes e inertes; cuando de la divina misericordia se debe esperar más, precisamente cuando los auxilios humanos han fallado.

CAPÍTULO XVIII.

El amor hacia los hijos debe ser aprendido por los hombres de los cuervos, y su impiedad debe ser condenada. Los halcones y las águilas no deben ser acusados de crueldad; pero la focha, que cría al polluelo de águila abandonado, debe ser encomiada.

58. Que los hombres aprendan a amar a sus hijos siguiendo el ejemplo y la piedad de los cuervos, que acompañan diligentemente a sus crías incluso cuando vuelan; y, preocupados de que los pequeños no desfallezcan, les proporcionan alimento, y durante mucho tiempo no abandonan sus deberes de crianza. Pero, en cambio, las mujeres de nuestra especie destetan rápidamente incluso a aquellos a quienes aman: o si son más ricas, se niegan a amamantar. Las más pobres abandonan a sus pequeños, los exponen y, si son descubiertas, los niegan. Incluso las ricas, para que su patrimonio no se divida entre muchos, matan a sus propios fetos en el útero, y con jugos parricidas extinguen en el mismo vientre las promesas de su vientre, y se les quita la vida antes de que se les entregue. ¿Quién, sino el hombre, enseñó a repudiar a los hijos? ¿Quién descubrió leyes paternas tan crueles? ¿Quién, entre las fraternales asociaciones de la naturaleza, hizo desiguales a los hermanos? Los hijos de un solo rico son sacrificados con distinta suerte. Uno se inunda con las asignaciones de toda la herencia paterna: otro lamenta la parte agotada y pobre de la rica herencia paterna. ¿Acaso la naturaleza dividió los méritos de los hijos? A todos les otorgó por igual lo necesario para tener sustancia para nacer y vivir. Que ella misma les enseñe a no discriminar en el patrimonio a aquellos a quienes igualaron con el título de hermanos. En efecto, a quienes les dieron en común el ser, no deben envidiarles que tengan en común aquello para lo que fueron destinados por la naturaleza.

59. Se dice que los halcones tienen una dureza inclemente hacia sus propios polluelos, ya que cuando los ven intentar sus primeros vuelos, los echan de sus nidos y los eliminan de inmediato; y si se demoran, los empujan con las alas y los precipitan, los golpean con las alas y los obligan a atreverse a lo que temen; y después no les brindan ningún alimento. Sin embargo, ¿qué maravilla que aquellos acostumbrados a arrebatarse desprecien nutrir? Consideremos que han sido creados para que incluso las aves sean ejercitadas por el temor a precaverse; para que no relajen sus cuidados por doquier, sino que prevean los peligros que deben evitar de los depredadores. Luego, dado que en ellos ha crecido naturalmente la tarea

de depredar, parecen más bien enseñar a sus crías desde tierna edad a la presa, que privarlas de los beneficios del alimento. Previenen que en su tierna edad se vuelvan perezosos, que se disuelvan en delicias, que se marchiten en el ocio, que aprendan a esperar el alimento más que a buscarlo, que abandonen el vigor de su naturaleza. Interrumpen el esfuerzo de nutrir; para que se vean obligados a atreverse en el uso de la captura.

También se utiliza mucho el término "águila" en el discurso, ya que se dice que rechaza a sus crías, pero no a ambas, sino a una de las dos crías. Algunos creen que esto ocurre por el fastidio de duplicar los alimentos. Sin embargo, no creo que esto sea fácil de creer, especialmente cuando Moisés dio tal testimonio de la piedad de esta ave hacia sus crías, diciendo: "Como el águila protege su nido y confía en sus crías y extiende sus alas; y los toma y los lleva sobre sus hombros. El Señor solo los guiaba" (Deut. XXXII, 11). ¿Cómo, entonces, extiende sus alas si mata a uno de ellos? Por lo tanto, creo que no se vuelve cruel por avaricia al alimentar, sino por un juicio de discernimiento. Siempre se dice que prueba a los que ha engendrado; para que la deformidad de una descendencia degenerada no descolore el cierto rango real de su especie entre todas las aves. Así, se afirma que expone a sus crías a los rayos del sol, y en medio del aire las suspende con sus garras; y si alguna mantiene la mirada firme e intrépida ante el reflejo de la luz del sol, se considera probada, ya que la constancia de su mirada sincera demuestra la verdad de su naturaleza: pero si sus ojos se desvían por el rayo del sol, se le rechaza como degenerada e indigna de tal padre; y no se considera digna de ser educada, quien fue indigna de ser aceptada. Por lo tanto, no la condena por la dureza de su naturaleza, sino por la integridad de su juicio; y no la rechaza como suya, sino que la rechaza como ajena.

61. Sin embargo, como parece a algunos, la clemencia del ave plebeya excusa la inclementia del ave real. Pues el ave que se llama fulica, que en griego se dice φηνή, acoge al polluelo de águila, ya sea rechazado o no reconocido, y lo une con su propia prole; y al mezclarlo con los suyos, lo alimenta y nutre con el mismo cuidado maternal y con igual provisión de alimento que a sus propios hijos. Así, φηνή nutre a los ajenos: nosotros, en cambio, arrojamos a los nuestros con cruel dureza. El águila, si lo rechaza, no lo hace como si fuera suyo, sino porque no lo reconoce como tal: nosotros, lo que es peor, rechazamos a aquellos que reconocemos como nuestros.

CAPUT XIX.

Se alaba a la tórtola por su viudez, y con este nombre se antepone incluso a las mujeres cristianas.

62. Pero vayamos a la tórtola, que la ley de Dios eligió como ofrenda de sacrificio casto (Levítico XII, 8). De hecho, cuando el Señor fue circuncidado, fue ofrecida; porque está escrito en la ley del Señor, que se debía ofrecer un par de tórtolas o dos pichones de paloma (Lucas II, 24). Este es el verdadero sacrificio de Cristo: la castidad corporal y la gracia espiritual. La castidad se refiere a la tórtola, y la gracia a la paloma. Se dice que la tórtola, cuando ha quedado viuda por la pérdida de su pareja, rechaza el lecho nupcial y el nombre de matrimonio; porque su primer amor la engañó con la muerte de su amado, ya que fue infiel a la perpetuidad y amargo al generar más dolor por la muerte que dulzura por el amor. Por lo tanto, se niega a repetir la unión, ni rompe las leyes del pudor ni los lazos del esposo complacido, reservando su amor solo para él, guardando para él el nombre de esposa. Aprended, mujeres, cuán grande es la gracia de la viudez, que incluso en las aves es proclamada.

63. ¿Quién, pues, dio estas leyes a la tórtola? Si busco a un hombre, no lo encuentro. Ningún hombre se atrevió, ya que ni siquiera Pablo se atrevió a prescribir leyes para mantener la viudez. De hecho, él mismo dice: Quiero, pues, que las más jóvenes se casen, tengan hijos, sean amas de casa, no den ocasión al adversario (I Tim. V, 14). Y en otro lugar: Bueno les es si permanecen así; pero si no pueden contenerse, cásense. Mejor es casarse que arder (I Cor. VII, 8). Pablo desea en las mujeres lo que en las tórtolas persevera. Y en otro lugar exhorta a las más jóvenes a que se casen; porque nuestras mujeres apenas pueden cumplir con la castidad de las tórtolas. Por lo tanto, Dios infundió este afecto en las tórtolas, les dio esta virtud de continencia, Él que solo puede prescribir lo que todos deben seguir. La tórtola no se quema con el florecer de la juventud, no es tentada por el señuelo de la ocasión: la tórtola no sabe hacer nula la primera fe; porque sabe guardar la castidad prometida en la primera suerte del matrimonio.

CAPÍTULO XX.

Los buitres, que se dice que engendran sin unión con el macho, afirman la posibilidad de un parto virginal.

64. Hemos hablado sobre la viudez de las aves, y que esta virtud surgió primero entre ellas: ahora hablemos de la integridad, que se afirma que existe en muchas aves, de tal manera que incluso puede observarse en los buitres. Se dice que los buitres no se entregan al concúbito, ni se mezclan por el uso conyugal y la unión nupcial, y así conciben sin la semilla de los machos y generan sin unión, y sus crías avanzan en una larga vida con longevidad; de modo que la serie de sus vidas se extiende hasta cien años, y no es fácil que un fin de corta duración los alcance.

65. ¿Qué dicen aquellos que suelen burlarse de nuestros misterios cuando oyen que una virgen dio a luz, y consideran imposible el parto de una doncella cuyo pudor no ha sido mancillado por la costumbre de un hombre? ¿Se considera imposible en la Madre de Dios lo que no se niega posible en los buitres? Un ave da a luz sin macho, y nadie lo refuta; y porque María, desposada con un hombre, dio a luz siendo virgen, cuestionan su pudor. ¿Acaso no advertimos que el Señor ha anticipado muchos ejemplos en la misma naturaleza para demostrar la belleza de la encarnación asumida y afirmar su verdad?

106 CAPÍTULO XXI.

De las aves bajo cierta forma de república establecidas. Donde principalmente se trata de las abejas, y de su naturaleza maravillosa en la generación de la prole, en la institución del rey y la fidelidad hacia él, en la construcción de los panales, la recolección de miel, así como de su utilidad, etc.

66. Ahora bien, explicaré qué aves parecen cuidar de una especie de república y vivir esta vida bajo leyes. Pues aquí el uso de la república es que las leyes sean comunes para todos y que se observen con devoción común. Todos están unidos por un solo vínculo: que no haya un derecho para uno que otro entienda que no le está permitido; sino que lo que es lícito, sea lícito para todos; y lo que no es lícito, no lo sea para nadie. También hay un respeto común hacia los padres, cuyo consejo gobierna la república, una residencia común para todos en la ciudad, un deber común de convivencia, una prescripción única para todos, un solo consejo.

67. Grandes son estas cosas, pero cuánto más sobresalientes en las abejas, que son las únicas en todo el reino animal que tienen una descendencia común para todos, todas habitan en una sola morada, están encerradas bajo el umbral de una sola patria, el trabajo es común para todas, común es el alimento, común es la operación, común es el uso y el fruto, común es el vuelo. ¿Qué más? Común es la generación para todas, también la integridad del cuerpo virginal es común para todas y el parto; ya que no se mezclan entre sí con ningún concúbito, ni se disuelven en lujuria, ni el parto las sacude con dolores, y de repente emiten un gran enjambre de hijos, recogiendo con su boca la prole de las hojas y hierbas.

68. Ellas mismas se eligen un rey, ellas mismas crean sus pueblos; y aunque están bajo un rey, son sin embargo libres. Pues tienen la prerrogativa del juicio y el afecto de la devoción fiel; porque aman al que han designado por sí mismas y lo honran con tan alto juicio. Sin embargo, el rey no es elegido por sorteo; porque en el sorteo hay azar, no juicio, y a menudo por el irracional azar del sorteo, el último es preferido a los mejores: tampoco es señalado por el clamor vulgar de la multitud inexperta, que no evalúa los méritos de la virtud, ni examina los beneficios de la utilidad pública, sino que vacila con la incertidumbre de la inconstancia: ni se sienta en los tronos reales por privilegio de sucesión y linaje; ya que, ignorante de la vida pública, no puede ser cauteloso ni erudito. Añade las adulaciones y delicias, que, inculcadas en edades tiernas, suelen debilitar incluso el ingenio más agudo; luego las instituciones de los eunucos, muchos de los cuales inclinan el ánimo del rey más a su propio beneficio que al uso público. Sin embargo, el rey de las abejas es formado con claros distintivos de la naturaleza; para que sobresalga en tamaño del cuerpo y en apariencia; y lo que es principal en un rey, en la mansedumbre de sus costumbres. Pues aunque tiene aguijón, no lo usa para vengarse. Existen, en efecto, leyes de la naturaleza no escritas en letras, sino impresas en las costumbres; para que sean más suaves al castigar aquellos que poseen el máximo poder. Pero también aquellas abejas que no obedecen las leyes del rey se castigan a sí mismas con una condena penitente; de modo que mueren por la herida de su propio aguijón. Se dice que los pueblos persas aún hoy mantienen esto: que por el precio de lo cometido, ellos mismos ejecutan en sí la sentencia de su propia muerte. Así que nadie observa al rey con tanta reverencia devocional como las abejas, ni los persas, que tienen las leyes más severas para sus súbditos, ni los indios, ni los pueblos de los sármatas; de modo que ninguna osa salir de las colmenas, ni aventurarse a pastos, a menos que el rey haya salido primero y se haya adjudicado el liderazgo del vuelo.

69. El proceso se lleva a cabo por los campos fragantes, donde los jardines exhalan flores, donde un arroyo serpentea entre la hierba, donde las riberas son agradables: allí el juego vivaz de la juventud, allí el ejercicio campestre, allí el alivio de las preocupaciones. La obra misma es placentera, de flores, de hierbas dulces se colocan los primeros cimientos de los campamentos. ¿Qué otra cosa es el panal, sino una especie de campamento? De hecho, de estos panales de abejas se mantiene alejado el zángano. ¿Qué campamentos cuadrados pueden tener tanto arte y gracia como las celdas de los panales, en las que las pequeñas y redondas celdas se sostienen mutuamente con su conexión? ¿Qué arquitecto les enseñó a componer esas celdas hexagonales con la igualdad indiscriminada de sus lados, a suspender las finas ceras entre los compartimentos de las casas, a almacenar miel, y a expandir los graneros entretejidos con flores con un cierto néctar? Se puede ver a todos competir en su tarea, unos vigilando para buscar alimento, otros aplicando una custodia diligente a los campamentos, otros explorando las futuras lluvias y observando la reunión de nubes, otros moldeando ceras de las flores, otros recogiendo con la boca el rocío infundido en las flores; sin embargo, ninguno acecha el trabajo ajeno, ni busca vivir del robo: y ojalá no temieran las insidias de los ladrones. Sin embargo, tienen sus aguijones, y entre la miel vierten veneno si

son provocadas, y entregan sus vidas en la herida con el ardor de la venganza. Así, en los valles de los campamentos, se infunde esa humedad del rocío, y poco a poco, con el paso del tiempo, se convierte en miel, aunque al principio era líquida, y con la cohesión de la cera y el aroma de las flores, la dulzura de la miel comienza a fraguar.

70. Con razón, la Escritura alaba a la abeja como una buena trabajadora, diciendo: Ve a la abeja y observa cómo trabaja. También, qué obra tan venerable realiza, cuyo fruto es consumido para la salvación por reyes y personas comunes. Es deseada por todos y es clara (Prov., VI, 8). ¿Escuchas lo que dice el profeta? Sin duda, te envía a seguir el ejemplo de esa abeja, a imitar su labor. Ves cuán laboriosa y cuán grata es. Su fruto es deseado y buscado por todos, y no se distingue por la diversidad de personas: sino que su gracia indiscriminada endulza con igual suavidad a reyes y a personas comunes. No solo es para el placer, sino también para la salud: endulza la garganta y cura las heridas, e incluso infunde medicina en las úlceras internas. Así, aunque la abeja es débil en fuerza, es fuerte en el vigor de la sabiduría y en el amor a la virtud.

71. Finalmente, defienden a su rey con la máxima protección, y consideran hermoso morir por él. Mientras el rey está a salvo, no saben cambiar de juicio ni inclinar su mente; pero, una vez perdido, abandonan el deber de guardar la fidelidad, y ellas mismas saquean su propia miel; porque aquel que tenía el principado del deber ha sido asesinado.

72. Así pues, mientras que otras aves apenas producen una sola cría al año, las abejas generan dos, y superan a las demás con una fecundidad doble.

CAPÍTULO XXII.

Las aves, ¿por qué se dice que vuelan sobre la tierra junto al firmamento del cielo? Y allí mismo se observa en las aves la diversidad de sus cuerpos. Finalmente, se añaden algunas observaciones sobre el cisne y la cigarra.

73. Consideremos ahora qué significa lo que dice: "Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes según su especie, y aves que vuelen sobre la tierra según su especie junto al firmamento del cielo". Es claro por qué dice "sobre la tierra"; porque buscan su alimento en la tierra. Pero, ¿cómo es "junto al firmamento del cielo", cuando las águilas vuelan más alto que otras aves, y sin embargo, no lo hacen junto al firmamento del cielo? Pero como en griego se dice οὐρανός, lo que en latín llamamos cielo: οὐρανός proviene de ὀρᾶσθαι, es decir, de ver, por lo que el aire es transparente y más puro para ver, se refiere a los seres que vuelan en el aire. Y que no nos perturbe que diga "junto al firmamento del cielo", no se refiere aquí propiamente al firmamento, sino de manera figurada; porque en comparación con aquel cuerpo etéreo, este aire que podemos ver con nuestros ojos, por ser más denso y espeso, tiene la función de un firmamento.

74. Ahora que hemos hablado de las aves, de qué naturaleza tienen y qué gracia, y eso poco de muchas; pues no es posible describirlas todas, ya que son similares y del mismo género; sin embargo, consideremos la diversidad que las aves tienen entre sí. Encontramos que los pies del cuervo están separados y divididos como si tuvieran ciertos dedos distantes, también los pies de los cuervos y los polluelos están formados de manera diferente por la naturaleza; vemos que las aves que se alimentan de carne tienen los pies casi curvados y sinuosos, y como preparados para la presa. Aquellas que tienen el uso y la costumbre de nadar, tienen los pies anchos, y con una cierta membrana tienen los dedos de los pies unidos y conectados. En

esto se manifiesta la admirable razón de la naturaleza; para que aquellas sean engañadas en el uso adecuado para el llamado o para capturar alimento, y estas tengan ayudas adecuadas para nadar, para que puedan flotar mejor en las aguas, y como si fueran ciertos remos, así con sus pies más anchos por la extensión de esa membrana, impulsen las corrientes de agua.

75. También es evidente por qué el cisne utiliza un cuello más largo; ya que es un poco más lento de cuerpo y no puede fácilmente penetrar en las profundidades de las aguas, extiende su cuello hacia la presa, que como si fuera la guía del resto del cuerpo, arrebatara el alimento que encuentra y lo extrae de lo profundo. Añade además que el tono más suave y melodioso se distingue a través de los cuellos largos y, con un ejercicio más prolongado, resuena mucho más puro.

76. ¡Qué dulce es incluso en el pequeño canto de las cigarras, cuya melodía rompe los arbustos en pleno calor del mediodía, ya que son más sonoras en los calores meridianos, porque en ese momento atraen un aire más puro con su aliento, y así sus cantos resuenan más claros! Ni siquiera las abejas cantan algo desagradable; tienen una dulzura agradable en ese murmullo áspero de su voz, que nosotros parecemos imitar primero con el sonido roto de las trompetas, cuyo estruendo se considera lo más adecuado para excitar los ánimos al vigor. Y esta gracia les permanece, aunque se dice que no tienen pulmón ni la función y uso de respirar, sino que se alimentan de un aliento aéreo. Finalmente, si alguien les vierte aceite, mueren rápidamente, porque al obstruirse los poros no pueden absorber ese aliento aéreo: y de inmediato, si alguien les vierte vinagre, reviven al instante, porque la fuerza del vinagre rápidamente se lleva a abrir esos poros que se obstruyen con la concreción del aceite.

CAPÍTULO XXIII.

Del gusano índico, el camaleón, la liebre y el fénix; por los cuales somos instruidos sobre la fe en la resurrección y la preparación para la muerte. Sobre la presciencia de los buitres; y el ministerio de la langosta para ejecutar la venganza divina, que sin embargo es devorada por el ave seleucia.

77. Y ya que hablamos de las aves, no consideramos inapropiado incluir lo que la historia relata sobre el gusano de la India, o lo que han podido observar aquellos que lo han visto. Se dice que este gusano con cuernos se transforma primero en una especie de tallo, y cambia a esa naturaleza; luego, en un cierto proceso, se convierte en un bombylius; sin embargo, no conserva esa forma y figura, sino que parece asumir alas con hojas sueltas y más anchas. De estas hojas, los Seres extraen las suaves lanas que los ricos han reclamado para sus propios usos. Por eso el Señor dice: "¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿A un hombre vestido con ropas delicadas? He aquí, los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes" (Mateo 11, 8). También se dice que el camaleón finge diversas apariencias con su variado color. Ciertamente, los conejos, como hemos podido observar fácilmente de cerca, se vuelven blancos en invierno y regresan a su color original en verano, sin duda alguna.

78. He mencionado esto para que estos ejemplos también nos impulsen a la fe en la transformación que ocurrirá en la futura resurrección: pero de tal manera que hablemos de aquella transformación que el Apóstol expresó claramente diciendo: Todos ciertamente resucitaremos, pero no todos seremos transformados (I Cor. XV, 51). Y más adelante dice: Y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad

(Ibid., 52). Pues muchos, al interpretar el tipo de transformación y las formas que no habían recibido, no se libraron de la indebida usurpación de una presunción inapropiada.

79. También se dice que el ave Fénix habita en las regiones de Arabia, y que vive hasta quinientos años con una longevidad extraordinaria. Cuando percibe que su fin se acerca, se construye una urna de incienso, mirra y otros aromas, en la cual, al completar su tiempo de vida, entra y muere. De la sustancia de su carne surge un gusano, que poco a poco crece, y con el transcurso del tiempo establecido, adquiere las alas y se transforma en la apariencia y forma del ave anterior. Que este ave nos enseñe, por su ejemplo, a creer en la resurrección, ya que sin ejemplo y sin la percepción de la razón, ella misma renueva los signos de la resurrección. Y ciertamente, las aves existen por causa del hombre, no el hombre por causa de las aves. Sea, pues, un ejemplo para nosotros, porque el autor y creador de las aves no permite que sus santos perezcan para siempre, así como no permitió que un ave única pereciera, sino que quiso que resurgiera renovada por su propia semilla. ¿Quién, entonces, le anuncia el día de su muerte, para que se construya una urna, la llene de buenos aromas, y entre en ella, y muera allí donde el hedor del funeral pueda ser abolido por los aromas agradables?

80. Hazte tú, oh hombre, una funda; despojándote del hombre viejo con sus actos, vístete del nuevo. Tu funda, tu vaina es Cristo, quien te protege y te oculta en el día malo. ¿Quieres saber que la funda es protección? Dice: "Con mi aljaba lo protegí" (Isaías 49, 2). Por lo tanto, tu funda es la fe: llénala con los buenos aromas de tus virtudes; esto es, de castidad, misericordia y justicia, y entra por completo en los recintos de la fe, que exhalan el dulce aroma de obras excelentes. Que te encuentre revestido de fe al final de esta vida; para que tus huesos puedan engordar y sean como un jardín embriagado, cuyas semillas pronto brotan. Reconoce, pues, el día de tu muerte, como también lo reconoció Pablo, quien dijo: "He peleado el buen combate, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia" (II Timoteo 4, 7 y 8). Entró, pues, en su funda como un buen fénix, que llenó con el buen aroma del martirio.

81. Te interrogaré: respóndeme, ¿cómo es que los buitres han acostumbrado a anunciar la muerte de los hombres con ciertos signos, qué indicio los ha instruido y enseñado; de modo que cuando ejércitos enemigos se preparan para una guerra lamentable, las aves predichas los siguen en gran número, y con ello indican que una multitud de hombres caerá en la batalla, siendo presa futura de los buitres? Esto, sin duda, parece que lo deducen con cierta razón a partir de la observación de la disposición humana.

82. Hasta la langosta también penetró la gracia divina, que cuando con un ejército compacto ha ocupado la extensión de cualquier región, primero se detiene en un lugar inofensivo, y no devora los frutos con una incursión inhóspita, a menos que haya recibido la señal del mandato divino. Pues, como leemos en el Éxodo (Exod. X, 12), ella también ejecuta la venganza celestial de la ofensa como ministra piadosa de la retribución.

83. Esta ave también devora la *σελευκίς*, pues 111 así se llama esta ave en griego, dada como remedio para los males que la langosta suele causar: a la cual el creador le otorgó una naturaleza insaciable de devorar; para que, con un apetito insaciable, pueda extinguir la plaga que mencionamos anteriormente.

CAPÍTULO XXIV.

De las aves nocturnas; en primer lugar, sobre el canto del ruiseñor que incuba: sobre la lechuza, el murciélago y el gallo; de donde se acomodan algunas cosas a nuestras costumbres.

84. Pero, ¿qué es esto? Mientras prolongamos el discurso, he aquí que ya las aves nocturnas vuelan alrededor, y en el mismo momento en que nos advierten que debemos concluir el discurso, también prolongan su propia conmemoración que debe ser asumida. Diversas aves regresan a sus nidos, a las que el anochecer obliga a retirarse, y se esconden en sus refugios, acompañando el ocaso del día con su canto melodioso; para no irse sin dar gracias, con las cuales toda criatura alaba a su creador.

85. También la noche tiene sus cantos, con los cuales acostumbra a calmar las vigilias de los hombres; y la lechuza tiene sus propios cantos. ¿Qué puedo decir del ruiseñor, que, vigilante, cuida sus huevos en el seno de su cuerpo y los abriga en su regazo, consolando el insomnio del largo trabajo nocturno con la dulzura de su canto? Me parece que su máxima intención es animar los huevos que incuba, no menos con sus dulces melodías que con el calor de su cuerpo. La imita aquella mujer humilde, pero casta, que, arrastrando la piedra del molino con su brazo para que no falte el alimento de pan a sus pequeños, alivia con su canto nocturno la tristeza de la pobreza. Y aunque no puede imitar la dulzura del ruiseñor, la imita, sin embargo, con la diligencia de su piedad.

86. La lechuza misma, con sus grandes y glaucos ojos, no siente el horror de las tinieblas nocturnas; y cuanto más oscura es la noche, más, en contra del uso de las demás aves, realiza vuelos sin tropiezos. Sin embargo, al salir el día y al estar rodeada por el resplandor del sol, su visión se debilita, como si errara en las tinieblas. Con esta señal, muestra que hay algunos que, aunque tienen ojos para ver, no suelen ver, y cumplen la función de su vista en las tinieblas. Hablo de los ojos del corazón, que tienen los sabios del mundo, y no ven, no perciben nada en la luz, caminan en las tinieblas, mientras investigan las oscuridades de los demonios, y creen ver las alturas del cielo, describiendo el mundo con un rayo, midiendo la agudeza de su propia mente. Además, desviados de la fe, están envueltos en las tinieblas de la ceguera perpetua, teniendo cerca el día de Cristo y la luz de la Iglesia, y sin ver nada, abren la boca como si supieran todo, agudos para lo vano, torpes para lo eterno, y en el laberinto de largas disputas, revelan la ceguera de su propia ignorancia. Así, mientras desean volar con discursos sutiles, como lechuzas en la luz, se desvanecen.

87. El murciélago, un animal humilde, recibe su nombre del anochecer. Es un ser volador, pero también cuadrúpedo, y utiliza dientes, los cuales no suelen encontrarse en otras aves. Da a luz como los cuadrúpedos, no huevos, sino crías vivas. Vuela en el aire al modo de las aves; sin embargo, acostumbra a aparecer al crepúsculo vespertino. Vuela no con el impulso de las plumas, sino sostenido por la membrana de sus alas, con la cual se desplaza como si volara con plumas y se mantiene en el aire. Este animal humilde también tiene la peculiaridad de que se adhieren entre sí y cuelgan de algún lugar como si fueran un racimo de uvas: si el último se suelta, todos caen. Esto ocurre por una especie de don de caridad, que es difícil de encontrar entre los hombres de este mundo.

88. También es dulce el canto del gallo en las noches; y no solo dulce, sino también útil, pues como buen compañero de habitación, despierta al que duerme, advierte al que está preocupado y consuela al viajero, proclamando con su canto el avance de la noche. Al cantar este, el ladrón abandona sus emboscadas; al cantar este, el lucero mismo se levanta y alumbra el cielo; al cantar este, el marinero temeroso deja su tristeza, y toda tormenta y tempestad, frecuentemente agitadas por los vientos vespertinos, se apaciguan; al cantar este, el devoto

impulso se levanta para orar, y también se renueva la tarea de leer; al cantar este, finalmente, la misma piedra de la Iglesia lava su culpa, la cual había contraído negando antes de que el gallo cantara. Con su canto, la esperanza regresa a todos, el malestar de los enfermos se alivia, el dolor de las heridas se reduce, la fiebre se mitiga, la fe retorna a los caídos, Jesús mira a los que titubean, corrige a los errantes. En efecto, miró a Pedro, y de inmediato el error se desvaneció: la negación fue expulsada, y la confesión siguió. La lectura enseña que esto no ocurrió por casualidad, sino por el designio del Señor. Pues está escrito que Jesús dijo a Simón: No cantará el gallo antes de que me niegues tres veces (Mateo 26, 34). Bien fuerte durante el día, Pedro se turba en la noche; y antes del canto del gallo cae, y cae por tercera vez; para que sepas que no fue un desliz por una efusión irreflexiva de palabras, sino también por una turbación del ánimo. Sin embargo, el mismo se hace más fuerte después del canto del gallo, y ya es digno de que Cristo lo mire: porque los ojos del Señor están sobre los justos. Reconoció que había llegado el remedio, después del cual ya no podría errar: y transformado del error a la virtud, lloró amargamente; para borrar con sus lágrimas el error.

CAPÍTULO XXV.

Pía oración del Autor. Recomendación de las lágrimas. Despedida de los oyentes para la refección. Finalmente, invitación a los misterios del cuerpo del Señor.

89. Míranos también a nosotros, Señor Jesús, para que reconozcamos nuestros propios errores, expiemos la culpa con piadosas lágrimas y merezcamos el perdón de los pecados. Por eso hemos prolongado deliberadamente el discurso; para que también a nosotros nos cante el gallo y nos auxilie mientras hablamos, de modo que si algún error se hubiera deslizado en la palabra, nos perdones la culpa, Cristo. Dame, te lo ruego, las lágrimas de Pedro, no quiero la alegría del pecador. Lloraron los hebreos y fueron liberados por el mar con las aguas abiertas. Se alegró el faraón de tener a los hebreos encerrados, y pereció sumergido en el mar con su pueblo. También Judas se regocijó con la recompensa de su traición, pero se ahorcó con el lazo de esa misma recompensa. Pedro lloró su error y mereció borrar los errores de otros.

90. Pero ya es tiempo de que debamos terminar el discurso y concluir: es tiempo en el que es mejor guardar silencio o llorar: es tiempo en el que se celebra la indulgencia de los pecados. Que también para nosotros cante este gallo místico en los sagrados; porque ya el gallo de Pedro ha cantado en nuestro discurso. Que Pedro llore por nosotros, quien lloró bien por sí mismo y vuelva hacia nosotros el rostro piadoso de Cristo. Que se apresure la pasión de nuestro Señor Jesús, que cada día perdona nuestras ofensas y realiza el don de la remisión.

91. El Señor bueno no quiere despedir a los ayunantes, para que nadie desfallezca en el camino. Si Él dice: "Me compadezco de esta multitud, porque hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer, y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino" (Mateo 15, 32); María, atenta a su palabra, rechazaba los preparativos de las comidas: ¡cuánto más debemos considerar nosotros, ya que no son muchos los que viven de la palabra de Dios, y por eso se desea el sustento del cuerpo! Ciertamente, nuestro día siguiente es más laborioso que aquel tercer día.

92. Y por eso, quienes jugamos con las aves, quienes cantamos con el gallo, ahora cantemos los misterios del Señor, y que las águilas se reúnan en torno al cuerpo de Jesús, renovadas por la ablución de los pecados; pues ya aquel gran cetáceo nos ha devuelto al verdadero Jonás: y alegrémonos de que se nos ha hecho el quinto día al atardecer; que se nos haga el sexto día al amanecer.

LIBRO SEXTO. SOBRE LA OBRA DEL SEXTO DÍA.

CAPÍTULO PRIMERO. (Sermón IX.)

La dificultad de este último discurso se explica con el ejemplo de los que compiten en los juegos públicos; y la atención se concilia por el placer y la utilidad de las cosas de las que se trata.

1. Este es el sexto día, en el cual se concluye el origen de las criaturas mundanas; y por eso también se prepara el fin de nuestro discurso que hemos asumido sobre los comienzos de las cosas. Aunque ya durante cinco días nos ha avanzado con no poco esfuerzo, sin embargo, en el día de hoy, crece con mayor carga de preocupaciones, porque en este día está el riesgo de los días anteriores y la suma total del combate. Pues si en las cuerdas o cantos y en las contiendas de los atletas, aunque sean frecuentes y en los mayores juegos, los días anteriores se pasan sin ninguna pérdida de la corona, el último día tiene la suerte de la corona, en el cual está el peligro de decidir, la vergüenza de ceder y el premio de vencer: cuánto más en esta gran lucha de sabiduría, no solo ante el juicio de unos pocos sino de todos, cuando hoy para nosotros avanza como una especie de corona de certamen, una mayor preocupación nos angustia; no sea que desperdiciemos el esfuerzo de los días anteriores y enfrentemos la vergüenza del presente. Pues no es la misma condición de hablar que de cantar o luchar; ya que en aquellos el juego es de ofensa, en este es de muerte. Allí, si fallas, es el fastidio de los espectadores: aquí es el daño de los oyentes.

2. Asistidme, pues, como jueces de la corona, e ingresad conmigo en este gran y admirable teatro visible de la creación. Porque si aquel que explora la llegada de nuevos huéspedes los conduce por todo el ámbito de la ciudad, mostrando las obras más destacadas, no obtiene una gracia mediocre: cuánto más debéis recibir sin desagrado, lo que como con una mano de palabras os conduzco por esta patria común, y os muestro las especies y géneros de cada cosa, deseando recoger de todo cuánto más abundante gracia os ha otorgado el creador del universo que a los demás. Por tanto, esta corona se os propone a vosotros, hoy deseo coronaros con vuestro juicio. No pedimos, como los atletas, guirnaldas marchitas, sino el verde examen de vuestra santidad; con el cual decidáis que la providencia divina penetra a través de todas las criaturas, pero que con los demás compartís la fragilidad corporal, aunque sobre los demás destacáis por la virtud del alma, que sola no tiene nada en común con los demás.

CAPÍTULO II.

Ambrosio se acerca a tratar sobre la naturaleza de las bestias: enseña que la Escritura debe ser entendida de manera simple: establece una comparación de sí mismo con el pobre como comensal: advierte que deben evitarse las cuestiones curiosas; y confirma este asunto con el ejemplo de Moisés.

3. Ahora bien, hablemos de las naturalezas de las bestias y de la generación del hombre. Pues ya desde hace tiempo escucho a algunos murmurar diciendo: ¿Hasta cuándo aprenderemos sobre lo ajeno y desconoceremos lo nuestro? ¿Hasta cuándo se nos enseñará el conocimiento de los demás seres animados y nos ignoraremos a nosotros mismos? Que se diga aquello que me sea útil, de donde pueda conocerme a mí mismo. Y es justa la queja: pero debe respetarse el orden que la Escritura ha establecido; además, no podemos conocernos plenamente a

nosotros mismos, a menos que primero conozcamos cuál es la naturaleza de todos los seres animados.

4. Dijo: Produzca la tierra seres vivientes según su especie, cuadrúpedos, reptiles y bestias de la tierra, y ganado según su especie, y todos los reptiles. Y Dios hizo las bestias de la tierra, y todo el ganado según su especie, y todos los reptiles de la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno, y dijo Dios: Hagamos al hombre (Gén., I, 24, 25, 26). En este pasaje, no ignoro que algunos han interpretado las especies de bestias, ganado y reptiles de la tierra de otra manera; para referirlas a las inmensidades de los crímenes, la necesidad de los pecados, la maldad de los pensamientos: pero yo acepto las naturalezas simples de cada género.

5. No temo que alguien me considere comparable a un anfitrión pobre y presuntuoso, que por su afán de humanidad invita a muchos, y no les ofrece más que alimentos comunes y corrientes, y con el modesto arreglo de la mesa del pobre incurra en más reproches por el desagrado de los invitados que en gratitud por su afecto hospitalario. Pues los amigos de Eliseo no lo rechazaron como a un mal invitado por ofrecerles verduras silvestres (IV Reg., I, 39). Ese banquete exquisito y cuidadosamente preparado, lleno de vanas apariencias, es similar a las relaciones vanas, donde se presenta faisán o tórtola, pero se come pollo, o se sirve pollo relleno de ostras o spondylus, o se bebe una copa que cambia de sabor con diferentes colores y olores: lo marítimo se rellena con lo terrestre, y lo terrestre con lo marítimo. Esto es criticar la providencia del Creador, quien nos ha dado todo para nuestro sustento, porque no lo mezcló así; pero estas cosas parecen dulces al principio y luego se vuelven amargas. Cuanto más abundante es el lujo, más perniciosa es la intemperancia. Eliseo, sin embargo, ofreció cosas amargas, pero luego se volvieron dulces. Finalmente, aquellos que antes pensaban que había muerte en ese alimento, después encontraron en él la gracia de la dulzura y la vida.

6. Tampoco es motivo de temor que parezca haber invitado a más personas de las que puedo alimentar, y que os falten los panes de mis palabras; porque también Eliseo, aunque por su mérito inimitable debemos imitarlo en la fe, no consideró cuántos panes tenía, sino que quiso dividir los que tenía entre todos, y juzgó que serían suficientes para todos. Por lo tanto, ordenó al ministro que dividiera diez panes de cebada entre el pueblo. Y el ministro dijo: "¿Qué, daré esto ante cien hombres?" Y respondió: "Da y coman, porque así dice el Señor: Comerán y sobrarán". Por lo tanto, vuestra fe hará abundar el banquete de la lengua pobre. No temo que los ayunos os hagan más voraces; menos aún que, llenos, regreséis hambrientos y vacíos, porque está escrito: "El Señor sostiene a los justos, y en los días de hambre serán saciados". Es mucho más hermoso no avergonzarse de los panes de cebada y ofrecer lo que se tiene, que negarlo. Eliseo, que no se reservó nada para sí, abundó para los pueblos. Eliseo, por tanto, no se avergonzó de ofrecer panes de cebada; ¡nosotros nos avergonzamos de entender las criaturas simples, que se nos revelan con sus nombres simples! Leemos cielo, aceptemos cielo; leemos tierra, entendamos tierra fructífera.

7. ¿Por qué habría de buscar cuál es la medida de su circunferencia, que los geómetras han estimado en ciento ochenta mil estadios? Con gusto confieso que ignoro lo que no sé, más aún, lo que saber no aprovechará en nada. Es mejor conocer los tipos de tierras que las distancias, que, rodeadas por el mar, interpuestas por regiones de bárbaros, cubiertas e inaccesibles por pantanos, ¿cómo podemos comprenderlas? La Escritura demuestra que esto es imposible para los hombres, cuando Dios dice: "¿Quién midió el agua con su mano, y el cielo con su palma, y toda la tierra con su mano cerrada? ¿Quién puso los montes en la balanza, y las rocas en la báscula, y los bosques en el yugo?" (Isaías 40, 12); y más adelante:

"Él es quien sostiene el círculo de la tierra, y sus habitantes son como langostas; quien extiende el cielo como una bóveda" (Isaías 40, 22). ¿Quién, pues, se atreverá a reclamar para sí un poder y conocimiento igual al de Dios, de modo que lo que Dios ha señalado como propio de su majestad, el hombre presuma que puede alcanzarlo con su conocimiento?

8. Ciertamente Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios: pero, habiendo recibido el espíritu de Dios, como ministro de Dios, consideró inferior aquella doctrina filosófica vana y usurpadora a la razón de la verdad: y escribió para mí lo que juzgó adecuado a nuestra esperanza, que Dios creó la tierra, que la tierra produjo según el mandato del Dios omnipotente, y la operación del Señor Jesús, plantas de la tierra, y toda alma viviente según su especie. Pero él no consideró necesario decir cuánto del espacio aéreo ocupa la sombra de la tierra cuando el sol se aleja de nosotros, llevándose el día e iluminando las partes inferiores del eje; y cómo, al incidir en la región de la sombra de este mundo, el globo de la luna provoca un eclipse; porque, lo que no nos concierne, lo dejó de lado como si no fuera a ser de provecho. Pues vio en el Espíritu Santo que no debían seguirse aquellas vanidades de una sabiduría ya marchita, que ocupan nuestra mente con cosas inexplicables y juegan con nuestro esfuerzo, sino más bien describir aquellas cosas que contribuyen al progreso de la virtud.

CAPÍTULO III.

A los seres animados se les ha otorgado por la palabra de Dios la ley de la generación para perseverar en la sucesión de las especies. No se debe negar la verdad de la naturaleza de lo que ha sido engendrado; sin embargo, es vergonzoso que el hombre imite la vida de las bestias. Finalmente, sigue una exposición de ciertos vicios familiares a algunos animales y que, por lo tanto, deben ser evitados.

9. Por tanto, adherámonos a las palabras proféticas y no tengamos en poco las comunicaciones del Espíritu Santo como si fueran cosas insignificantes. "Produzca," dice, "la tierra un ser viviente, ganado, bestias y reptiles." ¿Por qué argumentar otras cosas cuando claramente se está formando la naturaleza de las criaturas terrestres? En la constitución del mundo, la Palabra de Dios recorre toda criatura; para que de repente, de la tierra, se produzcan todos los géneros de seres vivientes que Dios ha establecido, y en el futuro, según la ley prescrita, todos sucedan según su género y semejanza, para que el león engendre león, el tigre tigresa, el buey buey, el cisne cisne, el águila águila. El mandato dado una vez se ha arraigado en la naturaleza para siempre. Y por eso la tierra no cesa de ofrecer su servicio ministerial; para que las antiguas especies de seres vivientes se renueven en nuevas edades mediante la sucesión reparable de su género.

10. ¿Pero deseas derivar para el uso del hombre lo que ha sido creado? No niegues a cada género la verdad de su propia naturaleza, y mucho más adaptarás estas cosas a la gracia humana. Primero, porque la naturaleza ha postrado a todos los géneros de ganado, bestias y peces en el vientre; para que veas que unos se arrastran con el vientre, otros que se sostienen con los pies, sumergidos más en el andar cuadrúpedo del cuerpo, y como si estuvieran aferrados a la tierra, más que libres. Pues, al no tener la facultad de erguirse, buscan el sustento en la tierra y siguen solo los placeres del vientre al que se inclinan. ¡Cuidado, oh hombre! No te doblegues al modo de las bestias. Cuida de no inclinarte hacia el vientre, no tanto con el cuerpo, sino con el deseo. Observa la forma de tu cuerpo y asume la apariencia congruente con la elevada fortaleza. Deja que solo los animales se alimenten inclinados. ¿Por qué te postras al comer, tú a quien la naturaleza no ha postrado? ¿Por qué te deleitas en

aquello que es una injuria a la naturaleza? ¿Por qué, atento al alimento día y noche, te alimentas de cosas terrenales al modo de las bestias? ¿Por qué, entregado a los placeres corporales, te deshonras a ti mismo, sirviendo al vientre y a sus pasiones? ¿Por qué te privas del entendimiento que el Creador te ha otorgado? ¿Por qué te comparas con los animales de carga, de los cuales Dios quiso separarte diciendo: No os hagáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. 31, 9)? O si te deleita la glotonería del caballo y la intemperancia, y es un placer relinchar hacia las hembras, que te deleite también que tus mejillas sean sujetas con freno y bozal. Si la crueldad te alimenta, esta es la rabia de las fieras, que son sacrificadas por su ferocidad; cuida que la inmensidad de tu crueldad no se vuelva también contra ti.

11. El asno perezoso, expuesto al saqueo y de entendimiento más lento, ¿qué otra cosa enseña sino que debemos ser más vivaces, y no caer en la desidia del cuerpo y del alma, sino recurrir a la fe, que acostumbra aliviar las cargas pesadas?

12. La astuta zorra, sumergiéndose en madrigueras y escondites, ¿no es acaso un indicio de que es un animal infructuoso, digno de odio por su rapacidad, despreciable por su debilidad, y por ello descuidado de su propia salvación mientras acecha la ajena?

13. La perdiz astuta que roba los huevos ajenos, es decir, de otra perdiz, y los incuba con su propio cuerpo: pero no puede disfrutar del fruto de su engaño; porque cuando cría a sus polluelos, los pierde; ya que cuando oyen la voz de aquella que puso los huevos, la abandonan y se dirigen hacia ella por un cierto don y amor natural, reconociéndola como su verdadera madre por la generación de los huevos; indicando que esta actúa como nodriza, y aquella como madre. Así, en vano derrama sus esfuerzos, y es castigada con el precio de su fraude. Por eso también Jeremías dice: "Clamó la perdiz, y reunió lo que no puso" (Jeremías 17, 11), es decir, reunió huevos, y clamó como si se alegrara del éxito de su engaño. Pero su esfuerzo es en vano; porque con gran trabajo cría para otro, a quienes ella misma ha animado con su prolongado cuidado diligente. El diablo es su imitador, quien intenta arrebatar las generaciones del creador eterno; y si logra reunir a algunos insensatos y carentes de vigor propio, seduciéndolos con placeres corporales, cuando primero la voz de Cristo es infundida en los pequeños, se apartan y se dirigen hacia esa madre que los acoge con amor maternal como un ave. Porque el diablo reunió a los gentiles, a quienes no creó: pero cuando Cristo emitió su voz en el Evangelio, se dirigieron principalmente hacia él, quien los acogió bajo la sombra de sus alas y los entregó a la madre Iglesia para ser nutridos.

14. El león, orgulloso por su naturaleza, no sabe mezclarse con las especies de otras fieras: sino que, como un cierto rey, desprecia la compañía de muchas. Incluso rechaza el alimento de ayer y se aparta de los restos de su propia comida. ¿Qué fiera se atrevería a unirse a él, cuya voz contiene naturalmente tal terror, que muchos de los animales que podrían escapar de su ataque por su rapidez, desfallecen atónitos e impactados por el sonido de su rugido?

15. Pues la Escritura no ha guardado silencio sobre la apariencia del leopardo, ya que con la variedad de su color revela los diversos movimientos de su alma. Jeremías dice: Si el etíope cambia su piel, y el leopardo sus manchas (Jer. XIII, 23). Esto se refiere no solo a la figura, sino también a la movilidad de su furia; porque el pueblo de los judíos, oscurecido por las tenebrosas, inquietas y cambiantes alteraciones de una mente y un espíritu infiel, ya no puede mantener la gracia de un buen propósito, ni regresar a ninguna enmienda o corrección, una vez que ha asumido la ferocidad de una bestia salvaje.

CAPÍTULO IV.

De la admirable naturaleza de algunos animales en evitar lo que les es nocivo y en buscar lo que les es útil; y sobre las virtudes naturales que debemos imitar en ellos.

Sin embargo, también en la naturaleza de los cuadrúpedos hay algo que el discurso profético nos exhorta a imitar, para que evitemos la pereza y no nos apartemos del estudio de la virtud por la pequeñez o debilidad del cuerpo, ni nos retiremos de la grandeza de ningún propósito. Pues la hormiga es pequeña, pero se atreve a realizar cosas mayores que sus fuerzas; no es obligada a trabajar por servidumbre, sino que, por su propia iniciativa, se provee de los futuros suministros de alimento. La Escritura te aconseja imitar su diligencia, diciendo: "Ve a la hormiga, oh perezoso, observa sus caminos y sé sabio" (Prov., VI, 6). Ella no posee cultivo alguno, ni tiene quien la obligue, ni actúa bajo un amo, y sin embargo, prepara su comida, almacenando la cosecha de tus labores; y mientras tú a menudo careces, ella no necesita. No tiene graneros cerrados, ni guardias impenetrables, ni montones inviolables. El guardián observa, pero no se atreve a impedir los robos: el propietario ve sus pérdidas, pero no las reclama. La presa es transportada por los campos en un negro ejército, los senderos hierven con la compañía de los viajeros, y lo que no puede ser contenido por una boca pequeña, es empujado en grandes granos sobre los hombros. El dueño de la cosecha observa esto y se avergüenza de negar tan escasos beneficios a una industria tan piadosa.

17. ¿Y qué diré de los perros, a quienes por naturaleza les es innato devolver el favor y mantener una vigilancia atenta por la seguridad de sus amos? De ahí que la Escritura clame contra los desagradecidos, los perezosos y los cobardes: Perros mudos, que no saben ladrar (Isaías, LVI, 10). Existen, por tanto, perros que saben ladrar por sus amos, que saben defender sus hogares. Por eso, tú también aprende a ejercitar tu voz por Cristo, cuando los lobos feroces atacan el redil de la Iglesia. Aprende a mantener la palabra en tu boca; no sea que, como un perro mudo, parezcas haber abandonado la custodia de la fe que se te ha confiado por un silencio de traición. Tal perro es compañero de viaje y del ángel, al que Rafael en el libro profético no consideró ocioso unir a sí mismo y al hijo de Tobías, cuando partió para ahuyentar a Asmodeo y fortalecer el vínculo conyugal (Tob. VI, 1, y XI, 9). Pues la gratitud de un afecto recordado expulsa al demonio y fortalece el matrimonio. Así, bajo la apariencia de una bestia muda, el santo ángel Rafael instruía al joven Tobías, a quien había tomado bajo su protección, en la relación de gratitud. ¿Quién no se avergonzaría de no devolver el favor a quienes han sido benevolentes con él, al ver que incluso las bestias rehúyen el crimen de la ingratitud? Y ellas guardan memoria del alimento recibido, ¿y tú no guardas la memoria de la salvación aceptada?

18. Aunque el oso es un animal lleno de engaño, como dice la Escritura (Lamentaciones, III, 10), se dice que da a luz crías informes, pero las forma con su lengua hasta darles su propia apariencia y semejanza. ¿No te asombras de tan piadosa acción en un animal cuya naturaleza expresa piedad? Así como el oso moldea a sus crías a su semejanza, ¿no puedes tú educar a tus hijos para que sean semejantes a ti?

19. ¿Qué decir de que tampoco descuidó la industria de la medicina? Pues bien, cuando está gravemente herida y afectada por heridas, sabe curarse a sí misma con una hierba que los griegos llaman φλόμος, aplicándola a sus llagas; de modo que se curan solo con el contacto. La serpiente también, al alimentarse de hinojo, disipa la ceguera que ha adquirido. Así, cuando siente que sus ojos se están cubriendo, busca los remedios conocidos y no se ve privada de su efecto. La tortuga, al alimentarse de las vísceras de la serpiente, cuando percibe

que el veneno comienza a afectarla, utiliza el orégano como medicina para su salud: y aunque esté sumergida en lodazales pantanosos, sabe curarse con su propio antídoto, y con la ayuda segura de las hierbas, demuestra que incluso ella misma conoce sus poderes curativos. También puedes ver al zorro curándose con la lágrima del pino, y con tal remedio prolongando el tiempo de su muerte inminente.

20. Clama el mismo Señor en el libro de Jeremías: La tórtola y la golondrina, los gorriones del campo han guardado los tiempos de su llegada; pero mi pueblo no conoció los juicios del Señor (Jer., XVIII, 7). La golondrina sabe cuándo venir, cuándo también regresar. Sabe también la piadosa ave anunciar su llegada con el testimonio de la primavera como indicio. Sabe también la hormiga explorar los tiempos de serenidad; pues cuando advierte que sus frutos se humedecen por la lluvia, después de explorar diligentemente el aire para saber cuándo puede mantener una temperatura constante, abre sus montones y saca de las cavernas con sus hombros; para que sus granos se sequen al sol constante. En efecto, no verás llover de las nubes en todos esos días, a menos que la hormiga haya devuelto sus frutos a sus propios graneros. Los bueyes saben mantenerse en el establo cuando se avecina la lluvia. Los mismos, cuando por sentido natural perciben el cambio del cielo, miran hacia afuera y extienden sus cuellos más allá del establo todos juntos de la misma manera; para mostrar que desean salir. La oveja, ante la llegada del invierno, devora insaciablemente la hierba, porque presiente que la aspereza del invierno la dejará sin alimento; para llenarse primero del pasto de la hierba, antes de que el frío ardiente agote toda la hierba. Este erizo terrestre, al que comúnmente llaman erizo, si percibe alguna amenaza, se cierra con sus espinas y se recoge en sus armas, para que cualquiera que intente tocarlo, se hiera. Y el mismo erizo, previendo el futuro, asegura para sí dos vías de respiración; de modo que cuando percibe que soplará el Bóreas, cierra la del Norte; cuando sabe que el Noto despejará las nubes del aire, se dirige al Norte, para evitar los vientos que vienen de frente y que podrían dañarlo.

21. De ahí que el Profeta ofreciera al Señor una alabanza digna, diciendo: ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Todo lo hiciste con sabiduría (Sal. CIII, 24). La sabiduría divina penetra todo, lo llena todo: y esto se deduce más abundantemente de los sentidos de los irracionales que de la argumentación de los racionales. Pues el testimonio de la naturaleza es más fuerte que el argumento de la doctrina. ¿Qué ser viviente no sabe cómo proteger su propia salud: si tiene fuerza, resistiendo; si tiene velocidad, huyendo; si tiene astucia, precaviendo? ¿Quién les enseñó a tener conocimiento del uso de las hierbas para curar? Somos humanos, y a menudo nos engañamos con la apariencia de las hierbas, y muchas veces las que creemos saludables resultan ser nocivas. ¿Cuántas veces entre dulces manjares se ha deslizado un alimento letal, y entre las mismas guardias de los cortesanos, un bocado mortal ha penetrado en los vitales de los reyes? Las fieras saben discernir solo por el olor lo nocivo de lo provechoso: sin guía, sin catador, arrancan la hierba, y no les hace daño. Pues la naturaleza es mejor maestra de la verdad. Esta, sin la enseñanza de nadie, infunde en nuestros sentidos la dulzura de la salud, y enseña que la amargura del dolor debe ser evitada. De aquí la vida es más dulce, de aquí la muerte más amarga. Esta encomienda los cachorros a la leona, y suaviza a la fiera implacable con afecto maternal. Esta intercede en la ferocidad del tigre, y lo desvía de la presa inminente. Pues cuando encuentra vacío el cubil de su cría arrebatada, inmediatamente sigue las huellas del raptor. Pero él, aunque montado en un caballo veloz, viendo que no puede superar la velocidad de la fiera, y que no tiene ningún recurso para escapar, trama un engaño de esta índole. Cuando se ve cerca, lanza una esfera de vidrio: y ella, engañada por su imagen, cree que es su cría, detiene su impulso, deseando recoger a su hijo. De nuevo, retenida por la vana apariencia, se lanza con todas sus fuerzas para atrapar al jinete y, estimulada por la ira, se abalanza más veloz sobre el que huye. Él

nuevamente la retrasa con el obstáculo de la esfera; pero la memoria del engaño no excluye la diligencia de la madre: examina la imagen vacía, y como si fuera a amamantar a su cría, se sienta. Así, engañada por el celo de su piedad, pierde tanto la venganza como a su hijo.

22. Lo que nos aporta la Escritura, que dice: Hijos, amad a vuestros padres: padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos (Colosenses, III, 20). La naturaleza infunde esto a las bestias, que amen a sus crías, que cuiden de sus hijos. Ellas no conocen los odios de madrastra, ni los padres se corrompen con un cambio de pareja, ni saben preferir a los hijos de una unión posterior, descuidando a los de la anterior. Conocen a sus crías, no saben de diferencias en el amor, de incentivos de odio, de discriminaciones de ofensas. La naturaleza de las fieras es simple, no conoce las calumnias de la verdad. Pues Dios ha dispuesto todo de tal manera que a quienes les dio menos razón, les concedió más afecto. ¿Qué fiera no se ofrece a la muerte por sus crías? ¿Qué fiera, aunque rodeada por innumerables tropas de armados, no protege a sus hijos con sus propias entrañas? Aunque se cierna una lluvia de flechas, ellas, sin embargo, mantienen a sus pequeños seguros del peligro, resguardados por el muro de su cuerpo. ¿Qué dice el hombre que descuida el mandato, que olvida la naturaleza? El hijo desprecia al padre, el padre reniega del hijo; y esto lo consideran un derecho, donde se condena la fecundidad: más bien, el padre se condena a sí mismo, haciendo nulo lo que ha engendrado. Y esto se considera una cuestión de autoridad, donde se altera la naturaleza de la fertilidad.

23. Nadie dudará que el perro carece de razón; sin embargo, si consideras el vigor de sus sentidos, podrías pensar que por su sagacidad al sentir, adquiere una fuerza similar a la de la razón. En efecto, lo que pocos en los gimnasios, quienes han dedicado toda su vida a aprender, apenas han podido conocer, como es el tejer las conexiones de los silogismos, esto se puede estimar que el perro lo comprende fácilmente con su erudición natural. Pues cuando ha encontrado el rastro de una liebre o un ciervo, y ha llegado a una bifurcación del camino, y a una encrucijada que se divide en muchas partes; al recorrer los inicios de cada sendero, reflexiona en silencio consigo mismo, emitiendo una voz silogística con la sagacidad de su olfato. O se desvió hacia esta parte, dice, o hacia aquella; o ciertamente se dirigió a este recoveco: pero no tomó ni este ni aquel camino: por lo tanto, queda claro que sin duda se dirigió hacia esta parte. Lo que los hombres apenas logran con la prolongada meditación de un arte compuesto, esto les es dado a los perros por naturaleza; de modo que antes detectan la mentira, y luego, rechazando la falsedad, encuentran la verdad. ¿Acaso no pasan los filósofos días enteros comparando proposiciones entre sí en el polvo, trazando cada una con un compás, y de tres, cuando es necesario que una de ellas sea verdadera, primero eliminan dos como congruentes con la mentira, y así definen que en la que queda reside la fuerza de la verdad? ¿Quién puede ser tan tenaz en el beneficio y memorioso en la gratitud? Pues saben lanzarse contra los ladrones por su amo, prohibir el acceso nocturno de extraños, y están dispuestos a morir por sus amos y a morir con ellos. A menudo, incluso, los perros han proporcionado pruebas evidentes de un asesinato cometido, para refutar a los culpables; de modo que su testimonio mudo ha sido frecuentemente creído.

24. En Antioquía, se dice que en una parte remota de la ciudad, al crepúsculo, fue asesinado un hombre que tenía un perro como compañero. Un soldado, impulsado por el deseo de saquear, fue el autor del asesinato: cubierto por la oscuridad del inicio del día, se había trasladado a otras partes. El cadáver yacía insepulto, una multitud de espectadores se agolpaba, y el perro, con un lamento lastimero, lloraba la desgracia de su amo. Por casualidad, el asesino, como suele ser la astucia del ingenio humano, para ganarse la confianza de su inocencia con una autoridad asumida, se acercó a la multitud que observaba

y, como si compadeciera, se aproximó al cadáver. Entonces el perro, interrumpiendo por un momento su lamento de dolor, tomó las armas de la venganza, y sujetó al culpable, y como un epílogo murmurando una canción lastimera, convirtió a todos en lágrimas, aportó prueba de su fidelidad, pues de entre muchos, solo a él retuvo y no lo soltó. Finalmente, perturbado aquel, ya que no podía refutar tan manifiesto indicio del hecho ni con la objeción de odio, ni enemistad, ni envidia, ni de alguna injuria, no pudo refutar el crimen por más tiempo. Así que, lo que era más difícil, persiguió la venganza, porque no pudo ofrecer defensa. ¿Qué digno devolvemos a nuestro Creador, de cuyo alimento nos nutrimos, y disimulamos las injurias, y a menudo ofrecemos a los enemigos de Dios los banquetes que de Dios hemos recibido?

25. ¿Qué hay más simple que los corderitos, a quienes comparamos con la inocencia de los pequeños niños? A menudo, de entre ellos, en un gran rebaño, un corderito se aleja por todo el redil, extraviándose de su madre, y cuando no puede encontrarla, la llama con frecuentes balidos, para provocar la respuesta de su voz, de modo que pueda seguir el sonido y regresar sobre sus pasos errantes: aunque se encuentre entre miles de ovejas, reconoce la voz de su madre, se apresura hacia ella y busca las fuentes de leche materna que le son familiares: aunque tenga hambre y sed, pasa de largo las ubres ajenas, aunque rebosen de leche; solo busca a su madre, y solo los pobres jugos de la ubre materna le parecen abundantes. Ella también, entre miles de corderitos, reconoce solo a su hijo; hay muchos balidos, la misma apariencia; sin embargo, ella distingue a su cría de las demás y reconoce a su único hijo con un silencioso testimonio de amor. El pastor puede errar en la distinción de las ovejas, pero el corderito no se equivoca en el reconocimiento de su madre. El pastor se confunde por la apariencia, pero la oveja no se engaña por el amor. Un solo olor para todos, pero la naturaleza tiene su propio aroma doméstico que la querida cría parece exhalar con una cierta propiedad especial.

26. La naturaleza tiene sus propios usos y sentidos innatos. Apenas al infante le empiezan a salir los dientes, y ya sabe cómo probar sus armas. El cachorro aún no tiene dientes, y como si los tuviera, busca vengarse con su propia boca. El ciervo aún no tiene cuernos, y sin embargo, ya ensaya con su frente, y amenaza con armas que aún no ha experimentado. Si el lobo ve primero al hombre, le arrebató la voz y lo desprecia como un vencedor de la voz robada. Lo mismo ocurre si siente que ha sido visto primero, entonces abandona su ferocidad y no puede correr. El león teme al gallo, especialmente si es blanco. La cabra herida busca el dictamo y expulsa las flechas de su herida. Las bestias también conocen sus remedios. El león enfermo busca al mono para devorarlo y así poder sanar. El leopardo bebe la sangre de la cabra salvaje y evita la debilidad. Toda fiera enferma se cura con la sangre del perro que ha bebido. El oso enfermo devora hormigas. El ciervo mastica ramitas de olivo.

27. Por lo tanto, las fieras saben buscar lo que les beneficia; ¡tú ignoras, oh hombre, tus remedios! ¡Tú no sabes cómo arrebatarle la virtud al adversario, para que no pueda atraparte como un lobo que te ha sorprendido, para que con el ojo de tu mente descubras su perfidia, y antes impidas el curso de sus palabras, embotes su impudencia y la agudeza de su argumentación! Pero si él te ha tomado la delantera, te quita la voz: y si te quedas mudo, desata tu manto, para que puedas desatar el discurso. Y si el lobo se levanta contra ti, toma una piedra, y huye. Tu piedra es Cristo. Si te refugias en Cristo, el lobo huye, y no podrá asustarte. Esta piedra buscó Pedro, cuando vacilaba en las olas, y la encontró; porque se aferró a la diestra de Cristo.

28. ¿Qué diré de que los hombres se deleitan con el ajo y lo toman como alimento, cuando incluso el leopardo lo evita? De hecho, si alguien piensa en frotar ajo en algún lugar, el leopardo huye de allí y no se resiste. Aquello cuyo olor no puede soportar una fiera venenosa, ¿lo tomas tú como alimento e infundes en tus entrañas? Sin embargo, a veces se utiliza para aliviar dolores. Que se tome como medicamento, no como alimento: que lo tomen los enfermos, no los que banquetean. Buscas un medicamento y evitas el ayuno; como si pudieras encontrar otro remedio mayor. Si una serpiente prueba la saliva de un hombre en ayuno, muere. Ves cuánta es la fuerza del ayuno; que con su propia saliva el hombre mata a la serpiente terrenal, y con razón a la espiritual.

29. ¡Cuánta prudencia ha infundido el Señor incluso en los más pequeños! La tórtola, para proteger a sus crías del lobo, coloca hojas de escila sobre su nido. Sabe que estas hojas suelen ahuyentar a los lobos. La pequeña zorra sabe cómo proteger a su descendencia: ¿y tú ignoras, tú descuidas cómo tener más segura la descendencia de esta vida contra los lobos de la maldad espiritual?

124 CAPÍTULO V.

De qué manera el Señor ha creado a algunas bestias con cuellos más cortos y a otras con cuellos más largos. Donde principalmente se describen los miembros, propiedades y usos en la milicia del elefante.

30. Pero volvamos a la serie de las criaturas y consideremos de qué manera el Señor ha formado cuellos más estrechos para algunas bestias, como los leones y los tigres, también los osos; y cuellos más largos para otras, como los elefantes y los camellos. ¿No es evidente la causa? Porque aquellas fieras que se alimentan de carne no necesitaban la longitud del cuello. No inclinan el cuello y la boca hacia la tierra para pastar, sino que atacan al ciervo, o desgarran al buey y a la oveja. El camello, sin embargo, siendo más alto, ¿cómo podría alimentarse de hierbas diminutas si no extendiera su cuello más largo hasta el suelo para el uso del pasto? Así, el camello, en proporción a su altura, ha recibido cuellos más largos, al igual que el caballo y el buey de manera similar; pues estos se alimentan de hierbas.

31. El elefante, además, tiene una prominente trompa; porque, siendo más alto que todos, no puede inclinarse para alimentarse. Por lo tanto, utiliza su trompa para recoger el alimento. Esta le proporciona a la enorme bestia una abundante cantidad de líquido; por eso es cóncava, para que pueda saciar la sed de tan gran animal al absorber lagos enteros, o al recoger agua de un río pueda inundar al que bebe. El cuello, ciertamente, es más pequeño de lo que requeriría la masa de un cuerpo tan grande; para que no sea más una carga que una utilidad. Por eso tampoco dobla las rodillas, ya que necesitaba patas más rígidas, para que, como columnas, pudieran sostener la enorme estructura de sus miembros. El talón está ligeramente curvado, el resto de los pies es rígido desde la parte superior hasta la inferior. Y no puede, como nosotros a menudo nos recostamos en sillas, doblarse de tal manera; y con razón no puede compartir con los demás animales la capacidad de girar o curvarse. Se apoya de un lado y del otro en grandes vigas; para que en el sueño pueda inclinarse un poco sin peligro, ya que su pie no se distingue por ninguna articulación de los miembros. Por lo tanto, para los mansos, se preparan con ingenio ciertos soportes que les son útiles; pero para los salvajes y agrestes, como nadie coloca tales soportes para sostenerlos, de ahí surge el riesgo.

32. Pues apoyados en el árbol, o bien se frotan los costados, o se relajan en el sueño, lo cual a veces, vencido e inclinado por tan gran cuerpo, se rompe: aquel que se ha recostado en el

mismo, cae y no puede levantarse ni erguirse; y allí, yaciendo, perece, o delatado por su gemido, es abatido, mientras que, con el vientre y otras partes más blandas expuestas, queda vulnerable a las heridas. Porque su espalda y otras partes exteriores no suelen ser fácilmente penetradas por ningún arma. Sin embargo, hay quienes, por el marfil, preparan estas trampas para ellos; de modo que cortan un poco los árboles a los que suelen apoyarse, por el lado menos frecuentado por ellos, para que, al recostarse el elefante, el peso de sus miembros no pueda ser sostenido y provoque su caída.

33. Pero si alguien critica esto, también debería criticar las alturas de los edificios; porque más rápidamente amenazan con un grave derrumbe, y es más difícil repararlos una vez caídos. Sin embargo, si a menudo elevamos aquellos por su belleza o por la vista que ofrecen, también debemos aprobar esto en los elefantes, ya que proporcionan un gran uso en asuntos bélicos. De ahí que la nación persa, feroz en las guerras, fuerte en el uso de arcos y en el lanzamiento de todo tipo de armas, ya que los proyectiles se lanzan con mayor fuerza desde lo alto hacia abajo, su ejército avanza protegido como por torres en movimiento. En medio de los campos luchan como desde un muro; y colocados como en una fortaleza o atalaya, observan más las batallas que las enfrentan. Así, parecen ajenos al peligro, seguros por las masas de las bestias. ¿Quién se atrevería a acercarse a ellas, cuando desde arriba fácilmente se puede ser alcanzado por los dardos, y abajo ser aplastado por el embate de los elefantes? Finalmente, las líneas de batalla y las formaciones de soldados armados ceden ante ellos, y esos campamentos cuadrados se deshacen. Con un ímpetu intolerable se lanzan contra los enemigos; de modo que no son detenidos por ninguna formación de guerreros, ninguna aglomeración de soldados, ni por la barrera de los escudos: se mueven en las batallas como montañas móviles, y como colinas que se elevan con una alta cima, sus bramidos perturban la confianza con el estruendo de todo. ¿Qué puede hacer el infante, aunque sea fuerte de brazos y hábil con la mano, cuando un muro de hombres armados le sale al paso mientras avanza? ¿Qué puede hacer el jinete, cuando su caballo, aterrorizado por la inmensidad de tal bestia, huye? ¿Qué puede hacer el arquero, cuando los cuerpos de los hombres cubiertos de hierro no pueden sentir el impacto de los dardos desde arriba; y la bestia, además de no ser fácilmente penetrable por el hierro, está protegida por armaduras, corta las líneas enemigas sin peligro para sí misma, y aplasta las formaciones?

34. Así como los inmensos edificios, los elefantes se sostienen sobre cimientos más fuertes; de lo contrario, apoyados en patas desiguales, caerían en poco tiempo. Sin embargo, se dice que ahora pueden vivir trescientos años o más, porque todos sus miembros están proporcionados a su tamaño. Por eso, sus articulaciones no están separadas como las nuestras, sino compactas, lo que las hace más robustas. ¡Qué rápidamente se ven afectados los hombres si permanecen de pie mucho tiempo, corren velozmente o caminan continuamente, sufriendo en las rodillas y las plantas de los pies! Pues las partes unidas y articuladas admiten más fácilmente la sensación de dolor o el riesgo de lesiones que las que son concretas y sólidas.

35. ¿Y por qué te asombras si, estando armados, son temidos? Pues con sus dientes, como si fueran dardos naturales, siempre están armados. Con su trompa rompen todo lo que envuelven; y con su pie, todo lo que comprimen, lo aniquilan como si fuera el colapso de una gran ruina. Enredan con su trompa los bosques para su alimento, y como si fueran altísimos dragones, azotan con espirales serpentinas lo que han capturado. A menudo las recogen en círculo, especialmente cuando recogen alimento de la tierra o beben. Por lo tanto, nos sirven de lección, ya que nada ha sido creado en vano; y sin embargo, esta bestia de tan gran tamaño está sujeta a nosotros, sirviendo a los mandatos humanos.

Las bestias más robustas y feroces han sido sometidas al hombre por el Creador: a estas mismas, los animales más diminutos les son motivo de terror y destrucción. Luego de discutir brevemente sobre la utilidad de las serpientes, el hombre es incitado al conocimiento de sí mismo y de su propia alma.

36. Pues bien, dado que vamos a hablar de la creación del hombre, debemos preparar y anticipar su encomio. Parecía que ninguna criatura era más robusta que los elefantes, nada tan terrible o majestuoso, nada tan feroz como los leones o los tigres; y sin embargo, estas criaturas sirven al hombre y abandonan su naturaleza por la instrucción humana. Olvidan lo que nacieron para ser, asumen lo que se les ordena. ¿Qué más? Se les enseña como a niños, sirven como si fueran débiles, son castigados como si fueran temerosos, corregidos como si fueran súbditos, adoptan nuestras costumbres; porque han perdido sus propios impulsos.

37. Admirable, pues, es la naturaleza en las cosas más grandes; admirable es el Señor en las alturas, y también admirable en las más pequeñas. Así como no nos maravillamos menos de las llanuras que de las altas montañas, ni nos asombra más la altura del cedro que la fecundidad de la vid o del olivo pequeño: de igual manera, no me maravilla más el elefante por ser alto, que el ratón, porque es temido por el elefante. Esta es, pues, la potencia de la naturaleza; que lo que es temible para unos, es temido por otros. A cada criatura se le ha otorgado una cierta prerrogativa; para que se sostengan con privilegios propios. El elefante, formidable para los toros, teme al ratón. El león, rey de las fieras, es agitado por el pequeño agujijón del escorpión y es muerto por el veneno de la serpiente. La belleza extraordinaria del león sacude los mechones de su melena con su cuello, o levanta su rostro con el pecho erguido. Pero, ¿quién no se maravillaría de que un agujijón tan pequeño del escorpión, que podrías pensar que es incorpóreo, cause la muerte de cuerpos tan grandes?

38. Que nadie reprenda esto, que el Creador haya mezclado serpientes con sus criaturas, y otros géneros de animales o plantas venenosas. Pues estas cosas nacieron para nuestra corrección, no para nuestra deformación. Porque lo que para los perezosos, o débiles, o impíos suele ser motivo de ofensa y terror, para otros es de utilidad, como los pedagogos para los niños. Parecen amargos, ásperos y molestos, temibles con su castigo, niegan la libertad de la lascivia, exigen la necesidad de la disciplina, constriñen con terror las mentes infantiles para que no se desvíen en el lujo; y por eso, con su austeridad, se vuelven frugales, sobrios, continentes, dedicados más a la alabanza que al juego. ¿Ves cuánto logran estos terribles azotes? Así también las serpientes son azotes para aquellos cuya edad del alma es débil, y cuya virtud de la mente es algo infantil; sin embargo, no pueden dañar a los más fuertes. Finalmente, al que confía en el Señor se le ha dicho: Sobre el áspid y el basilisco caminarás, y pisotearás al león y al dragón (Sal. 90, 13). Una víbora mordió a Pablo, y pensaban que, como pecador apenas salvado del naufragio, moriría por el veneno; pero después de que permaneció inviolable al sacudir la víbora en el fuego, encontró más veneración entre los que lo observaban. Pero el mismo Señor dice a todos: El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado (Marcos 16, 16). Dijo que estas señales seguirían a los creyentes, que acariciarían serpientes con la mano, y que los venenos y todo lo mortífero, aunque lo bebieran, no les haría daño. Por lo tanto, tu incredulidad, oh hombre, es más temible para ti que los venenos de las serpientes. Teme, pues, a aquellos, para que al menos mientras los temas, puedan provocarte a la fe. Y si no temes a Dios, al menos teme los venenos vengadores de la perfidia.

39. Ahora que ves que los elefantes te están sometidos y los leones están sujetos a ti, concóctete a ti mismo, oh hombre, lo cual no es, como dicen, del Apolo Pythio, sino del santo Salomón, quien dice: "Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres" (Cant. I, 7), aunque mucho antes Moisés escribió en el Deuteronomio: "Cuídate a ti mismo, oh hombre. Cuídate a ti mismo" (Deut., IV, 9), dice la ley. Y el Profeta dice: "Si no te conoces a ti misma". ¿A quién se lo dice? "Hermosa", dice, "entre las mujeres". ¿Quién es hermosa entre las mujeres, sino el alma, que en ambos sexos posee la excelencia de la belleza? Y con razón es hermosa, quien no desea lo terrenal sino lo celestial, no lo corruptible sino lo incorrupto, en lo cual la belleza no suele perecer. Pues todas las cosas corporales, con el paso del tiempo o por la desigualdad de la enfermedad, se marchitan. A esto atiende, dice Moisés, en lo cual tú eres todo, en lo cual está la mejor parte de ti. Finalmente, el Señor ha interpretado quién eres tú, diciendo: "Guardaos de los falsos profetas" (Mat., VII, 15); pues estos debilitan el alma, socavan la mente. No eres, por tanto, carne. ¿Qué es la carne sin el gobierno del alma, sin el vigor de la mente? La carne hoy se toma, mañana se deja. La carne es temporal, el alma es duradera. La carne es el vestido del alma, que se viste con una especie de vestimenta corporal. No eres, por tanto, el vestido, sino quien usa el vestido. Por eso se te dice que, despojándote del hombre viejo con sus actos, te vistas del nuevo, que se renueva no en la cualidad del cuerpo, sino en el espíritu de la mente y en el conocimiento (Colos., III, 10). No eres, digo, carne; pues no se dice a la carne: "El templo de Dios, que sois vosotros, es santo" (I Cor. III, 17). Y en otro lugar, "Vosotros sois el templo de Dios, y el Espíritu Santo habita en vosotros" (Ibid., 5); pero se dice a los renovados y fieles en quienes permanece el Espíritu de Dios. En los carnales, sin embargo, no permanece, porque está escrito: "No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne" (Gen., VI, 3).

CAPÍTULO VII.

La creación del hombre comienza con la consideración del creador. Demuestra que el Hijo es la imagen del Padre, y que entre ellos se encuentra tanto la unidad como la distinción. Finalmente, advierte al hombre para que reconozca de dónde proviene, de quién es imagen, y en qué parte la lleva.

40. Consideremos la serie de nuestra propia creación. "Hagamos," dice, "al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Génesis 1, 26). ¿Quién dice esto? ¿No es Dios, quien te creó? ¿Qué es Dios? ¿Carne o espíritu? No carne, ciertamente, sino espíritu, cuya semejanza la carne no puede tener; porque Él es incorpóreo e invisible, mientras que la carne es comprendida y vista. ¿A quién se lo dice? No a sí mismo, ciertamente, porque no dice "haré", sino "hagamos". No a los ángeles; porque son ministros; los siervos con el señor, y las obras con el autor no pueden tener participación en la operación: sino que lo dice al Hijo: aunque los judíos no quieran; aunque los arrianos se opongan. Pero que los judíos callen, y que los arrianos enmudezcan con sus progenitores, quienes, al excluir a uno de la participación en la operación divina, insertan a muchos; y la prerrogativa que niegan al Hijo, se la otorgan a los siervos.

41. Pero sea; que parezca que Dios necesitó la ayuda de los siervos para obrar. Si la operación es común con los ángeles para Dios, ¿acaso la imagen es común a Dios y a los ángeles? ¿Acaso diría a los ángeles: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza? Pero escucha lo que es la imagen de Dios: "Él nos libró", dice, "del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos redención, el perdón de los pecados, quien es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación" (Colosenses 1, 13 y ss.). Él es la imagen de Dios Padre, quien siempre es y estaba en el principio. Finalmente, es

imagen quien dice: "Felipe, quien me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14, 8 y 9). Y ¿cómo tú, viendo la imagen viva del Padre viviente, dices: "Muéstranos al Padre"? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? La imagen de Dios es poder, no debilidad; la imagen de Dios es sabiduría, la imagen de Dios es justicia; pero es sabiduría divina y justicia sempiterna. La imagen de Dios es solo aquel que dijo: "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30); teniendo así semejanza con el Padre, que tiene la unidad de la divinidad y plenitud. Donde dice "hagamos", ¿cómo hay desigualdad? Cuando nuevamente dice "a nuestra semejanza", ¿dónde está la disimilitud? Así también en el Evangelio donde dice: "Yo y el Padre", ciertamente no es una sola persona; pero donde dice "somos uno", no hay discrepancia de divinidad ni de obra. Por lo tanto, no es una sola persona en ambos, sino una sola sustancia. Y bien añadió "somos", porque siempre ser es divino, para que creas coeterno a quien pensabas que era disímil. Es eterno, pues, de quien Moisés dice: "El que es me envió" (Éxodo 3, 14). También introdujo bien: "Yo y el Padre". Pues si hubiera mencionado primero al Padre, juzgarías al Hijo menor; pero mencionó primero al Hijo, a quien no conviene creer superior al Padre. Añadió "Padre", para que adviertas que Dios Padre y su Hijo no están sujetos al prejuicio del orden.

42. Atiende, dice, a ti mismo (Deut., IV, 9). Porque somos una cosa, nuestras posesiones son otra, y lo que nos rodea es otra. Nosotros somos, es decir, el alma y la mente: nuestras son las partes del cuerpo y sus sentidos: lo que nos rodea es el dinero, los siervos y los preparativos de esta vida. Atiende, pues, a ti mismo, y conócete, es decir, no qué músculos tienes, no cuánta fortaleza corporal, no cuántas posesiones, cuánta potencia, sino qué clase de alma y mente, de donde provienen todos los consejos, a la cual se refiere el fruto de tus obras. Porque ella está llena de sabiduría, llena de piedad y justicia; ya que toda virtud es de Dios. A quien Dios dice: He aquí, Jerusalén, he pintado tus muros (Isa. XLIX, 16), esa alma (de Poenit., dist. 2, cap. Esa alma) es pintada por Dios, que tiene en sí la gracia resplandeciente de las virtudes y el esplendor de la piedad. Esa alma está bien pintada, en la cual brilla la imagen de la operación divina. Esa alma está bien pintada, en la cual está el esplendor de la gloria y la imagen de la sustancia paterna. Según esta imagen que resplandece, la pintura es preciosa. Según esta imagen, Adán antes del pecado: pero cuando cayó, dejó la imagen celestial, tomó la figura terrenal. Pero huyamos de esta imagen, que no puede entrar en la ciudad de Dios, porque está escrito: Señor, en tu ciudad reducirás su imagen a nada (Sal. LXXII, 20). Y no entra la imagen indigna, y la que entrara, es excluida; porque no entrará, dice, en ella nada impuro, ni quien cometa abominación y mentira (Apoc. XXI, 27): sino que entrará en ella aquel cuyo nombre del cordero está escrito en la frente.

43. Por lo tanto, nuestra alma es a imagen de Dios. En esto radica toda tu esencia, hombre; porque sin ella no eres nada, sino tierra, y a la tierra volverás. Finalmente, para que sepas que sin el alma la carne no es nada: "No temáis", dice, "a los que pueden matar el cuerpo, pero no pueden matar el alma" (Mateo 10, 28). ¿Qué presumes entonces de la carne, si no pierdes nada al perderla? Pero teme aquello, no sea que a tu alma le falte auxilio. ¿Qué dará el hombre a cambio de su alma, en la cual no hay una pequeña porción de sí mismo, sino la sustancia de toda la humanidad? Esta es por la cual dominas sobre los demás seres vivientes, las fieras y las aves: esta es a imagen de Dios, mientras que el cuerpo es a semejanza de las bestias. En ella está la noble insignia de la imitación divina; en aquel, la vil compañía con las fieras y los animales salvajes.

CAPÍTULO VIII.

Para comprender con mayor precisión dónde reside la semejanza divina, se examinan las cualidades del cuerpo y del alma. Se muestra que todo el hombre es designado con el término alma. Se reprende a aquellos que borran la imagen de Dios con engaño, crueldad y perfidia. Bajo esto, la exhortación a la vigilancia contra los vicios, y la comparación entre pobres y ricos concluye el capítulo.

44. Pero examinemos más detenidamente qué significa ser a imagen de Dios. ¿Acaso la carne es a imagen de Dios? Entonces, ¿hay tierra en Dios, porque la carne es tierra? ¿Entonces Dios es corpóreo? ¿Entonces es débil como la carne, sujeto a pasiones? Y tal vez te parezca que la cabeza es a semejanza de Dios, porque sobresale; o los ojos, porque miran; o los oídos, porque oyen. Si consideras la altura, ¿acaso parecemos altos porque sobresalimos un poco de la tierra con la cabeza? Pero, ¿no es vergonzoso que se nos diga semejantes a Dios porque somos más altos que las serpientes y otros reptiles, o porque somos más altos que los ciervos, las ovejas y los lobos? ¿Y cuánto más altos son los camellos y los elefantes que nosotros en esa parte? La vista es ciertamente excelente, para contemplar los elementos del mundo, para conocer lo que nadie anuncia, pero que tu mirada descubre; sin embargo, ¿cuánto es lo que vemos, para decir que somos a semejanza de Dios, que ve todo, observa todo, descubre los afectos ocultos, escudriña los secretos del corazón? ¿No es vergonzoso decir esto, cuando yo mismo no puedo verme por completo? Lo que está ante mis pies, lo veo; lo que está detrás de mí, no puedo verlo. No conozco mi cuello, no conozco mi nuca, no puedo ver mis riñones. De manera similar, ¿cuánto es lo que hemos oído, cuando no puedo ver ni oír lo que está un poco distante? Si hay paredes interpuestas, se impide la vista, se impide el oído. Además, nuestro cuerpo está fijo en un solo lugar, encerrado en un espacio estrecho. Todas las fieras son más anchas que el hombre, todas también más veloces.

45. Por tanto, la carne no puede ser a imagen de Dios, sino nuestra alma que es libre, y con pensamientos y consejos dispersos vaga de un lado a otro, contemplando observa todas las cosas. He aquí que ahora estamos en Italia, y pensamos en aquellas cosas que parecen referirse a las partes Orientales u Occidentales, y parecemos estar con aquellos que están establecidos en Persia, y vemos a aquellos que habitan en África, si esa tierra ha acogido a algunos conocidos nuestros: seguimos a los que parten, nos unimos a los peregrinos, nos vinculamos con los ausentes, hablamos con los separados, también resucitamos a los difuntos para el coloquio, y los abrazamos y retenemos como si vivieran, y les ofrecemos los deberes y el uso de la vida. Por tanto, es a imagen de Dios, lo que no se estima corporalmente, sino por el vigor de la mente: que ve a los ausentes, recorre con la vista lo que está más allá del mar, atraviesa con la mirada, escudriña lo oculto, lleva sus sentidos en un solo momento por los confines de toda la tierra y los secretos del mundo: que se une a Dios, se adhiere a Cristo, desciende al infierno, y asciende, libre se mueve en el cielo. Finalmente, escucha al que dice: Nuestra ciudadanía está en los cielos (Fil. III, 20). ¿No es entonces a imagen de Dios, en la cual Dios siempre está? Pero escucha que es a imagen de Dios. Pues el Apóstol dice: Así que todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (II Cor. III, 18).

46. Puesto que hemos reconocido que el alma es a imagen de Dios, consideremos ahora si se pudo decir del alma: Hagamos al hombre a nuestra imagen. Pero escucha también esto, que el alma se denomina con el nombre de hombre. Pues está escrito en el Génesis: Los hijos de José que le nacieron en Egipto, fueron nueve almas. Todas las almas que entraron con Jacob en Egipto fueron setenta y cinco (Gén. XLVI, 27). Y mucho más apropiadamente se dice en latín o en griego *ἄνθρωπος*, refiriéndose al alma o al hombre; uno derivado de la humanidad,

el otro de la vivacidad de la contemplación, que sin duda conviene más al alma que al cuerpo. A esta cuestión también se ajusta justamente lo dicho en las Lamentaciones de Jeremías: Bueno es el Señor para los que en él esperan, para el alma que lo busca (Lam. III, 25). Habló de los hombres, y consideró que debía añadirse el alma. Pues busca mejor si está sola, apartándose del fango del cuerpo y del deseo carnal. Ella es conforme a la imagen de Dios, del Señor Jesús. Y aquellos que son conformes al Hijo de Dios, son santos. Así leemos, según dice Pablo: Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados santos: a los que conoció de antemano, también los predestinó para ser conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. A los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó (Rom. VIII, 28 y ss.). Por lo tanto, si la justificación te parece conferida según el cuerpo o según el alma, te ruego que respondas. Pero no puedes dudar, ya que la justicia, de donde se deriva la justificación, es ciertamente del alma y no del cuerpo.

47. Estás pintado, pues, oh hombre, y pintado por el Señor tu Dios. Tienes un buen artífice y pintor. No destruyas la buena pintura, que brilla no por cosméticos sino por la verdad, no expresada con cera sino con gracia. Destruyes la pintura, mujer, si cubres tu rostro con blancura material, si lo tiñes con rubor adquirido. Esa pintura es de vicio, no de decoro: esa pintura es de fraude, no de simplicidad: esa pintura es temporal, se borra con la lluvia o el sudor: esa pintura engaña y decepciona; de modo que ni agradas a aquel a quien deseas agradar, quien entiende que no es tuyo, sino ajeno lo que agrada; y desagradas a tu Creador, quien ve que su obra ha sido borrada. Dime, si sobre un artífice introduces a otro, que cubra la obra de aquel superior con nuevas obras, ¿no se indignará aquel que sepa que su obra ha sido adulterada? No quites la pintura de Dios, y no asumas la pintura de una meretriz, porque está escrito: ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y haré miembros de una meretriz? ¡De ningún modo! (I Cor. VI, 15). Porque si alguien adultera la obra de Dios, comete un grave crimen. Es un grave crimen pensar que un hombre te pinta mejor que Dios. Es grave que Dios diga de ti: No reconozco mis colores, no reconozco mi imagen, no reconozco el rostro que yo mismo formé, rechazo lo que no es mío. Busca a aquel que te pintó: ten comunión con él: recibe de él la gracia, a quien diste la recompensa. ¿Qué responderás?

48. Pero si es grave adulterar la obra de Dios, ¿qué diremos de aquellos que destruyen la obra de Dios, que derraman sangre humana, que arrebatan la vida que Dios ha dado, que dicen: "Eliminemos al Justo, porque nos es inútil"? Por eso se ha leído bien hoy: "Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos donde descansar; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza" (Mateo 8, 20). La zorra, por tanto, se esconde en su madriguera, el ave se protege en su nido: el hombre no se esconde en una madriguera, sino que es engañado. La madriguera es la boca del hombre, el pecho del hombre es una madriguera profunda, donde se encuentran los consejos nocivos y fraudulentos, los malos pensamientos. Tú caminas, y otro te prepara una trampa. Caminas en medio de los lazos que tus enemigos han escondido en el camino. Por tanto, observa todo a tu alrededor, para que escapes como un ciervo de las redes, y como un ave del lazo. El ciervo evita las redes con la vivacidad de su mirada: el ave esquiva los lazos si se eleva hacia lo alto y sobrevuela lo terrenal. En las alturas nadie tiende redes, nadie esconde lazos. Por eso, aquel cuya conversación está en las alturas, no suele caer en la trampa de la captura. Pero, ¿por qué te sorprende si el hombre es engañado por el hombre, cuando el Hijo del hombre no tenía dónde descansar? Y Él ciertamente creó tal hombre en quien pudiera reclinar su cabeza. Pero después de que en nuestro pecho comenzó a no haber descanso para el prójimo, sino una madriguera; después de que uno comenzó a tender trampas al otro, a quien debería ayudar, Cristo apartó su cabeza

de nosotros: pero después prefirió ofrecerla a la muerte por nosotros. No seas, por tanto, fraudulento, cruel, implacable; para que en ti Cristo pueda reclinar su cabeza.

49. Finalmente, cuando creó los peces y las bestias del mar, cuando creó los géneros de las fieras y de los animales, no descansó: descansó después de haber hecho al hombre a su imagen. En quién descansa, escucha al que dice: "¿Sobre quién descansaré sino sobre el humilde y tranquilo, y que tiembla ante mis palabras?" (Isaías 66, 2). Sé, por tanto, humilde y tranquilo, para que Dios descansa en tu afecto. Aquel que no descansó en las bestias, mucho menos descansará en un pecho bestial. Existen almas bestiales, hay fieras vestidas con forma humana, de las cuales el Señor dice: "Cuidaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces" (Mateo 7, 15). En estos, pues, no descansó Dios: sino que descansó en las costumbres humanas, que Dios hizo a su imagen y semejanza, cuando hizo al hombre que no debe cubrir su cabeza; porque es imagen y gloria de Dios. A la alma de este hombre dice: "He aquí, Jerusalén, he pintado tus muros" (Isaías 49, 16). No dijo, he pintado tu vientre: no dijo, he pintado tus partes inferiores: sino que dijo, he pintado tus muros, afirmando haber dado al hombre la protección de los muros: para que si hay un vigilante en las puertas, pueda rechazar el peligro del asedio. Dice, por tanto: No te di placeres, no te di lascivias de deseos, no te di incentivos de lujuria, no te di la concupiscencia de la belleza ajena, sino que te di fundamentos murales, te di las altas cumbres de las torres, en las cuales, establecido, no temas ser atacado por el enemigo, ni temas las terribles tentaciones de las legiones que se aproximan. Finalmente, tienes en Isaías, que el alma justa dice, o la Iglesia: "Yo soy ciudad fortificada, yo soy ciudad sitiada" (Isaías 27, 3): fortificada por Cristo, sitiada por el diablo. Pero no debe temer el asedio, aquel a quien Cristo es ayudador. Pues está fortificada por la gracia espiritual y sitiada por los peligros seculares. Por eso también en el Cantar de los Cantares tienes dicho: "Yo soy un muro, y mis pechos son torres" (Cantar de los Cantares 8, 10). La Iglesia es el muro, sus torres son los sacerdotes, en quienes abunda tanto la palabra de lo natural, como la disciplina de lo moral.

50. Conócete, pues, alma hermosa; porque eres imagen de Dios. Conócete, hombre; porque eres la gloria de Dios. Escucha cómo eres gloria. El profeta dice: "Maravillosa es tu ciencia, más allá de mí" (Sal. 138, 6), es decir, en mi obra tu majestad se ha hecho más maravillosa, en el consejo del hombre se proclama tu sabiduría. Mientras me contemplo, a quien tú descubres en los pensamientos ocultos y en los afectos internos, reconozco los misterios de tu ciencia. Conócete, pues, oh hombre, cuán grande eres, y atiende a ti mismo; no sea que, atrapado en las trampas del diablo, te conviertas en presa del cazador; no sea que caigas en las fauces de aquel león terrible que ruga y ronda buscando a quién devorar. Atiende a ti mismo, para que consideres qué entra en ti, qué sale de ti. No hablo del alimento que se absorbe y se excreta, sino hablo del pensamiento, afirmo sobre la palabra. No dejes que entre en ti la concupiscencia de lecho ajeno, no se infiltre en tu mente, no te arrebate la belleza de la mujer que pasa, no la encierre tu ánimo, no teja tu palabra las maquinaciones de las tentaciones, no delate con engaño, no salpique con oprobio al prójimo con maledicencia. Dios te hizo cazador, no destructor, quien dijo: "He aquí que envío muchos cazadores" (Jer. 16, 16): cazadores no de crimen, sino de absolución; cazadores no de culpa, ciertamente, sino de gracia. Es pescador de Cristo, a quien se le dice: "Desde ahora serás pescador de hombres vivificantes" (Luc. 5, 10). Así lanza tus redes, así lanza tus ojos, así lanza tus palabras: para que no oprimas a nadie, sino que levantes a los que fluctúan. Atiende, dice, a ti mismo (Ecli. 28, 30). Así mantente firme, para que no caigas: así corre, para que llegues al premio: así lucha, para que a menudo decidas; porque la corona se debe al combate legítimo. Eres soldado, explora diligentemente al enemigo; no sea que se infiltre en ti de noche: eres atleta, acércate más al adversario con las manos que con el rostro; no sea que hiera tu ojo. Que tu

mirada sea libre, tu andar agudo; para que derrames al que arremete, ocupes al que cede, evites la herida con mirada vigilante, rechaces con fuerte encuentro. Si fueres herido, atiende a ti mismo, corre al médico, busca el remedio de la penitencia. Atiende a ti mismo; porque tienes carne, que pronto resbala: que venga a ti el buen médico de las almas, la palabra divina, que te rocíe con los oráculos del Señor como medicinas saludables. Atiende a ti mismo, no sea que la palabra oculta en tu corazón se vuelva iniqua: pues se extiende como veneno, y trae contagios letales. Atiende a ti mismo; no olvides a Dios que te hizo, no tomes su nombre en vano.

51. Atiéndete a ti mismo, dice la ley, no sea que cuando hayas comido y te hayas saciado, y hayas edificado casas y comenzado a habitar en ellas, y tus rebaños se hayan multiplicado, y hayas abundado en oro y plata, y en todo lo que poseas, te ensalces en tu corazón y te olvides del Señor tu Dios (Deut. VIII, 12, y siguientes). ¿Qué tienes, oh hombre, que no hayas recibido? ¿Acaso no pasan todas estas cosas como una sombra? ¿No es tu casa polvo y ruina? ¿No son todas estas cosas falsas? ¿No es el tesoro de este mundo vanidad? ¿No eres tú mismo ceniza? Mira en las tumbas de los hombres y observa qué queda de ti sino ceniza y huesos, es decir, de tu cuerpo: mira, te digo, y dime quién allí es rico, quién es pobre. Distingue entre los indigentes y los poderosos. Todos nacemos desnudos, morimos desnudos. No hay distinción entre los cadáveres de los muertos; salvo quizás que los cuerpos de los ricos, hinchados por el lujo, huelen más fuerte. ¿Has oído de algún pobre que haya muerto de indigestión? Su pobreza le beneficia: ejercita su cuerpo, no lo oprime. Sin embargo, no hemos oído de un justo abandonado, ni de su descendencia buscando pan; porque quien trabaja bien su tierra, abunda en alimentos. Atiéndete, pues, a ti mismo, rico; porque tú también llevas carne como el pobre.

134 52. Atiende a ti mismo, pobre; porque tu alma es preciosa: y si la carne es mortal, el alma es duradera: y si te falta dinero, no te falta gracia: y si no tienes una casa amplia, ni posesiones extensas, el cielo está abierto, la tierra es libre. Los elementos han sido dados en común a todos, los ornamentos del mundo están igualmente disponibles para ricos y pobres. ¿Acaso son más hermosos los techos dorados de las casas más preciosas que el rostro del cielo adornado con estrellas resplandecientes? ¿Acaso son más extensas las tierras de los ricos que los espacios de la tierra? Por eso se dijo a aquellos que unen casa a casa, y villa a villa: ¿Acaso habitaréis solos sobre la tierra? (Isaías V, 8). Tienes una casa mayor: pobre, en la que clamas y eres escuchado: Oh Israel, dice el profeta, ¡cuán grande es la casa de Dios, y enorme el lugar de su posesión! Grande y no tiene fin, alto e inmenso (Baruc III, 24 y ss.). La casa de Dios es común para el rico y el pobre; sin embargo, es difícil para el rico entrar en el reino de los cielos. Pero tal vez te duele que ninguna luz de lámparas doradas te ilumine: pero mucho más brillante para ti resplandece la luna con su luz circundante. Quizás te quejas del invierno, porque no tienes hipocaustos que te calienten con sus fuegos ardientes: pero tienes el calor del sol, que templara para ti el orbe de la tierra, y te defiende del frío invernal. ¿Acaso consideras felices a aquellos que están rodeados de multitudes de sirvientes? Pero quienes buscan los pies ajenos, no saben usar los suyos. Finalmente, son precedidos por pocos, llevados por muchos. A menos que te maraville el hecho de que abundan en oro, plata, dinero: ves de cuántos abundan, no ves de cuántos carecen. Pero piensas que es valioso recostarse en lechos de marfil; y no consideras más valiosa la tierra, que extiende para el pobre lechos de hierba, en los cuales el descanso es dulce, el sueño es placentero, que aquel que, acomodado en un lecho de oro, busca durante toda la noche en vela, y no lo encuentra. ¡Oh, cuánto más feliz te juzga él, vigilante, mientras descansas! Paso por alto aquello que es mucho más excelente: porque el justo que aquí haya carecido, allí abundará; y quien aquí haya soportado el trabajo, allí tendrá consuelo: pero quien aquí haya recibido bienes, allí no

podrá esperar su recompensa. Porque la pobreza guarda su recompensa, la riqueza la consume.

53. Atiende, pues, a ti mismo, pobre, atiende, rico; porque tanto en la pobreza como en las riquezas hay tentaciones. Por eso el Sabio dice: No me des ni riquezas ni pobreza (Prov. XXX, 8). Y explica la razón por la que pide esto; pues es suficiente para el hombre tener lo que le basta. Porque las riquezas, al igual que los banquetes llenan el vientre, así también llenan el alma de preocupaciones y ansiedades. Por eso pide tener lo necesario y suficiente: No sea que, estando lleno, me vuelva mentiroso y diga: ¿Quién me ve? O, hecho pobre, robe y jure en nombre del Señor (Ibid.). Por lo tanto, deben evitarse y cuidarse las tentaciones del mundo; para que el pobre no desespere, ni el rico se vuelva insolente. Pues está escrito: Cuando hayas expulsado a las naciones y comiences a usar sus tierras, no digas: Mi fuerza y mi mano me han conseguido esta posesión (Deut. VIII, 17). Así es quien atribuye sus riquezas a su propio mérito. Y por eso, como si fuera probado, no reconoce su propio error: sino que arrastra su pecado con una larga cuerda. Porque si creyera que el aumento de dinero es por un evento fortuito o por una astucia deshonesta, no habría lugar para la insolencia en aquellos en los que no hay alabanza, y el trabajo es vano, o la codicia desvergonzada no sabe poner límite al placer.

CAPÍTULO IX.

De la excelencia del cuerpo humano, y de la conformación, disposición y funciones de cada uno de sus miembros.

54. Pero ya es necesario decir algo sobre el cuerpo humano mismo, ¿quién negaría que es más excelente en belleza y gracia que los demás? Pues aunque la sustancia de todos los cuerpos terrenales parezca ser la misma, y algunas bestias tengan mayor firmeza y altura, la forma del cuerpo humano es más hermosa, su postura es erguida y elevada; de modo que no hay una altura desmesurada, ni una pequeñez vil y despreciable: además, la proporción del cuerpo es agradable y grata; de manera que no hay una vastedad bestial que cause horror, ni una delgadez frágil que denote debilidad.

55. Y en primer lugar, reconozcamos que la estructura del cuerpo humano es semejante al mundo. Así como el cielo se eleva sobre el aire, la tierra y el mar, que son como miembros del mundo: así también vemos que la cabeza se eleva sobre los demás miembros de nuestro cuerpo, siendo la más excelente de todas, como el cielo entre los elementos, como una fortaleza entre las murallas de la ciudad. En esta fortaleza habita una cierta sabiduría real según el dicho profético: Porque los ojos del sabio están en su cabeza (Ecl., II, 14): esta es más segura que las demás, y de ella se deriva el vigor y la providencia a todos los miembros. ¿De qué sirve la fuerza y la robustez de los brazos, qué la velocidad de los pies, si no se apoya en el poder imperial de la cabeza como su príncipe? Pues de ella depende que todo se sostenga o se derrumbe. ¿Qué puede hacer la fortaleza, si no utiliza el ojo como guía en la batalla? ¿Qué la huida, si falta la vista? Todo el cuerpo es una prisión aterradora en la oscuridad, a menos que se ilumine con la vista de los ojos. Lo que el sol y la luna son en el cielo, eso son los ojos en el hombre. El sol y la luna son dos luces del mundo: los ojos, como ciertas estrellas en la carne, brillan desde arriba e iluminan las partes inferiores con su clara luz, y no permiten que nos envolvamos en ciertas tinieblas de la noche. Son como centinelas que vigilan día y noche. Pues se despiertan del sueño más rápidamente que los demás miembros, y vigilantes observan todo; ya que están más cerca del cerebro, de donde emana todo el uso de la vista. Y que nadie crea que he descendido aquí precipitadamente, al alabar

los ojos dejando de lado la cima, pues no es ajeno alabar lo supremo en una parte. Es cierto que los ojos son parte de la cabeza. Así, la cabeza explora todo con los ojos, investiga lo oculto con los oídos, conoce lo escondido, escucha lo que sucede en otras tierras.

56. Pero, ¿cuán dulce y agradable es la cima de la cabeza, cuán hermosa la cabellera, cuán respetable en los ancianos, cuán venerable en los sacerdotes, cuán terrible en los guerreros, cuán decorosa en los jóvenes; cuán arreglada en las mujeres, cuán dulce en los niños? A un sexo no le conviene el cabello largo, a otro no le conviene el cabello corto. De los árboles se puede estimar qué gracia tiene el cabello humano. En la copa del árbol está todo el fruto, allí está toda la belleza, su cabellera nos protege de las lluvias o nos defiende del sol. Si quitas la cabellera al árbol, todo el árbol es ingrato. ¿Cuánto mayor es, entonces, el adorno de la cabeza humana, que protege y viste nuestro cerebro, es decir, la sede y origen de nuestros sentidos, con los cabellos de la cabeza; para que no sea atormentado ni por el frío ni por el calor? Allí, en efecto, está la fuente de todo; y por eso, donde la injuria daña, allí la gracia prevalece.

57. ¿Qué es el hombre sin cabeza, cuando todo está en la cabeza? Cuando ves la cabeza, reconoces al hombre: si falta la cabeza, no puede haber reconocimiento alguno: yace un tronco ignoble, sin honor, sin nombre. Solo las cabezas de los príncipes fundidas en bronce, y los rostros esculpidos en bronce o mármol son adorados por los hombres. No sin razón, por tanto, los demás miembros sirven a este como a su consejero, y lo llevan con un porte servil como si fuera una deidad, y lo transportan elevado. De ahí que, con poder censorio, dirige a su voluntad las obediencias de ciertos siervos, y decreta los mandatos que cada uno debe cumplir. Ves a cada uno servir a su emperador con un estipendio gratuito. Unos lo llevan, otros lo alimentan, otros lo defienden, o prestan su servicio: obedecen como a un príncipe, se someten como a un señor. De ahí procede como una especie de señal, qué región deben recorrer los pies, qué tareas militares deben ejecutar las manos en las obras a realizar, qué forma de abstinencia o alimentación debe seguir el vientre según la disciplina impuesta.

58. Esta frente libre, abierta a las sienes desnudas, que revela el estado de la mente con su apariencia: a veces alegre, a veces más triste; a veces erguida hacia la severidad, a veces más relajada hacia la suavidad, que con señales externas expresa la voluntad interna. Una especie de imagen del alma habla en el rostro, base de la fe en la que diariamente se inscribe y se mantiene el nombre del Señor. La siguen dos cercas de cejas, que ofrecen protección a los ojos, añaden gracia; para que tanto la belleza del encanto sonría, como la diligencia de la protección asista. Pues si algo de suciedad cae de la cabeza, ya sea polvo de arena, rocío de niebla, o sudor del vértice húmedo, es recogido por la ceja, para que ninguna ofensa perturbe la delicada visión de los ojos sensibles.

59. Los ojos se adhieren como a ciertas cimas de montañas; de modo que, protegidos por la cumbre del monte, estén más seguros y, situados en lo alto, puedan contemplar todo desde una especie de escena elevada. Pues no convenía que fueran bajos como los oídos, o la boca, o los mismos senos interiores de las narices. La vigilancia siempre se realiza desde lo alto; para que pueda explorarse la llegada de tropas enemigas, evitando que sorprendan de improviso al pueblo de la ciudad o al ejército del emperador. Así también se previenen los ataques de los ladrones, si los exploradores están situados en los muros, en las torres o en la cima de una montaña elevada; para que desde arriba puedan observar las llanuras de las regiones, donde las emboscadas de los ladrones no pueden ocultarse. También en el mar, si alguien se aproxima a la tierra, el explorador sube a la cima del mástil y a las altas puntas de las antenas, y saluda la tierra aún invisible para los demás navegantes desde lejos.

60. Pero tal vez digas: Si era necesaria una atalaya más elevada, ¿por qué no se colocaron los ojos en la cima de la cabeza, como en los cangrejos o escarabajos, que aunque no tienen una cabeza visible, sus cuellos y espaldas son más altos que el resto del cuerpo? Pero ellos tienen un caparazón fuerte, no una membrana tan delgada como la nuestra, que fácilmente puede ser dañada, cortada por espinas y otros obstáculos. Otros animales tienen una estructura similar, de modo que pueden mover los ojos hacia el cuello, como los caballos y bueyes, y casi todas las fieras, o hacia sus alas, como las aves, para que puedan disfrutar de un descanso seguro. Sin embargo, en nosotros, los ojos debían ser colocados en la parte casi más alta del cuerpo, como en una fortaleza, y ser defendidos de cualquier ofensa, por mínima que fuera, lo cual parecía ser dos cosas contradictorias. Pues si estuvieran en una posición baja para su protección, su función se vería obstaculizada; si estuvieran en la cima, estarían expuestos a daños. Por lo tanto, para que no se restara nada al uso de su función, ni se descuidara nada para repeler el daño, los ojos fueron colocados en un lugar donde las cejas por encima proporcionan no poca protección, las mejillas ligeramente elevadas añaden una considerable defensa, las narices protegen la parte interior, y las protuberancias de la frente y las mejillas la parte exterior: y aunque parece que los confines conectados y nivelados de los huesos los rodean, en medio de estos están las órbitas de los ojos, seguras para evitar el peligro, libres para mirar, y decorativas para la gracia, brillando como cristal. En cuyo centro están las pupilas, que realizan la función de ver. Para que no sean dañadas por ninguna ofensa de un golpe, están protegidas alrededor por pestañas entrelazadas como una especie de muralla. De ahí que el Profeta, pidiendo ayuda segura, dice: Guárdame, Señor, como a la pupila de tus ojos (Sal. XVI, 8); para que la protección divina le proporcionara una custodia tan cuidadosa y segura como la pupila del ojo, que la naturaleza ha dignado proteger con una muralla muy segura. Al mismo tiempo, porque la inocencia y la integridad se violan con una ligera mancha y pierden el don de su gracia; por eso hay que cuidar que ningún polvo de error la manche, ni ninguna astilla de pecado la moleste; porque está escrito: Saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la astilla del ojo de tu hermano (Mat. VII, 5).

61. Por tanto, los expertos en medicina sostienen que el cerebro del hombre está ubicado en la cabeza debido a los ojos, y que los demás sentidos de nuestro cuerpo están situados en una especie de residencia cercana al cerebro. Pues el cerebro es el origen de los nervios y de todos los sentidos de movimiento voluntario, y de ahí emana la causa de todo lo que hemos mencionado. Sin embargo, muchos consideran que el corazón es el origen de las arterias y del calor innato, que anima y calienta los órganos vitales. Los nervios son como el órgano de cada uno de los sentidos, que surgen del cerebro como cuerdas y ciertas fibras, y se derivan a través de las partes del cuerpo hacia cada función particular. Por eso, el cerebro es más blando que las demás partes, porque recibe todos los sentidos; de donde provienen todos los nervios, y a donde se refieren todas las cosas que el ojo ha visto, el oído ha escuchado, el olfato ha inhalado, la lengua ha pronunciado, o la boca ha percibido el sabor. Pues lo que es blando, es más apto para la compasión; mientras que lo que es duro, debido a cierta rigidez de los nervios, es más eficaz para la acción.

62. También es sumamente importante el don de escuchar, y la gracia que se concede a la vista. Por eso las orejas son más prominentes; para que ofrezcan un ornamento decoroso y reciban todo aquello que fluya de la cabeza, ya sea suciedad o humedad; al mismo tiempo, para que en sus cavidades la voz reflejada ingrese sin obstáculo a los recovecos interiores. Pues si no fuera así, ¿quién no quedaría atónito ante cualquier sonido fuerte de la voz? Ya que incluso con estas protecciones, frecuentemente sentimos que un grito inesperado nos ensordece. Además, se pueden ver como una especie de baluartes que se extienden contra la

aspereza del frío y el ardor del calor; para que ni el frío penetre los conductos abiertos, ni el calor excesivo los quemé. La curvatura de las partes internas de las orejas proporciona una cierta medida y disciplina para modular. De hecho, a través de los recovecos de las orejas se produce un cierto ritmo, y el sonido de la voz que entra se expresa en ciertos módulos. Además, la experiencia misma nos enseña que los recovecos de las orejas son tenaces en retener las palabras escuchadas. Así como en las concavidades de las montañas, en el retiro de las rocas, o en el recodo de los ríos, la voz se escucha más dulce, y el eco responde devolviendo respuestas agradables. Incluso las impurezas de las orejas no son inútiles, ya que retienen la voz: para que su memoria y gracia sean más firmes en nosotros.

63. ¿Y qué diré de las narices, que con su doble y alto orificio forman una especie de caverna para recibir los olores; de modo que el olor no pase superficialmente, sino que permanezca más tiempo en las narices, y por su conducción alimente el cerebro y los sentidos? Por eso, el olor percibido dura más tiempo que el sonido de una palabra o la apariencia de una visión. A menudo, lo que has olido en un breve momento, te acompaña en las narices durante todo el día. A través de ellas también fluyen las impurezas de la cabeza, y se derivan sin daño ni molestia alguna para el cuerpo.

64. También hay un sentido no mediocre en el tacto, y en él un placer gratisimo y un juicio sincero. Pues generalmente aprobamos con el tacto lo que no podemos aprobar con los ojos.

65. El último deber también es el de la boca o la lengua, que sin embargo proporciona fuerzas a todos. Pues ni los ojos tendrían el vigor de ver, si no recibieran la virtud de la sustancia corporal que se lleva a través de la comida y la bebida, ni los oídos para oír, ni la nariz para oler, ni las manos para tocar, si todo el cuerpo no se fortaleciera con los alimentos. En efecto, carecemos de fuerzas, a menos que las repongamos con la constancia de una alimentación adecuada. Finalmente, aquellos debilitados por el hambre no se deleitan con los placeres de los sentidos, sino que, como si carecieran de ellos, no sienten sus encantos.

139 66. ¿Por qué describir la barrera de los dientes, con la cual se prepara el alimento y se produce la plena expresión de la voz? ¿Qué alimento sería placentero sin los dientes? Finalmente, vemos que la mayoría de las personas maduras envejecen más rápidamente precisamente porque, al perder los dientes, no pueden obtener la fuerza de un alimento más sólido. Por eso la infancia es muda, porque aún no tiene el órgano de la voz.

67. La lengua no solo en el hablar, sino también en el comer, tiene un papel sumamente valioso. Es como el plectro del que habla y una especie de mano del que come, que sugiere y administra el alimento que fluye hacia los dientes. La voz también se transporta por el aire como con un remo, y se lleva a través del vacío; y la misma fuerza que golpea el aire, a veces conmueve, a veces calma el ánimo del oyente, mitiga al iracundo, levanta al abatido, consuela al doliente. Tengamos, pues, en común con las aves el canto melodioso. Pero el uso de la voz con un sonido razonable no puede ser común con todos los seres irracionales. Pues también los sentidos son comunes a nosotros con los demás seres animados: sin embargo, no todas las demás criaturas usan de ellos con la misma habilidad. La vaca levanta los ojos al cielo, pero ignora lo que contempla. Las fieras levantan la vista, las aves también, todos tienen la vista libre: pero solo el hombre tiene un intérprete de los afectos de lo que ve. Observa con los ojos los nacimientos y puestas de los astros, ve el ornamento del cielo, admira las órbitas de las estrellas, también comprende los diversos resplandores de cada una, cuándo surge el lucero vespertino, cuándo el lucero del alba: por qué aquel brilla en la tarde, este en la mañana: qué movimientos tiene Orión, qué eclipses la luna: cómo el sol conoce sus puestas, y guarda con

solemnidad los circuitos de su curso. También los demás seres animados oyen, pero ¿quién, aparte del hombre, conoce al escuchar? Solo el hombre, de entre todas las especies que hay en la tierra, recoge los secretos de la sabiduría mediante la audición, la meditación y la prudencia, quien puede decir: Escucharé lo que hable en mí el Señor Dios. Esto es lo más precioso, que el hombre sea el órgano de la voz divina, y con labios corporales exprese el oráculo celestial, como aquello: Clama. ¿Qué clamaré? Toda carne es hierba (Isaías 40, 6). Recibió lo que debía decir, y clamó. Que se queden con su prudencia aquellos que describen con el compás los espacios del cielo y de la tierra. Que se queden con su entendimiento, del cual dice el Señor: Y destruiré la sabiduría de los sabios (1 Corintios 1, 19). No estableceré aquí los números del discurso ni los modos y modulaciones de la sabiduría musical: sino que defino aquella sabiduría de la que dice el Profeta: Me has manifestado los secretos y ocultos de tu sabiduría (Salmo 50, 8).

68. ¿Qué puedo decir del beso en la boca, que es un símbolo de piedad y caridad? También se besan las palomas, pero ¿qué comparación tiene con la belleza del beso humano, en el cual resplandece el emblema de la amistad y la humanidad, y se expresa el afecto fiel de la caridad plena? Por eso el Señor, condenando como un prodigio en el traidor, dice: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?" (Lucas 22, 48). ¿Conviertes este símbolo de caridad en una señal de traición y un indicio de infidelidad? ¿Usas este emblema de paz para un acto de crueldad? Por lo tanto, con la obediencia bestial de la boca, se acusa con el oráculo de la voz divina a quien lleva la muerte en lugar de los lazos de caridad. También es notable que solo los humanos expresamos con la boca lo que sentimos en el corazón. Así, los pensamientos silenciosos de la mente se señalan con el discurso de la boca. ¿Qué es, entonces, la boca del hombre, sino una especie de entrada del discurso, fuente de discusión, aula de palabras, almacén de la voluntad? La completamos como una especie de palacio del cuerpo humano, en el cual, aunque haya cierta cantidad de porciones, la forma es, sin embargo, de universalidad.

69. Sigue la garganta, por la cual se infunde el vital intercambio de todo el cuerpo y el tránsito del espíritu. Le siguen los brazos, y los fuertes músculos de los brazos, manos fuertes para trabajar, y dedos más largos hábiles para sostener. De aquí surge un uso más apto para trabajar, de aquí la elegancia de escribir, y aquel cálamo del escriba que escribe velozmente, por el cual se expresan los oráculos de la voz divina. La mano es la que lleva el alimento a la boca: la mano es la que resplandece en hechos ilustres, la que como conciliadora de la gracia divina se introduce en los altares sagrados, por la cual ofrecemos y recibimos los sacramentos celestiales: la mano es la que opera y dispensa igualmente los divinos misterios, cuyo nombre no desdeñó el Hijo de Dios para declararse, diciendo David: La diestra del Señor ha hecho proezas, la diestra del Señor me ha exaltado (Sal. 117, 16). La mano es la que hizo todo, como dijo Dios omnipotente: ¿No ha hecho mi mano todas estas cosas? (Isaías 66, 2). La mano es el baluarte de todo el cuerpo, la defensora de la cabeza. Aunque esté en un lugar inferior, acompaña toda la cima, y la adorna con un ornato honesto.

70. ¿Quién podría explicar dignamente la estructura del pecho y la suavidad del vientre? Pues de otro modo, las entrañas más blandas no podrían ser protegidas, y los pliegues de los intestinos sin duda serían dañados por los huesos duros. ¿Qué hay tan beneficioso como que el pulmón esté unido al corazón por un límite cercano, para que cuando el corazón se encienda con ira e indignación, sea rápidamente moderado por la sangre y la humedad del pulmón? Por eso el pulmón es más blando, porque siempre está húmedo, para suavizar al mismo tiempo la rigidez de la indignación. Tocamos estos temas brevemente, para que

parezca que, como personas no instruidas, abordamos lo evidente, y no como médicos que investigan más a fondo y persiguen lo que está oculto en los secretos de la naturaleza.

71. El bazo también tiene una vecindad fructuosa con el hígado, ya que mientras asume lo que le sirve de alimento, limpia cualquier impureza que encuentre; de modo que a través de las fibras más finas del hígado puedan pasar los restos tenues y sutiles de los alimentos, que se conviertan en sangre, fortalezcan las fuerzas, y no sean expulsados con el excremento y las impurezas. Los círculos entrelazados de los intestinos, aunque sin nudo alguno, están sin embargo unidos entre sí, ¿qué otra cosa muestran sino la divina providencia del Creador, para que el alimento no pase rápidamente y descienda inmediatamente del estómago? Si esto ocurriera, se generaría en los hombres un hambre constante y un deseo continuo de comer. Pues con las vísceras vaciadas y agotadas, al vaciarse por una expulsión momentánea, sería necesario que se generara un deseo insaciable e insaciable de comida y bebida, al que sin duda seguiría una muerte prematura. Por lo tanto, el alimento se prepara primero en el estómago superior, luego se cocina en el hígado, y su jugo digerido se transfiere por su vapor a las demás partes del cuerpo; y con esa sustancia se alimentan los miembros humanos, que los jóvenes reciben para el crecimiento, y los ancianos para la perseverancia: el resto, como superfluo, se conduce a través de los intestinos y se deriva por esa abertura transversal.

72. Finalmente, también en el Génesis, el arca de Noé se interpreta como una representación del cuerpo humano, sobre la cual Dios dijo: Hazte un arca de madera de árboles resinosos, harás compartimentos en ella, y la calafatearás por dentro y por fuera con brea, y así harás el arca (Gén. VI, 14). Y más adelante: Harás una puerta en un lado: harás el arca con un piso inferior, uno medio y uno superior (Ibid. 16). Esto significa, por tanto, que el Señor indica que la puerta está en la parte posterior, por donde se expulsan los desechos de los alimentos. Pues nuestro Creador, guiado por la decencia, apartó de la vista del hombre los restos, para que al purgar el vientre no ensuciáramos la mirada. Considera también que aquellas partes que están llenas de pudor están situadas en un lugar donde, cubiertas por vestiduras, no pueden causar deshonra.

73. El pulso de las venas es mensajero ya sea de enfermedad o de salud. Sin embargo, aunque están difundidas por todo el cuerpo, no están desnudas ni desprotegidas, y están cubiertas por vísceras tan ligeras que permiten su exploración y la rapidez en sentir, ya que no hay grosor de vísceras que pueda ocultar el pulso. Todos los huesos también están cubiertos por una fina víscera y envueltos en nervios; especialmente los del cráneo están cubiertos por una piel delgada. Por lo tanto, para que puedan tener alguna protección contra las lluvias y el frío, están revestidos de cabellos más densos. ¿Qué puedo decir de los genitales, que reciben el semen genital para la función y la gracia de procrear, a través de venas que se extienden desde la región del cuello, pasando por los riñones y los lomos?

74. ¿Qué decir del oficio de los pies, que sostienen todo el cuerpo sin sufrir ninguna lesión por el peso? La rodilla flexible, por la cual, más que por cualquier otra cosa, se mitiga la ofensa al Señor, se aplaca la ira y se provoca la gracia. Pues este es el don del Padre supremo hacia el Hijo: Que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble, de los que están en los cielos, en la tierra y en los abismos; y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Fil. II, 10 y 11). Hay dos cosas que, más que otras, aplacan a Dios: la humildad y la fe. Así, el pie expresa el afecto de la humildad y la obediencia de un servicio diligente: la fe iguala al Hijo con el Padre y confiesa la misma gloria de ambos. Con razón, el hombre no tiene más de dos pies; pues los animales salvajes y las bestias tienen cuatro, y las aves tienen dos. Y por eso el hombre es como uno de los volátiles, que busca lo alto con la vista y, con

una especie de remo, vuela con la sagacidad de los sentidos sublimes. Y por eso se ha dicho de él: Se renovará como el águila tu juventud (Sal. CII, 5); porque está más cerca de lo celestial y es más sublime que las águilas, quien puede decir: Nuestra ciudadanía está en los cielos.

CAPÍTULO X.

El sexto día, y a punto de poner fin a toda la obra, se dice cómo Dios descansó, y corona el discurso con alabanzas al Creador.

75. Pero ya pongamos fin a nuestro discurso, puesto que se ha completado el sexto día, y es la conclusión final de la obra del mundo; con el hombre perfecto en quien reside el dominio de todos los seres vivientes, y una especie de culminación del universo, y la gracia de toda criatura mundana. Ciertamente guardemos silencio; porque Dios descansó de todas las obras del mundo: descansó, sin embargo, en el retiro del hombre, descansó en su mente y propósito. Pues había hecho al hombre capaz de razón, imitador de sí mismo, emulador de virtudes, deseoso de las gracias celestiales. En estos descansa Dios, quien dijo: ¿Sobre quién descansaré, sino sobre el humilde, y el tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras? (Isaías 66, 2).

76. Demos gracias, pues, a nuestro Señor Dios, que hizo tal obra en la cual pudiera descansar. Hizo el cielo, no leo que descansara; hizo la tierra, no leo que descansara; hizo el sol, la luna y las estrellas, tampoco leo que descansara allí: pero leo que hizo al hombre, y entonces descansó, teniendo a quien perdonar los pecados. O tal vez entonces ya precedió el misterio de la futura Pasión del Señor, en el cual se reveló que Cristo descansaría en el hombre, quien se predestinaba a sí mismo el descanso en el cuerpo para la redención del hombre, según lo que él mismo dijo: Yo dormí y descansé, y me levanté; porque el Señor me sostuvo (Sal. III, 6). Pues él descansó, quien hizo: a quien es el honor, la gloria, la perpetuidad desde los siglos, y ahora, y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.